

VICENTE RISCO

SATANÁS

HISTORIA DEL DIABLO

SATANÁS

HISTORIA DEL DIABLO

VICENTE RISCO

SATANÁS

HISTORIA DEL DIABLO

AYMÁ, S. A. EDITORA
BARCELONA
1956

Edición ilustrada con 57 reproducciones de obras de arte
y varios grabados entre texto

Con las debidas licencias



PRIMERA PARTE

EL PARAÍSO PERDIDO

I

EL DIABLO EXISTE

Es verdad de fe que el diablo existe. También es, para los que no están ofuscados, verdad de experiencia. Hay un consentimiento universal, confirmado por la historia, acerca de la existencia del diablo. La razón, tantas veces controlada por él, no puede inventarlo ni negarlo.

Al diablo, a veces, lo niegan los hombres; pero lo afirman los pueblos. El que no cree en él le pertenece [1].

Porque todo es contradictorio en su persona.

Jesucristo es, ciertamente, el "blanco de la contradicción" [2]; pero no hay contradicción en Él.

Satanás se esfuerza por imitarlo [3], y sólo consigue ser la contradicción misma. Por eso, en la simbólica de los números, le han asignado algunos el número dos, pues si el uno es el principio, el dos es la oposición: es la encrucijada en que se cruzan o en que se bifurcan los caminos, de cada dos de los cuales siempre hay uno que conduce a la perdición. En las encrucijadas se invoca al diablo, se celebra el aquelarre y se formalizan y firman los pactos. Allí decide el hombre su suerte para toda la eternidad. Y el mundo ofrece constantemente al hombre caminos divergentes.

De aquí que el diablo tenga dos cuernos y la pezuña hendida. Su cetro es el bidente, que tiene dos puntas. Eon *el Hechicero* llevaba una horquilla de revolver el heno; decía que al ponerla con los dos dientes hacia abajo, mandaba Dios, mas si la ponía

con las ramas hacia arriba, mandaba Satanás; entonces se invertía el orden de la sociedad y del mundo [1].

El ser de Satanás es la contradicción. Ha sido él quien dijo de sí mismo: "Yo soy el espíritu que niega siempre" [2]. Negando siempre, llega necesariamente a negarse a sí mismo. Porque él es la contradicción y la inversión de todas las cosas.

Pero como es la astuta "serpiente antigua" [4], se ingenia para convertir en potencia su radical debilidad, para dominar al mundo por la negación.

Tiene poderosas razones para negarse a sí mismo; son cuatro razones: primera, que habiendo enseñado a los hombres a negar a Dios, y no pudiendo igualársele en otra cosa, en la exasperación de su envidia, quiere ser negado él también. Segunda, el horror a la eternidad; si fuera como quiso ser, independiente y sólo sujeto a sí mismo, se hubiera anonadado en su propia negación al primer y decisivo fracaso, pero fue creado para la eternidad y no puede desprenderse de su odiosa existencia, que lo atosiga con mayor realidad cuanto más la niega. Tercera, el odio, no ya a la propia existencia, sino al propio ser, de quien es en absoluto incapaz de amor y cuyo más ahincado anhelo sería libertarse de sí mismo, abandonar su propia naturaleza, perder su esencia, desaparecer de su propia conciencia, de su propia memoria, de su propia inconsciencia. Cuarta, la terrible hambre y sed de la nada total y absoluta, que lo consume eternamente, imposible de ser satisfecha, sin vislumbre de esperanza, ni siquiera ilusoria, pues no le cabe ni el consuelo del autoengaño, ni el alivio de un parpadeo de inconsciencia o de olvido.

Sin embargo, contradicción en sí mismo, ni aun puede desear su propio aniquilamiento, aunque ansíe ilimitadamente desearlo. Se niega, ineficazmente, por su estado de condenación eterna, total, absoluta, para siempre jamás, no en virtud de iniciativa suya [7].

"*Daemon* —se dijo con notoria temeridad— *est Deus inversus*" [8]. Sin embargo, si esta casi blasfema expresión, sin duda sugerida por el, quiere decir que en el diablo está intencionalmente y por culpa suya todo el mal, como en Dios está por esencia todo el bien; si significa la inversión total, en la volun-

tad del diablo y en sus hechos, de todos los valores, que en la Naturaleza Divina se encuentran realizados en su perfección absoluta, entonces aquella expresión, sin ser en sí verdadera ni exacta, puede dar una idea de lo que el diablo significa.

Dios es el Sumo Bien, la Suprema Belleza, la Absoluta Verdad, la Perfecta Justicia, la Máxima Pureza, el Incontrastable Poder, el Inextinguible Amor, la Resplandeciente Luz, la Inconcebible Bienaventuranza...

Y el diablo es extremo y deseo de Maldad, de Impiedad, de Blasfemia, de Fealdad monstruosa e innoble, de Mentira, de Injusticia, de Inmundicia, de impotente Rabia, de Odio rencoroso, de Oscuridad tenebrosa, de Desesperación eterna.

Parece inconcebible el horripilante existir de este ente que, llegando al máximo extremo de lo trágico, es, no obstante, el más risible, el más lamentable, el verdadero prototipo de lo grotesco.

Todo lo que hay de sombrío y de terrible en el mundo parece resumirse en su persona y, en realidad, proviene, en último término, de su pecado... Pero, a pesar de la grandeza que algunos quieren ver en él, precisamente a causa de la incalculable magnitud de su crimen, a pesar del inmenso daño que causó y causa a nuestro linaje, a pesar de que "en la naturaleza y en la humanidad se estremece, siembra el mal y el dolor, taladra, rompe, engaña, seduce..., atraviesa la creación toda, siempre en acecho..., astuto, perverso, cruel..., él y su ralea, caprichosos, entrometidos, capciosos y de una fantasía inaudita, encarnación de la carcajada infernal..."; aunque "puede vejar a un alma e inducirla a herejía, lascivia y hechicerías"; aunque "el hombre camina de continuo sobre un abismo oculto bajo una fina cubierta"; aunque "la vida en este mundo es una lucha continua y desesperada con el diablo" [3], resulta que, en la época en que más terror infundió en las gentes, éstas no lo tuvieron por una figura imponente, heroica y grandiosa. Por el contrario, entonces, en los grandes siglos místicos de la Cristiandad, fue cuando se formó la representación artística del diablo en deformación caricaturesca que, si por un lado podía infundir miedo, por otro tenía una intención cómica bien marcada. Los que más le temían se reían de él.

Porque su ser es la contradicción, y ha sido él quien quiso que así fuese.

Dotado de un poder sobrehumano, que puede manejar todas las energías físicas y de dones preternaturales extraordinarios, de un entendimiento extremadamente sutil, penetrante, que sobrepasa inmensurablemente al de los hombres más sabios; de un ingenio y una habilidad dialéctica pasmosas, de una fuerza de seducción y una aptitud sugestiva difícilmente resistibles, en posesión de todas las prerrogativas naturales de las esencias angélicas, inagotable en el remedio, en la mentira y en el engaño, es así y todo un perpetuo fracasado.

Cuando Mefistófeles dice a Fausto: "Soy una parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal, y que siempre hace el bien" [10], no ha de entenderse esto en el sentido de que el diablo no cause daños considerables a los hombres y al mundo; cada alma que logra perder, cada sufrimiento que logra infligir, cada vestigio de la mano de Dios que logra borrar, es, en el caso particular de que se trata, un triunfo suficiente. Pero, lejos de sufrir con ello el Plan Divino de la Creación, se afirma más con la retribución misma que el mal recibe, resplandeciendo más con ello la Divina Justicia, que se proclama al ser negada.

Eso es lo que realmente quieren decir las palabras de Mefistófeles: el diablo ayuda, a pesar suyo, a la manifestación de los atributos de Dios, reflejados en el orden del mundo.

El diablo fue el primero que se levantó contra el orden, y levantó luego al hombre. Pero uno y otro se levantaron en virtud de algo que está dentro del orden.

Todos los otros seres del universo carecen de iniciativa y cumplen la ley pasivamente, de lo que el orden resulta; pero es que dentro del Plan Divino, esto es, dentro del orden, estaba que los seres inteligentes gozasen de libertad. Al gozar de libertad, podían emplearla contra la ley, quebrantar el orden. Por eso los seres inteligentes deben cooperar, conscientemente, deliberadamente, al orden; cumplir de libre voluntad la ley. Y como el orden es más fuerte que el que lo quebranta, porque es la voluntad de Dios frente a la libertad del ser finito, el orden vuelve inexorablemente sobre el rebelde, y la reducción de éste por el castigo es el orden en actividad.

Inclusive aparece el diablo, algunas veces, como una suerte de agente de Dios, que vigila y acusa a los hombres día y noche [11], como en el libro de Job [12], y ejecutor de la Divina Justicia, en el Infierno. Lo cual no es extraño, pues toda criatura sirve a Dios, queriendo o sin querer, y la propia rebeldía acaba reducida a ejecutar, sin saberlo o sabiéndolo, la Divina Voluntad, siempre vencedora.

La sombra negra del diablo hace más resplandeciente la luz sobre la obra de Dios. No es *Deus inversus*, sino algo así como una imagen invertida y compendiada del esquema luminoso del universo.

También es de fe que el diablo no es uno solo, sino muchos. En Gerasa, respondió uno de ellos a Jesucristo, cuando le preguntaba por su nombre: "Mi nombre es Legión" [13].

Muchos, no sabemos cuántos; pero su abundancia es extraordinaria. Supera, acaso, a las más pululantes especies animales, acaso a todas juntas. Es un número inmenso, prodigioso.

De algunos sabemos el nombre, o, al menos, han podido ser identificados en su individualidad o en su persona hasta el punto de poderles aplicar uno. La inmensa mayoría responde tan sólo, como las bestias, a un nombre común. Constituyen "masa", como los hombres cuando pierden el respeto a su propia persona.

Sin embargo, entre todos destaca un epónimo.

Hay uno que es el jefe, porque no hay iniciativas colectivas ni en el cielo, ni en la tierra, ni para el bien, ni para el mal. Un demagogo los convenció, los sacó del cielo y los arrastró a la condenación. Estos inobedientes obedecen a un tirano; estos negadores de la jerarquía reconocen la de aquél que los perdió.

Incapaces de amor, están unidos por el odio, por el odio mutuo y por el odio a todas las cosas, y están dominados por la excelencia en el odio y en el mal de aquél que osó ser el primero.

Es a éste a quien se llama el Diablo por excelencia.

Éste, como los otros, fue en otro tiempo un Ángel de Luz. Acaso el más bello de los ángeles.

Se ha pretendido y es opinión moderna que recoge un escritor español, más o menos teñido de teosofía blavatskiana, la de que no hay más que un diablo: "Único y unipersonal, el Diablo, no necesita ni de Estado social ni de delegados de su poder para el ejercicio de sus funciones. No podría soportar su propia acción ejercida por otro. Meticuloso, exigente, desconfiado del propio éxito, no puede delegar en nadie la realización de sus propósitos. Es un emperador de un imperio que no tiene más límites que los propios y adecuados que le permiten su actividad. Él es su Estado. La frase es de Luis XIV; pero la inventó el Diablo" [14].

Es un párrafo irónico e inconsistente, que contradice la verdad inconmovible de la Escritura. Sin participar de tal creencia, Papini se expresa, sin embargo, de un modo análogo, teniendo únicamente en cuenta a Satanás.

II

"¿QUIÉN COMO DIOS?"

"¿CÓMO caíste, Lucifer —dice Isaías [13]—; tú, que brillabas en la mañana?" Este nombre, esta comparación con la Estrella, tuvieron gravísimas consecuencias. Lucifer significa Portador de la Luz. También le llaman Luzbel, que el pueblo cristiano suele interpretar "luz bella".

El Príncipe de los Demonios era un Ángel, es decir, no nacido de las tinieblas, no surgido de la materia o del caos, o respondiendo como la negación a la afirmación, o como la sombra a la luz, sino que apareció en el seno de la luz misma, creado por Dios con innumerables ángeles, más numerosos que las estrellas del cielo, que las arenas del mar, inmensamente, incomparablemente más numerosos que todas las sustancias materiales que podemos conocer. Pero uno de los más excelentes entre los ángeles, acaso el más excelente, el más elevado de todos, era Lucifer.

Espíritus puros, criaturas perfectísimas, adornados de los más altos dones naturales y preternaturales, de inteligencia, majestad y poder, de la inmortalidad y de la gracia santificante, destinados a la bienaventuranza eterna, a la perpetua visión beatífica y a los más altos ministerios en el servicio del Señor, los ángeles eran llamados Hijos de Dios; la incomparable luz celeste los envuelve y su belleza excede a toda imaginación. Pero es creencia muy extendida que Lucifer era de todos ellos el más hermoso, que sobrepasaba en mucho a todos en belleza y majes-

tad, que era el más luminoso y resplandeciente joyel en la Corte del Padre Celestial.

Sería absurdo que nos pusiésemos aquí a ponderar, *vía excellentiae*, los esplendores de las realidades celestes, cuando todo lo que puede decirse ha sido expresado inspiradamente por los Autores Sagrados, por los Santos Padres, por los Teólogos y los Místicos.

Pero las tradiciones del pueblo fiel suelen tener una elocuencia seductora: una dice que en la frente de Lucifer brillaba la Estrella de la Mañana; otra, que llevaba una corona de gloria en la cual resplandecía una gema desconocida y maravillosa de indecible refulgencia. Estas cosas dicen las tradiciones del pueblo fiel. Otras tradiciones, ajenas a la piedad cristiana, dicen otras cosas.

Graves consecuencias se han desprendido del nombre de Lucifer, Portador de la Luz. Cierto mago húngaro, paisano de Klingsor, que no hace muchos años vivía en París, Stanislas de Guaita, identificaba a Lucifer con la Primogénita de las Criaturas, esto es, con la Luz primordial que Dios creó diciendo: "Hágase la luz", al comenzar el primer día de la Creación, la cual es la "Luz Astral" de los ocultistas, y que los magos llaman "Gran Agente", cuyas propiedades describen con prolijidad. Stanislas de Guaita cerraba de este modo el paso a toda magia blanca, incluso a la magia natural, desengañando a los magos ingenuos y trayendo a todos a un ineludible satanismo [16].

Pero aquel nombre —*nomina numina*— no ha tenido tan sólo aquella consecuencia extravagante. Las ha tenido de rango filosófico, pues si Lucifer es Portador de Luz, bien podía ser imaginado por los partidarios de "las luces" como la luz misma de la Razón, que resplandecía en su frente, o como el que ha traído, robado del Cielo, la Razón a los hombres ignorantes, oprimidos por la Ley Celeste, como otrora Prometeo trajo a los hombres el fuego, arrebatado a los dioses...

En realidad, Lucifer era, según los doctores, un ángel de elevadísima jerarquía; del orden de los Serafines, según Suárez. "*Supremus Angelus* —dice santo Tomás [17]— *maiorem habuit naturalem virtutem quam inferiores.*" "*Tu signaculum similitudinis, plenus sapientia et perfectus decore*", dice Ezequiel [18] del

rey de Tiro, pero los Santos Padres aplican a Lucifer estas palabras, como las citadas de Isaías:

> *"... Il primo superbo*
> *che su la somma d'ogni creatura..."*

dice Dante [19], y en otro lugar:

> *"Vedea colui, che fu nobil creato*
> *più d'altra creatura..."* [20].

Este Ángel tan perfecto, tan extraordinariamente favorecido por la magnanimidad de Dios, tan prodigiosamente dotado de altísimos dones, tan amado del Padre Celestial, se rebeló contra Él y pecó, arrastrando a otros al pecado, por lo cual fue con ellos arrojado del Cielo y condenado a pena eterna en el Infierno [21].

Cuándo ocurrió este hecho fundamental para la economía del Universo y para la forma de la historia, no se sabe. Si queremos hablar el lenguaje de los eruditos, diremos que el término *post quem* está situado en la creación de los Ángeles; el término *ante quem*, en la tentación del Paraíso. Son muchos los que opinan que el pecado siguió de un modo casi inmediato a la creación de los Ángeles. Dante [22] declara que en un intervalo de tiempo menor que el que empleamos para contar de uno a veinte, una parte de los Ángeles, apenas creados, pecó y cayó.

Poco duró, diréis, la felicidad de aquellos Ángeles. Mejor sería decir: poco duró su fidelidad. Menos de un minuto. Pero mucho menos aún, la fracción infinitesimal, la más pequeña posible de imaginar, contemplando la Faz del Eterno, es tan más que suficiente dicha, que no puede compararse a nada de lo que el hombre pueda llegar a concebir. Pues esto y más aún: una eternidad de esto, arrojó de sí Lucifer sin piedad, sin duelo de sí mismo, sin gratitud ni consideración para Quien gratuitamente se lo daba, y a Quien debiéndolo todo, debía toda la adoración y todo el amor de que su ser fuera capaz.. Fue una decisión terrible, espantosa, entre la vida más sublime, y una muerte muchísimo peor que la muerte, porque es agonía eterna en la

rabia y en la desesperación. Elección libre, consciente, con pleno conocimiento de las consecuencias.

Dos son los pecados que se disputan el éxito de la rebelión de los Ángeles, a saber: la Lujuria y la Soberbia.

Cada uno tiene sus partidarios, y la disputa entre unos y otros llega a nuestros días en el seno de la escuela de los partidarios del Psicoanálisis. El maestro Sigmundo Freud está por la Lujuria; su discípulo Alfredo Adler está por la Soberbia; la primera se llama Líbido; la segunda, Voluntad de Dominio. Se la estudia en el hombre, pero la simiente —el mismo Psicoanálisis lo demuestra, a pesar de sus doctores— proviene de Lucifer.

La primera opinión se desprende del famoso Libro de Henoch, que, no siendo canónico, ha sido así y todo mirado con respeto por los Santos Padres, y, no pudiendo ser atribuido al Patriarca Henoch, puede contener tradiciones que se remonten a él. Desenvolviendo el relato del capítulo VI del *Génesis*, en que habla de los Hijos de Dios que se prendaron de las Hijas de los Hombres y se unieron carnalmente a ellas, dice que los Hijos de Dios eran los Ángeles, que de este modo pecaron y se hicieron rebeldes. A este sentir se inclinan san Justino *el Filósofo*, Atenágoras y Clemente de Alejandría.

Pero los textos del Eclesiástico [23]: "El principio de todo pecado es la soberbia"; de Tobías [24]: "No permitas jamás que la soberbia domine en tu corazón o en tus palabras, porque de ella tomó principio toda especie de perdición"; de Isaías [25]: "Lucifer, tú decías en tu corazón: escalaré el cielo, sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, sentaréme sobre el Monte del Testamento, al lado del Septentrión; sobrepujaré a las nubes, seré semejante al Altísimo", han inclinado a la mayoría de los Santos Padres y de los Doctores a creer que fue pecado de soberbia.

Según santo Tomás, Lucifer quiso ser tanto como Dios: "*Elevatum est cor tuum, et dixisti: Deus ego sum*" [26], y creyó que la bienaventuranza le era debida por naturaleza.

Duns Scoto dice que fue "lujuria espiritual" y "amor propio". Sin duda, una suerte de complacencia en sí mismo, en su propia belleza y perfección, como la de Narciso en la fuente

y un consiguiente apartamiento, por amor a sí mismo, del amor de Dios: *"Et elevatum est cor tuum in decore tuo..."*

Ésta pudiera ser, sin que nos atrevamos a escogerla (no es tal nuestra empresa), sino como expresión simbólica, más literaria que filosófica, de la polimórfica maldad del diablo —una suerte de síntesis entre ambas opiniones. Una libido refleja, vuelta sobre el mismo que la siente, y que, en su suprema infecundidad radical, sería imagen perfecta y siniestra —siniestra es, con todo su prestigio clásico, la figura de Narciso [27]— del espíritu de negación.

Mas la opinión que prevalece es la otra.

Ahora bien, la soberbia, que muy bien puede derivarse de la complacencia en sí mismo, puede manifestarse de muchas maneras: de aquí las opiniones de Tertuliano [28], san Cipriano [29] y san Gregorio Niseno [30], que dicen que Satanás tuvo celos del hombre, por ser criatura perfecta, a imagen y semejanza de Dios; de san Anselmo [31], que lo atribuye a presunción de la propia voluntad por parte del Ángel rebelde, queriendo lo que Dios no quería que quisiese; la del Dante [32], que supone que no supo esperar la plenitud de la gracia.

Suárez sostuvo una opinión de una gran trascendencia teológica: habiendo sido revelado a los Ángeles el misterio de la Encarnación del Verbo, Lucifer y los suyos se negaron, por orgullo, a adorar al Verbo encarnado [33]...

El número de los ángeles rebeldes no se conoce, como no se conoce el número total de los ángeles. Pretendieron los rabinos que éste era de 301.655.172, pero nada hay de cierto acerca del particular. En cuanto a los rebeldes, se cree que fueron una tercera parte [34]. Los demonólogos adelantaron cifras exactas: Wierus [35] dice que forman 6.666 legiones, compuestas cada una de 6.666 ángeles. Otros elevan el número mucho más, o aseguran que son incontables.

Sería ridículo que pretendiésemos describir aquí la lucha en el Cielo. John Milton lo ha intentado, con gran éxito de crítica y de librería; mas a pesar de haber escrito una de las obras

maestras de la literatura universal, o, si queréis mejor, "uno de los grandes libros de la humanidad", no por eso dejó de hacer literatura, sin conseguir tan sólo aproximarse, ni aun a respetuosa distancia, a los autores inspirados que del asunto trataron, sin más, de hacer historia. Donde la Biblia ha dicho aunque no sea más que una sola palabra, es ocioso repetir lo que allí se dice con aquel sincero e inimitable acento de verdad.

En dos palabras, la tradición dice:

Lucifer y sus ángeles se levantaron contra Dios diciendo: "*Non serviam: erimus sicut Deus...*" San Miguel tomó las armas contra ellos, diciendo: "¿Quién como Dios?" —que esto es lo que significa en lengua hebrea la palabra *michael*, que desde entonces es su nombre, y los ángeles fieles le siguieron.

"Entonces se trabó batalla grande en el Cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón, y el dragón y sus ángeles lidiaban contra él, pero éstos fueron los más débiles y no quedó ya para ellos lugar en el Cielo. Así fue abatido aquel gran dragón, la serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás, que anda engañando al orbe universo; y fue lanzado a la tierra, y sus ángeles con él." [26].

"*Satana proiectus est in terram.*" Cayó del Cielo como cae un rayo. "*Videbam Satanam sicut fulgur de Coelo cadentem.*" [27].

> "*Vedea colui* —dice Dante [28]— *che fu nobil creato*
> *Più d'altra creatura, giù dal cielo*
> *Folgoreggiando scendere.*"

Fulgurando, esto es, con relampaguear, no de luz celeste, sino como la siniestra centella azul de la descarga eléctrica, destructora y portadora de muerte, que deja tras sí olor de azufre, ese olor de azufre que en adelante será el distintivo de los diablos.

Llevaba ya consigo el fuego inextinguible que había de consumirlo eternamente sin aniquilarlo jamás. Llevaba ya consigo el Infierno.

El Infierno, "el abismo tenebroso" [29], en virtud del pecado de los ángeles, fue creado por Dios:

"Fecemi la Suprema Potestate,
La Somma Sapienza e il Primo Amore" [10].

Fue creado antes que el mundo:

"Dinanzi a me non fur cose create,
senon eterne" [11]

Antes de haber infierno no hubo cosas temporales, sino tan sólo cosas eternas, pero: "Dos son las eternidades —dice la glosa—, una absoluta, Dios; relativa la otra, los seres que, conseguida la existencia, se hacen inmortales, como los Ángeles, las almas humanas". El Infierno fue una consecuencia natural e inmediata del pecado.

Cuestión difícil es la situación del Infierno.

La creencia universal del pueblo cristiano ha sido hasta ahora, y aún lo es para los más, la de que el Infierno se encuentra en el centro de la Tierra. El mismo nombre lo dice: *Inferi*, los lugares inferiores, lo más bajo, lo más profundo, lo más hundido en el seno de la oscuridad y de la materia bruta... Satanás, precipitado del Cielo, "cayó", "descendió"... Como en el espacio exterior no hay arriba ni abajo, ese lugar inferior no parece que pueda estar sino en lo profundo, en lo más interior de este astro oscuro que se llama la Tierra, de este astro a todas luces excepcional, incluso para la ciencia moderna, en el que se dan las difíciles condiciones para la vida humana, para la conciencia y para el espíritu.

Dante coloca a Satanás en lo más profundo de la Tierra, coincidiendo con el centro de ésta el punto medio de su cuerpo, sumergido en hielo mortal. Dice que el Ángel rebelde cayó en el hemisferio sur y por eso la Tierra, llena de temor, se cubrió allí con las aguas del Océano:

"Da questa parte cadde giù dal Cielo;
E la terra, che pria di qua si sporse,
Per paura di lui fe del mar velo." [12].

El propio Apocalipsis dice que fue arrojado a la tierra: "*Sa-*

tana proiectus est in terram..." ¿Qué puede importar ante esto, cuanto digan los geólogos?, esos señores tan sabios, que prescriben a Dios los millones de años que le ha de llevar la Creación; tan meticulosos y preocupados, que exigen miles de años para el pulimento de un guijarro; de tan amplia visión, que cuentan los años y las leguas por cantidades que, de tan inmensas, no tienen nombre. Los que no les tenemos temor, ni casi respeto, preferimos atenernos al Catecismo. Al fin y al cabo, el Catecismo está aprobado por la autoridad eclesiástica, la cual no sabemos que haya aprobado ninguno de los sistemas imaginados por los geólogos.

Se citan opiniones de antiguos rabinos, de Santos Padres, como san Atanasio, san Juan Crisóstomo, y otros autores que han situado el Infierno en el aire; la de san Próspero, que lo supone en las nieblas del mar; la de Milton, que lo lleva a lugares situados a gran distancia de la tierra; y la del ministro evangélico Swinden, que lo colocó paradójicamente en el sol... Paradójicamente, porque, aunque allí sería concebible el suplicio del fuego —del que parece no poder dudarse, cualquiera que sea la naturaleza del fuego infernal—, nada más opuesto a la idea que tenemos del Infierno que la que tenemos del sol y la significación que le otorgamos: no es fácil concebir en el sol una mansión de tinieblas, siendo el astro fuente de luz física y símbolo de claridad mental.

También se dice que el Infierno puede no ser un *lugar*, sino un *estado*: el estado en que se encuentran los ángeles expulsados del Cielo y los hombres incursos en condenación eterna. Esta opinión es sustentada por católicos no sospechosos. Hubo y hay también los protestantes llamados *ubiquistas*, para los cuales el Infierno se encuentra donde quiera que se encuentre un réprobo. Es cuestión que concierne a los teólogos y no a nosotros.

La creencia común sitúa los cuatro Infernos (Infierno, Purgatorio y Limbos) en el mundo subterráneo, *abajo*, en lugar para llegar al cual hay que *bajar*, *descender*, y en esto convienen todas las religiones.

Así, los antiguos griegos localizaban la Puerta del Infierno al pie del Tanaro, en Laconia; en Sicilia, en el desierto de Libia y en otros lugares semejantes; los romanos, en el lago Averno,

en la Campania; los cristianos, en diversos lugares de Italia, de Francia, de Suiza, de Alemania, de España... Una de las muestras se encuentra en la cumbre del Teide, en Canarias, donde se muestra a los viajeros no sólo la puerta, sino los respiraderos y lucernas del reino de Satanás [43]. Son muchos los desfiladeros y barrancos profundos designados con el nombre de *Valle del Infierno:* hay uno en la Selva Negra, el *Hoellenpass*, célebre en las guerras del siglo XIX; y, nueva paradoja, hay un *Val do Inferno* (hoy llamado *Inferniño*) en las cercanías del venerado cuerpo de Santiago Apóstol, en Compostela. En los ríos de Galicia son frecuentes los *Pozos do Inferno*, honduras en que la leyenda dice haber caído Lucifer.

Todo indica una convicción constante acerca de la situación de los reinos infernales, de la que, de momento, no encontramos motivo perentorio para dudar. Un valle nos da siempre la sensación de hondura, de profundidad, y el haber situado el suyo los judíos en la *Gehenna* o valle de *Hinnon*, que rodea a Jerusalén por el Oeste, contribuyó a aquellas localizaciones.

Puerta del mundo subterráneo en donde se encuentran los Infiernos era aquella caverna que daba paso al *Purgatorio de San Patricio*, en Lough Derg, condado de Donegal, en Irlanda. Se abrió mediante las oraciones del santo, para que los irlandeses pudieran ver las penas del Purgatorio y del Infierno y convencerse. Allí se fundó una abadía, y se cerró la gruta con una verja de hierro cuya llave guardaba el abad. El que pretendiese visitarla debía solicitar permiso de su obispo, el cual procuraba disuadirlo de su empeño; mas, si esto no se conseguía y el pretendiente obtenía el permiso, debía permanecer quince días en la iglesia de la abadía, en oración y ayuno; al decimosexto, si persistía en su propósito, se le conducía en procesión a la caverna y allí lo dejaban cerrado con llave durante veinticuatro horas. Entonces volvían a abrir, y si lo encontraban vivo, lo celebraban, y después de otros quince días de retiro en la abadía podía emprender el regreso. Si al abrir la verja no salía, se le suponía muerto, y volvían a cerrar, sin ocuparse más de él, porque era señal de que había caído en poder de los demonios [44].

Sir Owein, caballero irlandés al servicio del rey Esteban de

Inglaterra, penetró en esta forma en el Purgatorio de San Patricio. Llegó a una extensa llanura que el ojo no podía abarcar, lugar lleno de dolores y miserias. Estaba cubierta de desdichados de ambos sexos y de toda edad, desnudos y tendidos boca abajo, sujetos al suelo con clavos de hierro candente, horriblemente torturados. De cuando en cuando, en las angustias del dolor mordían la tierra y ululaban pidiendo: "¡Gracia! ¡Gracia! ¡Piedad! ¡Piedad!" Pero no había quien se apiadase de ellos. Los demonios corrían por sus espaldas y los martirizaban a latigazos.

De allí llevaron al caballero a otra llanura en que los condenados yacían de espaldas. Dragones de fuego estaban sentados en sus pechos, en los que hundían sus dientes de fuego. Otros tenían alrededor del cuello, brazos y piernas, serpientes de fuego que metían los dardos de sus horribles bocas en sus corazones. Algunos tenían en el pecho sapos enormes y hediondos que con sus gargantas disformes hozaban en sus carnes, buscando el corazón. En otro lugar, los condenados estaban colgados en ganchos de hierro enrojecido, en medio de humaradas de azufre, o atados a ruedas de fuego, o eran rociados sin cesar con metales derretidos.

Después, los espíritus infernales condujeron a Owein a una alta montaña y le mostraron una inmensa multitud de desgraciados de toda edad y sexo que enteramente desnudos y curvados sobre la punta de los pies, vueltos al lado Norte, pálidos de espanto, esperaban la muerte. De pronto se levantó un violento torbellino de viento y los lanzó a todos, y a Owein con ellos, al otro lado de la montaña, a un río frío y fétido, en el que cayeron gimiendo y llorando. El caballero, invocando el nombre de Jesucristo, se volvió a encontrar en la otra orilla. Entonces los demonios lo condujeron hasta el Mediodía y le mostraron una llama negra que salía de un pozo y exhalaba sofocante olor de azufre. Esta llama lanzaba al aire cuerpos de hombres desnudos que parecían centellas de fuego, y que luego volvían a caer en el pozo ardiente. Los demonios se precipitaron en él y lanzaron a Owein con ellos. Cuanto más profundo descendía, mayor era el abismo y más atroz el suplicio.

Owein invocó de nuevo a Jesucristo y entonces la violencia

de las llamas lo lanzó al aire y, al caer, quedó algún tiempo aturdido.

Tal es la descripción de las penas de ultratumba que el caballero Owein hizo al salir de la caverna [13].

En 1397, entró en aquel lugar el vizconde catalán Ramón de Perellós, con objeto de comprobar si se había salvado el rey don Juan I de Aragón, de quien había dicho el rabino Aben Abiatar que estaba ardiendo en el Infierno. El vizconde lo encontró en el Purgatorio y sostuvo con él una conversación [14].

Existen muchos relatos de descensos al Infierno o de visiones en que se manifiestan aquellas penas: san Brandan, abad irlandés, en su navegación maravillosa en compañía de catorce monjes, a través del Atlántico, encontró la *Isla de los Condenados*, y otra en la que vivían los *Ángeles neutrales* en la lucha de san Miguel con Lucifer, convertidos en pájaros [15]. Citando al azar, mencionaremos las visiones y viajes de san Cirilo de Jerusalén, de los tres monjes orientales que fueron a buscar el Paraíso Terrenal, de Teófilo, de Tundal, de Ganchelin, del monje de Evesham, de Malatesta, de Guido Cassi, de santa Teresa de Jesús, etc. [16].

San Valerio, abad del Bierzo, en el siglo VI, refiere las visiones de sus monjes: Máximo, conducido por un ángel hasta el extremo, donde le faltaba la tierra, hasta el borde del abismo, recibió la orden. "Y díjome: «Inclina tu oído hacia este precipicio». E inclinándome hacia aquella horrendísima profundidad, nada podía ver, porque una niebla tenebrosa subía de allí hacia lo alto, de tal modo que parecía muro del mismo paraíso; inclinándome hacia abajo, escuchaba: y ninguna otra cosa oí sino aullidos, gemidos, lamentos, llantos y estridor de dientes; y un hedor intolerable y horrendo que subía. Mas aterrado por inmenso pavor, grité hacia él, diciendo: «Señor, sosténme, que no caiga.» Y aquél dijo: «No temas, pues no caerás.»."

El monje Bonello, después de ver la amenidad del Paraíso, "arrebatado en éxtasis por el ángel maligno, soy precipitado en el abismo como piedra arrojada en lo profundo... y condujéronme a presencia del impiísimo Diablo. Era terrible y digno de infundir miedo, encadenado con fortísimas cadenas y un ave férrea a semejanza de cuervo se posaba en su cabeza, en la que

se adhería a él el extremo de las cadenas. Mas de la inmensidad de las penas, cuanto puedo recordar diré como aquél decía, ardía un inmenso e inenarrable fuego como de pingüísima tea ardiente y sobre aquel fuego una cubierta no muy alta de bronce, a la que llegaban las llamas. De aquel fuego salía un mar de pez que ocupaba inmenso espacio, el cual bullía en cruel y durísimo hervor. Como permaneciese en presencia de aquel atrocísimo Juez, súbitamente llegaron tres ángeles inicuos. Uno de ellos era un infame Gigante. El segundo le llegaba sólo a los hombros. El tercero, sólo a la mitad. Aquellos dos ofrecieron dos almas de pecadores. Pero aquel exiguo nada mostró, por lo cual violentamente le increpó y mandó a los otros dos que llevasen aquellas almas y las arrojasen en el terribilísimo fuego, y así lo hicieron. Después de esto me condujeron más abajo, hasta aquel mar ígneo, y me mostraron el pozo más hondo del abismo, que es la más grave y más cruel de las penas. Aterrado por el pavor, no me atrevía a mirar adentro; se levantaron muchos arqueros y comenzaron a asaetearme. Sentía las saetas de ellos como gotas de agua fría. Y con el signo de la Cruz, los sostuve en torno mío, y vino quien me libró de su inicua dominación y me restituyó a la luz de arriba." [19].

A estas descripciones del Infierno las podemos llamar "experimentales". Se refieren, como es natural, a las *penas de sentido*, que son las que pueden ser vistas, real o simbólicamente; de la *pena de daño*, o sea del apartamiento de Dios, que es el Infierno esencial, ¿cómo podríamos dar una idea? Resumiendo visiones de aquel tipo, Cesáreo de Heisterbach expresa las penas del Báratro en unas palabras latinas: *pix, nix, nox, vermis, flagra, vincula, pus, pudor, horror*, o sea: pez hirviendo, nieve helada, noche oscura, repugnantes gusanos, fuego ardiente, pesadas cadenas, supuración asquerosa, innoble vergüenza, horror sin fin [20].

Sobre un modelo cristiano, que sin duda nos transmiten los textos de san Valerio, está imaginado el Infierno de los musulmanes, que siguieron la división en siete círculos establecida por los hebreos cabalistas; estos círculos son: 1.°, la *Gehenna*, para los musulmanes; 2.°, *Ladha*, para los judíos; 3.° *Holama*, para los cristianos; 4.°, *Sair*, para los sabeos; 5.°, *Sakar*, para

los magos; 6.ª, *Djahem*, para los idólatras; 7.ª, *Harvigar*, para los ateos. Tiene el Infierno musulmán siete puertas, guardadas cada una por diecinueve ángeles; los condenacos están entre llamas y azufre, grillos y cadenas, serpientes, ranas y cornejas, pero los islamitas serán librados por el Profeta, al cabo de siete mil años.

El filósofo místico Mohidin Ben Arabí, de Murcia, distribuye el Infierno en dos partes: una está destinada a castigar los pecados externos, o de acción; la otra, los internos, o de pensamiento; de una parte, se encuentran los ateos y los incrédulos, de la otra los politeístas y los hipócritas. El Infierno se compone de siete círculos concéntricos, destinados a los pecados de los sentidos y de las partes del cuerpo: el correspondiente a la vista se llama *Sichin*; el del oído, *Alhathma*; el de la lengua, *Ladhi*; el de las manos, *Sacar*; el del vientre, *Asair*; el del sexo, *Alchahim*; el de los pies, *Chahanam*. En cierta manera, esta división corresponde a la de la figura humana, empezando por la cabeza y acabando por los pies [51].

En estas descripciones mahometanas del Infierno se asegura haberse inspirado el Dante [52]. Los hebreos habían dejado poco que los cristianos pudieran aprovechar: el *Sheol*, morada subterránea de las almas, llamada a veces "pozo del abismo" y "fosa de perdición", comprendía dos regiones: el Seno de Abraham, morada en donde los justos esperaban al Mesías, y la *Gehenna*, o el *Abbadon*, hoyo tenebroso sin fondo, destinado a los réprobos [53]. Hay que tener en cuenta que hay muchas descripciones cristianas anteriores al Dante; hemos mencionado algunas y no hemos de detenernos en las del *Evangelio de Nicodemo* [54], de la *Revelación de San Pedro* [55], la visión de Carlos *el Calvo* [56], etc. El Dante recogió también mucho del Infierno pagano clásico, dando un valor alegórico a las conocidas figuras del río Aqueronte, con el barquero Carón, el Cancerbero, la laguna Estigia, la ciudad de Dite o Plutón, etc., que ha tomado del Infierno de Virgilio.

Otro de los personajes célebres de quien se dice haber descendido al Infierno en vida es el Doctor Fausto. En su leyenda se le ve descender a hombros de Belcebú, en una silla construida con huesos humanos. En Milton reaparecen las imágenes clási-

cas: el Infierno, que es un inmenso globo distante del Cielo tres veces lo que el centro de la tierra del polo, rodeado de tres bóvedas de fuego devorador, está rodeado de los cinco ríos antiguos: el Stix, el Aqueronte, el Cocyto, el Flegetón y el Leteo. En la puerta están la Muerte y el Pecado y comunica con el mundo por un puente construido cuando Adán pecó. Dentro, las Furias arrastran a los precitos del hielo al fuego y del fuego al hielo... Con gran indignación citan los progresistas la pintura del Infierno del canónigo francés P. Francisco Arnoux: "En el Infierno, un diablo grita al otro: «Pega, desuella, ahoga, mata, asesina sin perder tiempo; pon sin tardanza a éste en las llamas, arroja a éste a los hornos y a las calderas hirvientes». Y las mujeres vanas tendrán entre sus brazos un crudelísimo dragón inflamado, o si mejor lo prefieren, un diablo en forma de dragón el cual les ligará con su cola serpentina los pies y las piernas, al mismo tiempo que herirá todo su cuerpo con sus crueles garras, pondrá su babeante y apestosa boca sobre la boca de las condenadas y vomitará sobre ellas llamas de fuego y azufre con ponzoña... Y finalmente, este dragón les causará mil dolores... y todos los condenados gritarán azuzando contra ellas a los demonios." [27].

Chateaubriand [28] da, en cambio, una impresión grave e imponente, en la que toma en cuenta las penas espirituales, el pesar tardío e impotente, el odio, la envidia a los bienaventurados, la inutilidad de las oraciones por las almas de los condenados.

"*Ho perduto il Paradiso*", se oye cantar al diablo en el prólogo del *Mefistofele*, de Arrigo Boito...

Lucifer, el más bello de los ángeles, quedó convertido en la más espantosa de las criaturas:

"*S'ei fu si bel com'egli è ora brutto...*" [29]

Ninguna criatura de tan horrible aspecto, tan monstruosa, tan innoble, tan repugnante, tan inmunda, tan deforme, tan repulsiva, tan hedionda... Se engañan los que han querido repre-

sentarlo adornado de una belleza triste o de una hermosura siniestra. No puede ser así, porque lo siniestro no puede ser hermoso, y porque su sentimiento no es la tristeza, sino la rabia.

Rigurosamente, los ángeles no tienen cuerpo ni, por lo tanto, forma ordinariamente visible a nuestros ojos. Las formas en que se nos presentan, como tales, por un efecto prenatural o milagroso, son la expresión sensible de sus cualidades espirituales. Por lo tanto, siendo las que son las cualidades espirituales de los diablos, cuando éstos, por permisión divina, se nos presentan como tales, sus formas no pueden aparecer bellas. Por el contrario, su fealdad es proporcional a su antigua belleza, porque es la fealdad inmensurable del pecado y más aún, del primer pecado, el que fue raíz y origen de todos los pecados del mundo.

El que de ellos fuera mayor que los otros en virtud se hizo superior a toda criatura en el mal. Santo Tomás lo razona con sencillez llena de evidencia: "*Quia igitur supremus Angelus maiorem habuit naturalem virtutem, quam inferiores, intensiore motu in peccatum prolapsus est; et ideo factus est etiam in malitia maior.*" [illegible].

El Ángel de Luz quedó convertido en Ángel de Tinieblas. Fue como una inversión completa de su naturaleza original, sin perderla, ni perder ninguna de las prerrogativas debidas a ella. Perdió la gracia santificante, los dones sobrenaturales, pero no los naturales ni los preternaturales. Sólo que su naturaleza, destinada al bien, quedó, como si dijéramos, invertida. Es como si antes estuviera cabeza arriba, con la frente elevada hacia el Sumo Bien, reflejando en ella la Luz increada, como la Estrella de la Mañana, que era su símbolo, refleja la del Sol, y ahora estuviese cabeza abajo, en actitud de eterna caída hacia el mal absoluto, hacia la oscuridad profunda, reflejando tan sólo su frente el ardor insoportable de las llamas eternas.

Hemos de ir viendo los efectos trascendentales de esta primera y original "inversión de valores"... Todo es *al revés* en el mundo de los diablos: blanco es el color de los ángeles, negro y rojo el de los demonios; hablamos tradicionalmente, y hablan los Libros Santos, de la diestra del Altísimo, y la mano siniestra es la que opera en los demonios, el lado izquierdo de las

cosas y de los seres el que les pertenece; los ángeles viven en la luz, los demonios en las tinieblas; los ángeles arriba, los demonios abajo; entre los ángeles el orden, entre los demonios la confusión; entre los ángeles el amor y la benevolencia, entre los demonios el odio y la envidia...

Así, el que pretendió erigir frente al de Dios su trono fue destronado, y la corona de gloria cayó de su cabeza.

Una tradición, cuyo origen se desconoce, afirma que, con la corona de gloria, cayó de la frente de Lucifer aquella gema de maravilloso esplendor que allí centelleaba deslumbrante, como si la luz abandonase para siempre el alma del rebelde.

Aquella misteriosa gema quedó en poder de san Miguel Arcángel y de ella —*angelicae fecere manus*— fue fabricado en el Cielo el Santo Grial, la copa en que el Redentor había de consagrar el vino en la Santa Cena, y en la cual, al bajar Su Cuerpo de la Cruz, había de ser recogida Su Preciosa Sangre... El Santo Grial quedó en el Cielo, adorado por los ángeles, hasta que éstos lo transmitieron a los hombres en los primeros tiempos de la Edad Patriarcal.

III

"SERÉIS COMO DIOSES"

Los demonios maquinan contra el hombre, porque no pueden soportar que el hombre haya sido creado a imagen y semejanza de Dios, que su linaje esté destinado a ocupar los sitiales que ellos abandonaron en el Cielo, y que el Verbo Divino hubiese de encarnar, uniéndose a la humana naturaleza.

Tres cosas hay: Dios, el Universo y el Hombre.

Tres objetos para el odio de Satanás. En Dios, desea atropellar la Verdad, la Belleza, la Justicia, la Misericordia... ésos que llamamos "los Valores", y que son los atributos de la Naturaleza Divina.

En el Universo, quiere destruir el Orden y la Vida, introduciendo la confusión y la muerte.

En el Hombre, quiere corromper la Imagen Divina e insultar el habitáculo del Verbo.

De este modo, desde la aparición del hombre, empezó la gran lucha entre el hombre y el diablo, lucha constante, persistente, interminable, sin cuartel, sin tregua ni descanso, en la guerra y en la paz, en la vigilia y en el sueño, en el dolor y en el gozo, en la razón y en la locura. El hombre se imagina que está solo frente al mundo, y en realidad, el diablo lo ronda siempre, viene a su encuentro, cruza su camino, sigue sus pasos, lo acompaña, traza en su torno círculos, epiciclos y figuras, lo llama, lo empuja, vuela sobre su cabeza, repta bajo sus pies.

Se figura el hombre que lucha con la naturaleza, y en rea-

lidad el diablo acumula obstáculos ante él, endurece la piedra que trabaja, desvía la herramienta, quiebra el arma, esteriliza su inventiva, hace fracasar sus intentos, o los facilita cuando han de ser dañinos para quien los emprende o para otro.

Cree el hombre que pelea con otros hombres, y en realidad, el diablo ha suscitado aquel enemigo, ha impedido aquel acuerdo, ha roto aquella transigencia, separado aquella amistad; él es quien guerrea con las armas de ambos bandos, quien sugiere los medios mortíferos, quien cultiva la astucia, quien enseña las malas artes, quien prolonga las guerras, quien fomenta los odios, los pleitos, las disputas, las envidias; muda los ánimos, rinde los buenos propósitos, desmaya las buenas voluntades... *Ubique daemon* [41].

"*Serpens, qui erat callidissimum inter omnia animantia...*"

La primera figura visible del diablo fue la serpiente. La serpiente tiene la marcha silenciosa, sinuosa y engañadora. Se arrastra, *anguis in herba*, por la tierra, medio oculta por la vegetación. Tiene brillante piel, recamada de extraños arabescos: "*Va vestida de pana labrada*", dice una antigua adivinanza gallega, con dibujos misteriosos, que parecen una escritura arcana, y pudiera ser que lo fuese. Tiene —dijo alguien— "ojos de diamante", lengua bífida, como la horquilla que sirve de cetro a Satanás. Tiene, sobre todo, el poder de la fascinación: "*O que a ve pasmado se queda*", dice aquella adivinanza, es decir, seduce a su víctima, la paraliza, la reduce a la impotencia. Tiene, además, el veneno.

La voz de la Serpiente del Paraíso debió ser un silbido que pareciese musitar al oído palabras misteriosas y seductoras, palabras de ésas que sólo pueden ser dichas en voz baja. Debió tener la suntuosidad de tisú de su piel pintada, entre aterciopelada y metálica. Debió tener la suavidad de las ondulaciones, a un tiempo graciosas y viscosas, de su cuerpo blando y frío. Debió tener el veneno sutil y rapidísimo de sus dientes.

El silbido representa el engaño; el terciopelo, la facilidad del pecado, que siembra el camino del hombre de trampas y cepos

bajo la blandura del césped, que tiende bajo los pies del hombre caminos de terciopelo; "*le chemin de velours*" de Remy de Gourmont, gran doctor en debilidades humanas; el metal es el esplendor de la vana ilusión, que despierta el deseo de transgredir la ley, la falsa paga de la acción perversa; el ondular suave es la inconstancia del Maligno, que se separa del engañado; la frialdad es su indiferencia a las consecuencias del engaño, y el veneno es la huella del mal y su castigo, por lo cual fue introducida la muerte en el mundo.

"El mal, que en sus recursos es proficuo...", dijo Amado Nervo. Sin embargo, Satanás, en el Paraíso, no echó mano de nueva invención; se limitó a repetir lo dicho en el Cielo: "Seréis como dioses".

La verdad es que se dirigió a la mujer para unir su seducción a la suya... Desde entonces quedó siendo la mujer ocasión demasiado frecuente de pecado. Aquélla fue la primera victoria de Satanás. Incompleta, pero suficiente para darle un papel de primer orden en la historia del mundo.

Un famoso escritor protestante, Hugo Grocio, que pasa por uno de los fundadores del Derecho Internacional, escribió en su juventud una tragedia titulada *Adamus exul*, en la que aparece el diablo tentando primero a Adán, que lo rechaza, por lo cual se dirige el diablo a Eva, para triunfar por medio de ella de los hijos de Adán [42]. Una tradición hebrea pretende, en cambio, que antes de estar unido a Eva, Adán tuvo por mujer a Lilith, demonio hembra, que le dio muchos hijos; abandonada después por el primer hombre, se unió al demonio Samael (de quien hacen también el ángel de la tentación) y concibió un odio sañudo y cruel contra Eva, su rival, y contra sus hijos y descendientes, procurando herir y matar a los niños al nacer. Los judíos la apartan de la cuna de sus hijos con oraciones, amuletos y conjuros [43]. La opinión de que el pecado de nuestros primeros padres no fue otro que la unión de los sexos, y de que esto es lo que significa el *fruto prohibido*, es más común de lo que se cree. Es muy antigua y procede seguramente de fuentes judías apócrifas y de fuentes gnósticas; se relaciona con las ideas gnósticas condenatorias de la procreación, que liga las almas, encerrándolas en la materia ciega, obra del Demiurgo.

Se relaciona principalmente con el *misterio del sexo*, muy propio para crear obsesiones en la mente humana, por lo cual no es extraño que la encontremos en todas las épocas y que llegue a la nuestra. Papini cita un libro reciente escrito por un médico, en que sostiene esa interpretación [44].

El hombre quedó sujeto al dolor y a la muerte, en peligro constante de pecado y condenación, propenso a la soberbia y a la locura, a la ignorancia y a la miseria.

En ley natural, cuando dos campeones justan en la liza, si uno de los dos es derribado, queda a merced del vencedor, es su prisionero, y si desea la libertad, ha de pagar su rescate. Esto sucedió con el hombre, vencido por el diablo en el Paraíso. Quedó prisionero, a merced de Satanás; éste adquirió sobre él todo el poder que tiene el vencedor sobre el prisionero, poder omnímodo, como de señor sobre esclavo, y, como él era incapaz de rescatarse, el mismo Dios hubo de rescatarlo, entregando para ello a su Hijo, para que pagase por él el precio de su Preciosa Sangre.

Mientras no se consumó el drama de la Redención, la victoria de Jesucristo, el hombre fue esclavo del demonio. "Desde aquel momento —dice una piadosa novena que sabemos de memoria desde pequeños— quedaron lavados los pecados del mundo, vencido el Infierno, despojado el Príncipe de las Tinieblas del tirano despotismo que ejercía sobre todas las criaturas y elevados nosotros del envilecimiento de esclavos a la alta dignidad de hombres libres y de verdaderos hijos de Dios, por medio de la gracia."

Pero hasta entonces... Fijémonos bien en las palabras que acabamos de citar: "...el tirano despotismo que ejercía sobre todas las criaturas...", es decir, no sólo sobre los hombres, sino también todo ser vivo, sobre el mundo entero; por eso se le llama muchas veces el Príncipe de este Mundo.

"Príncipe de las Tinieblas"... No podré resistir la tentación de poner aquí un recuerdo personal: cuando en mi niñez en la iglesia o en mi casa, escuchaba aquella oración de la novena, yo *veía* al Príncipe de las Tinieblas. Subido a un estrado de varios escalones, cobijado por un pabellón de grandes cortinajes recogidos, destacaba en fondo enteramente negro, adelantando un

pie y descansando sobre el otro, con una mano en el pecho y ropa corta ceñida a la cintura. Recordaba los emperadores y procónsules que ordenaban los martirios, en una edición antigua del *Año Cristiano*, en tomos diminutos, cuyas ilustraciones solía yo hojear cuando aún no sabía leer; pero llevaba un turbante enorme y pomposo, y de su espalda caía regio manto con cola. Todo era perceptible, excepto su faz. Ésta es la figura que yo veo indefectiblemente cuando oigo o leo la expresión "Príncipe de las Tinieblas"... Una suerte de Majestad oscura, de Realeza siniestra. Responde lejanamente al modelo de "el Tirano", de "el Persecutor", moro o pagano, procónsul o sultán... En realidad, él es el modelo de los tiranos y de los perseguidores.

La naturaleza humana quedó dañada por el Pecado Original, con la *fomes peccati*. Perdió el hombre los dones sobrenaturales y preternaturales y quedó sujeto al dolor y a la muerte.

Pero no sólo quedó dañado el hombre, sino el mundo. En la economía de la naturaleza se produjo un desequilibrio; unas cosas quedaron ligeramente desencajadas de las otras; todos los caminos sufrieron una torcedura, una ligera inflexión [illegible]; a la ley de la inmutabilidad, sucedió la ley del cambio... Parménides pudo tener razón —aunque jamás la tuvo— antes del Pecado, pero desde el Pecado la tuvo Heráclito; el pecado de Parménides, y el de todos los griegos, consistió en su obstinación en desconocer el Pecado. Los griegos desconocieron a Satanás, por lo cual, Mefistófeles declara a Fausto que no tiene jurisdicción sobre su mundo. Los griegos sustituyeron a Satanás por Prometeo, que era un hombre. ¿No querrá esto decir que los griegos se condenaban solos, que no necesitaban del diablo para condenarse? ¿O será verdad, como supuso el Dante, que cuando morían iban a los Campos Elíseos, una especie de Seno de Abraham del que no se puede salir jamás?

Hay una tradición que asegura que, inmediatamente que Adán metió la manzana en la boca, cayó una paloma muerta a sus pies. La muerte acababa de entrar en el mundo.

De este modo, la muerte entró en el mundo por industria del

diablo; es, en cierto modo, casi una creación suya, por lo menos aparentemente. De aquí cierta tendencia de la mente humana a concebir una suerte de parentesco entre la Muerte y el Diablo. Ambos anduvieron juntos en sátiras, misterios y moralidades No es difícil, aunque siendo el Diablo un ser y la Muerte un acontecer, para que pueda hacer pareja con aquél, la Muerte ha de ser previamente personificada. En efecto, recibió de los antiguos figura y atributos: la figura proporcionada por sus víctimas; los atributos cedidos por el dios del Tiempo —Cronos o Saturno, a voluntad—, parte de cuyas funciones asume, en sustitución o en competencia con la tercera de las Parcas. No hemos de desentrañar este intrincado simbolismo, que no se sabe a dónde nos llevaría; aquí se trata solamente de que, si no hemos logrado saber quién es la madre del Diablo, de la que hemos oído hablar con insistencia, podemos considerar a la Muerte, en cierto modo, como su hija.

Pero el Reino de la Muerte no es el Reino del Diablo. El de la muerte se asemeja al mundo de Parménides, el de la inmovilidad total y absoluta, que se expresa en la rigidez cadavérica, pues el proceso ulterior de corrupción y disolución es un fenómeno cósmico, que no pertenece ya a la Muerte: el cadáver, al descomponerse, entra de nuevo en el torbellino vital, pero ha dejado de ser lo que era.

Sin embargo, como la Muerte es su causa (ocasional al menos), acaso sea éste el motivo de que el pueblo cristiano haya concebido el Reino de la Muerte como una simbólica Danza en que se igualan el papa y el emperador con el juglar y el mendigo.

Y acaso este pretendido parentesco entre ambas entidades haya sido el que ocasionó la confusión que algunas veces se observa en las tradiciones populares entre la procesión de las almas en pena (los muertos) y una traílla de brujas y diablos.

Otra tradición dice que todos los animales comieron del fruto prohibido, excepto el Fénix. Por esta causa todos ellos quedaron sujetos a la muerte, pero el Fénix siguió siendo inmortal.

Sin embargo, también el Fénix ha de renovarse cada quinientos años por el fuego. ¿Qué significa esto? ¿Acaso la pe-

riódica renovación del mundo? Se equivocó Parménides, por desconocer el pecado. El pecado de Heráclito fue olvidarse del Fénix; se equivocó al creer que las cosas no pueden volver a su origen. Sin embargo, los griegos sabían del Fénix y creían en la renovación del mundo.

Después de dar muchas vueltas y revueltas, la serpiente se muerde la cola en cuanto el diablo se separa de ella. La serpiente que se muerde la cola es la representación de la gran ley cíclica. ¿Cómo se originaron los ciclos?

Si Satanás hubiera triunfado sobre el Orden del mundo, esto es, sobre la voluntad de Dios, todas las cosas hubieran quedado perpetuamente desencajadas e inconexas, se hubieran borrado todos los caminos y el fluir imaginado por Heráclito sería contradictorio y discontinuo; pero de hecho no es así. Como el Orden del mundo es la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios no puede ser vencida, el Orden reobra naturalmente sobre el desorden, lo enmienda, lo subordina, lo engloba, y lo que era desorden queda sujeto a ley. A la ley de la inmutabilidad, hemos dicho, sucedió la ley del cambio, que también es ley. La excepción confirma la regla, porque también está sujeta a regla la excepción. Incluso Satanás y los suyos nada pueden hacer sin que Dios se lo permita. Si el Orden anterior al Pecado era un Orden estático — vamos a suponerlo — por el quebrantamiento que el Pecado produjo, el Orden, en su reobrar, en su reacción, se convirtió en un Orden dinámico, en un devenir evolutivo y cíclico, que anula todo desorden y lo enmienda, y restaña toda desgarradura, y cicatriza todo pecado. La naturaleza sigue llevando un curso regular, aunque casi indefinidamente variado y variable a nuestros ojos, inmensamente rico y multicolor, pero trazando siempre figuras llenas de sentido, y susceptibles, en último caso, de interpretación. Por eso nos enseña la metafísica que todo ser es aquellas seis cosas: *ens*, *res*, *aliquid*, *unum*, *verum*, *bonum*. Satanás no pudo destruir la realidad de los "trascendentales".

De esta manera, el que a primera vista parece el mayor triunfo del diablo quedó, no esterilizado, pues ni el diablo ni los efectos de su "trabajo" quedaron privados de dañar, pero sí "superado", como dicen algunos de sus discípulos, de una

manera que no es ni mucho menos lo mismo, pero que ofrece cierto lejano parecido con la síntesis hegeliana.

Tanto es así, que ninguna filosofía es enteramente falsa, aunque proponga como verdadero lo que es falso en realidad, sino que necesariamente arrastra lo que de verdad necesita para subsistir.

Aquello de que el diablo es "aquella fuerza que siempre quiere el mal, y que siempre hace el bien" queda así perfectamente explicado en lo que respecta a su proyección cósmica. Otra cosa ya es en cuanto la acción diabólica se aplica a la historia: en la historia estamos en el reino de la libertad, y la libertad es el más peligroso de todos los privilegios.

IV

EL IMPERIO INFERNAL

QUE Satanás tenga su Imperio, no puede dudarse. En cuanto tiene poder, tiene Imperio. *Imperium* significa "mando", "postestad de mandar", "de dar órdenes y obligar a su cumplimiento". Así dicen los juristas. Satanás manda en los diablos y hombres que se entregan a él por el pecado.

En el *Imperium*, como potestad histórico-política, entran factores territoriales, factores de población, factores de cultura y factores de conciencia.

Pues el Imperio de Satanás tiene su territorio, su ámbito de competencia, su área de jurisdicción. Tiene su Metrópoli y sus Colonias. La Metrópoli es el Infierno; mas, al menos en potencia, su espacio de expansión colonial abarca toda la tierra habitable. En general, fuera del Infierno, a primera vista, no parece que Satanás ejerza un verdadero imperio sobre el territorio, sino tan sólo sobre las personas; no parece poseer señorío solariego, sino tan sólo jurisdiccional. Sin embargo, si nos fijamos bien en lo que acontece, encontraremos que, aunque sea de un modo temporal y no permanente, hay países que se comportan durante siglos como verdaderas colonias del Imperio infernal, por como vemos comportarse a sus gentes en su política y en sus costumbres. En otros lugares, no poseerá Satanás bajo sus órdenes más que Minorías Nacionales esparcidas, más o menos numerosas; pero hay naciones en las cuales las mayorías y los gobiernos viven como entregados a él [66].

Entre los hombres, al Imperio de Satanás pertenece el que quiere. Basta un mal pensamiento para adquirir en él ciudadanía, pero es necesaria la falta de contrición para conservarla, si bien es condición bastante fácil. La ciudadanía infernal confiere el derecho a darle gusto al cuerpo y a practicar los siete pecados capitales, si hay salud para resistirlos y dinero para pagarlos; los deberes, en cambio, se cumplen, por lo general, después de la muerte, y consisten en aguantar el fuego eterno.

Muchas veces se han reconocido al diablo derechos de carácter territorial como el de cobrar impuestos sobre las cosechas, impuestos que han de pagar, no sólo los que arriba consideramos como ciudadanos de su Imperio, sino todos los habitantes del país. El diablo, que ronda por el mundo, nunca se va con las manos vacías; por lo tanto, hay que darle una parte en la cosecha; así, en Escocia, dejaban sin segar algunos surcos de trigo, para el diablo, a quien llaman el *Hombre Viejo*; en la Armórica, en el siglo XVII, le dejaban puñados de alforfón en las zanjas; en las Costas del Norte de Francia, se le dejaban haces en los campos; en algunas partes de Italia, le pertenecía la cadena del caldero que pende sobre el fuego del hogar; en otros países le echaban linaza o guisantes [47].

Incluso cobra algunas veces contribución de sangre, reclutas forzosos para su ejército. Así, en Galicia, si un matrimonio tiene siete o nueve hijos varones seguidos, sin que nazca en medio ninguna hembra, uno de ellos tiene que ser *lobishome*, es decir, licántropo; y si la serie es de niñas, en la misma forma, una de ellas tiene que ser bruja, porque el diablo siempre se lleva lo suyo [48].

En cuanto a la tercera clase de factores, todos sabemos que existen invenciones, descubrimientos, hipótesis, sistemas, leyes, usos, espectáculos, obras de arte y de poesía, hasta religiones, en los que Satanás tiene grandes motivos para complacerse.

Por fin, en el Imperio de Satanás, la conciencia huelga.

Estudiaremos este Imperio en sus aspectos principales.

a) *Poder de los demonios*

La Teología nos enseña, que, privados de la gracia y daña-

LÁM. 1. — EL ÁNGEL CAÍDO
LÁM. 2. — DIABLO EN EL INFIERNO









dos en su naturaleza, los demonios quedaron incapaces de amor y de contrición, de toda virtud; no pueden hacer el bien, ni desearlo; no pueden gozar un momento de tranquilidad ni de descanso; no hay para ellos alivio alguno en la pena; alejados de Dios para siempre, sufriendo pena de daño y pena de sentido; condenados al fuego eterno, tanto más terrible cuanto más alta es su naturaleza, se revuelcan en la inmundicia y en la blasfemia sin poder recrearse en ellas; hacen el mal sin poder gozar de él.

Se atribuye a Orígenes el pensamiento de que, siendo el diablo resultante de la voluntad de Dios, no puede permanecer siempre diablo; pero esta proposición fue declarada herética.

Sin embargo, los diablos conservan todos sus dones naturales y preternaturales. Espíritus puros, poseen la ligereza y libertad de movimientos propias de los ángeles; la virtud locomotiva, por la que pueden trasladarse instantáneamente de un lugar a otro, por apartados que estén, y producir fenómenos de multilocación real o aparente.

Pueden tomar las más diversas apariencias, animales, humanas o extrahumanas, y aún superhumanas, ya revistiéndose de materia tomada del mundo físico, ya formando fantasmas en la imaginación de aquéllos a quienes se aparecen.

Pueden mover la materia, y, por lo tanto, trasladar de lugar los objetos, transportar a las personas, hacer hablar o moverse a un cuerpo muerto, producir sonidos, imitar voces familiares o conocidas, mover la lengua del hombre o del animal para que diga lo que él quiere, causar enfermedades, placer y dolor; dar origen a fenómenos sensibles que superen las fuerzas físicas.

Pueden también, según muchos, unirse carnalmente con mujeres y con hombres, como íncubos o súcubos, respectivamente; mas, según la opinión más extendida, no pueden procrear. Otros hay que dicen que sí pueden, a saber: muchos rabinos hebreos, que supusieron que los demonios tienen sexo, y de un modo natural, acto generativo eficaz, lo cual les atribuyen también algunos demonólogos y demonómanos cristianos, si bien los más opinan que, si los íncubos engendran, es aprovechando de diversos modos la simiente de los hombres.

←

LÁM. 3. — LUCIFER
LÁM. 4. — SATÁN EN SU TRONO

Pueden, como es bien sabido, tentar y seducir a los hombres, induciéndoles al pecado, aprovechando y fomentando sus malas inclinaciones, presentándoles delante todos los atractivos de la acción mala, o sus provechosos resultados y hasta presentándosela, incluso, como deber de conciencia, o desvaneciendo su gravedad.

Pueden, en la persecución del hombre, por medio de la tentación, llegar a obsesionarlo, por medio de un asedio constante, que lo atormenta y lo trastorna, sin hacerle perder el conocimiento ni la consciencia de sí mismo.

Pueden entrar en el cuerpo de una persona viviente y hacerse luego dueños de él, actuando desde su interior, sirviéndose de sus órganos, mirando a través de sus ojos, escuchando por sus oídos, hablando por su boca, actuando con sus miembros, incluso contra su voluntad, y privándola pasajeramente del uso de la razón y de la consciencia.

Pueden, en lugar de poseer el cuerpo, poseer el alma de su víctima: "Consta que son vejados más grave y vehementemente aquéllos que, no apareciendo que sufren aflicción alguna corporal, son poseídos más perniciosamente en el alma, esto es, envueltos en sus vicios y voluptuosidades; porque, según la sentencia del Apóstol, uno se hace siervo del que es sobrepujado. A no ser que éstos enfermen desesperadamente por razón de que, siendo sus esclavos, no conocen ni que son combatidos por ellos, ni que sufren su dominación" [illegible].

Pueden, por último, obtener del hombre la entrega voluntaria del alma, a cambio de determinados servicios o favores, por medio de un pacto explícito y formal concluido entre ambos, incluso hecho constar en documento escrito y firmado.

Otros poderes y propiedades se atribuyen a los demonios en las creencias populares y en la literatura mágica.

El diablo ejerce un dominio especial sobre el dinero y las riquezas. En primer lugar, el dinero viene del diablo [70], es invención del diablo... Opinión nada descabellada en medio de todo: si el diablo procuró siempre esclavizar al hombre, ningún

otro medio de mayor eficacia pudo inventar, si es que lo inventó, ningún otro resorte que con mayor seguridad corrompiese las voluntades y anulase las conciencias. La invención del dinero, de ser obra suya, ha sido, acaso, su mayor éxito, pues con él compra las almas y las hace suyas. Nada tendría de particular que ese "poderoso caballero" fuese el diablo mismo... Si Júpiter se convirtió en lluvia de oro para corromper a Danae, ¿es, por ventura, Satanás menos que Júpiter?

Se habla de un *Grand Diable d'argent*, que vuela sobre los hombres repartiendo monedas [71]. Y en verdad, viendo como está repartido el dinero en el mundo, ¿cómo no inclinarse a creer que lo reparte el diablo?

El diablo dispone de los tesoros ocultos: "En cuanto a las riquezas — dice Bodin —, se sabe bien que hay grandes tesoros escondidos y que Satanás no ignora los lugares en que están, como es muy cierto." "Conoce — dice Delrío — todos los tesoros ocultos, todas las minas de oro y de plata" [72].

Sin embargo, el dinero que entregan los demonios directamente es falso y de mala ley [73], pues si fuera bueno, se ajustaría en ello al Derecho y realizaría una acción moral. Delrío dice que ese dinero de los diablos suele convertirse, al llegar a casa, en estiércol y carbón. Claro que también el dinero legítimo da muchas veces el mismo resultado.

"Los diablos — asegura Bodin — tienen horror a la sal" [74]. Esto es porque la sal se opone a la corrupción y preserva de ella los alimentos, por lo cual es tenida como símbolo de la Eternidad y de la Sabiduría, y es, según Boguet, gran antídoto contra las potencias infernales [75].

El color del diablo es el negro [76], pero también el rojo y el amarillo [77]; el primero por su relación con el fuego y con la sangre (el verdugo vestía de rojo), y el segundo por su relación con la llama y con el azufre. El amarillo es también color de enfermedad y de la envidia, color de la bilis, que forma el temperamento colérico e iracundo.

En relación con el aborrecimiento a la sal, podemos poner el mal olor característico de los diablos [78]. La expresión castellana "huele a diablos" lo muestra elocuentemente. Es muy usual suponer que los diablos se presentan oliendo a azufre, y que dejan

olor de azufre al marcharse; pero todo hedor nauseabundo les corresponde, por oposición al aroma que despiden los espíritus bienaventurados y los cuerpos incorruptos de los santos.

Los diablos son siempre sucios y repugnantes en su aspecto, excepto cuando por engaño se presentan en otra forma diferente de la suya. Su aspecto es unas veces inquietante y amenazador, otras veces grotesco y risible; pero, en su verdadera forma, nunca tranquilo ni bello. En sus representaciones se mezclan las formas humanas con las animales, pues sus inclinaciones y las que procuran infundir en los hombres son semejantes a las de los brutos.

Así como intervienen en la administración de las riquezas, del mismo modo intervienen en la de los amores; pero su dominio no es el del alma, sino el del cuerpo. Los demonios procuran el amor carnal y, en general, todo amor culpable. Hay demonios especializados en esto, pero son muchos los que hacen encarnar la líbido en un demonio hembra: Lilith. Lilith aparece en el Antiguo Testamento; la ciencia rabínica posterior lo interpretó en el sentido de un fantasma nocturno femenino. Los demonómanos la miran como la Reina de los súcubos; éstos llevan su mismo nombre y procuran la muerte de los recién nacidos. Los judíos la conjuran en nombre de Adán y Eva[78].

Un dominio especial del diablo, conexo con el anterior, es el de los adornos, modas, descotes, afeites y perfumes propios de las mujeres, así como la ciencia de los "engaños e asayamientos", que ellas tan bien aprenden. El diablo y sus seides poseen un número incalculable de secretos de belleza, no siempre muy limpios y bienolientes; de "coprofármacos" aplicables a la piel, a los ojos y al cabello, y complicadas artes de tocador. Todo lo que fue atribuido a la Madre Venus, diosa o planeta, a él pertenece.

Pero es muy traidor: induce a la mujer casada al adulterio, y luego, a lo mejor, trae en volandas al marido, ausente a muchísimas leguas de distancia, para que la sorprenda y castigue.

En lo que toca a molestar a los hombres, para exasperarlos, ejercita mil recursos: atrae, convoca y dirige multitudes de ratones, moscas, pulgas, piojos, plagas del campo, y los arroja sobre las personas, sobre las poblaciones, sobre las comarcas.

Ocasiona muertes repentinas, que no den lugar al arrepentimiento; estrangula a los niños en el vientre de su madre, para que no puedan recibir el bautismo; hace que ellas aborten; causa toda clase de enfermedades, pero especialmente las que hacen perder, ocasionalmente o para siempre, la razón, como son los vértigos, mareos, epilepsia, delirios, histerismo y locura, es decir, las perturbaciones psíquicas, o del sistema nervioso.

Por último, hace olvidar los deberes religiosos, los votos y promesas; distrae a los que están orando, o asistiendo a los actos de culto, a los que toman parte en ellos, para que se perturben las ceremonias; infunde sueño a los que velan enfermos; hace pasar inadvertidos a los pobres. En cambio, según Bodin [40], algunas veces aconseja a sus protegidos que asistan a misa y procuren sacar almas del Purgatorio [41]. Estas y otras muchas cosas le atribuyen las creencias populares.

b) *Nombres y títulos de los demonios*

En la Sagrada Escritura aparecen algunos nombres de demonios: *Satán* o *Satanás*, *Lucifer*, *Belial*, *Belzebuth*, *Lilith*, *Asmodeo*, *Abaddon*, a los que algunos añaden *Mammon*, especie de dios de las riquezas, y los monstruos *Leviatán* y *Behemoth*. Los Tárgumes mencionan todavía a *Samael*, el seductor de Eva en el Paraíso.

Entre los israelitas era tendencia común dar a los demonios los nombres de los dioses de los fenicios, sirios y cananeos, no solamente por enemistad con estos pueblos, sino por el carácter obsceno, cruel y monstruoso de sus dioses y de sus cultos. Así vinieron a ser nombres de demonios los de *Belzebub*, dios de las moscas en la ciudad de Ekrón; de *Astaroth*, la Venus siria, y otros. A estos nombres agregaron otros muchos las sectas cristiano-orientales, los magos, brujos y autores de grimorios, los demonólogos, demonógrafos y domonómanos.

Los gnósticos crearon una demonología complicada. Apartándose un poco de ellos, Prisciliano menciona a *Saclas*, *Nebroel*, *Samael*, *Belzebuth*, *Nasbodeo*, *Belial* y *Abaddón* [42].

El Príncipe de los demonios es llamado principalmente *Satán* o *Satanás*. Es nombre hebreo que significa "el contrario",

"el adversario". En efecto, es el adversario de todo: de Dios, del universo, del hombre, del cielo, de la tierra, de la luz, de la verdad, del orden del mundo, de toda jerarquía, de toda ley: es el espíritu de negación, el hambre del no ser, el adversario absoluto.

Se le llama también *Lucifer*, nombre que llevaba en el Cielo, y que ya hemos explicado. *Luzbel*, acaso provenga de los cátaros, que le llamaban *Lucibel* [83]. *Belzebuth* se le llama en el Nuevo Testamento [84]. *Belial* se lo aplica san Pablo [85], y se relaciona, según algunos, con la diosa babilónica del mundo subterráneo, llamada *Belili* [86]; es también el nombre del Anticristo, en fuentes gnósticas y judías [87]. Lancre interpreta su nombre por "rebelde" o "desobediente" [88] y [89].

Al lado de estos nombres hay otros eufemísticos, perifrásticos o que indican funciones o títulos. Así: *Serpens antiquus qui est diabolus* [90]; *antiquus anguis* [91]; de aquí *Der alte Schlange*, "la serpiente antigua"; igualmente *uest antigua* [92], *pecado antiguo* [93], *persecutor antiquus*, *der Altfeind*, "enemigo antiguo del humano linaje" [94]. En Galicia y Portugal, comúnmente, *o pecado*; en toda nuestra Península, "el enemigo", o "el enemigo malo"; en Alemania, *der böse Feind*; en Francia, *l'ennemi*. Se le llama también "el Malo", "el Maligno", "el Maldito", *le vilain*, *le malin*, *le maudit*, *le maufait* (Francia); *li aversiera*, *l'antro*, *le maffi*, *la mala bithia*, *le manou*, *le grabli*, *le tofrou* (Suiza). Con estas designaciones se procura evitar la pronunciación de su verdadero nombre, que se considera pecaminoso, de mal agüero, o representando de cualquier modo un peligro. En este afán, se ha llegado a inventar nombres humorísticos o ridículos: "Pedro Botero", "Perete", "Perecho" (Galicia), "Patillas", "el Chápiro", "el Mengue"; o insultantes: "Rabudo", "Cornudo", etcétera.

Entre las expresiones que podemos considerar como títulos se encuentran la ya mencionada "Príncipe de las Tinieblas", alguna vez "Príncipe de este mundo" [96], "Padre de la Mentira", "Mal Espíritu", "Espíritu Maligno", Ángel rebelde", "Ángel caído", "Genio del Mal", "Espíritu del Mal", 'Rey de los Infiernos".

Muy frecuente y significativo es llamarle "Dragón", "el Dra-

gón infernal". Como tal se le designa en el Apocalipsis [96], y se le representa en cuadros y esculturas, a los pies de san Miguel, o encadenado y vencido por otros santos (san Antonio Abad, santa Marta, etc.).

También se le compara con un león [97], lo cual, según Cornelio à Lápide, es porque vela de noche, por su crueldad, por sus rugidos, por el hambre rabiosa con que ataca a su víctima, porque se oculta para lograr sus fines, porque es terrible cuando lo contrarían, por su hedor pestilencial, por su instinto devorador, porque nunca ataca de frente, porque elige al justo, como el león a los animales fuertes, y porque se lanza con más furor sobre el herido [98].

La Iglesia lo califica de monstruo perverso, corrompido, malvado, inmundo, estúpido, insensato, tentador, devastador, maldito, reprobado, embustero, sucio, embaucador, impuro, afeminado, pérfido, envenenador, infame, orgulloso, blasfemo, doctor de la mentira, adversario del género humano, inventor de la muerte, raíz de la maldad, autor de los delitos, príncipe de los vicios, instigador de vergonzosos placeres, arrojado de la gracia, lleno de abominación, cargado de exorcismos, merecedor del fuego eterno [99].

Otros nombres de demonios merecen alguna indicación:

Abaddón, aparece en el Apocalipsis [100] como "destructor" o "exterminador", por lo cual fue identificado, con mayor o menor razón, con el Ángel Exterminador del Éxodo.

Mammón es mencionado en san Mateo [101] y en san Lucas [102] como contrapuesto a Dios. Representa las riquezas y también la concupiscencia. Delrío [103] le llama *Deus divitiarum* y lo identifica con Pluto: "*Quem veteres Plutum dixere*". Su nombre se hace derivar del arameo *mamonas*, "dinero", "caudal" [104]. Era invocado por los buscadores de tesoros y figuraba en los libros mágicos y en diversos amuletos, además de ser el embajador del diablo en Inglaterra.

Asmodeo figura en el libro de Tobías [105]. Su forma hebraica es *Aschmadai*, que se interpreta por "rey de los demonios, señor

de los espíritus" [106], y se hace derivar del persa avéstico *Aschma Daeva*. Los talmudistas desenvolvieron su figura hasta convertirlo en un mago poderosísimo, lascivo y astuto. Los rabinos posteriores lo identificaron con Samael, y cuentan que, habiendo destronado a Salomón, éste se vengó cargándolo de cadenas y obligándolo a construir el Templo. El ángel san Rafael lo encadenó en los confines más apartados de Egipto, donde fue visto por Paul Lucas [107].

Mefistófeles es uno de los diablos más conocidos a causa de su aventura con el Doctor Fausto. Su nombre ofrece las variantes: *Mephistophiel*, *Mephostophiles*, *Mophostophilus*, *Miphostophiles*. Interpretado por el griego sería "el que no ama la luz"; interpretado por el hebreo, "destructor" y "embustero" [108]. Es uno de los siete grandes Príncipes del Infierno, bajo el planeta Júpiter, cuyo regente es Zadkiel, según la tradición medioeval [109]; uno de los siete demonios de los planetas, en la tradición de los acadios, de Babilonia, que se oponía a Marduk, Señor de la Luz, inteligencia que regía el planeta Júpiter [110].

Marbuel es citado también como uno de los siete grandes príncipes, que interviene en los tesoros y en las ciencias ocultas y dice de sí mismo: "Yo soy aquel espíritu que es servicial, aparece en figura de niño de diez años, en todo tiempo es provechoso invocarme, y desaparezco como una flecha". Su nombre, interpretado por el hebreo, significa "el que domina" [111].

Marbas o *Barbas* es un gran presidente, que se aparece en figura de león, o un espíritu planetario, confundido a veces con Marbael. Se supone palabra fenicia: *Maarbal*, significando "don de Baal", "veloz es Baal", "señor es Baal", y hasta "regalo de boda"... [112].

Samael, según los rabinos, fue el seductor de Eva. Su nombre se relaciona con la "serpiente" y con la letra *samech*, del alfabeto hebreo, que se interpreta por "serpiente". En compañía de *Azael*, aparece en Henoch [113] como el jefe de los ángeles rebeldes que se unieron a las hijas de los hombres.

Hemos mencionado ya los nombres de dioses sirios, fenicios y cananeos aplicados a los demonios: *Belzebub*, *Astaroth*, *Belial*, *Belfegor*, a los cuales hay que agregar: *Baalberith* (dios de la ciudad de Beritos). *Dagón* (dios de los filisteos, que algunos

ponen con una figura medio hombre, medio pez, como el Oannes caldeo), *Chamos* (el dios *Kamosch* de Moab), *Abraxas* (dios sirio con cabeza de gallo y piernas de serpiente, de cuyo nombre los gnósticos basilidianos hicieron representación de la plenitud de la divinidad), *Adramelech* (dios asirio de Sepharvaim), *Moloch*, *Melchom*, *Nergal*, etc.

Otras veces son nombres de dioses o personajes clásicos: *Plutón*, *Proserpina*, *Cerberus*, *Agathión*, *Eurinomo*, *Fénix*, *Barbatos*, *Bifrons*, *Furfur*, *Demogorgon*.

Eurinomo era un demonio devorador de cadáveres, semejante a las *Gouls* orientales y acaso prototipo de los vampiros. Polignoto lo había pintado en un color azul negruzco, en el recinto sagrado de Delfos, según Pausanias. Collin de Plancy lo presenta como un demonio superior, con grandes dientes, lleno de llagas y cubierto con una piel de zorro [114]. Aparece, a veces, presidiendo los aquelarres.

Algunos nombres parecen invención caprichosa de los demonómanos, pero no se debe concluir ligeramente que lo sean, pues la mayor parte de las veces el análisis filológico demuestra su remotísimo origen.

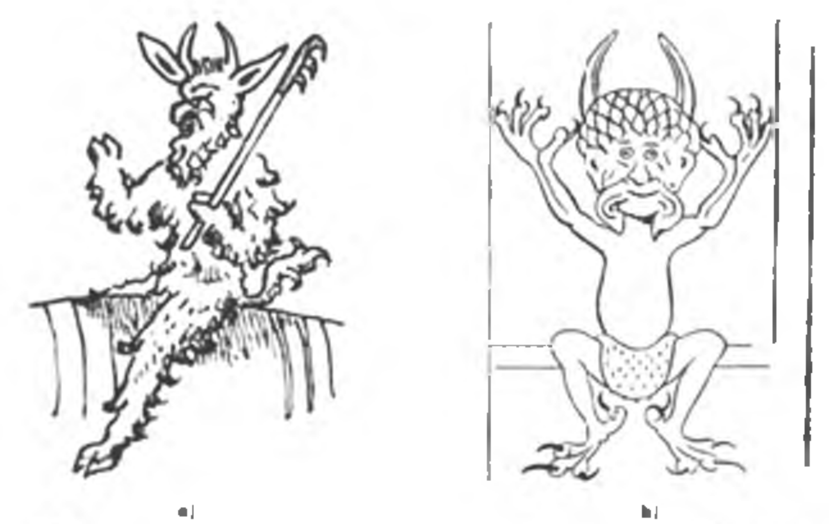
Tampoco son las mitologías grecorromana y del próximo oriente las únicas que han suministrado los nombres extrabíblicos de los demonios, sino también las nórdicas. Así, con gran probabilidad, *Focalor*, *Gomory*, *Verdelet*, etc. Un nombre popular inglés de diablo: *Old Nick*, se hace derivar de *Nickar* o *Hnickar*, una forma acuática de Odín, que es el padre de los *Nixen* [115]. Otro nombre británico es *Deuce*, que se supone provenir del celta *dusi*, de donde vendría también el alemán *Teufel*, renano *Deifel*. Los *dusi* son espíritus nocturnos de la mitología céltica, que san Agustín identifica con los diablos [116].

c) *Figura de los demonios*

Los diablos son espíritus puros; como tales, no tienen forma sensible; sin embargo, es un hecho que muchísimas veces se han aparecido a los hombres de manera que éstos los han visto y percibido sensiblemente, bajo muy diferentes figuras. También lo es que hay una manera en que con mayor constancia son

concebidos y representados bajo rasgos físicos. Lo primero es porque, igual que los ángeles, los demonios, sin poseer figura propia, pueden asumir en cualquier momento la apariencia que deseen, lo cual entra en sus facultades preternaturales; lo segundo, porque su misma naturaleza caída se inclina a las formas monstruosas que se han hecho tradicionales, sin duda obedeciendo a algún decreto divino, que de este modo nos quiere mostrar la fealdad del mal.

Las formas tradicionales de representar a los demonios vienen de muy antiguo, de los tiempos más próximos a las narra-



a) El diablo, tal como lo vio el rey de Inglaterra Eduardo el Confesor, según un manuscrito de Cambridge. b) El diablo del "Codex Gigas".

ciones del Génesis; proceden de Babilonia. Allí han sido creadas las figuras plásticas para la representación artística de los malos espíritus, figuras que no podemos decir si han sido obtenidas por observación sensible, por intuición intelectual o por memoria inconsciente hereditaria.

La figura de Mummu Tiamat, la diosa del Caos, que en los textos de Beroso se llama Omoroca o Thalatha, es el prototipo

del Dragón infernal de las representaciones modernas. Pero el arte babilónico, el asirio y el persa fueron pródigos en representaciones demoníacas monstruosas y terribles, de enorme fuerza expresiva. Sin duda, la figura tradicional del diablo procede de allí.

En el Extremo Oriente la fantasía china y japonesa creó figuras diabólicas notabilísimas, aun sin salirse de lo humano. Es muchas veces la expresión de los rostros y la contorsión de las figuras, más que los atributos, las que los definen.

Se ha hecho notar que todos los diablos reproducidos por el arte llevan cuernos. Esta afirmación no es enteramente exacta, pero su generalidad es suficiente. Es más cierto que el diablo ha sido representado con cuernos en los países más apartados unos de otros, entre los que no es sospechable la imitación. Los cuernos son el atributo más constante del mal espíritu, lo cual es muy significativo.

Los demonios asirios tenían también garras y rostros animales, mientras los buenos genios llevaban alas.

En las representaciones cristianas hay que distinguir cuándo se representa al diablo como tentador, es decir, disfrazado bajo figuras muchas veces seductoras, y cuándo como franco diablo, sin disfraz.

En el primer caso puede ser la Serpiente del Paraíso, enroscada en el Árbol del Bien y del Mal, serpiente que a veces tiene cabeza o rostro humano, casi siempre femeninos, más raramente masculinos, o también con dos cabezas de diferente sexo, como indicando su doblez, desglosándose alguna vez en dos serpientes acaso por reminiscencia del caduceo de Mercurio, que con él puede tener cierto parentesco.

Y puede ser el tentador habitual. Aparece éste — como en efecto se ha presentado muchas veces a los santos — en figura de mujer hermosa (el súcubo), o de lindo doncel (el íncubo), o de ángel, o de monje, o de mendigo, o de tierno infante, o de animal.

Como diablo declarado, a veces, en los comienzos, es un ángel negro. Aparece así en ocasiones en el arte bizantino... En un manuscrito de Georgia hemos visto unos diablillos bastante graciosos, que eran hombrecillos negros desnudos con alas de cuer-

vo. El mostrarse desnudos distingue, a veces únicamente, a los diablos de los ángeles.

La representación que se ha hecho clásica, y es la más conocida, es la que le pone un cuerpo velludo, que recuerda el de los monos y el de los "hombres salvajes", de las mascaradas medioevales, cuernos y cola, y con gran frecuencia, alas de murciélago. Es una figura a la vez humana, y bestial, fiel imagen del pecado, de la duplicidad diabólica, de la contradicción que encierra la naturaleza del Maldito. Puede llevar, no nos damos razón de por qué, cascos de caballo; puede llevar pezuña hendida, el pie de los sátiros, personajes lúbricos e inmundos; puede llevar garras que indican su fiereza y nos advierten de la dificultad de escaparnos de él una vez cogidos. Su rostro puede ser humano, aunque siempre feo y monstruoso; puede llevar pico de ave de rapiña, o facciones de cualquier bestia fiera o asquerosa.

El Dante, en el Infierno, lo describe con figura humana, con tres caras de tres colores: negro, rojo y amarillo, y con seis alas de murciélago, que agita constantemente y que están llenas de ojos. Se dice que se inspiró en una escultura mucho más antigua, que lo representaba así. La idea del Dante, a quien debemos una descripción tan detallada e impresionante del Infierno, merece especial respeto. Pertenece a una época en que la intuición penetraba muy hondo en los misterios, en que casi se palpaba lo sobrenatural.

Se trata, en todos estos casos, del diablo humanizado. Pero hay otra concepción fundada en el calificativo que le aplica el Apocalipsis, el Dragón infernal.

En efecto, especialmente en la lucha con san Miguel Arcángel, se le pinta en figura de dragón, en cuyas formas contorsionadas se explaya la fantasía. De aquí deriva la visión del demonio como reptil, sin que, fuera del caso del Dragón y de la Serpiente, llegue a serlo del todo; es una figura híbrida, en que las formas humanas se unen a las del reptil, o a las del batracio, no por yuxtaposición, sino fundiéndose y dando lugar a efectos de gran interés artístico. El diablo es, muchas veces, un hombre-sapo, o lo que parece más extraño, un hombre-rana. Otras veces tan sólo es pintado de color verde



Belial danzando ante el rey Salomón, según el libro de Jacob de Theramo, *Das Buch Belial*. 1473.



La boca del Infierno, según el libro de Jacob de Theramo, *Das Buch Belial*, 1473.

Aparte de esto, hay siete animales cuya figura puede asumir el diablo. Son, a saber: el Macho Cabrío, el León, el Jabalí, el Cerdo, el Mono, el Cuervo y el Basilisco.

Como Macho Cabrío, preside el Aquelarre; como León, ataca a los anacoretas; como Jabalí, atemoriza a las gentes del campo; como Cerdo, dicen que acompaña a san Antonio Abad, que le impuso este castigo cuando se libró de sus tentaciones; como Mono, aparece el perpetuo remedador de las obras divinas; como Cuervo, muestra su triste negrura fatídica, que se alimenta de la muerte; como Basilisco, causa la muerte del alma.

El demonio ennoblecido y bello es una creación moderna, que se inicia con Milton y llega al cuadro de Schaffer y a la escultura española, con el "Ángel Caído", de Bellver. De ésta se ha dicho que era "el único monumento erigido al diablo en todo el mundo". Colocado en el antiguo paseo de coches del Retiro, veía dar la vuelta en torno suyo, como rindiéndole homenaje, a todo lo más distinguido y encumbrado de la sociedad española. La casualidad permitió esta curiosísima paradoja.

d) "*Pseudomonarchia daemonum*"

En el Cielo hay una jerarquía de Ángeles, que determinó el Areopagita — Pseudo-Dionisio, si queréis — y que describió el Dante en su Paraíso. Son nueve Coros, distribuidos en tres órdenes.

Dante vio la relación de esta jerarquía con el orden del universo, pues cada uno de los Coros Angélicos se halla en relación con una de las Esferas Celestes, y a la vez con una de las diversas Artes y Ciencias. A esta jerarquía sigue la de los espíritus bienaventurados, dispuesta según su relación con las virtudes y también con las cosas de este mundo.

En el universo hay un orden en relación con la jerarquía de los seres, reconocida por santo Tomás, en la cual alguna correspondencia ha de haber con las jerarquías celestes.

Entre los hombres hay también jerarquías en correspondencia con las del Cielo, pues todas las jerarquías se corresponden unas a otras y son reflejos menos perfectos de la más elevada.

Del mismo modo, se reconoce que existe entre los demonios, pues si entre los seres hay superioridad de unos sobre otros en el bien, ha de haberla igualmente en el mal. Por otra parte, como lo demoníaco pretende ser como una inversión de lo divino, un remedo o falsa imagen al revés, como en un espejo horizontal, en el cual el que está cabeza arriba se ve cabeza abajo, entre los demonios se ha de dar un reflejo inverso y deforme de la jerarquía angélica.

Parece que, siendo el orden expresión de la voluntad celeste, en el Infierno por contradicción, había de reinar la confusión y la mezcla informe de todas las cosas. Pero ya hemos hecho notar cómo en la naturaleza entera, aún después de perturbada por el pecado, el orden reobra siempre sobre el desorden, condición indispensable para la manifestación de la vida universal. Por naturaleza debemos entender la totalidad de la Creación, y no siendo posible que la voluntad de Dios se detenga ni aún ante la puerta en la que hay que dejar toda esperanza, algún orden ha de haber en el mismo desorden infernal, máxime si nos acordamos de que allí se cumple la justicia de Dios.

Así, pues, suponen algunos que la jerarquía demoníaca se deriva de la que tuvieron en el cielo los ángeles rebeldes: serían príncipes y soberanos en el Infierno los que en estado de gracia habían sido Querubines y Serafines; desempeñarían los antiguos Arcángeles dignidades y gobiernos, mientras los simples Ángeles les estarían subordinados.

Una relación de las categorías de los diablos con los elementos naturales fue imaginada, sin duda sobre pautas tomadas de los antiguos, por el gran Miguel Psellus. Los dividió en seis secciones: 1.ª, demonios del *fuego*, que habitan lejos de nosotros; 2.ª, demonios del *aire*, que viven invisibles en torno nuestro y son los causantes de los fenómenos atmosféricos; 3.ª, demonios *terrestres*, que son nuestros tentadores; 4.ª, demonios de las *aguas*, causantes de la muerte de los ahogados y de los naufragios; 5.ª, demonios *subterráneos*, fautores de los temblores de tierra y de las erupciones volcánicas, y 6.ª, demonios de las *tinieblas*, que no se muestran a nuestra vista[113].

Sobre estas ideas tejieron los demonólogos sus fantasías, llegando no sólo a disponer a los demonios en órdenes y grados

muy diversos, señalando a cada uno de ellos sus oficios, sino a disponerlos en legiones como en un ejército, en jerarquías nobiliarias como en la sociedad humana, en cargos, gobiernos y ministerios, como en un Estado. A esto es a lo que Johannes Wierus llama *Pseudomonarchia daemonum*.

Son varios los libros que, según esta pauta, nos suministran la "Guía Oficial" del Imperio de Satanás.

En el *Gran Grimorio* y en la *Clavicula Salomonis*, así como en diversas versiones del *Libro de San Cipriano, tesoro del Hechicero*, se da, con casi entera coincidencia, la siguiente:

Espíritus supremos:

Lucifer, Emperador; *Belzebuth*, Príncipe; *Astaroth*, Gran Duque.

Espíritus superiores:

Lucifuge Rofocale, Primer Ministro. — Este gran espíritu tiene poder "sobre todas las Riquezas y sobre todos los Tesoros del Mundo".

Satanachia, Gran General. — Tiene poder "de someter a todas las mujeres y a todas las muchachas".

Agaliarept, General. — Tiene poder "de descubrir los secretos más escondidos".

Fleurety, Teniente General. — Tiene poder "de hacer la obra que se desee durante la noche; hace también caer el granizo donde quiere".

Sargatanas, Brigadier. — Tiene poder "de hacer a uno invisible, de transportarlo por todas partes, hacerle ver lo que ocurre en las casas y abrir las cerraduras. Enseña las ciencias secretas".

Nebiros, Mariscal de Campo. — Tiene el poder "de causar mal a quien quiere, hace encontrar la *main de gloire* [1], enseña todas las cualidades de los metales, de los minerales, de los vegetales y de todos los animales"; predice el porvenir, va por todas partes y es "uno de los más grandes nigrománticos de todos los espíritus infernales".

Estos "seis grandes" se reparten los servicios de diez espíritus subordinados; bajo éstos "hay todavía millones de espíritus que están subordinados a los que se acaban de nombrar. Es completamente inútil nombrarlos, a causa de que no puede uno

LÁM. 5. — DERROTA DE LUZBEL

LÁM. 6 — VICTORIA DE LOS ÁNGELES SOBRE LOS DEMONIOS









servirse de ellos sino cuando les place a los Espíritus superiores hacerlos trabajar en su lugar; porque se sirven de todos estos espíritus inferiores como si fueran sus Obreros o sus Esclavos".

Esta enumeración de los espíritus malignos, con sus cargos, suele llevar en los grimorios el título blasfemo de *Sanctum Regnum*.

Por su parte, Juan Wier, latinizado "Wierus", discípulo de Cornelio Agrippa, nos comunica los nombres y títulos del *Gotha* infernal, el *Libro de Oro* de la nobleza demoníaca, y además la *Guía Oficial* de los altos cargos del Estado del Diablo y de los Caballeros de la Orden de la Mosca.

Según estos demonólogos, Satanás ya no es el soberano del Infierno; ha sido destronado, y en su lugar reina Belzebuth. Satanás ha quedado reducido a ser el "jefe del partido de oposición". Esta idea, aparentemente caprichosa, tiene necesariamente un sentido. El hecho es que, en los grimorios y en los tratados mágicos, apenas suena el nombre de Satanás, y en cambio se repiten profusamente los del que, según los demonógrafos, componen el partido dominante. Satanás es más conocido de los que no creen en la magia. Es como si los partidos opuestos se hubiesen repartido el dominio del mundo y de los hombres, asumiendo Belzebuth el patronato de la superstición y Satanás el de la razón. Belzebuth sería el Emperador de los magos y de los locos, Satanás, el Emperador de los filósofos y de los sabios. Uno operaría mediante la credulidad y la psicopatía, el otro mediante el análisis y la crítica.

Otra ocurrencia plena de sentido es que la Revolución, iniciada en el Cielo entre los ángeles, se repitió en el Infierno entre los demonios, como había de repetirse en la Tierra entre los hombres, cumpliendo de este modo el paralelismo que hemos establecido al comienzo de este apartado. Satanás, primero que pronunció el *Non serviam* delante de Dios, hubo de escucharlo, a su vez, de uno de sus subordinados, como más tarde lo escucharían las Potestades de la tierra.

La monarquía revolucionaria del Infierno tiene, pues, a Belzebuth por Emperador y Jefe Supremo, y, como toda revolución acaba por tener su aristocracia, la infernal la tiene también:

LÁM. 7. — SAN MIGUEL, VENCEDOR DEL DEMONIO

LÁM. 8. — a) SAN MIGUEL, VENCEDOR DEL DEMONIO

b) LOS ÁNGELES REBELDES SON PRECIPITADOS EN EL INFIERNO

Siete Reyes obedecen al Emperador Belzebuth, a saber:

Bael, primer rey del Infierno, cuyos Estados se hallan por la parte de Oriente. Tiene tres cabezas: una de sapo, otra de hombre y otra de gato; tiene a sus órdenes sesenta y seis legiones de demonios; es buen combatiente y enseña a sus protegidos la astucia y el engaño, y el modo de volverse invisibles.

Pursan manda veintidós legiones; conoce el pasado, el presente y el porvenir y descubre las cosas enterradas. Es el padre de los buenos espíritus familiares y aparece montado en un oso, en forma humana con cabeza de león, llevando en sus manos una furiosa serpiente; el sonido de las trompetas lo precede,y, si toma figura de hombre, es aéreo.

Byleth manda ochenta legiones. Fue, en el Cielo, del Coro de las Potestades y espera volver a ocupar allí el séptimo trono. Es un demonio fuerte y terrible, que aparece en un caballo blanco, precedido de músicas y trompetas.

Paymón manda doscientas legiones, cuyos demonios pertenecieron en parte al Coro de los Ángeles y en parte al de las potestades. Aparece con rostro de mujer, llevanco una diadema cuajada de centelleante pedrería, montado en un dromedario y acompañado de los Príncipes Bebal y Abalam.

Belial tiene una gran importancia y una accidentada historia. Tiene a sus órdenes ochenta legiones, compuestas de 522.280 demonios, que fueron de los Coros de los Ángeles y de las Virtudes.

Creado inmediatamente después de Lucifer, fue uno de los principales jefes de la rebelión de los ángeles, a muchos de los cuales arrastró personalmente. Por esta causa fue uno de los primeros precipitados del Cielo. Fue un demonio hermoso y seductor, pero extraordinariamente vicioso e impúdico. Fue adorado como dios en Sodoma, e inclinó a sus habitantes al pecado nefando, causando su perdición. Es, además, sumamente embustero y desobediente.

Habiendo desobedecido a Salomón, el sabio rey lo castigó encerrándolo, con todas sus legiones, en una redoma, que ocultó cerca de Babilonia, en un pozo cerrado con una gran piedra. Los babilonios, creyendo encontrar en el pozo un gran tesoro, lo abrieron, rompieron la redoma, y los diablos escaparon.

Mas Belial, por temor a Salomón, se escondió dentro de un ídolo que encontró vacío, y desde él comenzó a proferir oráculos; en consecuencia, los babilonios, como también los habitantes de Sidón, le rindieron culto.

Se presenta en figura de un ángel bellísimo, sentado en un carro de fuego. Es excelente conversador, fomenta las amistades y concede dignidades y buenos servidores.

Asmoday manda sesenta y dos legiones y lleva los nombres de *Chammadai* y *Sydonai*. Su forma es monstruosa: tiene tres cabezas, de toro, de hombre y de carnero; pies de oca, cola de serpiente, y cabalga en un dragón. Enseña geometría, aritmética, astronomía y artes mecánicas; la manera de hacerse invisible y de descubrir los tesoros. Hay quien cree que está sometido al rey Amoymón, señor de la parte oriental, de quien es lugarteniente.

Zapán debe ser el mismo *Zagam*, "gran rey y presidente" que tiene la forma de un toro alado; cambia el agua en vino, la sangre en aceite, el plomo en plata, el cobre en oro, el insensato en sabio y manda treinta legiones.

Bajo estos siete Reyes hay veintitrés duques, llamados: *Agares*, *Busas*, *Gusoyn*, *Bathyin*, *Eligor*, *Valefar*, *Zepar*, *Sytry*, *Bune*, *Berith*, *Astaroth*, *Vepar*, *Chax*, *Pricel*, *Murmur*, *Focalor*, *Gomory*, *Amduscias*, *Aym*, *Orobas*, *Vapula*, *Hauras* y *Alocer*.

Siguen a éstos trece marqueses que son: *Aamon*, *Loray*, *Naberus*, *Forneus*, *Roneve*, *Marchocias*, *Sabnac*, *Gamigyn*, *Arias*, *Andras*, *Androalphus*, *Cimeries* y *Phenix*.

Diez condes: *Barbatos*, *Botis*, *Morax*, *Ipes*, *Furfur*, *Raym*, *Halphas*, *Vine*, *Decarabia* y *Zalcos*.

Once presidentes: *Marbas*, *Buer*, *Glasialobolas*, *Forcas*, *Malphas*, *Gaap*, *Caym*, *Volac*, *Oze*, *Amy* y *Haagenti*.

Y numerosos caballeros entre los que figuran: *Furcas*, *Bifrons*, etc.

Los altos cargos del Ministerio y de la Corte son:

Eurinomo, Príncipe de la Muerte, gran cruz de la Orden de la Mosca.

Moloch, Príncipe del País de las Lágrimas, gran cruz de la Orden de la Mosca.

Plutón, Príncipe del Fuego.

Leonard, Gran Maestre de los Aquelarres, Caballero de la Mosca.

Baalberith, Maestre de las Alianzas.

Proserpina, Archidiablesa, Soberana Princesa de los espíritus malignos.

Adramelech, Gran Canciller, gran cruz de la Orden de la Mosca.

Astaroth, Gran Tesorero.

Nergal, Jefe de la Policía Secreta.

Baal, General en jefe de los Ejércitos Infernales, gran cruz de la Orden de la Mosca.

Leviatán, Gran Almirante, Caballero de la Orden de la Mosca.

Succor-Benoth, Jefe de los Eunucos.

Chamos, Gran Chambelán, Caballero de la Orden de la Mosca.

Melchom, Tesorero-Pagador.

Nisroch, Jefe de la Cocina.

Behemoth, Gran Senescal y Copero.

Dagón, Gran Panadero.

Mullin, Primer Ayuda de Cámara.

Kabal, Director de los Espectáculos.

Asmodeo, Superintendente de las Casas de Juego.

Nybbas, Gran Paradista.

Verdelet, Maestro de Ceremonias.

Antechrist, Escamoteador y nigromante.

La administración de Justicia está a cargo de:

Lucifer, Gran Juez.

Alastor, Ejecutor de las Altas Obras.

El Cuerpo Diplomático se compone de:

Mammón, Embajador en la Gran Bretaña.

Belial, Embajador en la Sublime Puerta.

Rimmón, Embajador en todas las Rusias.

Thamuz, Embajador en España.

Hutgin, Embajador en Italia.

Martinet, Embajador en Suiza [13].

El conocimiento de este "verdadero *Sanctum Regnum*" sirve — dice Beniciana Kabina — para enseñarnos "el verdadero modo de hacer los pactos, con los nombres, poderío y talentos



1



2



3



4

Los demonios Belfegor (1), Astaroth (2), Bael (3) y Eurinomo (4), según ilustraciones de L. Bretón al *Dictionnaire Infernal* de Collin de Plancy.

de todos los grandes espíritus superiores; conocer los demonios, tratarlos sin que puedan hacer mal y obligarlos frecuentemente, bien sea para lograr tesoros; bien para disfrutar de las doncellas, o ellas alcanzar los favores de los hombres; bien sea para descubrir los más ocultos secretos en todas las cortes y en todos los gabinetes del mundo; bien sea para correr el velo de los secretos más impenetrables; bien sea para que un espíritu trabaje en su obra por la noche; bien sea para hacer que caiga un granizo o una tempestad en donde se quiera; bien sea para transportar los frutos de una heredad a otra; bien para ser trasladado en un momento a donde se deseare; o bien abrir todas las cerraduras, penetrar en todos los aposentos, ver cuanto pasa en las casas, conocer todas las agudezas de los pastores, adquirir la "mano de gloria", saber todas las maldades y virtudes de los metales, minerales, vegetales, animales puros e impuros, y otras muchas cosas que sorprenden tanto, que no hay nadie que no se pasme al ver que, como medidor con los espíritus, se pueden descubrir las maravillas de la naturaleza y los misterios más ocultos a los ojos de los demás hombres" [120].

Beniciana Kabina, rabino hembra, es uno de los recopiladores del *Libro de San Cipriano*; el otro es el monje alemán Jonas Sufurino. En realidad, según el libro mismo y según la creencia popular, se trata de un escrito de san Cipriano, obispo de Antioquía, que fue mago — incluso "mágico prodigioso" — antes de ser santo. El original se supone encontrarse en una sección reservada de la Biblioteca Universitaria de Santiago de Compostela, en un lugar poco accesible, sujeto con fuertes y pesadas cadenas y resguardado por una reja de hierro. Así hay otros libros de esta clase en otras bibliotecas famosas. Bernardo Barreiro de Vázquez Varela asegura que, trabajando en el Archivo de Simancas, observó que acudían allí numerosos aldeanos de las comarcas leonesas a pedir el *Libro de San Cipriano* [121].

No parecía saber Barreiro que el autor que le causa tanta indignación como a nosotros gracia aparece como habiendo sido el de *Le Grand Grimoire avec la Clavicule de Salomon et la Magie Noire, ou les Forces Infernales du grand Agrippa*, impreso en el siglo XVIII, sin lugar de origen y con la fecha MDXIII, con el nombre de *Antonio Venitiana del Rabina* [122]. Lo cual ex-

plica muy bien, a nuestro modo de ver, el "Rabino hembra" y aún el "Beniciana". El nombre del autor del *Grand Grimoire* parece, a todas luces, italiano, y el "Venitiana" tiene, sin duda, relación con Venecia.

De todos modos, esos libros y otros que serán citados en el curso del presente contienen enseñanzas comunicadas por los diablos... Esto nos lleva a dos consideraciones importantes:

Primera. El considerable desarrollo cultural del Imperio de los Infiernos. Allí todos los reyes son sabios. Salomón y Alfonso X no serían allí excepciones, como entre los humanos. Todos aquellos Príncipes, Grandes Duques, Marqueses y Presidentes, aparte de sus múltiples enchufes en la Corte, en el Ejército y en la Administración, ejercen el profesorado; Decarabia, Rey y Conde, enseña las Ciencias Naturales; Agasés, Gran Duque de la comarca oriental, es Profesor de Lenguas vivas y muertas; Alocer da lecciones de Astronomía; Cimeries explica Gramática, Lógica y Retórica; Caym, Gran Presidente, enseña el lenguaje de los pájaros, de los bueyes y de los perros, y practica la Dialéctica en forma que pueda refutar con la mayor facilidad al mejor de los lógicos; Naberus enseña las Bellas Artes; Amduscias, la Música; Abigor, las Artes de la Guerra; Buer, la Filosofía; Forcas, la Lógica, la Estética, la Quiromancia, la Piromancia y la Retórica; Asmoday, la Geometría, la Aritmética, la Astronomía y las Artes mecánicas; Paymón, las Siete Artes liberales.

No les faltaba más a los demonios que la pedantería. Sin ella hubieran resultado más divertidos, pero no hubieran estado completos... y hasta puede que no pierdan gran cosa de cómico, con ser catedráticos de Facultad... Es posible que hayan sido ellos los que inventaron eso de la erudición, de las citas, del "estar al día", de la última noticia, de las disputas acerca de la prioridad del "aparato crítico", de la disquisición filosófica, de la exactitud en la información y la "pulcritud" en el aprovechamiento, del "el Doctor Fulano desconoce la reciente publicación del Profesor Mengano", del agotamiento de "fuentes" insignificantes, de toda esa ingente acumulación de nimiedades que hace de un hombre un sabio y que sólo puede ser expresada con la palabra francesa *fatras*.

Segunda. Que de lo que aprendemos en los grimorios resulta, aparentemente al menos, que todo ese poderoso Imperio de los demonios se resuelve, a la postre, en servidumbre, porque cualquier zascandil de entre el género humano que logre hacerse con uno de esos libros, aunque sea prestado, y ponga en práctica los métodos preconizados en él, puede poner todo aquel Imperio a su servicio. Si uno de los "seis grandes" no se encarga de ello personalmente, pondrá a las órdenes del zascandil aludido un Gran Duque, un Marqués, un Conde, un Presidente, que lo servirá sumisamente como un buen doméstico y que podrá ser obligado — *pelo poder da mágica preta liberal que tudo faz* — a las tareas más viles, más fatigosas, y a lo mejor también las más inútiles y caprichosas, y todo por conseguir un alma que bien puede suceder le sea birlada a última hora...

¿Debemos reírnos de esto? Según y cómo. La realidad del pacto y de la ayuda diabólica es cosa cierta. Nos puede enseñar, además, todo esto, aun en los casos en que no es verdad, cuanto es el valor de un alma para el diablo mismo, en consecuencia de serlo para Dios... En todo caso, el trato con el diablo es siempre un gran peligro.

Ahora bien: los procedimientos empleados por el diablo para ganar las almas son serviles. No se parecen a los de un Emperador, un Rey, un Gran Duque, un Marqués, un Conde, un Presidente, un Ministro, un Dignatario, sino a los de un muñidor electoral buscando votos.

Sin duda algo más grave de lo que pensamos se nos ha querido decir con todo esto.

SEGUNDA PARTE

EL PAGANISMO

I

LA TORRE DE BABEL

Por el Pecado Original, victoria de Satanás sobre el hombre, adquirió sobre éste el diablo un gran poder [1]. Pero Dios no consintió que arrastrase a todos los hombres. Adán y Eva quedaron haciendo penitencia, dice una leyenda piadosa, en una caverna del monte que, por hallarse allí la calavera del Primer Hombre, recibió el nombre de Monte Calvario. Efectivamente, debajo del Calvario y ocupando el mismo espacio que el Gólgota, está la Capilla de Adán, en la cual estuvieron también hasta 1808 los sepulcros del gran Godofredo de Bouillon, el que recuperó la Ciudad Santa y de su hermano Balduino, primer rey católico de Jerusalén, y en ella estuvo enterrado Melquisedech, el rey-sacerdote que puede ser considerado como su lejano predecesor. Hoy no se celebra allí culto, pero sí en otro tiempo, aunque, según Quaresmio, no se ofrecía incienso, en memoria del Pecado Original. Debajo mismo del agujero en que fue colocada la Santa Cruz el día de la Crucifixión, hay una cavidad en la que se conservó durante muchos siglos la cabeza de nuestro primer padre [2].

De éste se dice que fue el primer justo que Jesucristo sacó del Seno de Abraham. El *Evangelio de Nicodemo* refiere:

"Y el Señor extendió su mano y dijo: Venid a mí todos mis santos, hechos a mi imagen y semejanza. Vosotros, que habéis sido condenados por el madero, por el diablo y por la muerte, veréis a la muerte y al diablo condenados por el madero. Y

todos los santos se unieron bajo la mano del Señor. Y el Señor, tomando la mano de Adán, le dijo: Paz a ti y a todos tus hijos, mis justos. Y Adán, vertiendo lágrimas, se prosternó a los pies del Señor y dijo: Señor, te glorificaré, porque me has acogido y no has permitido que mis enemigos triunfasen sobre mí para siempre. Hacia ti clamé y me has curado, has sacado mi alma de los infiernos y me has salvado, no dejándome con los que descienden al abismo... Y el Señor, extendiendo la mano, hizo la señal de la cruz sobre Adán y sobre todos los santos. Y, cogiendo la mano derecha de Adán, se levantó de los infiernos y todos los santos le siguieron" [3].

El Dante recoge esta creencia común a la Iglesia y al pueblo:

Trasseci l'ombra del primo parente
d'Abel suo figlio... [4].

Adán y Eva fueron tenidos como santos, tanto en la Iglesia griega, que celebraba su fiesta el 19 de diciembre, como en la Iglesia latina, que la celebraba el 29 de abril o en la semana de Septuagésima, como se ve en los Bolandistas y en los Martirologios.

Todo esto hace decir a Papini que Adán, en realidad, tuvo más premio que castigo, lo cual es "como para dejar pasmada a cualquier alma pía no privada del uso de la razón" [5]. También dice — y ello nos pasma un poco a nosotros — que la profecía o mandato de enemistad entre Eva y la serpiente no se cumple, ya que teólogos y moralistas dicen que Satanás domina principalmente por medio de la mujer. Lo cual le infunde esperanza en su cumplimiento futuro: "Acaso los hombres terminen por darse cuenta de que la mujer los salvará de Satanás, pero en forma totalmente distinta de la insinuada en las palabras del Génesis, palabras que aparecerán, por fin, en todo su significado divino. También con un exceso de amor se puede aplastar a un enemigo" ...[6]. Dejamos para el final el comentario. Aquí la historia de la familia de Adán y Eva.

Sus dos hijos, Caín y Abel ofrecen el primer ejemplo de división del género humano.

Al no haber Dios querido que Satanás arrastrase a todos los hombres, se escinden las Dos Ciudades, que se combatirán desde entonces, mientras el mundo sea mundo.

Abel es cabeza de la Ciudad de Dios; Caín es cabeza de la Ciudad de Satán.

Dios se reservó una parte del género humano, para que en ella naciese el Redentor prometido a Adán. El diablo hizo suyo a Caín, y le infundió la avaricia y la envidia; Caín se dolía de lo que tenía que ofrecer a Dios, pero envidiaba el agrado con que era recibida la ofrenda desinteresada de Abel. Por este medio, Satanás contaba con herir definitivamente la Ciudad de Dios en su cabeza.

Y Caín mató a Abel. Los rabinos dicen que Caín no sabía matar, pues ni conocía la muerte, ni, por lo tanto, el modo de causarla. Entonces acudió el diablo en su auxilio, y le dio una lección práctica de asesinato: cogió un pájaro, lo puso sobre una piedra y con otra piedra le aplastó la cabeza. Caín aprendió muy bien la enseñanza del diablo.

Este fratricidio fue el primer acto y presagio de la guerra entre las dos Ciudades. La tierra quedó para siempre manchada de sangre — porque con ella Satanás quería envilecerla con la señal del crimen, y aquella sangre proliferó y sigue proliferando; la sangre de Abel llama por toda la sangre que desde entonces se ha derramado. He aquí el sentido de la guerra que entrevió el conde de Maistre [7].

Caín fundó la primera ciudad, pero no sólo la ciudad, sino la vida ciudadana; sus descendientes inventaron las ciencias y las artes: Lamech inventa la poesía y la poligamia, Jubal los instrumentos de música, Tubalcaín el trabajo de los metales, es decir, fueron los creadores de la cultura, pero por contrapeso practicaron el vicio y la iniquidad: es decir, la vida ciudadana con sus bienes y sus males. El diablo se cobra su renta en pecado, por permitir a los hombres los goces del espíritu, aunque sean goces naturales y profanos [8].

De esta manera, Caín y Abel representarán desde entonces, respectivamente, la ciencia y la inocencia, la vida sedentaria de los pueblos agrícolas, matriarcales, hábiles, pero blandos, femeninos y corrompidos, y la vida nómada de los pueblos pastores, patriarcales, masculinos, duros y de costumbres puras, bajo sus tiendas, en la estepa y en el desierto... *Labradores y pastores*, dos tipos fundamentales de humanidad, persistentes aún y que

probablemente perdurarán hasta el fin. A veces parecen fundirse, acaso simple apariencia, en estos países de montaña, en que el pastoreo menudo se confía a los niños, en que los niños inician su vida con la vida de Abel y de Seth, como si la gente comprendiese por qué deben ir unidos el pastoreo y la inocencia. El caso es que Dios parece mostrar una preferencia especial por los pastores, eligiéndoles, aunque no siempre sean niños, para ciertas revelaciones, como en Belén, en Lourdes, en la Salette y en Fátima. Algo quiere decir esto...

Es curioso que Caín, el fratricida, haya sido el fundador de la primera ciudad. Desde entonces, muchas veces, la fundación de una ciudad va unida con un crimen, incluso con un fratricidio, como el de Rómulo: la más famosa ciudad del mundo tiene también un fratricidio en el comienzo de su historia. Roma subsiste sobre la sangre de Remo, derramada por su hermano, posiblemente es esto lo que la hace "Eterna". El fratricidio es el sacrificio que exige el diablo para permitir que la ciudad subsista. Si no, podría agitar en el centro de la tierra las fuerzas terribles que hacen temblar la tierra y derrumban los muros sobre los descuidados habitantes: podría atraer de arriba el rayo que hiere las torres e incendia las casas; podría azuzar a los enemigos, que acuden con ingenios poliorcéticos, con escalas y fajinas, para allanar y asolar la ciudad.

¿Cómo? ¿Es que Dios ha dado al diablo un poder especial sobre las ciudades?... El caso es que la mayor parte de las ciudades están a su servicio, tanto más cuanto más grandes son. Babilonia es el modelo y la pauta, y hoy se levantan en el mundo cien Babilonias.

El caso es que se adoptó la costumbre de hacer preceder un sacrificio humano a la fundación de una ciudad: un esclavo, un enemigo, era degollado, para levantar sobre su cuerpo las torres y baluartes, o se le emparedaba vivo en la muralla; era el representante del hermano del fundador, era Remo, recuerdo e imagen de Abel... ¿A quién si no al diablo podía ofrecerse semejante sacrificio?... Cuando se levanta hoy mismo, la fábrica de un templo, de un palacio, de un edificio público cualquiera, en la "primera piedra", que a veces se bendice con cristiana ceremonia, otras veces se coloca con engolado ritualismo cívico, se

depositan unas monedas; las gentes, que ya no saben por qué, dicen que es para atestiguar el día de mañana — es decir, cuando el edificio se venga abajo — la fecha de la fundación: una especie de obsequio a los arqueólogos futuros. Alguien ha dicho que aquellas monedas son el rescate de la sangre del sacrificio... Satanás sigue cobrando su feudo en metálico.

Caín, pues, edificó la primera ciudad, y le puso el nombre de su hijo Henoch, por lo que la primera ciudad se llamó Henochia.

Satanás creyó haber triunfado, pues ya todo el linaje de Adán era suyo. La raza de Caín se convirtió en una raza proscrita, entregada al diablo, llena de terror y de espanto, porque Caín, a quien se había negado la muerte, era perseguido por el diablo, que lo lanzaba a la desesperación... La Sagrada Escritura no nos lo explica, pero nos dice que Caín fue muerto por Lamech, el cual, yendo de caza, lo tomó por una fiera...[9]. Podemos, pues, imaginar que Caín haya sido el primer poseso y el primer licántropo, como fue el primer homicida y el primer ciudadano.

Satanás creyó haber triunfado. Pero he aquí que a Adán le nació un hijo, que recibió el nombre de Seth, y que siguió los caminos de Dios, por lo cual fue cabeza de la Ciudad de Dios en lugar de Abel.

De nuevo se levantaba la Ciudad de Dios, que entonces habitaba bajo tiendas, mientras la Ciudad de Satán — Henochia fue su primera realización material — se albergaba tras de murallas. Satanás vio destruida la mitad de su obra, y se aplicó a reparar el nuevo desastre; mas, como no le faltaron los recursos de su astucia, pronto encontró la estratagema.

La raza de Caín era una raza maldita; pero sus mujeres eran hermosas... ¿Cómo eran las hijas de Caín? Sin duda tenían esa belleza semidiabólica de las razas oscuras que en ciertas épocas literarias ha sido descrita con tanta elocuencia. Sin duda tenían una cabellera abundante, negra y ondulada, "como la cabellera anguiliforme de Medusa", y unos ojos verdosos,

indecisos, fríos, penetrantes, "humosos", enigmáticos, bajo unas cejas unidas; y una nariz breve, de aletas movibles y palpitantes; y unos labios un poco gruesos, como una fruta roja partida en dos, fresa o cereza, fruta que es locura y delicia al morder; y unos dientes muy blancos y apretados, centellantes, duros, crueles; y una sonrisa indefinible, que lo promete todo, que infunde inquietud invencible, que se burla cuando parece que llama; y una lengua ágil, que aparece entre los dientes apenas entreabiertos, y pasa, a veces, por los labios, "haciendo pensar en cosas oscuras y deliciosas"; y un desnudo "semiandrógino", "adolescente", de "estatua de palosanto", con unos senos diminutos y erguidos, terminados "en rubíes, como gotas de sangre"; y unas manos y unos pies de niño, pero manos y pies que saben todas las cosas en la caricia y en la danza; y unos movimientos suaves, "felinos", ondulantes, como "la oscilación de las caderas de Salomé" danzando ante Herodes Antipas, como las bayaderas javanesas que vio danzar Monsieur de Phocas, acompañando una visión de hachisch; serpentarios como los de la Serpiente del Paraíso, reveladora del Bien y del Mal; sinuosos y equívocos, *anguis in herba;* y una piel fina, suave y cálida, ardiente como de fiebre, una piel de noche del trópico; y un perfume intenso, "como de animal en celo", como "de sándalo y canela mezclados", y todos los aromas de los ungüentos de Esther, y al mismo tiempo, en el fondo, cierto imperceptible hedor de podredumbre y de muerte; en una palabra, con todas las seducciones, todas las embriagueces, todos los venenos — porque los extremos se tocan, porque la Serpiente se muerde la cola — de las últimas decadencias, de las épocas moribundas que lo han agotado todo ya...

¡Pobres "vampiresas" prehistóricas, a dónde han venido a dar en nuestro tiempo!

Tal fue la fruta encantada, olorosa hasta el mareo, dulce hasta el empalago, que eligió Satanás para seducir a los hijos de Seth, naturalezas poderosas y ardientes, y por ello demasiado fáciles. Sin duda les enseñó todas las artes de la magia erótica, que después habían de pasar a los *Kamasutras* y a los *Artes amandi*, con todos sus olvidados — ¿olvidados? — refinamientos.

Y los Hijos de Dios se unieron a las Hijas de los Hombres [10],

LÁM. 9. — UN DIABLO RECIBE EL ALMA DE UN PECADOR

LÁM. 10. — SAN MIGUEL PESANDO ALMAS







y Satanás bendijo aquellas uniones con la mano izquierda, y de aquellas uniones nació la raza poderosa, violenta y soberbia de los Gigantes.

De este modo implantó el diablo en la Tierra el amor carnal y culpable, el amor venúsico, que el caballero Tannhäser había de defender ante el Landgrave de Turingia, con escándalo de damas y señores, contra el caballero Wolfram von Eschenbach, defensor del amor espiritual.

De aquellas mujeres hubieron de nacer, por inspiración del diablo, los oscuros cultos matriarcales, con sus ritos frenéticos y obscenos, practicados en las cavernas y en la espesura de los bosques en honor de la Gran Madre, la Tierra alimentadora y nutricia, y las sombrías representaciones de la Mitología del Légamo, el barro húmedo primitivo.

De los Gigantes hubieron de venir los cultos sangrientos, con sacrificios humanos; pero los Gigantes fueron también los que, por inspiración del diablo, introdujeron en el mundo la crueldad y la opresión brutal, el dominio implacable de la fuerza, el poderío de la materia.

Satanás había conseguido que la iniquidad se hiciese señora del mundo... Obsérvese que lo consiguió por medio de un mestizaje, de una mezcla de razas, de la conjugación de una raza elegida, predestinada, con una raza maldita, manchada por el crimen, por el fratricidio... Por este medio — por su dominio de la genética — obtuvo híbridos monstruosos que sirvieron óptimamente sus planes. El experimento fue fecundo, pues, en vista de su resultado, el diablo se dedicó en adelante a la mixtura y a la adulteración. Aprendió a mezclar la mentira con la verdad, el mal con el bien, el vicio con la pureza, la virtud con la inmundicia, la bajeza con el ánimo, lo repulsivo con lo bello, lo vulgar con lo noble, la ceguera con el saber, hasta que, si no seducir a todas las almas, logró, al menos, que no hubiese casi obra humana en que no puedan advertirse las gotas de ajenjo del Infierno.

Pero tales fueron las escandalosas hazañas de aquellos Gigantes, que Dios envió el Diluvio y toda aquella generación fue raída de la faz de la tierra. El Príncipe de las Tinieblas se quedó sin súbditos entre los hombres, perdió sus provincias ilu-

LÁM. 11. — a) DANTE Y VIRGILIO AMENAZADOS POR LOS DIABLOS
b) SATANÁS EN EL INFIERNO DE HIELO
LÁM. 12. — a) EL JUICIO FINAL
b) JUICIO DE UN ALMA Y ESCENAS DEL INFIERNO

minadas por el sol y la luna y quedó de nuevo confinado en la eterna noche. Pero había aumentado su ciencia.

Aún no se habían secado las aguas del Diluvio, cuando Satanás, no rendido por la derrota, volvió a tomar la ofensiva. obtuvo en seguida el pecado de Cam [11]. Ya tenía otra raza maldita para poblar sus colonias terrenales. Gran partido había de sacar de ella.

Hay hoy muchos que no quieren creer que Cam sea el progenitor de las razas negras. Ni los filólogos ni los antropólogos lo conceden; sin embargo, ni unos ni otros son capaces de explicar el origen de las razas. ¿Por qué hay hombres de piel negra entre los hombres? ¿No será ése el estigma hereditario de un pecado cometido en su origen? ¿No es negro el diablo? ¿No llaman los árabes a los negros "hijos de Satanás"? El suponer esto no dice nada en contra de los negros, del alma de los negros; que éstos estén señalados en su cuerpo sólo indicaría el pecado de su progenitor, pero esa señal no afecta al alma.

Mas he aquí que los linajes descendientes del Justo salvado del Diluvio eran tres, y el diablo no había cobrado ascendiente más que sobre uno, y él lo quería sobre todos los hombres.

Entonces ocurrió un suceso extraordinario, que se asemejó más que ninguno a la primitiva rebelión de Satanás.

Las tribus de Sem, Cam y Jafet estaban reunidas en la llanura de Sennaar, y eran todas de una misma lengua y un mismo pensamiento. El diablo aprovechó la ocasión, y alguien a quien él se la sopló lanzó la idea de construir una torre que se levantase hasta el Cielo. Así harían famoso su nombre, y además en ella hallarían refugio si el Diluvio volviera a producirse. Acaso también con ella esperasen escalar las mansiones celestes.

¿Quién lanzó esta idea de rebelión diabólica? Los autores árabes dicen que fue Nemrod, hijo de Cus y rey de Asiria, el "fuerte cazador", que parece como si llevase la sangre de la raza violenta de los Gigantes, "los fuertes de los días antiguos", que recuerda Leconte de Lisle en su visión de Thogorma. Y dicen que Nemrod, habiendo visto que la torre, ya muy elevada, no llegaba todavía al Cielo, imaginó, preludiando la hazaña de Alejandro Magno, hacerse elevar al Cielo, en un cesto conducido

por cuatro enormes buitres. Pero los buitres le subieron tan alto y tan lejos que no volvió a saberse de él [12].

Se dice, en cambio, que el arquitecto de la Torre de Babel fue Phaleg.

El proyecto de Phaleg era el de una torre, que unos quieren de planta cuadrangular y otros circular, de anchísima base y formada de cuerpos o pisos superpuestos, cada uno de ellos de planta algo más reducida que el anterior, ofreciendo una estructura escalonada, a cuyos pisos se subía por una rampa en espiral todo alrededor de la torre. Sin duda, era una fábrica extremadamente sencilla y de una imponente grandiosidad.

Tomaron, pues, del barro de la llanura de Sennaar, y lo amasaron con agua, e hicieron ladrillos, y los cocieron al sol y al fuego, y los fueron colocando, y uniéndolos con betún, de manera que formaban una obra de gran solidez y firmeza.

Pusiéronse a trabajar febrilmente, bajo la dirección de Phaleg el Arquitecto, y como eran muchísimos hombres de muchas tribus, pertenecientes a los tres linajes de los hijos de Noé, los pisos de la torre fueron levantándose rápidamente hasta sobrepasar las nubes.

Entonces vino la Confusión de Lenguas, y el no entenderse, y el ejecutar al revés las órdenes de Phaleg, y cumplirlas unos de una manera y otros de otra, y las disputas y las riñas, hasta que hubo que abandonar la obra y desistir de ella, porque la confusión infundió el pánico en todos los corazones, y todos los trabajadores emprendieron la fuga... Y dice Emmanuel, poeta judío, que teniendo cada obrero un saco para sus provisiones, en la confusión, cada uno pedía a gritos su saco para llevárselo, así que la palabra "saco" fue la más repetida en aquella ocasión, por lo cual esa palabra quedó siendo la misma en todas las lenguas con la misma significación. Con esto comenzó la Dispersión del género humano [13].

Sabido es que cuanto se refiere en el Antiguo Testamento es, además de narración de acontecimientos históricos positivos, acaecidos realmente, *figura* de lo que había de realizarse en los

tiempos del Nuevo Testamento, pues la Sagrada Escritura encierra cuatro sentidos diferentes. De este modo, cada uno de los hechos o personajes del Antiguo Testamento corresponde, como símbolo o figura, a un hecho o personaje del Nuevo.

No creo demasiado aventurado suponer que, además de esto, cuanto se refiere en ambos Testamentos es figura del desenvolvimiento total de la historia de los hombres y de los pueblos, lo mismo en su aspecto de historia sagrada que en el de historia profana... Pues acaso la historia no sea profana más que aparentemente.

Así, la Torre de Babel, además de ser un acontecimiento histórico acaecido ciento quince años después del Diluvio, es la prefiguración exacta de toda la historia que viene después, ya que los hombres, perpetuamente tentados por el demonio, poco más han hecho que no fuese erigir siempre, una y otra vez, nuevas Torres de Babel; y muy especialmente es aquélla una prefiguración de la historia del hombre en los últimos cien o ciento cincuenta años, en que diríase que han estado y están guiados e inspirados, aunque disimuladamente, por Satanás.

Pues Satanás no ha cejado en su empeño. Satanás es inmensa, ejemplarmente cabezudo, obstinado, terco, tozudo, persistente, pelma inclusive. No da su brazo a torcer, no se retira, no renuncia a nada, no abandona el campo, hace que se va y vuelve, vuelve siempre, con desesperante perseverancia.

Infundió de tal manera su espíritu, el espíritu satánico, en el hombre, que casi podemos decir que aun los buenos llevan siempre inconscientemente dentro, por pocos que sean, algunos adarmes de ese espíritu... De otro modo, ni la Carne ni el Mundo podrían ser como son, enemigos del alma; lo son porque la Líbido y la Soberbia — lo satánico en el hombre — van siempre con nosotros, las llevamos dentro, son la *fomes peccati*, la huella del Pecado Original, la señal, nunca bien cicatrizada, del zarpazo de Satanás. En la Unión de los Hijos de Dios con las Hijas de los Hombres triunfó la libido — Lilith —; en la Torre de Babel triunfó la soberbia — Lucifer —. Pero a la postre no triunfó ni una ni otra.

La Torre de Babel es el monumento del satanismo humano, perenne en la memoria de los hombres.

La Torre de Babel es la figura exactísima de nuestra "civilización".

Nuestra "civilización" responde a los mismos pensamientos, sentimientos y deseos de rebeldía que movieron a los hombres, ciento quince años después del Diluvio, a levantar la Torre de Babel.

Como la Torre de Babel, nuestra "civilización" responde al propósito de hacer famoso el nombre de unas generaciones fatuas y endiosadas, de enmendar la creación, de realizar el Paraíso artificialmente en la tierra, ya que no de escalarlo; de ponerse a salvo del castigo. Nuestra "civilización" es un desafío a Dios.

Nuestra "civilización", con sus velocidades, sus aviones, sus submarinos, sus trenes subterráneos, su radio, su televisión, su cine, su gramófono, sus ascensiones a la estratosfera, sus guiños al planeta Marte, es la comprobación del experimento realizado por el diablo para transfundir, para injertar en el corazón de los hombres el Pecado Supremo de la soberbia satánica. El hombre, con sus inventos, pretende negar todas las condiciones impuestas por Dios a su naturaleza. Nuestra "civilización" es pecaminosa en sus efectos, aunque no lo sea siempre en su intención; pero muchas veces, en la intención misma, lo es deliberadamente. "El Diablo — dice Papini — no es ateo" [11]; la ciencia, en sí misma, tampoco lo es, pero de hecho lo son muchos de sus cultivadores. Roberto Hugo Benson, sacerdote inglés que previó gran parte de los acontecimientos que estamos presenciando, imagina un Papa del año 1972, que, dueño de Roma, había suprimido en ella todos los adelantos del siglo, volviéndola al estado de ciento cincuenta años atrás: cesaron de circular los tranvías eléctricos, se prohibió a los voladores penetrar en el casco de la población, los edificios modernos fueron derribados o puestos al servicio de la Iglesia; Roma era una supervivencia del pasado en donde perduraban las viejas deficiencias e incomodidades, una ciudad sucia y descuidada, y, sin embargo, producía un efecto saludable y reparador, la vida era sencilla y natural, y el mundo interior no era perturbado por la agitación del ambiente. Aquel Pontífice consideraba que "la totalidad de los adelantos y descubrimientos llevados a cabo en las últimas centu-

rias tendían a desviar las almas inmortales de la contemplación de las verdades eternas. Y no es que tales descubrimientos debieran ser considerados como intrínsecamente malos, puesto que eran derivaciones de las leyes maravillosas dictadas por el Creador; pero, en el momento presente, absorbían demasiado la atención de los hombres y ofuscaban sus entendimientos" [18]. Inglés había de ser el autor del libro en que se dicen estas cosas; en los países muy industrializados es en donde mejor pueden observarse y apreciarse los inconvenientes, los perjuicios y los despropósitos de la técnica y de las ciencias aplicadas. Nuestra "civilización" es la Nueva Torre de Babel.

Hay de ello un símbolo, elocuentísimo hasta en su nombre: el "rascacielos". Nombre, sin duda, ridículo; nombre frívolo, con el cual quiere vestirse de ingenio una soberbia sincera, aunque ingenua y desproporcionada; nombre que causa risa, pero que esconde una secreta aspiración blasfema.

Así como la primera Torre de Babel contiene en sí la simiente de todos los extravíos humanos, la segunda Torre de Babel — nuestra "civilización", intención secreta de todas las herejías, de todas las "apostasías", de todas las rebeldías — contiene todos los frutos.

La Serpiente del Paraíso se muerde la cola.

II

EL NACIMIENTO DE LOS DIOSES

El diablo es el Padre de la Mentira. Por lo tanto, debe ser el inspirador de las falsas religiones.

Pero no todo, en una falsa religión, es inspirado por el diablo. Lo que una religión falsa tiene de "religión", esto es, el sentimiento de dependencia con respecto a algo superior, el sentimiento que el hombre tiene de su finitud, de su limitación, de su desamparo — la *Geworfenheit* —, y, por lo tanto, la necesidad de un apoyo firme, de una mano que el Misterio le tienda para liberarlo de la *Angustia*, todo eso es verdad, y el diablo no puede vencerlo. El diablo no puede desarraigar estos sentimientos que están en la raíz del ser. El diablo puede oscurecer la idea de Dios, pero no puede suprimir la necesidad de Dios.

El diablo es el Padre de la Mentira; pero también el *Padre del Olvido.*

No nos damos cuenta de lo espantoso que es el olvido. Es hermano de la muerte. Nos hace ir perdiendo a pedazos nuestra vida, nuestros amores, nuestro ser mismo, porque vida y memoria son idénticas, pues la memoria es la vida del alma. Dios no tiene memoria, porque nada olvida, porque todo está constantemente presente en Su pensamiento.

En nosotros, el diablo, culpable de la muerte, va empujando todas las cosas hacia el olvido. Así fue haciendo perder a los hombres estas o aquellas verdades de la Revelación Primitiva, pero jamás todas.

Como no podía borrarla toda entera, buscó la compensación adulterando lo que quedaba. Incapaz de crear formas, puede, no obstante, mezclar las que encuentra, y como se goza en la confusión, en el mestizaje, en la formación de híbridos y monstruos, mezcló la verdad con la mentira y las presentó juntas en revelaciones pasmosas y fantásticas.

Como no podía desarraigar la necesidad de Dios, en lugar de negarlo, procuró multiplicarlo. Como los hombres deseaban a Dios, el diablo señaló como Dios lo que no era Dios. Decía: "Ahí Lo tenéis", y señalaba los meteoros, las bestias, los astros, las montañas, los fantasmas, los árboles, los elementos, los instrumentos, los ríos, los objetos, los hombres mismos... En ello llevaba también una intención oculta: los hombres no podían prescindir de Dios; luego él, engañándolos, podría llegar a ponerse en el lugar de Dios. Los hombres no eran tan soberbios como él, que se negaba a servir a Dios, sabiendo que lo era; eran criaturas "serviles"; que necesitaban adorar, y rendían adoración a cualquier cosa que se les dijese que era Dios; luego él podría llegar a conseguir que lo adorasen... No sería tanto como Dios, pero, de una manera falsa, de una manera histriónica, engañándose a sí mismo, podía figurárselo... Era, sin duda, un juego estúpido, pero era el triunfo de la mentira.

Como el hombre vive desasosegado ante los "enigmas del universo", y el diablo tampoco podía hacerle perder aquella "curiosidad" de que se valió para seducir a Eva, lo que hizo fue sugerir respuestas absurdas a las preguntas que el hombre se hacía. Adujo razonamientos falsos, perturbó los entendimientos, desplegó vanos prestigios, se presentó en los sueños, produjo ilusiones, poseyó a los videntes, suscitó falsos profetas. Pero tampoco logró más que mezclar la mentira con la verdad.

Así fueron naciendo en confusa multitud los dioses y los mitos.

Mezcla informe de verdad y mentira, de profundidad y locura, de ciencia e ignorancia, de bien y mal, de razón y de absurdo, de fantasía y realidad. Porque, como el diablo es el espíritu de la contradicción, crea lo contradictorio, y toda religión falsa es religión verdadera adulterada.

Antes ya del Diluvio hubo falsa religión.

De entonces es la religión de la *Gran Madre*, la Madre Tierra nutriz, de cuyo seno fecundo proviene todo lo que vive, que sostiene los edificios, da savia a las plantas, alimentos a los animales y a los hombres.

Sin duda hay aquí su parte de verdad, porque el hombre fue sacado del limo de la tierra, de manera que, metafóricamente, la tierra puede ser llamada "Madre del Hombre"... Pero la tierra, por sí sola, no puede producirlo.

También es cierto que esta "Madre" se muestra pródiga con él, e inagotablemente dadivosa, pues de la tierra saca el hombre con abundancia cuanto necesita. Pero Alguien hay que ha ordenado a la tierra producir.

El culto de la Madre Tierra, la Diosa Primitiva, la Naturaleza fecunda, la *Bona Dea*, es un culto nocturno y subterráneo, sombrío y lleno de "terror cósmico", y de "misterio". Se celebra en la caverna, el Útero de la Gran Madre, en cuyo honor las Hijas de los Hombres inician las secretas fiestas ityfálicas, que culminarán después en la prostitución sagrada de las Oblatas de Ischtar, en Babilonia, y en los ritos del bosque sagrado de Pafos.

En torno a la Gran Madre nace la *Mitología del Légamo*, del elemento húmedo, con sus formas indecisas y rampantes.

Mas, como lo femenino evoca lo masculino, y lo húmedo evoca lo ardiente, los Gigantes inventan los *sacrificios humanos*, recuerdo de la muerte de Abel, en honor de algún dios del Fuego, hijo o esposo de la Gran Madre, lo cual culminará después en el culto siro-púnico de Moloch, en cuyo vientre de bronce se abrasan los primogénitos.

También esto parece tener un fundamento en las representaciones cósmicas; si miramos tan sólo a la naturaleza material si en lugar de mirar al cielo miramos exclusivamente a la tierra, es posible que estos símbolos y estos mitos tengan cierto sentido de verdad. Pero el punto de vista no es el verdadero.

Por eso todo esto produjo tan monstruosas abominaciones, que atrajeron el Diluvio.

Después del Diluvio, en las familias primitivas del tronco de Noé antes de la Dispersión, y después en las que quedaron adheridas a los primeros núcleos humanos, la Revelación Primitiva fue conservada por tradición, y con ella el culto del verdadero Dios.

Mas en las que se fueron alejando de aquellos núcleos fue más fácil al diablo hacer que la Revelación se fuese olvidando y pudo infundirles errores nuevos.

En la raza de Jafet, y como efecto, hábilmente aprovechado por el diablo, de la profunda impresión de la gran catástrofe, nació la *Mitología de la Tempestad*. Sin duda, el Dios que ha enviado el Diluvio, con las terribles y mortíferas descargas, el espanto de los truenos retumbando sobre las montañas, las cataratas desprendiéndose de las hinchadas nubes negras, que hacen noche del día, bien puede ser tenido por Señor del Rayo, soberano de los Vientos, dueño de los rebaños de nubes; y luego, cuando por su mandato o su victoria se serena el cielo, el mismo Cielo Azul debe ser un dios emparentado con él, como también el Iris, y la Aurora, y el Sol, las divinidades risueñas de la raza blanca, de los hombres rubios y enérgicos, religión sin templos ni sacerdotes, en que el Padre de Familia sacrifica a cielo abierto, haciendo que la ofrenda sea consumida por otro dios: el Fuego, que mantiene y protege la casa.

Todo esto es mucho más razonable que las representaciones de la religión antediluviana. Es indudable que el poder de Dios se manifiesta a nosotros de un modo sensible, cercano, palpable, en esos fenómenos; pero la imagen de Dios se ha fragmentado en figuras que, cada vez más, se irán conformando al modo humano a imagen y semejanza del hombre.

Los hijos de Sem se elevaron más, en apariencia, y crearon la *Mitología Astral*. "El", como llamaban primitivamente a Dios, es el Señor del Cielo. Si miramos al cielo, no le vemos, acaso porque se halla demasiado alto; pero vemos el Sol durante el día, la Luna y las Estrellas en la noche. Criaturas de Dios, hijas suyas; luego, en cierto modo, dioses también, pues los astros rigen el destino de los hombres, como gobiernan el curso del año, la alternativa de las estaciones, la vida de las plantas y de los animales. Vemos muy claramente cómo sus cambios en

el cielo coinciden con los acontecimientos de la tierra. Si de este modo gobiernan el mundo, indudablemente son dioses. Puede que haya allá arriba un Dios superior, invisible, que oculta su faz; pero lo rodea un cortejo de Planetas, un ejército de Estrellas, dioses también, y de éstos podemos contemplar la luz. Están en el cielo, que es la morada de los dioses; desde allí nos escuchan; podemos aproximarnos a ellos subiendo a las altas montañas, construyendo torres desde las cuales veamos toda la intensidad de su brillo.

También esto tiene apariencias racionales. También aquí se esfuma la imagen de Dios y se confunde con las criaturas, sin duda las más altas, las más brillantes, acaso las más bellas; pero criaturas, y no dioses.

Todavía los hijos de Cam —depositarios de las tradiciones de los Gigantes y de las Hijas de los Hombres— descubrieron otras cosas: sin duda, en el rayo, en el viento, en las nubes, en la aurora, hay dioses; también en el sol, en la luna y en los astros; pero no sólo ahí; los hay en las rocas, en las montañas, en los árboles, en los animales. El mundo entero, todas las cosas están llenas de dioses. No hay nada muerto; la presencia de los dioses lo llena todo. Así nace la *Mitología de la Naturaleza*.

Aún hay más: nosotros podemos preparar un habitáculo a los dioses, podemos obligarlos a habitar en él. Tomad esta piedra de forma cónica y consagradla, ungiéndola con aceite; tomad este tronco apenas desbastado, este hueso en que se han trazado ciertos signos, haced el conjuro, y tendréis un dios...

¿Hemos topado con lo irracional? Según y cómo: Dios está verdaderamente presente en todas las cosas, por esencia, presencia y potencia; en todas ellas podemos advertir la huella de su poder, la participación de su bondad, el resplandor de su gloria; pero es un solo Dios en todas, y no un dios en cada una.

Satanás, gran dialéctico, no se rendirá a este razonamiento nuestro... Satanás dice: "Desde luego, no hay más que un solo Dios, pero su ser es incomprensible e inefable; sabemos de su Bondad: por su Bondad, para hacerse accesible a los hombres reviste las formas diversas de los múltiples dioses. Todos estos dioses son Dios. Cada uno de estos dioses es Dios..." ¿Cómo? ¿El diablo es henoteísta?

Satanás dice: "Dios es único e infinito. Siendo infinito y único, es Él todo el ser; pues si hubiera otro ser que no fuese Él, no sería infinito ni sería único. Por lo tanto, es Él quien es todas las cosas. Las cosas son apariencia, no son realidad; pues no hay más realidad que la de Dios..." ¿Cómo? ¿El diablo es panteísta?

El diablo es henoteísta, es panteísta, es politeísta, es dualista, es deísta, es ateo [16]. El diablo no es ninguna de estas cosas. El diablo es la negación, la contradicción, la mentira. El diablo sabe la verdad, y dice lo que no es.

Todas estas representaciones extrañas, compuestas de mentira y verdad, de locura y razón, arrastrando cada una fragmentos de la Revelación primitiva, se mezclan y confunden de mil maneras dando origen a la gran multitud de religiones falsas.

El diablo va consiguiendo que de las premisas erróneas se llegue a las últimas consecuencias, a lo más disparatado.

Así triunfa el diablo y prepara las Iglesias de su Ciudad.

El diablo dice a Dios:

"Tú tenías un plan para el gobierno del mundo. Según este plan, esto es, según Tu pensamiento, que era la Verdad, era la Belleza y era el Bien, se habían de desplegar las armonías del Universo, y el poema magnífico de la Historia... Pues bien: yo he torcido el curso de la Naturaleza y he introducido la confusión en la Historia.

"Tú habías querido que los hombres tuvieran un solo pensamiento, conforme con Tu pensamiento; que en sus almas se reflejase la esplendorosa unidad de Tu plan, y que su voluntad obrase de acuerdo con ella... Pero yo he levantado su voluntad contra la Tuya y te he obligado a confundir sus lenguas y a hacer que se separasen sin entenderse, y ahora hay tantas ideas como familias, y llegará a haber tantas como hombres.

"Tú querías ser Uno Solo, y he aquí que yo te he dividido en menudos fragmentos, y del Uno hice muchos.

"De Tu imagen, que era una, yo he hecho infinitos dioses, y ninguno de ellos es Tú.

"Tienen Tus atributos, Tus poderes, repartidos entre ellos; unos tienen unos, otros tienen otros; uno es justo, otro es clemente, otro es poderoso, otro es grande, otro es creador, otro es padre...; pero los hay que no son más que temibles, los hay que sólo saben castigar, los hay que sólo saben reclamar víctimas.

"Mira las figuras que he dado a Tus imágenes; en las orillas del río Amarillo, es el cielo, y nada más; en las orillas del Ganges, es el sonido sordo de una sílaba sagrada; en Heliópolis, es el sol resplandeciente; en Ecbatana, es el fuego que devora y acaricia; en el Alto Eufrates, es una estrella que brilla en la noche; en el Bajo Eufrates, es el abismo sagrado del mar.

"En Olimpia, todavía, es como un hombre que empuña el rayo; en la Escandinavia, un caballero que monta un caballo tordo; en Babilonia, un héroe que lucha con un dragón.

"Pero en la remota Hibernia, es un enano; en la Galia, un hombre con cuernos de ciervo; en Roma, un hombre con dos caras; en Ascalón y en Gaza, es medio hombre, medio pez.

"Vuelve ahora los ojos al valle del Nilo, y verás que el dios es un toro en Menfis, un carnero en Tebas, un ibis en Hermópolis, un ave de rapiña en Edfú, un cocodrilo en Cocodrilópolis, un cadáver en Busiris.

"En Italia, hay un dios que no tiene cabeza; en Asia Menor, hay otro que la tiene de asno; en Siria, otro de gallo; en Egipto, otro de perro.

"En los dominios de Roma, adoran como dios al aire que se desprende del vientre con estrépito, por la parte posterior, y lo saludan diciendo: "Salve"...

"Mas lo peor es en el Bajo Egipto, en Mendes, donde el dios es un Macho Cabrío que se me parece extraordinariamente...

"De todos éstos he hecho yo dioses, y Te he arrebatado el corazón de los hombres para dárselo a ellos, y las ofrendas para dárselas a ellos, y el temor que Te tenían para que los teman a ellos, y la fidelidad que Te guardaban, para que se la guarden a ellos.

"Tú querías que los hombres Te conociesen y Te amasen como a Padre, y yo los he apartado de Ti. Tú querías darles la gloria eterna, y yo los he arrastrado a mi reino. Tú querías que mi-

rasen al cielo, y he aquí que yo los he sumergido en el fango de la tierra y en su podredumbre; los he enconado en la lubricidad y en la violencia, en el crimen y en el error.

"Ya no eres Tú el Unico, ni siquiera el primero... Los hombres tienen cuantos dioses quieren, más adorados y temidos cuanto más bajos, cuanto más innobles, cuanto más inmundos; los dioses brotan a millares del fango de la tierra, ¡hasta en los huertos les nacen dioses!

"Tu Reino ha concluido: ¡todo es Dios!"

El diablo se olvidaba de una cosa muy importante: se olvidaba de la aventura del Paraíso. No se acordaba —¿no es el Padre del Olvido?— de que la Serpiente había hecho adquirir a los hombres la Ciencia del Bien y del Mal.

En virtud de esta ciencia, los pueblos paganos conocieron al diablo como tal. Olvidaron que había un solo Dios y que sólo a El debían adorar; pero lo buscaban a tientas, tropezando con los fantasmas; lo sospechaban algunos oculto tras extrañas apariencias, pero sabían muy bien que hay espíritus buenos y espíritus malos; temieron a éstos y trataron de protegerse contra ellos con ritos religiosos y con ritos mágicos.

Es decir, el diablo no consiguió disimularse, ocultar su naturaleza pervertida, ser identificado con los dioses y ser adorado en ellos.

El diablo no logra nunca enteramente sus propósitos. Por eso dice Mefistófeles que es una parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal, y que siempre hace el bien.

Por lo tanto, en las religiones antiguas no encontraremos la verdadera imagen de Dios, pero encontraremos bastante parecida la del diablo. Al diablo lo encontramos en todas partes, no podemos, sin tropezar con él, dar un paso en la vida ni en la historia. Es la *negra sombra* que nos acompaña siempre: *Ubique daemon.*

Así, en la Mitología Babilónica, por una inversión de ideas producida sin duda en el tránsito de una cultura de origen matriarcal, como la sumérica, a una cultura patriarcal, como la

acádica —siguiendo acaso aquel principio de que "los dioses de nuestros padres (en este caso, originalmente, de nuestras madres) son nuestros demonios"—, la Señora del Elemento Húmedo, que presidía a los primitivos habitantes del légamo, la Madre de los Dioses, la Gran Madre, primitiva, Mummu Tiamat en los textos cuneiformes, Thalatha o Omoroca en los de Beroso, se convirtió en el prototipo de todos los dragones infernales y llegó a ser identificada con Leviatán... Fue vencida por Belo-Marduk, Señor de la Luz, en recuerdo confuso de la victoria del Arcángel san Miguel sobre Lucifer [17].

La "Serpiente antigua" del Paraíso reaparece en "la Señora Nina", hostil a los poderes celestes. Contra los dioses se levanta una infinidad de demonios, principalmente los Siete Maskim subterráneos. Puede decirse que el concepto primitivo de una *Pseudomonarchia daemonum* se encuentra en Babilonia. Con la peor intención del mundo, Delitzsch [18] llama a la Mesopotamia la cuna de la siniestra creencia en los demonios.

A los demonios se atribuyen los maleficios y las enfermedades. Éstas son causadas por malos espíritus especializados por partes del cuerpo: uno obra sobre la frente, otro sobre el pecho, otro sobre los miembros...

Puede establecerse un paralelismo muy instructivo entre los demonios caldeos de las enfermedades y nuestros microbios: aquéllos estaban especializados por partes del cuerpo, éstos están especializados por enfermedades, pero la acción es idéntica; fuerzas mágicas o toxinas, ¿qué más da? Se trata de la misma idea, de una idea antiquísima, que reaparece entre nosotros traducida del orden espiritual al orden material.

Esto daba lugar también allí a una terapéutica complicada y precisa, solamente que de carácter religioso y mágico, como la nuestra es de carácter científico, y a procedimientos profilácticos de purificación, que se parecen extraordinariamente a nuestros procedimientos de asepsia y antisepsia.

"A los babilonios y a los asirios —dice T. K. Oesterreich [19]— el mundo real les aparecía atestado de demonios. El que lee o solamente recorre los gruesos volúmenes de textos de conjuros de todas suertes publicados hasta aquí, y que nos han llegado en su mayor parte escritos en caracteres cuneiformes sobre

tabletas de arcilla, siente una impresión deprimente, y hasta terrible, del mundo en el cual aquellos pueblos creían vivir. En cada esquina estaban en acecho los malos espíritus. A esta amenaza se añadía el peligro de los sortilegios de numerosos hechiceros, peligro del que todos estaban convencidos. A aquellos hombres el mundo ha debido parecerles sombrío, lleno de calamidades, siniestro, y la restitución de sus monumentos extraños es una prueba de ello."

Los pobres sabios no echan de ver que nuestro mundo no es menos siniestro, menos lleno de calamidades, menos sombrío, que el de no importa qué pueblo antiguo o moderno, aunque hoy los demonios no se nos hagan tan presentes, o nos neguemos a reconocerlos. Y tampoco echan de ver que esa concepción del mundo que se les figura tan triste no impidió a aquellos pueblos edificar culturas en muchos respectos insuperables.

En el antiguo Egipto vuelve a aparecer, procedente, como en Babilonia, de la Revelación Primitiva, el recuerdo de la serpiente tentadora, que allí se llamaba Apap o Retrof [20], y que preside un ejército de monstruos que se levanta contra los dioses de la luz. Mas el que de un modo más preciso es comparado a Satán es el dios malo Set, que los griegos llamaron Thyphon, señor del desierto árido, de la "tierra roja", el cual se opone a Osiris, el dios que salva a los muertos.

Los demonios asaltan al difunto en su viaje por el mundo subterráneo, por lo cual el difunto ha de proveerse de conjuros que los aparten o los dominen, y de fórmulas mágicas que lo identifiquen con Osiris, haciéndolo así inmune a sus acometidas. Estas fórmulas y estos conjuros van escritos en el *Ritual funerario* o *Libro de los muertos*, papiro mágico que se deposita con la momia en el ataúd.

Conocieron los egipcios la diabólica posesión. Una cuñada del Faraón Ramsés XII, llamada Bin-Reschid, sufrió este mal, según refiere una estela encontrada en un templo de Tebas:

"Su Majestad estaba en Mesopotamia, ocupada en cobrar los tributos del año; los príncipes de toda la tierra venían a prosternarse en su presencia y a implorar su favor. Los pueblos comenzaron a presentar sus tributos: el oro, la plata, el lapis-

Lám. 13. — La construcción del Infierno
Lám. 14. — a) El Reino infernal.
b) La boca del Infierno







lázuli, el cobre, las maderas de *tanuter* cargaron sus espaldas. Cada uno, a su turno, ofrecía sus rentas; cuando el jefe de Bachtan hizo traer sus presentes, puso a su hija mayor en primera fila, para implorar a Su Majestad y solicitar para ella el favor. Esta mujer era bella, gustó al rey más que ninguna otra cosa; le dio, en calidad de primera esposa, el nombre de Neferu-Ra, y a su vuelta a Egipto le hizo cumplir los ritos de las reinas.

"En el año quince, el vigesimosegundo día del mes Epinhi, mientras Su Majestad se encontraba en el edificio de Tama, reina de los templos, ocupada en cantar alabanzas a su padre Amon Ra, señor de los tronos de la tierra, en su panegiria del Ap de mediodía, sede de su corazón, ocurrió que, por primera vez, vinieron a decir al rey que un enviado del príncipe de Bachtan traía ricos presentes para la esposa del rey.

"Conducido a presencia del rey, con sus ofrendas, dijo, invocando a Su Majestad: "¡Gloria a ti, sol de los pueblos, concédenos la vida en tu presencia!" Habiendo así pronunciado su adoración ante Su Majestad, continuó de este modo su discurso: "Yo vengo a ti, rey supremo, ¡oh, mi señor!, por Bin-Reschid, la joven hermana de la reina Neferu-Ra; un mal ha penetrado en su sustancia; que Tu Majestad quiera enviar un hombre que conozca la ciencia para examinarla."

"El rey dijo entonces: "Que hagan venir al colegio de los Hierogrammatas, los doctores de misterios". Habiendo venido al instante, Su Majestad les dijo: "Os he hecho llamar para oir lo que me piden; indicadme entre vosotros un hombre de corazón inteligente". El basilicogrammata Thotem-Hesi, habiéndose presentado ante el rey, recibió la orden de partir para Bachtan con el enviado del príncipe.

"Cuando el hombre que sabía todas las cosas hubo llegado al país de Bachtan, encontró a Bin-Reschid obsedida por un espíritu, pero se reconoció impotente.

"El príncipe de Bachtan envió por segunda vez a decir al rey: "Soberano supremo, ¡oh, mi señor! Si Tu Majestad quisiese ordenar que un dios fuese traído..."

"Esta petición llegó al rey en el año veintiséis, el primero del mes Pachons, durante la panegiria de Amon; Su Majestad

LÁM. 15 — EL SUEÑO DE FELIPE II
LÁM. 16 — ALEGORÍA DEL INFIERNO

estaba entonces en la Tebaida. El rey volvió a la presencia de Chons, dios tranquilo en su perfección, para decirle: "Mi buen señor, vuelvo para implorarte en favor de la hija de Bachtan". Después hizo conducir a Chons, dios tranquilo en su perfección, hacia Chons, consejero de Tebas, dios grande, que arroja a los rebeldes.

"Su Majestad dijo a Chons, dios tranquilo en su perfección: "Mi buen Señor, si quisieras volver la faz hacia Chons, consejero de Tebas, el gran dios que expulsa a los rebeldes, y enviarlo al país de Bachtan, por una gracia insigne".

"Después, Su Majestad dijo: "Dale tu virtud divina, yo enviaré inmediatamente este dios para que cure a la hija del príncipe de Bachtan".

"Por su favor más insigne, Chons de la Tebaida, dios tranquilo en su perfección, dio cuatro veces su virtud divina a Chons, consejero de Tebas. El rey ordenó que hicieran partir a Chons, consejero de Tebas, en su gran nao, con cinco pequeñas *baris* y un carrito; numerosos caballeros caminaban a su izquierda y a su derecha.

"El dios llegó al país de Bachtan después de un viaje de un año y cinco meses. El príncipe de Bachtan vino con sus soldados y sus jefes a recibir a Chons, el consejero; habiéndose prosternado vientre a tierra, le dijo: "Tú vienes, pues, a nosotros; tú desciendes a nosotros, por orden del rey de Egipto, el sol, señor de justicia, aprobado por el dios Ra".

"He aquí que aquel dios llegó a la morada de Bin-Reschid; habiéndole comunicado su virtud, ella fue curada al instante. El espíritu que moraba en ella dijo en presencia de Chons, el consejero de Tebas: "Sé bienvenido, gran dios que expulsa a los rebeldes; la ciudad de Bachtan es tuya, los pueblos son tus esclavos, yo mismo soy tu esclavo. Me volveré hacia los dioses, de donde he venido, para satisfacer a tu corazón por el objeto de tu viaje. Que Tu Majestad quiera ordenar se celebre una fiesta en mi honor, por el príncipe de Bachtan".

"El dios se dignó decir a su profeta: "Es necesario que el príncipe de Bachtan traiga una rica ofrenda a este espíritu".

"Mientras ocurrían estas cosas, y Chons, el consejero de Tebas, conversaba con el espíritu, el príncipe de Bachtan per-

manecía con su ejército, presa de un profundo temor. Hizo ofrecer ricos presentes a Chons, consejero de Tebas, así como al espíritu, y celebrar una fiesta en honor de ambos; después de lo cual, el espíritu se fue apaciblemente a donde quiso, por orden de Chons, el consejero de Tebas.

"El príncipe se sintió transportado de gozo, así como todo el pueblo de Bachtan." [21].

De este relato interesantísimo resulta que los falsos dioses se permiten el lujo de portarse caballerescamente con los diablos, lo cual indica una semejanza de naturaleza y una familiaridad que llega a la camaradería, hasta el punto de participar un dios y un diablo en la misma fiesta. Lo cual no está, ni mucho menos, desprovisto de significación.

En la India, contra los devas, que son los dioses buenos, combaten los *asuras*, o malos espíritus... Unos y otros disputaron originalmente por la *amrita*, licor que da la inmortalidad, y de aquí vino el que, siendo medios hermanos, se hicieran enemigos. Pues eran hijos del mismo padre, Kasyapa, el Maharischi; mas la madre de los devas fue Aditi, y la de los asuras su hermana Diti, de la cual los asuras se llaman también *detyas*... En la India, los mitos se multiplican y se acumulan, como las estatuas en los Gopuras de las pagodas. Así, según uno de ellos, los asuras fueron originalmente buenos espíritus, pero su jefe *Maheschásura* se negó a obedecer a Brahma, y éste lo precipitó en los infiernos, en lo más profundo del Patala, con todas sus huestes, y quedó convertido en príncipe de los demonios... Por todas partes el recuerdo de la Revelación Primitiva: en la India persiste también el de los Gigantes: *rakschasas*, el del Diluvio, etcétera.

De las creencias primitivas de los persas sabemos muy poco; pero en los libros atribuidos a su gran profeta Zaratustra, el dios del mal *Angro-Manyo*, en persa moderno *Ahrimán*, es de igual categoría y origen que Ahura-Mazda, u Ormuzd, dios del bien y de la luz. Este es hijo de la afirmación; aquél, de la vacilación y de la duda. Idea verdaderamente profunda; el diablo es siempre el No contra el Sí.

Ahrimán es el genio de toda impureza, de toda suciedad, del pecado y de la muerte. Es el genio de la contradicción, que

a cada creación buena de Ormuzd opone una creación maléfica. Es el genio de la confusión y la mentira... Por una suerte de inversión, que acaso sea más verbal que de ideas con respecto a la India, en Persia los demonios, servidores de Ahrimán, se llaman *daevas*. Entre ellos destaca una Corte con seis grandes espíritus, opuestos a los seis Amescha Spenta que rodean a Ormuzd, y que hacen pensar nuevamente en la organización político-administrativa del Imperio Infernal de los demonómanos. La demonología iránica es muy extensa y detallada, e influyó grandemente en la de los talmudistas hebreos, en la de muchos herejes cristianos y en la de los musulmanes.

En la China hubo una demonología antiquísima, cuyas huellas es difícil perseguir, porque, bajo la influencia del budismo y de ciertas transformaciones del taoísmo, dioses y demonios llegaron a ser considerados como almas de difuntos buenas y malas. Son famosas las aventuras de Chung Kuei, el domador de demonios, y el taoísmo conoce un complicado infierno, en cuyas mansiones reina el poderoso demonio Ping Tang [11].

Los griegos encarnaron el espíritu de rebeldía en los *Titanes*, hijos de la tierra —esto es, de la Gran Madre primitiva—, que quisieron escalar el cielo para destronar a los dioses, y fueron precipitados por Zeus en la mansión del fuego.

Prometeo, uno de los Titanes, robó el fuego del cielo para traérselo a los hombres. Personifica la rebeldía contra los dioses, pero sus caracteres son tan humanos, que, hasta hace muy poco, a nadie se le ocurría paralelizarlo con Satanás. Sin embargo, todo el satanismo del mundo griego está en Prometeo. Es éste uno de los símbolos más profundos y difíciles que forjó la mente antigua. Se trata de la idea acongojante, insomne, angustiosa, de un Satanás humanizado: quien la contemple cara a cara no podrá ya nunca creerse inocente de ninguna cosa.

Dicen que este misterio fue revelado al pueblo por el poeta Esquilo, y que esta revelación —reservada a los iniciados en los Misterios —fue la causa de su muerte violenta.

En el mito de Prometeo hay una doblez que nunca hemos sospechado en el alma griega, llena, en nuestro concepto, de todas las perfecciones. Por una parte, se reconoce su pecado y se le supone castigado justamente por Zeus, encadenado en el

Cáucaso, donde un buitre devora continuamente sus entrañas, siempre renovadas. Por otra parte, ha de ser libertado por el más grande de los héroes: Heracles, "el hijo adorado de un padre enemigo". Y Heracles es, probablemente, por eso mismo, "el Héroe". Es decir: Prometeo es glorificado, no de un modo abierto, sino solapado, sin franqueza; la liberación de Prometeo es el deseo secreto del hombre antiguo... y del hombre moderno, por consiguiente. Es lo que del hombre antiguo pervive, esencialmente, en el hombre moderno.

La idea de que Satanás ha de acabar por ser perdonado, para volver a ser un ángel bueno, arranca de aquí... Verdaderamente no está esto mal pensado: pecar, sacar del pecado el mayor provecho, y acabar por obtener el perdón, es una idea sumamente práctica; su realización sería sin duda un buen negocio.

El dragón infernal aparece en la Mitología griega bajo la forma y nombre de Tifón, que tiene cien cabezas, silba, ladra, ruge, vomita llamas, vuela, amenaza a los hombres y a los dioses... Rebelado contra Zeus, éste tuvo que echar mano de rayos tan poderosos que incendiaron la tierra e hicieron hervir el mar.

Este es el mito normal frente al mito semihumano de Prometeo. Tifón es el derivado natural del Mummu Tiamat, el mito cósmico del diablo; Prometeo es el mito histórico. Typhon es un monstruo; Prometeo no es un espíritu —los dioses y héroes griegos no son espíritus—, aunque pueda ser "el espíritu" aquél de quien se habla cuando se habla de "la emancipación del espíritu humano"... Con lo cual, por fin, hemos encontrado en Grecia a Satanás.

Hay quien cree que las tradiciones más remotas de los *celtas* oponen a los dioses celestes, señores de la vida y de la luz, llamados Sidhi, otros dioses o espíritus de las tinieblas, los *Fomori*. Pero todo esto está envuelto en la mayor oscuridad. Muchas veces, los que parecen dioses no son más que el recuerdo de razas primitivas, ignoradas, que los celtas encontraban en los países que recorrían en sus emigraciones, y que eran mitificadas en la memoria, cuando no iban, como espíritus buenos o malos, a habitar en los antiguos monumentos abandonados...

En todo caso, en materia de celtismo, es preferible seguir a los "celtómanos" que no a los arqueólogos.

Entre los germanos, son demoníacos ciertos seres que los dioses tuvieron que encadenar debajo de la tierra: el lobo Fenris, la gran serpiente y otros, que saldrían al fin del mundo para el incendio universal. Mientras tanto, Loki, el dios del fuego, desempeña, en parte, el papel de diablo. La mitología germánica encierra en esto misterios que no han sido aún desentrañados.

¿Iremos a buscar al diablo en el África Negra, en la América Roja, en la Australia, en la Prehistoria?... En todas partes lo encontraríamos. El diablo es una idea universal porque es una universal realidad. Se le conoce en todas partes, porque opera y se hace notar en todas partes, porque el drama del Paraíso ha dejado una huella indeleble en la memoria inconsciente de los hombres.

En vano el diablo quiso disimularse bajo las formas de los dioses del paganismo. Los hombres descubrieron en todas partes su presencia y su existencia.

El diablo deja en sus obras un sello inconfundible que la intuición humana sospecha siempre, y muchas veces identifica... En Galicia se dice que "el diablo, por mucho que se esconda, deja siempre el rabo fuera". Y por el rabo se le conoce.

Como decíamos, hay un verdadero "consentimiento universal" acerca de la existencia del diablo.

En el paganismo, el diablo ni se esconde ni desaparece: se duplica.

III

LOS ÍDOLOS, LOS ORÁCULOS Y LA MAGIA

IDOLATRÍA es el culto de los ídolos. Pero "idolatría" no es sinónimo de "falsa religión", pues hay religiones falsas — el mazdeísmo, el Islam— que no adoran ídolos.

Ídolo —*eidolon*— significa "imagen", "simulacro". Los ídolos son imágenes o representaciones de los falsos dioses. Mas no siempre el ídolo es un simple simulacro, sino que muchas veces es el habitáculo del dios, o el dios mismo.

Cuando el ídolo es dios, o cuando el dios habita en él, la ciencia le llama "fetiche".

La cosa es muy clara:

El dios es, indudablemente, espíritu. Siendo así, del mismo modo que nuestro espíritu se une a nuestra carne, ¿no ha de poder el dios unirse al ídolo como el alma al cuerpo?... No hay aquí nada de "mentalidad primitiva" ni de "razonamiento prelógico", sino, por el contrario, lógica pura y simple, lógica irrebatible y rigurosa, deducción perfecta de premisas conocidas.

La mente expertísima de Satanás puede llegar todavía a más dilatadas consecuencias.

Nosotros podemos objetar que nuestra carne es materia organizada, o, si se quiere, materia viva, mientras que el ídolo es materia muerta, homogénea, sin adaptación, sin órganos para recibir impresiones ni para ejecutar movimientos... Satanás responderá, muy lógicamente, que, en efecto, nuestra alma, criatura imperfecta, de orden inferior, necesita aquellas condiciones,

ya que solamente puede obrar y relacionarse con el mundo exterior por medio de órganos adecuados, preparados con gran perfección. Pero el dios es un ser inmensamente poderoso, por lo cual puede actuar sirviéndose de un trozo de materia de cualquier clase con mayor perfección que nosotros mediante un cuerpo finamente organizado y con mayor eficacia...

¿Sería un dios si no pudiera ver sin unos ojos como los nuestros, oir sin unos oídos como los nuestros, oler sin unas narices como las nuestras, obrar sin unos brazos como los nuestros, andar sin unos pies como los nuestros?

Otra consideración nos hará el consumado ergotista: es evidente que el dios no ve, ni oye, ni huele, ni gusta, ni toca, ni obra, ni anda como nosotros vemos, oímos, olemos, gustamos, tocamos, obramos y andamos, sino de otro modo mucho más simple y directo.

Entonces —le diremos—, ¿para qué necesita unirse a un ídolo como nuestra alma a un cuerpo?... No se rendirá por eso el gran dialéctico. ¡Ah! —dirá—, no es que lo necesite el dios, sois vosotros los que lo necesitáis; el dios se une al ídolo para, en beneficio vuestro, tener un medio material para comunicarse con seres materiales. No se une al ídolo para ver, sino para que vosotros le veáis; no para oir, sino para que lo oigáis; no para aspirar por sus narices el humo del sacrificio, sino para que le ofrezcáis el sacrificio...

Y, en último caso, si Satanás se viese apurado, acudirá al argumento de autoridad: citará a los teurgos y a los neoplatónicos, nos remitirá a las obras de Porfirio, de Jámblico, de Juliano...

Lo más notable es que esto que dice Satanás acerca de los ídolos es verdad histórica comprobada.

Pero antes hemos de hablar del origen de los ídolos.

Según varios autores [13], el culto de los ídolos se debe a Nino, rey de los asirios, el cual, habiendo muerto su padre, Nemrod, "el fuerte cazador delante del Señor", que mandó erigir la Torre de Babel, le levantó estatuas e hizo que sus súbditos le ado-

rasen. De este modo Nemrod llegó a ser tenido por un dios, y los diferentes pueblos lo adoraron bajo los nombres de Bel, Baal, Baalin y Belfegor [24].

Esto concuerda con la opinión de Evhemero, autor griego de fines del siglo III a. J. C., que pretendía que los dioses de los antiguos eran hombres ilustres divinizados por sus semejantes, por lo cual fue tenido como ateo [25]. Evhemero hace de la teogonía historia; de los dioses, reyes.

Pero esto es porque antes el diablo había hecho de la historia, magia; de los reyes, dioses.

Satanás sopló al oído de Faraón:

"¿No ves que por ti reina la paz en los Dos Países? ¿Quién, sino tú, contiene a los enemigos del Egipto? ¿Quién mantiene los canales y los diques? Por tu poder, pues, crece el Nilo, y los campos se cubren de frutos. Si tú perdieras tu fuerza sobrehumana, el desierto cubriría el valle, y sería erial toda la tierra de Egipto. Tú mantienes los Dos Países. Tú eres dios."

Esto causó primero que, cuando Faraón se hacía viejo, y faltaban las aguas del Nilo, y sobrevenían carestías, hubiese que sustituirlo: se le sacrificaba y ocupaba su lugar otro que no hubiese agotado sus poderes sobrenaturales. Pero después se inventaron ceremonias mágicas para que Faraón renovase sus fuerzas, y Faraón quedó siendo dios hasta su muerte natural [26].

Nada podía cohibir los caprichos de un rey. Satanás atizaba el fuego de su fantasía para satisfacer la soberbia, la lujuria y la crueldad.

Adonibezec había vencido y aprehendido a otros reyes. Les hizo cortar los dedos de pies y manos, de modo que aquellos reyes tenían que andar en cuatro patas, como los perros, alrededor de la mesa de Adonibezec. Y Adonibezec les arrojaba los huesos de las aves y de los venados para que los royesen [27].

Asurbanipal tapizaba los muros de las ciudades con las pieles de los enemigos desollados vivos. Artaxerxes hacía ahogar a los rebeldes en la ceniza. Alejandro puso fuego a la ciudad de Persépolis para divertir a una cortesana. Orodes entregó a los cómicos la cabeza del triunviro Craso, para que representasen una escena. Nerón se alumbraba el camino con las llamas que consumían a los cristianos crucificados. Domiciano mataba

moscas cuando no podía matar hombres. Sapor montaba a caballo apoyando el pie en la espalda del César Valeriano...

Satanás sopló al oído de Nabucodonosor:

"Cuando tú frunces el entrecejo, los reyes tiemblan; al sonido de tu nombre, los pueblos claman y besan la tierra; los dioses se agitan en los templos cuando te acercas... Tú eres dios."

Y Nabucodonosor hizo levantar una estatua de oro a imagen suya, y ordenó que la adorasen bajo pena de muerte. Y a los que no quisieron, los hizo arrojar en un horno ardiendo [29].

Satanás sopló al oído de Calígula, y Calígula mandó colocar su estatua en el Templo del verdadero Dios, del Eterno [30]... No pudo llegar a más la locura soberbia de los reyes-dioses... Hasta entonces, cada uno de ellos había imaginado ser un dios entre los dioses, pero ahora el César de Roma quería ponerse en el lugar del Unico.

El acto de Calígula es de un simbolismo histórico de tal alcance, que supera al mito de Prometeo. Calígula, sin ser mencionado en la Sagrada Escritura, como Nabucodonosor o Senaquerib, adquiere categoría de personaje bíblico, es un monstruo del Apocalipsis, una profecía del hombre moderno y una figura del Anticristo. No sé si podrá decirse que Calígula agotó con ello la locura humana, pues en la locura es en lo único que puede reconocerse que se realiza la ley del progreso indefinido; pero dejó dado el paso decisivo para la reproducción del pecado de los ángeles. Satanás llegará a aprovecharlo en nuestros días.

Evhemero tuvo, pues, razón hasta cierto punto. Tan sólo generalizó demasiado; según él, el primer dios habría sido el primer rey: Urano, sabio astrónomo y soberano justo y clemente, que reinó en la ignota isla de Panchaia, donde el mitógrafo encontró la inscripción jeroglífica que narraba su historia. Urano habría sido deificado después de muerto, pues hemos visto que no suelen ser los buenos reyes los que en vida se creyeron dioses. El que Evhemero haya alcanzado un gran éxito entre los apologistas e historiadores cristianos indica que en su sistema debe haber gran parte de verdad.

Es, en efecto, probable que los primeros ídolos con figura humana fuesen, en su origen, representaciones de reyes, de hé-

roes y de antepasados, y que de éstos tomasen después los dioses aquella forma. Héroes y dioses andan tan mezclados en las ideas de los antiguos que no es raro que un personaje histórico haya llegado a convertirse en dios, y un dios en personaje histórico.

Solamente hay que objetar que no sucedió siempre así. Aquellas mezclas y confusiones llevan, la mayor parte de las veces, el sello inconfundible de la inventiva de Satanás. Pero éste no siempre consiguió anular del todo la razón humana.

No todos los ídolos tuvieron ni tienen figura humana. Seguramente, uno de los orígenes del ídolo es la estatua, pero el otro es el fetiche. Una piedra cualquiera, en el Próximo Oriente, pero muy especialmente aquéllas que la Naturaleza había dotado de una forma extraña, propia para despertar recuerdos o evocar ideas, o a la cual los antepasados habían procurado dar apariencia labrándola en forma de cono o de pirámide, era un *betylo*, morada de un dios, que los devotos besaban, ungían con aceite, propiciaban con ofrendas. El mejor de los casos era aquél en que la piedra había caído del cielo, esto es, el aerolito. Pero también podían habitar los dioses en troncos de madera, sin ramas, más o menos escuadrados o alisados. Un tronco así se llamaba *Ashera*.

Muchas veces, la figura misma de la piedra o del tronco era ya prueba suficiente de que allí estaba el dios. Pero hemos dicho ya que había procedimientos especiales para hacer que el dios viniese a habitar en ellos.

Estos procedimientos fueron inventados por los egipcios. San Agustín [30] cita el *Asclepius*, de Hermes Trismegisto, donde se decía que los antepasados habían descubierto el arte de fabricar dioses, y, como no podían crear almas, invocaban a los ángeles y a los demonios, y los introducían en las imágenes sagradas, y gracias a aquellas almas los ídolos tenían poder de hacer el bien y el mal.

El peligro de este procedimiento estaba en que, en lugar de ser un ángel, fuese un diablo el que se introdujese en el ídolo.

Ahora bien, parece que fue esto precisamente lo que ocurrió. No es de creer que los ángeles obedeciesen a vanos conjuros, ni que contribuyesen de este modo a mantener el culto idolátrico, fingiéndose dioses. Ello es, en cambio, muy propio de los demonios. Esto, que nos dicta la sana razón, está atestiguado también por la experiencia.

San Agustín nos explica cómo los ídolos eran *corpora deorum*. En una noche de lluvia que lo sorprendió camino de Neocesárea, san Gregorio Taumaturgo tuvo que refugiarse en un templo pagano, famoso por sus oráculos. El santo invocó el nombre de Jesús, purificó el templo con el signo de la cruz y pasó la noche cantando las alabanzas del Señor. Fuese por la mañana, y a poco llegó el sacerdote del templo a celebrar los sacrificios. Pero los demonios se le aparecieron y le dijeron que ya no podían habitar allí, pues había pasado la noche en el templo un santo obispo. El sacerdote prometió sacrificios, pero los diablos confesaron su impotencia. Indignado, el sacerdote amenazó a san Gregorio con la justicia; san Gregorio le respondió:

—Con la ayuda de Dios, que expulsa los demonios, ellos podrán volver, si Él lo permite.

Tomó un papiro y escribió en él: "Gregorio a Satán. Vuelve".

El sacerdote llevó el papiro al templo, hizo los sacrificios, y los diablos volvieron. Pero, convencido el sacerdote del poder de san Gregorio, volvió junto a él y le pidió lo instruyese en la religión cristiana [11].

San Benito de Nursia, al trasladarse a Montecassino, encontró allí un templo y un bosque sagrado de Apolo. San Benito derribó el ídolo y taló el bosque. Entonces se le presentó un horrible demonio y comenzó a llamarlo:

—¡Benito, Benito!

El santo hizo como si no oyese, y no dio respuesta. El demonio, furioso, gritó más fuerte:

—¡Maldito, maldito! ¿Qué tienes que ver conmigo? ¿Por qué me persigues? [12].

El teólogo pagano Porfirio, filósofo neoplatónico, reconoce que los diablos habitaban, al menos algunas veces, en los ídolos: "Entre los ídolos hay espíritus impuros, mentirosos y malhechores, que quieren hacerse pasar por dioses y hacerse adorar por los hombres; hay que aplacarlos para que no nos dañen. Unos, alegres y divertidos, se dejan ganar por los espectáculos y los juegos; el sombrío humor de otros apetece el olor de la grasa y se alimenta de sacrificios sangrientos."[33].

La creencia común del pueblo cristiano en la Edad Media ha sido ésa. "No les venía a las mientes a los cristianos mirar a los dioses del Olimpo como seres imaginarios, fuerzas o ideas personificadas. Según ellos, son demonios maléficos, ante los cuales tiemblan sus propios adoradores; residen en los edificios, en las estatuas que se les han erigido." [34].

Todavía en 1450, el *Mistère de St. Bernard de Menthon* dice: "Los diablos del Mont-Joux son los soportes de Júpiter y están alojados en la imagen del dios que domina el pasaje"; "los diablos, dentro del ídolo, llaman"; "el diablo... se metió dentro del ídolo."[35].

Esta situación servía a los diablos para manejar a los hombres por medio de los oráculos.

De una manera lata, puede decirse que todos los pueblos tuvieron oráculos, porque, mediante ídolos, o fetiches, o animales sagrados, los dioses —o los diablos— les hablaban, o les manifestaban secretos por medio de sonidos, movimientos o fenómenos fortuitos: los egipcios interpretaban como oráculos los mugidos y los movimientos del Buey Apis, en el cual moraba el alma del dios del Nilo *(Hapi)*, o bien la de Osiris, o más bien la del misterioso Ftah; algunos dicen que acudían al templo, formulaban la pregunta ante el dios y se tapaban los oídos con las manos, permaneciendo así hasta que salían del santuario; entonces separaban las manos, y la primera palabra que oyesen era la respuesta del dios. Éste era el rito griego del *omen*, de que se ocupan los tratadistas. Otros dioses egipcios, como Amon, en Tebas y en el oasis de su nombre, daban oráculos.

Pero, de un modo estricto, los oráculos son propios del mundo griego. El más célebre de todos, por haber gozado de universal prestigio, era el de Delfos.

Se rendía allí culto al dios Apolo, que era el dios de la adivinación y de la profecía. Delfos era, para los griegos, el "ombligo del mundo", el centro matemático de la tierra habitada; allí Apolo había vencido a la serpiente Pitón, y, en realidad, nunca se nos explica de una manera que no deje lugar a duda si los oráculos eran debidos a la inspiración de Apolo o a la inspiración de la serpiente. En los textos griego y latino de la Biblia se llama "espíritu pitónico" al de los adivinos gentiles o supersticiosos [36]. Los partidarios del totemismo han llegado a asegurar que Apolo sustituyó en Delfos a una serpiente que antes era allí adorada... Si —por una casualidad— acertasen en este punto los totemistas, nos encontraríamos de nuevo con la serpiente tentadora.

Lo cierto es que, según los autores antiguos, los oráculos eran pronunciados en Delfos por una sacerdotisa entrada en años, pero virgen, llamada la Pitia o Pitonisa —nombre relacionado con Pitón—, la cual se sentaba en un archifamoso trípode de oro, al borde de una sima —que inevitablemente recuerda la puerta del Infierno—, de la que se desprendían vapores estupefacientes, mediante los cuales entraba en un tremendo delirio —"delirio pitónico"—, con todos los caracteres de una verdadera posesión momentánea: "...estaba llena del dios mismo y de su espíritu. Según la creencia, el dios entra en el cuerpo terrestre, o bien el alma de la sacerdotisa, "liberada" de su cuerpo, percibe en espíritu las revelaciones divinas. Lo que anuncia luego "con la boca en furia", es el dios quien lo expresa por ella. Cuando ella dice "yo", es Apolo que habla a aquél a quien aquello concierne. El que vive, piensa y habla en ella, mientras está en frenesí, es el dios mismo." [37]. San Juan Crisóstomo dice de ella: "De esta sacerdotisa, la Pitia, se dice ahora que se sentaba, con las piernas extendidas, sobre el trípode de Apolo y que el mal espíritu, viniendo de abajo, entraba en ella deslizándose por sus órganos genitales y la hundía en furia, de tal suerte que, con los cabellos desgreñados, se ponía a entrechocar los dientes y espumajear como una mu-

jer ebria." [38]. Por su parte, Orígenes comenta: "De un espíritu divino, nadie aceptará ciertamente que vuelva loca y furiosa a una persona que ha de hacer presagios, hasta el punto de que no sepa lo que hace." [39].

Además de la Pitia, la Antigüedad nos ofrece otras mujeres inspiradas y profetisas: las Sibilas, de las cuales se cuentan doce, a saber: la Pérsica, la Líbica, la Délfica, la Eritrea, la Cimeria, la Cumana, la Helespóntica, la Frigia, la Tiburtina, la Epirota, la Samiota y la Egipcia. Pero casi todas ellas hicieron predicciones referentes a Jesucristo y a la verdadera religión, por lo cual san Jerónimo cree que Dios recompensó su castidad con revelaciones.

Otro oráculo famoso era el de Dodona, donde había un templo de Zeus rodeado de un bosque de encinas. Aquellas encinas hablaban: cuando el viento agitaba su follaje, se oían palabras que respondían a las consultas. También se dice que quien respondía era una estatua que golpeaba unos calderos de bronce, y que los sacerdotes interpretaban aquellos sonidos [40]. Otros afirman que la respuesta del oráculo venía escrita en unas láminas de plomo, que los sacerdotes sacaban a la suerte. Otros, como Pausanias, que eran unas muchachas maravillosas, trocadas en palomas —acaso las mismas que, viniendo de Egipto, ordenaron construir el santuario de Zeus—, las que proferían los oráculos [41].

Asclepios, hijo de Apolo, tenía un oráculo médico en su templo de Epidauro. Allí iban a dormir los pacientes, y el dios les revelaba en sueños las causas de las enfermedades y sus remedios. Delrío [42], que declara la naturaleza diabólica de estos sueños, pone al lado del oráculo de Epidauro los de Serapis, Podalyro y Venus Gazea, que respondía sobre matrimonios, y de cuya estatua fue arrojado un demonio con el signo de la cruz. Sería interminable y ocioso mencionar todos los oráculos antiguos.

La táctica del diablo en los oráculos excluía, naturalmente, la mentira patente, que lo hubiera descubierto y desacreditado una institución para él tan útil.

Por eso los oráculos decían muchas veces la verdad, por lo menos aparente, dejando el engaño para aquellas circunstan-

cias cuya verdad no pudiera ser descubierta. Sin embargo, lo más común era que, tratándose del futuro, procurase el diablo no comprometerse con anuncios que pudieran salir fallidos. Pues el diablo, que tanto sabe, no lo sabe todo. "Alcanzan ellos (los malos ángeles o diablos) —dice Pedro Ciruelo [43]— a tener muy clara ciencia de todas las cosas corporales, que son menos perfetas que ellos, que son espíritus vivos. Y ansí tienen ciencia de toda la orden del mundo Corporal y de todo el curso de natura. Saben los movimientos de los cielos y de los elementos, y saben las virtudes de las estrellas, los eclipses y las conjunciones, y otros aspectos de los planetas. Saben las propiedades de los metales y piedras, yerbas, y de todas las medecinas, y las de los peces y aves, y de las animalias de la tierra. Saben la astrología, filosofía y medicina mejor y más perfetamente que todos los filósofos y sabios del mundo que son y fueron en los hombres; por donde se sigue que los demonios saben muchos secretos que ellos pueden revelar a los hombres que los sirven.

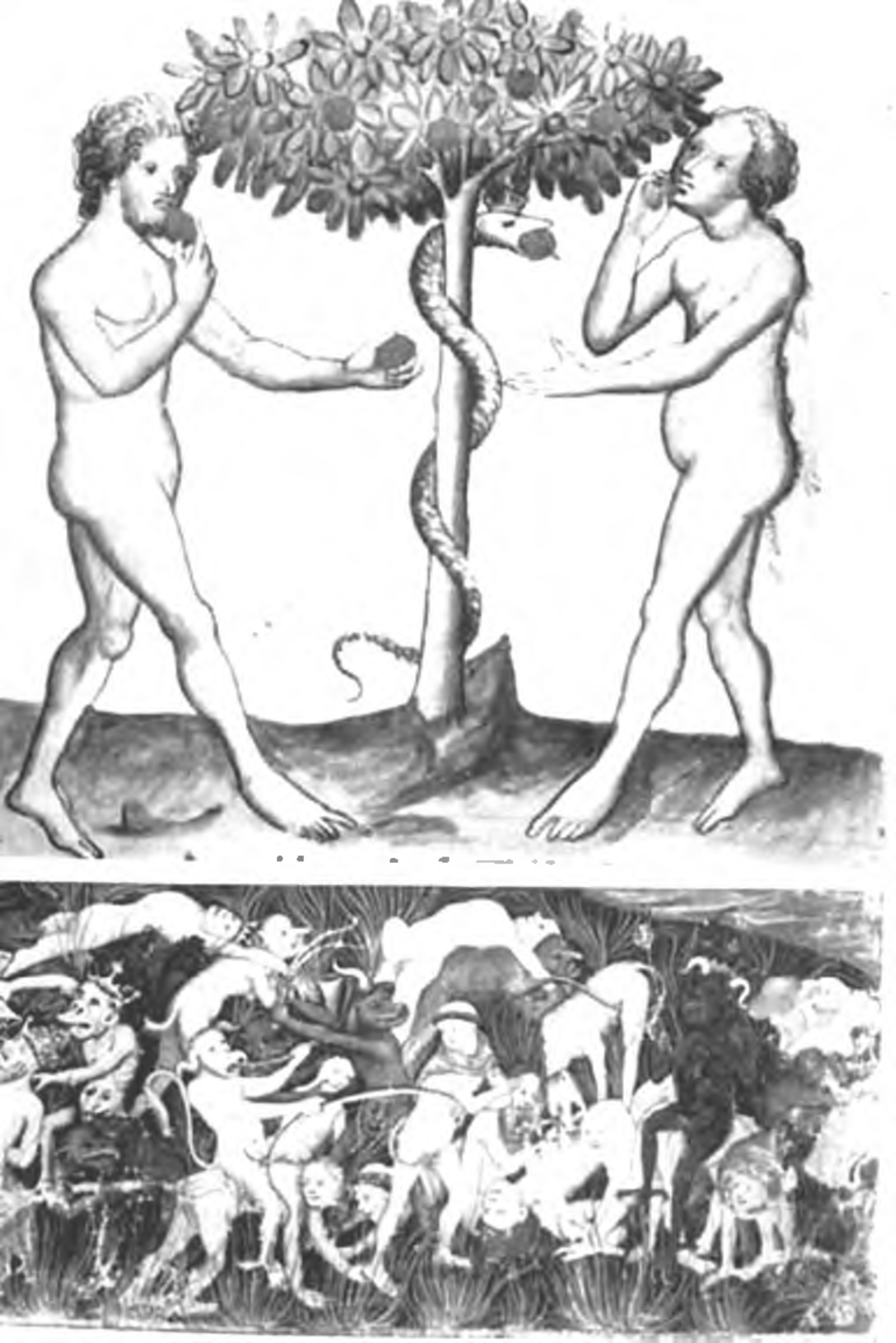
"Mas ay tres maneras de cosas secretas, unas son ya passadas, otras presentes, y otras por venir. De las cosas ya passadas en el mundo, aunque los hombres las tengan olvidades, el diablo tiene memoria y las sabe casi todas cómo y en qué manera acaecieron, y las puede contar como un grande Coronista: porque todas las tiene en su memoria, puede luego recontar las historias de los santos Patriarchas de las primeras edades del mundo, y las de los Hebreos, Griegos, Latinos, y de todas las otras naciones bárbaras, porque él se halló en todas ellas donde quiera que acontecieron en el mundo.

"Otro tanto dizen de las cosas que agora son presentes, que todas las vee muy claramente donde quiera que estén en todo el mundo, por muy secretas y escondidas que estén. Excepto los pensamientos que están en el corazón del hombre, que, o no los pueden ver, o no permite Dios que los vean, aunque por algunas señas de fuera los puedan barruntar, y dezir algo dello, no por cierta ciencia, mas por manera de sospecha: y esto por la gran esperiencia de muchos tiempos, que ha platicado entre los hombres. Pues de todas las otras cosas presentes que ay en el mundo, el demonio tiene cierta ciencia, y las puede revelar a sus servidores los nigrománticos y adevinos: y ansí algunas

Lám. 17. — a) La construcción del Infierno
b) Las tentaciones de san Antonio
Lám. 18. — Diablos y condenados







vezes ellos dizen donde ay tesoros escondidos, y dónde ay venas de agua debaxo de la tierra, y otras muchas cosas secretas.

"En las cosas que están por venir ay tres diferencias. Unas dellas han de venir por curso de natura: porque pueden ser efetos de causas naturales y procederán de las virtudes y movimientos de los cielos y estrellas, y de los elementos y humores, y de los otros cuerpos naturales. Ansí como yerbas, piedras, metales y animales, etc. Destas cosas el diablo tiene cierta ciencia por astrología, y filosofía, y medicina. Y por otras algunas artes y ciencias que las sabe él mejor que las puedan saber los hombres en esta vida, por mucho que estudien en ellas. Y todas éstas, el diablo las puede revelar a los malos hombres siervos suyos. Y ansí veemos que los nigrománticos y adevinos dizen y aciertan en qué días, meses y años ha de llover o nevar, tronar, granizar; quáles dellos serán fríos, calientes, secos y húmedos; quáles serán serenos, o nublados, claros o escuros; en quáles avrá cometas, rayos, terremotos, pestilencias de hombres, de ganados o de otras animalias de la tierra o de la mar. Y dizen de los hombres enfermos en qué días y horas sanarán, o morirán, y qué tales cursos o mudamientos harán sus enfermedades, etc.

"Ay otras cosas que han de venir por voluntad de los hombres y las han de hazer ellos por su libre alvedrío, ansí como casas, edificios, viñas, olivares, guerras, vandos, pazes, casamientos, robos de casas, sacos de ciudades y villas, y otras mil maneras de tratos, y baratos, compras y ventas, etc. Y de tales cosas antes que se hagan, el diablo no puede tener cierta ciencia si serán o no: porque están en la mano y libre voluntad de los hombres, y pueden aora quererlas hazer, y a otra hora no querer; y destos mudamientos de la voluntad del hombre, el diablo no puede tener certidumbre en qué ha de parar finalmente para lo querer o no lo querer hazer. Verdad es que por algunas esperiencias de tiempos passados, puede el diablo tener destas cosas alguna conjetura o pensamiento. Porque sabe las amistades o enemistades de los hombres, y los pactos y conciertos, que tienen hablados para en ciertos días y tiempos; sabe las complexiones y naturales inclinaciones dellos. Y por allí los tienta, incitándolos a muchos males, y por allí, como espíritu

LÁM 19. — EL PECADO ORIGINAL.
LÁM 20. — a) EL PECADO ORIGINAL
b) LAS PENAS DEL INFIERNO

muy astuto, ymagina poco más o menos lo que será. Y ansí lo revela a los nigrománticos y adevinos. Y aunque en algunas cosas destas ellos acierten, en otras muchas yerran.

"Ay otras cosas que han de venir por puro acaecimiento de casos de fortuna, sin pensar los hombres en ellas, ni aver causas naturales para ellas: ... Y destas cosas el diablo no puede tener cierta ciencia: porque como no tengan causas determinadas, pueden acaecer de muchas maneras. Y él no puede saber por quál de aquellas maneras acaecerán, salvo quando él procura que se junten dos causas, o sabe quando se juntarán para hazer algún efeto, y los hombres no alcanzan a lo saber: porque muchas cosas son casuales a los hombres que no piensan en ellas, ni las proveen, y no son casuales a los Ángeles buenos o malos, que pueden proveerlas antes que vengan. Luego si el diablo sabe que en tal tierra o viña, ay un tesoro soterrado, y por otro cabo sabe que un pobre labrador está alquilado para yr a cavar o arar en aquella tierra o viña, puede por allí pensar que en tal día aquel labrador se hallara aquel tesoro, y ansí revelado a su adevino que le diga antes que ello sea: el hallar deste tesoro fue acaso al labrador, no al diablo que lo tenía pensado y proveydo. Ay otros acaecimientos que son casuales, no solamente a los hombres, mas también a los demonios. Y destos ninguna cosa pueden ellos saber más que los hombres, y ansí, quando tales cosas revelan a sus adevinos, las más veces yerran. Sólo Dios es a quien ninguna cosa le viene por acaecimiento de caso ni de fortuna, porque Él todas las cosas sabe antes que vengan, y todas las tiene proveydas. Por este capítulo queda determinada la duda que al principio del se demandava. Y la respuesta es que el diablo algunas cosas sabe de cierto, y otras por conjeturas y no de cierto, sino que piensa que acierta; otras ay de que ninguna cosa sabe, sino que anda adevinando desatinado. Y de la manera que él las sabe las puede revelar a sus nigrománticos y adevinos."

Vemos, pues, que, no siendo todo, es mucho lo que el diablo sabe, y entre tanto, es lógico que, aunque a veces se equivoque, habitualmente sepa también lo que puede saber y lo que no, y de este modo, aunque en ocasiones lo ciegue la soberbia, en muchas más lo salve la astucia.

Por eso los oráculos que daba en nombre de los falsos dioses los daba con precaución, y esta precaución era de varias suertes: una, que los oráculos fuesen difícilmente inteligibles, pues así el consultante decepcionado siempre podía creer que no había entendido bien la respuesta. Ejemplo de ello tenemos en la historia de Teágenes de Thaso, el cual, habiendo obtenido numerosas victorias en los juegos, sus conciudadanos le levantaron una estatua cuando murió. Aconteció que un enemigo suyo iba todos los días a contemplar la estatua y a dirigirle insultos e improperios. Un día, la estatua cayó encima del que la ultrajaba, y lo aplastó... Las leyes de Dracón permitían perseguir el homicidio aún en las cosas inanimadas; acogiéndose a ellas, los hijos del muerto pidieron justicia contra la estatua de Teágenes, y los jueces la condenaron a ser arrojada al mar. A poco, sobrevino una peste, y, consultado el oráculo, respondió: "Volved a llamar a los desterrados..." Se llamó a los ciudadanos desterrados, pero la peste no cesó. Entonces volvieron a consultar el oráculo, el cual, por fin, respondió con claridad: "Restituid sus honores a Teágenes." En efecto, la estatua volvió a su puesto, y la peste cesó [44].

Lo desconcertante es que el diablo, por los oráculos, confesó a menudo la unidad de Dios y otros misterios de nuestra fe.

Según Porfirio, preguntaron una vez a Apolo Délfico qué cosa era Dios y la Pitia dio esta respuesta: "Dios es la fuente de la vida, el principio de todas las cosas, el conservador de los seres. Todo está lleno de Dios, Dios está en todas partes, nadie lo ha engendrado, no tiene madre, lo sabe todo y nadie puede enseñarle nada. Es inquebrantable en sus designios y su nombre es inefable. He aquí lo que sé de Dios. No trates de saber más: tu razón no podría comprenderlo, por sabio que seas. El malvado y el injusto no pueden esconderse ante él; la habilidad y la excusa no pueden disfrazar nada a sus miradas penetrantes."

Suidas relata que el oráculo de Serapis dijo a Thulis, rey de Egipto: "Dios, el Verbo, y el Espíritu que los une, estos tres no son más que uno: el Dios cuya fuerza es eterna. Mortal, adora y tiembla, o serás más infeliz que el animal desprovisto de razón." [45].

Gran invención fue la idolatría, pero más dilatada y fecunda fue la magia. Mediante la magia, el diablo sujetó de tal modo a los hombres que consiguió tener siempre un gran número a su servicio.

Pero, ¿qué es la Magia? A pocas cosas se les ha dado tantas vueltas. Los que no creen en ella han inventado, para explicarla, un sinfín de teorías, todas ellas mucho más difíciles de creer que la Magia misma. No se sabe, en realidad, lo que es más disparatado, si la Magia o las teorías de los hombres de ciencia acerca de ella. Decir que la Magia es falsa es muy fácil; lo que por el momento parece imposible explicar es por qué, siendo falsa, creen los hombres en ella.

En esencia, la Magia no es otra cosa que la falsificación del milagro. Hay Magia porque hay milagros; si no hubiera milagros no habría Magia. No podría habérsele ocurrido a nadie semejante cosa; los hombres se habrían atenido al curso regular de la naturaleza si no hubieran visto hechos que lo sobrepujaban. Habiéndolos visto, está en su modo de ser actual el que tratasen de reproducirlos.

Parece lógico que quien les sugirió esta idea y les proporcionó los medios haya sido el mismo que les prometió que serían como dioses si comían la fruta del árbol de la ciencia.

El diablo trata inútilmente de imitar a Dios, quiere hacer lo mismo que Dios hace; lo que Dios hace de veras, lo remeda él por medio de la mentira. A toda costa quiere hacer milagros como los hace Dios, y, como no puede, pone en juego su ciencia y sus poderes preternaturales para ejecutar empresas que parezcan milagrosas, y he aquí la Magia.

No toda Magia es diabólica, sino que hay varias especies diferentes de Magia, en cuya clasificación difieren grandemente los autores. Distinguiremos aquí, en primer lugar, la *Magia Natural* y la *Magia Ceremonial*. La primera es la que emplea medios naturales, si bien desconocidos de la mayoría de los hombres, aprovechando propiedades ocultas de los metales, piedras, sustancias, hierbas, animales o fuerzas naturales desco-

nocidas por la ciencia ordinaria. El empleo de esta clase de Magia es dado como lícito por la mayoría de los moralistas. Propiamente, nada tiene que ver, en sí misma, con el diablo, si bien puede ser éste quien, en ocasiones, revele a tal o cual personaje sus secretos.

Al lado de la Magia Natural podemos poner la *Magia Artificial*, que no es verdadera Magia, sino ilusionismo. No es otra cosa que el arte de los prestidigitadores y escamoteadores que realizan aparentes maravillas mediante trucos de destreza y de física recreativa.

Esta clase de Magia no es hoy más que un espectáculo; pero parece haber tenido en la Antigüedad una gran importancia. Elolao de Gadara, filósofo griego, escribió un libro en el que descubría los engaños de los sacerdotes. Esto dio pie a algunos autores cristianos y sabios modernos, que han denunciado aquellas supercherías; se imitaban las estrellas del cielo con escamas fosforescentes de pescados, se proyectaban sombras de personajes sobre el humo espeso de los pebeteros, se empleaba una complicada maquinaria para conseguir efectos de aparente magia. Desde una cámara secreta partía un tubo acústico que iba a dar a la boca del ídolo; por el tubo hablaban los sacerdotes, y los fieles creían que era el dios el que hablaba. Algún templo tenía en la puerta un juego de poleas y cordajes que, al abrirse, hacía caer en un depósito de agua un casquete hemisférico unido a una trompeta, todo ello disimulado en el espesor del muro; el aire comprimido entre el agua y el casquete hacía sonar la trompeta cuando alguien empujaba la puerta. En el templo egipcio de Sais, los ídolos que había sobre el altar arrojaban libaciones de vino y leche; esto se conseguía mediante la expansión del aire contenido en una cámara, dentro del altar, al dilatarse por la acción del fuego del sacrificio, pues el aire empujaba entonces el líquido contenido en las vasijas que los ídolos tenían en sus manos. Por el mismo procedimiento funcionaba un altar de Cibeles, que poseía el P. Kircher, en el cual la diosa dejaba caer leche de sus pechos. Otras veces se encendían solas las antorchas que los ídolos llevaban en las manos, oscilaba el suelo del santuario, brillaba la luna en su techo, aparecían fantasmas y visiones [*].

Esta aplicación de la mecánica al milagro y a la Magia tiene una singularísima importancia: es la anticipación de una Magia llamada a trastornar el mundo al cabo de los siglos. Aún no ha llegado su momento, pero nuestra técnica científica ya está ahí.

Magia Ceremonial es la que opera por el poder de los espíritus buenos o malos, a los cuales pretende sujetar por medio de ritos, ceremonias y palabras, o moviendo las fuerzas naturales por los mismos medios.

Se distinguen todavía la *Magia Blanca* y la *Magia Negra*. Entran en la primera la Magia natural y la artificial cuando se proponen obras buenas o indiferentes, y la ceremonial cuando opera por medio de los buenos espíritus. La Magia blanca se dice haber sido ejercida, más excelentemente que por persona alguna, por el rey Salomón, a quien se atribuyen los libros fundamentales que tratan de ella, como el *Secreto de los Secretos* (o *Poridat de Poridades*), las *Clavículas* y el *Tratado de Necromancia*.

La Magia negra es la que se ejerce en daño del prójimo o para satisfacer vicios y pasiones, operando con la ayuda de los demonios, obtenida mediante el comercio con ellos. Este comercio consiste en la invocación, el conjuro y el pacto. El pacto es un contrato entre el hombre y el diablo, y puede ser de dos maneras, que los moralistas llaman *pacto explícito* o formal y *pacto implícito*. En lo que se refiere a la Antigüedad pagana, no se habla del pacto explícito, por lo cual no trataremos de él aquí. Lo que es indudable, entonces, es el pacto implícito. Consiste éste en lo que veremos en su lugar.

Las obras de Magia en daño del prójimo se llaman *maleficios*. Delrío [47] distingue tres clases, a saber: *somnífico*, *amatorio* y *hostil*, y bajo estas rúbricas trata de los filtros, de las ligaduras, de la fascinación, de los venenos, del aborto, de las figuras de cera, de la enfermedad, del incendio, y cita innumerables lugares de los autores clásicos en que estas operaciones mágicas aparecen empleadas en su tiempo.

La invención de la Magia es atribuida, por unos, a los án-

geles rebeldes, que se unieron a las hijas de los hombres; por otros, a Cam, hijo de Noé, que la enseñó a su hijo Misraim, el cual fue llamado Zoroastro[48]. "El primero que halló la arte mágica, que en griego se llama necromancia, en español nigromancia —dice Pedro Ciruelo[49]— fue un Zoroastres en Persia. Y después sucedió a él Balaán, aquél a quien habló su asno, quando venía conduzido para encantar al pueblo de Israel, y dende a luengos tiempos de aquella tierra y secta, según dize San Agustín, vinieron los Magos a Jerusalén para adorar a nuestro Señor Jesu Christo rezién nacido, guiados por la estrella, etc. Aquella arte en tiempos passados se exercitó en nuestra España, que es de la misma constelación que la Persia, mayormente en Toledo y en Salamanca."

Y el anotador Pedro Antonio Jofren añade lo siguiente:

"Este Zoroastres fue Cam, hijo de Noé, como refiere Plinio, *lib. 30, natura. historiae, cap. II, et lib. II, cap. 42*, y más elegante san Agustín, *lib. 21, de civita. Dei, cap. 14*, con lo que refiere Luys Vives, diziendo que fue el inventor de las artes Mágicas, Rey de los Bactrianos, y que luego en naciendo, dio grandes risadas, monstruosidad contra el común nacer de los demás, que nacen llorando las miserias desta vida. Añadiendo que a este Zoroastres le palpitava tanto el cerebro al punto que nació, que repellía y quitava la mano a cualquier que se la pusiesse en su cabeza, indicio muy grande de que avía de dar en extremos, porque no halló descanso en otro lugar. Vivió veynte años en el desierto de sólo queso, y tan temperado, que no se dava del sabor. Con todas sus artes diabólicas fue vencido de Nino, Rey de los Assirios, y privado de su reynado y muerto de un rayo, como también lo trae don Francisco Torrablanca de Magia en la defensa de sus libros a la fin del libro, *fol. 7, número 19*, donde, con Martín del Río, refiere y colije, que no huvo un solo Zoroastres, sino muchos."[50].

En efecto, Sexto Sienense distingue dos Zoroastros, uno rey de Persia, inventor de la Magia natural; otro, rey de la Bactriana, inventor de la Magia negra... Y todavía hay el de los orientalistas modernos, y el de los más modernos. De los antiguos, unos, invocando la autoridad de Beroso, lo confunden con Cam; el intérprete del Conde de Gabalís lo confunde con Jafet, y acaso

esté más en lo cierto; dice que fue hijo de Noé y de su esposa Vesta, que después de muerta fue genio tutelar de Roma, y hermano de la ninfa Egeria, inspiradora de Numa Pompilio... Verdaderamente, poco menos que el diablo debía saber Zoroastro para ser tan célebre.

Ahora bien, la Magia es un arte, pero este arte se funda en una ciencia, y esta ciencia tiene cuatro partes, a saber: la *Kabbalah*, que tiene nombre hebreo; la *Astrología*, que tiene nombre griego; la *Alquimia*, que tiene nombre árabe, y la *Magia* propia, el origen de cuyo nombre es desconocido; acaso provenga del idioma primitivo, el que hablaban los hombres antes de la confusión de lenguas, o de la lengua que se habló en el Paraíso Terrenal... Según la tradición, la Magia fue inventada por los persas, la Alquimia por los egipcios, la Astrología por los caldeos y la Kabbalah por los judíos.

Si el diablo se afana por imitar el milagro, también por imitar la profecía, y en esto, siendo difícil el acceso a los oráculos, Satanás se ha mostrado pródigo en la vulgarización. Por medio de las infinitas artes divinatorias, que de los griegos recibieron el nombre general de *Apotelesmática*, puso el conocimiento del porvenir al alcance de todas las fortunas y de todos los entendimientos.

Delrío [31] enumera muchísimas de estas artes, y no son todas. Sin copiarlo íntegramente, daremos una lista expresiva: comienza por la *Necromancia*, o interrogación de los muertos; la *Hidromancia*, o adivinación por el agua —que es de muchas clases—; la *Lecanomancia*, por el agua también; la *Gastromancia*, por el reflejo de la luz en el agua; la *Catroptomancia*, por los espejos mágicos; la *Cristalomancia*, por los cristales; la *Dactilomancia*, por medio de anillos; la *Onicomancia*, por las uñas; la *Coscinomancia*, por un cedazo; la *Aeromancia*, por los aires; la *Axinomancia*, por un hacha; la *Cefalomancia*, por una cabeza de asno; la *Cleidomancia*, por una llave; la *Haruspicina*, por la observación de la víctima del sacrificio; la *Extispicina* o *Hepatoscopia*, por sus entrañas; la *Piromancia*, por el fuego; la *Capnomancia*, por el humo; la *Libanomancia*, por el incienso; la *Tefranomancia*, por las cenizas; la *Oinomancia* por el vino; la *Critomancia*, por los panes y tortas; la *Tiromancia*, por la

IV

ISRAEL Y EL DIABLO

De entre todas las naciones entregadas a la idolatría, entresacó Dios un pueblo y lo reservó para sí.

Eligió a los pastores, que vivían "bajo las tiendas de Sem".

¿Por qué, pues, después de muchos siglos, se cree en Francia que los pastores comercian con el diablo?... Sin duda, cuando eligió a los pastores, Dios pensaba en Abel... ¿Por qué, pues, se dice que los pastores son hábiles en los maleficios, que es peligroso pasar sin saludarlos, que hacen perder la ruta al viajero, que forman tempestades sobre su cabeza, que hacen nacer precipicios bajo sus pies?... Sin embargo, la imagen clásica, aceptada en toda Europa, presenta a los pastores inocentes, sencillos, cándidos, bondadosos... ¿Por qué, en los grimorios, se nos ofrece enseñarnos los secretos de la hechicería de los pastores?... No podemos esclarecer aquí este misterio.

Lo cierto es que la fidelidad de aquellos pastores elegidos no fue ejemplar.

Establecido Jacob en el Bajo Egipto, y habiéndose multiplicado su posteridad, el diablo les hizo admirar los prodigios de aquellas tierras: pozos y canales, jardines con palmas y frutas deliciosas; casas de madera y cañas, pintadas de alegres colores; mástiles con banderolas que ondeaban al viento; muebles ligeros, con patas de animales, de línea elegante, de maderas preciosas, de marfil, con adornos de bronce; joyas de oro

y de plata, anillos con piedras talladas en figura de escarabajo, enormes pendientes, anchos collares, preciosos pectorales con figuras hechas con turquesas y lapislázuli; cabelleras teñidas de añil, adornadas con frescas flores de loto; estatuas inmensas, que hablaban al salir y ponerse el sol; pirámides colosales que encerraban todos los misterios del cielo y de la tierra; templos con enormes columnas cubiertas de jeroglíficos, precedidos de avenidas de esfinges, por las que desfilaban vistosas procesiones y falanges en formación perfecta, con rítmico paso militar; cajas y vasos llenos de perfumes y de afeites; rollos de papiro que contenían un saber misterioso; estatuillas menudas de extraordinaria perfección; carros con caballos empenachados, cubiertos con brillantes gualdrapas; telas de lino transparente; graneros desbordantes; naves cargadas con géneros preciosos; guzlas y panderos, que acompañaban la danza de hermosas bailarinas... Y los hombres que hacían todas aquellas cosas adoraban ídolos.

Los hijos de Israel adoraron, pues, los ídolos de los egipcios.

A la salida de Egipto sucedió una cosa extraordinaria: la adoración del Becerro de Oro.

¿Quién era el Becerro de Oro? Unos dicen que era el Buey Apis, otros que era la sabiduría alquímica, otros el oro mismo; pero nadie lo sabe. Lo sabe muy bien el diablo, pero no se lo dice a nadie... Hay aquí una profundidad que nos estremece, como en el mito de Prometeo. Ha habido en ello una tremenda operación diabólica.

Luego, he aquí la afición de los israelitas a los dioses extranjeros. Adoraron a Moloch, dios de los cananeos; a Belfegor, dios de los madianitas; a Chamos, dios de los moabitas; a Astarté, diosa de los sirios; a Dagón, dios de los filisteos; a Pan, dios de los griegos...

Sólo la paciencia de Dios con la ingratitud y la ceguera de aquellos hombres pudo sacar adelante el propósito de la vocación de Abraham.

El diablo trabajó lo indecible. Israel avanzó lentamente, guiado por la mano de Dios, al destino que Dios le había preparado, dejando al paso en las garras del diablo carne de su

carne y sangre de su sangre. Fue preciso que las constantes prevaricaciones fuesen compensadas con virtudes heroicas. La epopeya de Israel es una lucha constante con el diablo.

Los hebreos conocieron muy bien a los diablos; supieron de la resistencia de Job, de la obsesión de Saúl, de los pecados de David, de las veleidades idolátricas de Salomón, de la rebeldía de Jeroboán, de las crueldades y las recaídas de muchos reyes, del suceso de la esposa del joven Tobías...

El diablo era llamado Satán, Belial, Azazel, Samael, Semjaza. Pero los escribas, y más tarde los rabinos, inventaron extrañas historias acerca de los diablos.

Decían que los diablos tenían sexo y acto generativo. Por lo tanto, tenían hijos, y su número aumenta constantemente porque nacen y no mueren.

Se unen, además, con los hombres y con las mujeres. Según una leyenda, Samael, príncipe de los diablos, sedujo a Eva y cohabitó con ella antes que Adán, de lo cual nacieron unos seres que eran medio hombres, medio demonios. Otros dicen que fue Adán quien cohabitó con Lilith. Otros, que ambas uniones tuvieron lugar después del pecado, y duraron hasta el año 130 de la Creación, en que Dios perdonó a Adán y Eva, y entonces vivieron juntos, y tuvieron a Caín y Abel. Pero también se dice que Caín fue hijo de la unión de Eva con un íncubo.

Los demonios son terriblemente lujuriosos. Su pecado fue, según muchos, de lujuria. En el *Libro de Henoch* se cuenta la historia de los Hijos de Dios y las Hijas de los Hombres.

Los *egregón* eran los valientes entre los ángeles rebeldes. Su jefe era Semjaza, y eran doscientos. Con Semjaza iban, como jefes, otros diez y nueve. Descendieron y se apoderaron de las Hijas de los Hombres. Enseñaron a los hombres a fundir los metales, a fabricar armas de guerra, a batir moneda, a preparar adornos y joyas, y componer afeites y pinturas para el cuerpo. Enseñaron las virtudes de los simples, la composición de venenos, las artes de la fascinación, del encantamiento, de la astronomía y de la adivinación.

Los ángeles buenos, mandados por Miguel, Gabriel, Rafael y Uriel, dieron noticia a Dios de lo que acontecía, y Dios envió el Diluvio. Dios dijo a Rafael:

—Ata a Azazel, cárgalo de cadenas y precipítalo en las tinieblas, en lo más profundo del desierto de Dudail; luego lo cubrirás con un montón de piedras, para que no vea la luz, y el día del juicio será arrojado al fuego eterno.

Dios dijo a Gabriel:

—Marcha contra los Gigantes, y haz que se batan y se maten mutuamente hasta que no quede uno sobre la tierra.

Dios dijo a Miguel:

A Semjaza y a sus secuaces, cuando hayan sido testigos de la muerte de sus hijos, átalos con cadenas a los árboles de los bosques, y que queden allí durante setenta generaciones, hasta el día del juicio. Entonces serán precipitados en el caos eterno, donde hay fuego que jamás se extinguirá. Y los hombres que con ellos hayan estado, o los hayan imitado, serán también precipitados en esas prisiones tenebrosas».

Cuando la sinagoga rechazó al Mesías, cayó prácticamente en las garras del diablo. Satanás obtuvo entonces uno de sus triunfos más señalados: aquéllos para quienes estaban destinadas las primicias del Evangelio se negaban a aceptarlas; el pueblo de Dios pasaba a su poder... Es posible que Satanás olvidase que estas cosas estaban profetizadas.

Satanás se ocupó preferentemente de los rabinos y se sentó muchas veces en sus cátedras. Cuando no consiguió ir pervirtiendo la tradición de Moisés, al menos consiguió hacerles perder el tiempo en multitud de cuestiones ociosas, hipótesis absurdas, recuentos de letras, descomposición y recomposición de palabras, interminables disputas, sutilezas inconsistentes, tonterías increíbles... De todo esto resultó el *Talmud*, tabarra gigantesca con la que el diablo se viene burlando siglos y siglos de la inagotable paciencia de los judíos, a los cuales viene haciendo aguantar la lectura del más indigesto libro del mundo.

Pero he aquí que los judíos no podían ser apartados de su

veneración por la Ley de Dios, por la Torah, que les había dejado Moisés... Se dijo entre ellos que, cuando Moisés murió, se disputaron su cuerpo los diablos y los ángeles. Los ángeles vencieron y escondieron el cuerpo del Santo Legislador... Ahora, los diablos que habían perdido el alma y el cuerpo de Moisés, trataban de apoderarse de su herencia [33].

No pudiendo apartar a los judíos de la Torah, Satanás concibió una idea tan ingeniosa como maligna: hacerles creer que la Torah era superior a Yahvé, que la Ley de Dios era más que Dios. El mismo Dios estaba sujeto a la Ley; en la Torah había aprendido Yahvé a crear el mundo; todos los días lee Yahvé en la Torah, pues la Torah es su consejo y su plan [34]. La Torah es anterior a la Creación, es eterna [35]... No fue esta idea un éxito para Satanás en todos los casos; pero dio con ella lugar a otros pensamientos extravagantes.

La Torah tiene indudablemente un sentido que todos pueden comprender; pero, además, tiene un sentido oculto, sólo accesible a los iniciados. Este sentido oculto, esotérico, es revelado por la Kabbalah, esto es, la tradición de los sabios.

En la Kabbalah hay una mezcla inextricable de verdades y mentiras. Es como una espada de dos filos: un filo pertenece, posiblemente, a Dios; el otro pertenece al diablo. Por eso es la más peligrosa de las ciencias [36]. Hay otras, como las ciencias naturales modernas, que, por no tener nada bueno, pueden incluso ser manejadas sin peligro; en su inanidad, pueden ser tenidas por indiferentes. No así la Kabbalah, en la cual el diablo mezcló tantas cosas que, cuando de ella se saca una verdad, es raro que no traiga adherido algún pequeño espíritu maligno. Se dice que solamente cuatro doctores consiguieron penetrar en los altos misterios de la Kabbalah, y de estos cuatro, uno murió, otro se volvió loco, otro renegó de la fe [37].

Según la Kabbalah, cuando Dios creó el mundo, no acertó a la primera con las formas. Antes de llegar a producir el mundo actual, Dios hizo numerosos ensayos, que resultaron fallidos. Estos mundos que no salieron bien, no habiéndose Dios encon-

trado satisfecho de ellos, los destruyó. Sus formas fueron deshechas, quedaron rechazadas y vacías.

Una leyenda dice que Dios fue creando formas y ofreciéndolas a los espíritus, pero los espíritus decían: "No habitaremos en ellas..." Entonces, Dios desechaba aquellas formas y creaba otras más perfectas; los espíritus las rechazaban igualmente: "No habitaremos en ellas..." Al fin, Dios produjo la forma humana, y los espíritus dijeron: "En ésta sí habitaremos". Las anteriores, que fueron desechadas por no quererlas los espíritus, quedaron vacías; son los *Klippoth*, los "cascarones".

En estos *Klippoth* se introdujeron los diablos, o bien son estas formas desechadas las que son los diablos mismos.

En efecto, este mundo actual, al que se llegó después de numerosas creaciones y destrucciones, tampoco es perfecto, pues incluye el mal. Esto es porque el mal es inseparable de la materia o porque procede de la debilitación progresiva de la Luz Divina que con su emanación ha creado el mundo... O es un reflejo desfigurado de Dios el mundo material, en las aguas expandidas del Caos. El difícil símbolo de los dos Ancianos de la Kabbalah, el *Macroprosopos* y el *Microprosopos*, uno blanco y otro negro, éste exacta imagen invertida de aquél — *Quod superius Macroprosopus; si quis inferius, Microprosopus* [54]; la imagen de Dios que se levanta lentamente sobre la materia y se refleja en ella como en un espejo, se puede llegar, en algunos intérpretes de la Kabbalah, a la idea blasfema de que *Daemon est Deus inversus*.

Sin embargo, los diablos son los desechos de la Creación, los *Klippoth*, los "cascarones". El mal es representado como una cáscara y como una escoria.

Hay un mundo del mal habitado por los Klippoth... El universo actual, en el cual vivimos, se compone de cuatro mundos, a saber: mundo de la emanación, en que habitan las supremas Inteligencias; mundo de la formación, o de las esferas celestes, animadas por ángeles; mundo de la creación, habitado por los ángeles, con su jefe Metatrón, y mundo material, habitado por los seres corpóreos. En lo más profundo de este mundo material se encuentra la mansión de los *Klippoth*, los ángeles rebeldes, que tienen por jefe a Belial, el cual se opone a Metatrón.

LÁM. 21. — EL DIABLO VENCIDO
LÁM. 22. — LA TORRE DE BABEL







Estos diablos comunican, cuando quieren, su ciencia a los hombres. Mediante el conocimiento de esta ciencia, se pueden operar maravillas. Es particularmente importante el conocimiento de sus nombres, por medio de los cuales pueden ser dominados y puestos a nuestro servicio. También se los domina con el poder de los nombres de los ángeles, de los Nombres de Dios y de las palabras de la Torah. La Kabbalah puede llegar, por combinaciones de números y letras — *notariqon*, *tehmura*, *gamatria* —, a encontrar palabras desconocidas, a las cuales obedecen los espíritus. Este arte de dominar por medio de palabras a los ángeles y a los demonios es la Magia.

Los judíos practicaron la Magia con gran entusiasmo, y no se sabe cuán grande fue su influencia en la difusión de las ideas mágicas en los pueblos cristianos.

LÁM. 23. — a) LA LAGUNA ESTIGIA Y EL TÁRTARO
b) LAS TENTACIONES DE SAN ANTONIO
LÁM. 24 — UN SANTO DESTRUYENDO LOS ÍDOLOS DIABÓLICOS

TERCERA PARTE

EL CRISTIANISMO

I

"TIBI DABO..."

Satanás, pues, tenía sometidos a los hombres a su imperio, mas se acercaba el momento en que su imperio había de cesar.

Había nacido Jesús en Belén de Judá, lugar señalado por las Profecías, y su nacimiento había estado rodeado de prodigios. Es posible, sin embargo, que las inquietudes de Satanás se hubiesen casi disipado al ver que desde hacía bastantes años Jesús llevaba en Nazaret la vida oscura de un pobre artesano.

Mas aconteció que, teniendo Jesús treinta años, salió de Nazaret y de la casa de sus padres, y se encaminó a las orillas del Jordán, donde predicaba Juan el Bautista, y anunciaba el Reino de Dios y al Mesías. Y habiendo sido bautizado por Juan, se abrió el cielo sobre Jesús y descendió el Espíritu Santo sobre Él, y la voz del cielo exclamó: "Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias".

Y luego Jesús se dirigió al desierto de Judá, que es horrible paraje. "Jamás — dice un viajero — he visto ni recorrido región más hórrida y desapacible. El desierto de Arabia Pétrea y Egipto, sus dunas y peñascos disgregados, se parece a un cementerio lleno de misteriosas piedras cadavéricas, por el que el viajero pasa sin terror. Mas el desierto que se extiende de Jericó a Jerusalén se asemeja al lecho mortuorio, donde la última chispa de vida lucha con la muerte y está a punto de extinguirse, sin fuerzas siquiera para apagarse. Lo que es para el

oído el estertor del moribundo que combate rudamente con la muerte, eso mismo es para la vista la figura y el color de las raquíticas plantas y de los famélicos animalitos que se mueren desfallecidos. El pecho se siente ahogado en el ardor asfixiante del mediodía como por los cálidos vapores de un horno" [1].

"No puede darse nada más triste — dice un peregrino español — que el camino que íbamos recorriendo. La vida había huido de aquellos sitios. El polvo negruzco que el viento arrebataba de los picachos estériles cubría como un paño mortuorio nuestros caminos. Ni árboles, ni plantas, ni el canto de las aves distraían la vista o el oído. Apenas encontramos un alma viviente, lo que nos traía a la memoria las palabras de Isaías: "Destruidos son los caminos, cesó el que pasaba por la senda" [2].

Jesús se dirigió al desierto para ser allí tentado por el diablo. Jesús va en busca de la tentación, sometiéndose de antemano a ella, porque, como dice san Agustín [3]: "Sufrió ser tentado el Emperador para enseñar a luchar al soldado". Y san Ambrosio [4]: "El Señor de todo consiente ser tentado por el diablo, para que todos aprendamos a vencer en Él". La tentación tiene lugar en el desierto, símbolo de la tierra maldecida por Dios después del pecado de Adán y antítesis del Paraíso [5].

Fue al monte que hoy se llama de la Cuarentena, cerca de Jericó y de la fuente de Eliseo. Hay allí un desierto de montes pelados y profundos barrancos entre rocas, con abismos tremendos y una tierra cenicienta y árida, sin brizna de hierba. El monte se alza a una altitud de 500 metros sobre la llanura de Jericó; las pendientes son verticales y la subida enormemente difícil. De ella dice el P. Antonio del Castillo: "La subida será como dos millas, tan áspera que no se puede pintar ni imaginar, porque por muchas partes se sube como quien trepa por una muralla arriba, y para esto con picos; hay nichos en que asirse a las piedras. De cuantos fuimos aquel año no subimos arriba, a la cueva donde Cristo estuvo, más que catorce personas; los demás, unos se quedaron a la falda del monte, otros a la mitad y otros por aquellos peñascos, según el ánimo les ayudaba... Con unos cordeles me até yo el recado de decir misa: llevaba el misal, casulla y vinajeras; otros llevaban otras cosas. No es lo más dificultoso la subida. La bajada es lo más arduo,

y que causa confusión grande y temor. A la subida, como se va mirando siempre hacia el cielo, no es tan malo; pero cuando se baja, como se mira hacia abajo, es tan profundo que parecen abajo las gentes pigmeos, y se desvanece la cabeza, como que se va uno a caer; pero esta gracia parece que Dios la tiene concedida a este santo monte, que jamás hasta hoy se sabe que haya caído ninguno".

Hay allí una gruta, con una ventana hacia el Oriente "que cae sobre el abismo, cuya vista horroriza y da vértigo, pues la montaña en aquella parte desciende verticalmente como una inmensa muralla roquiza hasta perderse en el profundo lecho de un barranco" [6].

En ella habitó Jesús durante cuarenta días y cuarenta noches de rigurosísimo ayuno, en cuyo tiempo "nada comió" [7] y "estaba con los animales del desierto" [8]. Pasados los cuarenta días, tuvo hambre [9].

Era, pues, la ocasión para el tentador... Desde el punto de vista de Satanás, era la ocasión para la prueba decisiva, el momento más solemne de su vida, de su malhadada inmortalidad... "Satanás, a pesar de vivir en el mundo de los espíritus, está privado de la vista de Dios, por lo cual no pudo apreciar su presencia en Jesús. Por otra parte, se dio cuenta de la santidad que en Él resplandecía, y de que pretendía fundar en la humanidad un Reino de Dios. Comprendió que por esta razón debía hacer mucha guerra a Jesús, pues su triunfo naturalmente redundaría en el fracaso propio. Satanás es astuto; se acerca a Jesús y pretende infundirle sentimientos de vanidad, con los cuales, y bajo su solapada dirección, quiere acelerar los acontecimientos adelantándose a la moción de Dios; así llevaría el demonio desde un principio una especie de dirección sobre todo el plan, y suponía que podría hacerlo torcer en mal sentido y aun llevarlo al fracaso. Esto le movió a tentar a Jesús" [10].

"Satanás recoge aquí las palabras aquellas venidas del cielo: "Este es mi Hijo muy amado". Mas no sabía en qué sentido se aplicaban a Jesús, pues le era desconocido el misterio de la Encarnación, y de la naturaleza y vocación de Jesús sólo le era dado conocer lo que Dios le consentía. Pero de todo lo que hasta entonces había podido entender, sospechaba que el destino de

Jesús debía ser sumamente elevado, y extraordinario; y que quizá fuera el Mesías. Con la tentación trataba de poner en claro este extremo y, si posible, hacer fracasar la misión de Jesús" [11].

Si esto no fuera así, si Satanás supiese por entero de qué se trataba, su audacia al tentar al Hijo de Dios encarnado hubiera tenido una grandeza tan extraordinaria, que nos hubiera suspendido y nos hubiera obligado a formarnos otra idea de Satanás.

Pero, aún en esta ocasión suprema, se manifestó su limitación y su torpeza. Fue una prueba indudablemente temeraria, un tanteo medio a ciegas, una suerte de apuesta consigo mismo...

Jesús "no pudo ser tentado en cuanto Dios; pero, siendo también verdadero hombre, pudo serlo en cuanto tal. Como hombre tenía facultades imaginativas o sentidos interiores, en los cuales se obra la tentación. Sin embargo, Jesús no la sufrió de la misma manera que nosotros. De hecho, dentro de la voluntad del hombre se produce una lucha, que puede decidirse en cualquiera de los dos sentidos que reclaman sendas partes: Dios con gracia amorosa y el diablo con su sugestión. Empero la voluntad de Jesucristo estaba de tal manera influida por la Divinidad, con la cual se unía la humanidad en una sola persona, que no podía ser eficaz en ella ninguna otra sugestión. Así, pues, Jesús no sintió en modo alguno el influjo del diablo dentro de su voluntad" [12].

"La primera tentación se dirige a la concupiscencia de los sentidos. Suponiendo Satanás que Jesús fuese mero hombre, trató de aumentarle la necesidad natural de manjares convirtiéndola en apetito desordenado; quiso también hacerle olvidar que Dios le había conservado prodigiosamente cuarenta días, y trató de incitarle a la presunción de querer obrar un milagro por antojo y sin necesidad" [13].

Dijo, pues, a Jesús:

"Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan" [14].

Mas Jesús le respondió:

"No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."

"Jesús alega los cuarenta años que Israel peregrinó por el desierto, alimentado maravillosamente por Dios, y las palabras con que Moisés recordaba al pueblo escogido la solicitud de Dios en acudir en socorro de los suyos con un milagro de su divina omnipotencia" (*Deut.*, 8, 3) [15].

Después de esto transportó el diablo a Jesús a la ciudad santa de Jerusalén y, poniéndolo en el pináculo del Templo, le dijo:

"Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues está escrito que te mandará sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos para que tu pie no tropiece contra alguna piedra" [16].

"El tentador adujo también la palabra de Dios (*Ps.* 90, 11, 12), pero torciendo y falseando el sentido. El salmo habla del justo que en sus necesidades y apuros espera en Dios y en Él confía. Satanás trae el pasaje para mover con él a Jesús a buscar su gloria e inducirle a orgullosa temeridad" [17].

Replicóle Jesús:

"También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios".

Lo cual está en *Deut.*, 6, 16.

Entonces el diablo lo subió a un altísimo monte y le mostró todos los reinos de la tierra y la gloria de ellos, y le dijo:

"Todas estas cosas te daré si postrándote me adorares" [18].

"Satanás no sólo mostró a Jesús lo que por vía natural se alcanzaba a ver desde la cima, sino que trató de agrandar la visión y el efecto que pudiera producir en Jesús, ya por medio de palabras, ya por un espejismo, ya, finalmente, influyendo en la fantasía del tentado. Aquí, pues, se da a conocer a las claras Satanás. Trató de apartar a Jesús de la vocación mesiánica y de hacer de Cristo un Anticristo que, en vez de fundar el reino celestial, contribuyera a establecer el reino del demonio. Para ello apeló al *apetito de dominar* que en él suponía, al apetito de bienes terrenos, a la codicia y a la concupiscencia de los ojos, que tan fácilmente rinden los corazones de los hombres" (*Efes.*, 5, 5; I, *Tim.*, 3, 7; 6, 9; cfr. *Ecli.*, 10, 9) [19].

Respondió entonces Jesús:

"Apártate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás".

Hasta aquí lo que nos refiere el Evangelio — y que era necesario repetir aquí, por ser el momento cumbre de la vida del diablo, como tal diablo, desde que lo es — y el comentario que le ponen las autoridades de la Iglesia.

Pero ahora podemos comentarlo sin autoridad ni pretensión de exegetas ni de moralistas.

Son tres Tentaciones: en las dos primeras, Satanás parece querer asegurarse de si Jesús es el Hijo de Dios. Como Jesús no le responde tal como él se lo demanda, Satanás aventura la tercera. Cada una de las tres tiene su sentido por el cual podemos descubrir a Satanás.

Primera Tentación: "Haz que estas piedras se conviertan en pan..." El diablo no sabe convertir en pan las piedras, pero sabe hacer que las piedras pasen por pan.

Segunda Tentación: "Arrójate de aquí abajo..." ¿Sabe el diablo preservar a alguien del peligro? Está muy extendida la idea de que a los niños los guarda el diablo, para que no mueran antes de tener uso de razón y se salven. Yo, en esto, no tengo una opinión formada.

Tercera Tentación: "Todo esto te daré, si me adoras". Hacerse adorar, esto sí que lo sabe el diablo. Ahora, dar no da, porque no tiene qué. Todo lo que da es ilusorio: su pan son piedras; su guarda, exposición a condenarse; su mundo, con sus reinos y ciudades, espejismo engañoso que se desvanece al canto del gallo. Todo ello remedo deforme de la verdad.

Las tres tentaciones de Jesús deben tener un significado más profundo. Dmitri Merejkowski, comprendiendo que aquellas tentaciones deben ser ejemplares y paradigmáticas, llenas de enseñanza para nosotros, pues supone que el diablo tienta al hombre del mismo modo y forma en que tentó al Hombre-Dios, trata de desentrañar su sentido.

Así la primera, la *Tentación del Pan*, significa "el poder del hombre sobre la naturaleza: la ciencia mecánica, la magia, el milagro del No-Yo, el fin de los sufrimientos físicos en el mundo".

La segunda, la *Tentación del Vuelo*, significa "el poder del hombre sobre su propio cuerpo, la libertad". Naturalmente, la libertad de obra, la libertad externa, el milagro del Yo.

La tercera, la *Tentación de los Reinos*, significa "el amor que une a cada individuo con todos los demás, el milagro en el Yo y en el No-Yo". Es decir, la filantropía y la utopía.

Merejkowski interpreta a su modo un lugar evangélico. Nosotros podemos interpretar, a nuestra vez, a Merejkowski, y decir que las tres tentaciones resumen los ideales progresistas y revolucionarios.

Papini comenta también a su modo a Merejkowski: sólo acepta la interpretación de la primera tentación: "Satanás ha renegado del espíritu; es sólo materia y no puede tener como objetivo sino triunfos materiales". En otro lugar habla del *pan sin sudor;* Dios dice: "Con el sudor de tu rostro comerás pan"; "Haz que estas piedras se conviertan en pan", dice Satanás. Pero ahora lo comenta en favor del diablo: ¿quiere librar al hombre del sudor; quiere hacerlo por remordimiento del sudor humano? Entonces querría eso y sería un Redentor material, amigo del hombre... Ser redimidos por el diablo no sería más que la inversión total; andamos cerca del Cainismo.

En la segunda, dice Papini, ahora con mejor sentido, que se profetiza el vuelo del hombre, "sueño de Ícaro a Simón Mago" (podría decir hasta Leonardo. ¿No es Papini de Florencia? ¿No tenía una revista titulada *Leonardo*?). Así, el vuelo deriva de inspiración satánica (es Papini quien habla) "como lo anunciaba el Apocalipsis, el fuego desciende ya desde el cielo, porque los hombres han aprendido a volar". En la tercera entramos (¡al fin!) en la política: dictadura única (vamos a caer en la reprobación de los totalitarismos... la moda). De pronto nos levanta del asiento. "Dos confederaciones esperan el Armagedón final." ¡Ahora sí!... Pero no: "Con esto soñaron Dante, Campanella, Leibniz, Kant, que no eran demoníacos". Hemos descendido nuevamente; claro que con cierta razón, pero... valía más mantenerse arriba [20].

Satanás puede crear en la imaginación del hombre numerosos mundos: crea, en efecto, para cada uno según su naturaleza. Proyecta los cristales de su linterna mágica, y hace ver a los astrónomos mundos de lejanías sin fin, en que flotan soles inmensos y nebulosas pululantes; mundos de átomos, protones, iones y electrones, para los físicos; mundos de ideas, para los

filósofos; mundos de utopías, para los políticos; mundos de fama y de gloria, para los artistas; mundos de delicias, para los amantes; mundos de placeres, para los disipados; mundos de riquezas, para los dados al negocio y para los pocos avaros que aún quedan en la tierra.

Hay un cuento en el cual una princesa bruja y endiablada visita todas las noches, en una caverna, a un poderoso hechicero, ministro de Satanás. El hechicero se sienta en su trono, tocado con una corona de marfil, y comparecen los cortesanos, que vienen a rendirle homenaje. Cuando entran, vistos de lejos, aquellos cortesanos ofrecen imponente aspecto, con sus espléndidos penachos y regios mantos, sus bandas y veneras, sus lucientes armas y emborlados bastones. Mas cuando se acercan, se ve que no son más que palos de escoba rematados en gruesas calabazas... Así engaña el diablo a los hombres con sus prestigios, creando múltiples esferas de ilusión, en cuyo interior no hay más que la inconsistencia de lo frágil, la armadura de lo falso, como en aquella estatua imponente de un dios antiguo, bellísima por afuera, pero en cuyo hueco anidaban los ratones.

La partida estaba perdida, pero no abandonada. Es como si el diablo se encontrase empeñado en un compromiso de honor desde la Tentación en el Desierto. Se convierte entonces en una potencia histórica de primer orden, que, con esfuerzo sobrehumano, hace tambalearse a la sociedad y a la Iglesia. Como ya no hay secretos ni símbolos, sino hechos, en los cuales la Ciudad de Dios patentiza su existencia, el diablo puede presentarse tal cual es para organizar la suya, o puede vestirse de teólogo para introducirse en la Iglesia. La Ciudad de Satán tiene ahora una cronología que se cuenta por la Era Cristiana.

En los primeros siglos I, II y III, Satanás toma partido por el Paganismo y mueve a los Césares a su defensa. Sobrevienen las Diez Persecuciones.

En el siglo IV, llega a organizar al Paganismo en Iglesia, que acaba por írsele de las manos a Juliano el Apóstata. Pero, mientras tanto, ha preparado una herejía tan poderosa, la de

LÁM. 25 — DIABLO DE LA «PATUM DE BERGA»





Arrio, que sube al trono de los Césares, y a poco más hubiera subido al de los Papas. El arrianismo pudo ser el sustituto del Paganismo, pero no lo fue.

En el siglo V, como el Imperio se había hecho cristiano y católico, Satanás movió contra él a los bárbaros y lo hizo desaparecer.

En el siglo VII, también los bárbaros eran cristianos y católicos. Entonces Satanás levantó a Mahoma y puso medio mundo en manos de sus secuaces, hizo caer los Santos Lugares en sus manos, los introdujo en España.

En el siglo IX, la Ciudad de Dios, la Cristiandad, se había organizado nuevamente en Imperio; Satanás sopló en los corazones la ambición y la rebeldía, y el Imperio, como dicen los manuales de historia, "se desmembró".

En el siglo X, fue Roma el teatro principal de las actividades diabólicas. Destruido el Imperio, había que destruir el Papado. Satanás lo sumió en la opresión, la calumnia y el escándalo, pero no logró vencerlo.

Vienen después los tres siglos más dolorosos en la vida del diablo: el XI, el XII y el XIII; la Reforma de la Iglesia, las Cruzadas, la Escolástica, las Órdenes Mendicantes, la *Divina Comedia*, el Románico, el Gótico, los Cánones, la Ascética y la Mística... No valen gibelinos, ni albigenses, ni averroístas...

Ya se presenta mejor el siglo XIV, con violencias, guerras, vicios y extravagancias; pero mucho mejor los dos siguientes:

En el XV, Satanás quiere volver a disfrazarse bajo la desnudez de los dioses paganos, y en el XVI, encuentra en Lutero un nuevo Arrio.

El XVII, como compensación a la Contrarreforma, es la edad de oro de la brujería y del culto de Satanás. Pululan los íncubos y los súcubos; hasta los conventos se llenan de posesos; menudean los pactos; se celebra el aquelarre en todas partes; se practica el embrujamiento, el maleficio, el envenenamiento, el asesinato mágico; se hacen beber filtros, se hace que el diablo penetre en los cuerpos, administrándolo hasta en una sopa de chocolate... Pero, al mismo tiempo, en este siglo se prepara la filosofía, como en el anterior se había preparado la ciencia y aun antes la técnica.

LÁM. 26. — EL DEMONIO TENTANDO A JESUCRISTO

En el siglo XVIII, al perder su crédito el satanismo y la brujería — lo cual era doloroso, pero indispensable —, estaba ya preparado el sustitutivo.

Este sustitutivo era la Razón.

En la Era Cristiana, la naturaleza contradictoria del diablo se manifiesta de un modo curioso: Satanás es, como tiene que ser, un personaje equívoco; es, a la vez, terrible y grotesco. Con razón aterroriza a las gentes; pero al mismo tiempo es el lado ridículo de la alegría popular, el payaso, el personaje bufo de la literatura cómica de la Edad Media.

El diablo es como un villano glotón y borrachín, que canta y baila, ríe y se divierte haciendo a los hombres jugarretas graciosas.

Unos mozos aldeanos regresan a sus casas hacia la madrugada. Han estado bailando toda la noche y están cansados; encuentran un caballo paciendo en un prado y se apoderan de él; monta uno, pero caben más; montan dos, y aún cabe otro; monta el tercero, aun puede montar otro más... El caballo se va alargando, hasta que se acomodan en él los ocho o nueve caminantes... Con sus jinetes encima, el caballo se mete en el río. El primero de los que cabalgan mira para atrás y ve como todos sus compañeros van montados en el caballo. No puede reprimir una exclamación de asombro: "¡Jesús!..." Y al decir "Jesús", el caballo da un estallido y desaparece, dejando caer a los mozos en el río... El caballo era el diablo [31].

Pero también es un diablo el trasgo, que habita en las casas y lo revuelve todo de noche, como que hay que dejarle en una taza un puñado de grano para que se entretenga en contarlo... Y, como no sabe contar más que hasta diez, tiene que volver a empezar todas las veces, hasta que llega la mañana [32].

Hay otro pequeño diablo que se sienta en el pecho de los que duermen y con su peso provoca en ellos pesadillas y visiones [33].

A veces hay diablos útiles: en Noruega se colocan como criados en las granjas, hacen la limpieza, lavan la ropa, cuidan los animales, hilan, cosen, sirven la comida.

En sus relaciones con el hombre, el diablo resulta engañado tantas veces, que no se sabe cómo puede llevarse un alma.

Los que hacen pacto con él lo rompen la mayor parte de las veces cuando se termina el plazo y llega el momento de cumplirlo. El diablo se queja de ello tristemente: "¡Qué tramposos son los cristianos! Mientras me necesitan me lo prometen todo, y en cuanto con mi poder les he dado lo que desean, me dejan para reconciliarse con Cristo". Beniciana Kabina, en una de sus versiones impresas, nos cuenta la historia de Víctor Siderol, un francés del Midi, que hizo pacto con el diablo, entre otras cosas, para poder casarse con una muchacha de Allariz, en Galicia; vivía feliz con ella, pero el plazo en que tenía que entregar el alma se iba acercando a su cumplimiento; descubrió el secreto a su esposa, y ésta a su madre... y la suegra de Víctor Siderol encontró el medio de burlar al diablo [24].

Otros, llegado el momento, dan el cambiazo, y en lugar de su alma le entregan la de un animal cualquiera, mediante cualquier subterfugio de dialéctica jurídica, ante el cual el diablo tiene que rendirse [25].

Los hay también que obligan al diablo a realizar trabajos ingentes en una sola noche: un puente, un castillo... Toda Europa está llena de puentes construidos por el diablo: en Suiza, en Gales, en Martorell, en Tarragona, en Segovia... Y, lo que es peor, hasta ha sido obligado a edificar iglesias [26].

Se puede conseguir que levante un castillo, una iglesia, un puente, en una sola noche, antes del canto del gallo. Sobre todo teme al tercer gallo... Se oye, de noche, a los infernales operarios afanarse en concluir la obra: "Canta el gallo blanco, pico al canto... Canta el gallo pinto, ande el pico... Canta el gallo negro, pico quedo".

Pero hay que tener cuidado porque nos espía constantemente y apunta todos nuestros pecados en un pergamino que presentará el día del Juicio Final. Es un *chivato*, como ahora se dice, es nuestro *Acusador*, el "*Acusador privado*" porque lo hace en interés propio, para tener carnaza allá abajo; es el Letrado de la acusación, conocedor de todos los Códigos. En Saint-Fiacre, en Clermont, en Brionde, en Angers, está representado escribiendo o mostrando su registro [27].

Pululan los diablos alrededor de nosotros como los insectos. Uno de sus disfraces preferidos es el de mosquitos; así entran en el cuerpo, según el Talmud y según la tradición popular cristiana. El emperador Tito murió por habérsele metido uno en la nariz; a san Bernardo lo acometían en el púlpito; por eso hay que hacer la señal de la cruz en la boca cuando se bosteza...[28].

En Marsella, cuando se mece una cuna vacía, se mete el diablo en ella; en los Vosgos, puede matar al niño, para no tener que dejársela; por eso se tiene como peligroso en Andalucía, en Holanda, en Sicilia, en Finisterre, en Portugal, en Suecia y en Inglaterra, mecer una cuna vacía[29]. El diablo viene a sentarse al fuego del hogar, en los instrumentos de labranza[30]. Acecha a la embarazada para hacerla malparir y destruir la vida; a la parturienta, impidiendo que venga la partera o el médico, saliéndoles al camino, asustando al que va a buscarlos[31]. Procura matar a los recién nacidos antes que los bauticen, para que no puedan gozar de la gloria, atacándolos él mismo o valiéndose de las brujas, de las mujeres blancas, de los trolls[32]. Y a los niños durante la lactancia. Pero principalmente a los agonizantes: impide que venga el cura, por los mismos procedimientos que con el médico y la partera, procura atrapar al alma en su vuelo, cuando se desprende del cuerpo, roba el cadáver, o lo sustituye por otro o por un animal u otra cosa en el ataúd[33].

Por él se puede saber, en cambio, si un difunto se condenó. En Bretaña, el cura rezaba al revés el último de los treinta oficios, en la capilla de San Hervé, en lo alto del monte Mené Brez, y luego evocaba a los diablos en el pórtico y les hacía enseñar las garras, para ver si llevaban el alma enganchada en ellas; a cada uno tenía que darle un grano de linaza. En Normandía, hacían los diablos el mismo servicio, por el precio de un guisante[34].

Esto indica cierto trato familiar, demasiado familiar, con los diablos. El nombre de *Demachiño*, que se le da, a veces, en Galicia, indica lo mismo. Allí el buen cristiano no nombra al diablo sin decir: "*¡Arrenegado sea!*", pero algunos no se atreven a reñir con él, como aquél que, pasando un puente peligroso, en noche de tempestad, iba diciendo: "*Dios é moi bó, e o demo non é malo...*" Papini no llega a tanto[35].

Al diablo pertenecen muchas montañas: sólo en Suiza, el Piz del Diavel, Diabley, Diablons, Pizzo del Diavolo, Teufelskopf, Teufelstein... el Brocken, en Alemania; en Francia, Anie, Mont Ohry, Puech de los Foxilieros, Mont de Cherput, Rond du Diable[34]. Y otras en California, México, Uruguay y Santo Domingo. Posee ríos en Panamá y en Texas; islas en Filipinas, Guayana y Tierra del Fuego; puentes en Tarragona, Martorell, en Suiza y en el País de Gales; murallas en Alemania (las construidas por el emperador Adriano); castillos en muchas partes, y hasta iglesias.

El diablo medioeval es poderoso, pero es un pobre diablo.

II

EL DIABLO EN LA IGLESIA

QUE el diablo entra en la iglesia es hecho bien conocido del vulgo... Se le ha visto andar muy afanado de confesonario en confesonario. Un santo, que sorprendió su faena, le preguntó:

"¿Qué buscas tú aquí, tan atareado y presuroso?"

El diablo le respondió:

"Estoy devolviendo a éstos la vergüenza que les quité."

Para pecar, los había despojado de la vergüenza; ahora se la devolvía, al confesarse, para que callasen los pecados.

Otras muchas cosas tiene que hacer el demonio en la iglesia: distraer al sacerdote que está misando, hacer dormir a los frailes en el coro, traer malos pensamientos a la mente y la memoria de los fieles, inducir a las beatas a la murmuración, provocar la risa, la tos, el estornudo, durante las ceremonias; apagar las luces, consumir el aceite...

Todo esto en el templo. Pero es mucho peor en el alma de los fieles cristianos. El diablo ronda constantemente las almas para perderlas; no sólo practica la tentación, sino que prepara las ocasiones.

Tiene especial tendencia a introducirse en la iglesia, a intervenir en los asuntos eclesiásticos, perturbar el culto, remedar la liturgia, argumentar contra los teólogos, confundir las cosas, embarullarlo todo, despertar ambiciones en el clero. Muchas veces, el diablo se parece a un sacerdote renegado, de ésos

que emplean contra la Iglesia lo que han aprendido en el Seminario. Gusta de ostentar ciencia teológica, mística, escrituraria, canónica, moral. Sutiliza argumentos, distingue, ergotiza, encadena silogismos, compone *quodlibetos*. Lo justifica todo, es el rey de la Lógica, e introduce en los entendimientos el vicio de la Lógica, ese bebedizo de la disconformidad, esa embriaguez de la nimiedad, que exige pruebas a lo que no las necesita, y que se figura haber captado la razón de las cosas cuando las ha encajado en un encadenamiento de palabras, lo cual tiene para él dos ventajas, pues engendra a la vez la ilusión y la soberbia, la *docta ignorantia* y la infatuada hinchazón de los doctores.

a) *La tentación de los santos*

La *tentación* es la proposición del pecado, que el diablo nos presenta con porfiadas y seductoras insidias. Trata de seducirnos, de arrastrarnos, hasta hacernos caer. La tentación diabólica se parece a lo que la moderna psicología llama "sugestión". San Pedro [31] dice que el demonio, enemigo del hombre, lo ronda siempre para poder devorarlo. Lactancio dice que los diablos vagan por el mundo, infectándolo con engaños, fraudes y errores.

Dios permite que el diablo nos tiente, porque la tentación vencida es un mérito para el hombre. Santo Tomás dice que, habiendo sido creados los ángeles para ministerios buenos, no conviene que los ángeles caídos sean privados del bien indirecto que el hombre puede sacar de la tentación. "Se dice que el diablo tienta, no porque sea él siempre el tentador inmediato, sino porque fue él el primero que tentó al hombre, y de la primera tentación se abrió el camino a los demás tentadores. Además, es propio del diablo combatir la virtud con la intención de matar al hombre por medio del pecado; una tal intención no la tiene la carne, que busca el disfrutar de un placer conocido; la carne y las cosas del mundo son los instrumentos de que se sirve el diablo para tentarnos... Dos fines se propone el demonio al tentarnos: fin próximo, ver a qué vicio somos más inclinados; fin último, cuando ha descubierto nuestro lado débil dirigir allí sus asaltos.

→ LÁM. 27. — LAS TENTACIONES DE JESÚS



Dios permite que el diablo nos tiente, pero sólo en determinada medida; en el resto, la responsabilidad es nuestra. A él le dijo lo que en otro tiempo al Océano: "Hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante; aquí se estrellará el orgullo de tus olas"[38].

Para tentarnos, el diablo estudia nuestras inclinaciones y las admite; se vale de aquellas mismas cosas que son necesarias para la vida; procede gradualmente —Hugo de Saint Victor define la tentación: "Un astuto experimento, con blandos ensayos, seguidos de un violento ataque"— con engaños y traición; disfraza el pecado de felicidad, de necesidad, hasta de virtud[39].

Nos causa impresiones en la fantasía, representándonos cosas sensibles exteriormente —hasta transformándose en ángel de luz—, o turbándonos interiormente con imágenes, o disponiendo de los órganos corporales del hombre a movimientos torpes... Emplea la seducción de los placeres, las riquezas, la gloria, las pasiones del cuerpo y del alma, el orgullo, el odio... y aprovecha las circunstancias de la vida: salud o enfermedad, prosperidad o padecimiento[40].

Se suele distinguir la tentación de la *infestación*. Esta consiste en una serie de tentaciones violentas y continuas. Puede ser *externa* e *interna;* aquélla obra sobre los sentidos corporales, esta en nuestro interior. Puede ser de cuatro géneros: primero, sobre las palabras y los gestos: impidiendo la oración y las buenas acciones y obligando, contra la voluntad del paciente, a ejecutar las malas, a maldecir, a blasfemar; segundo, sobre los sentidos: con visiones, apariciones, golpes y estruendos, sabores y olores inmundos, arañazos, mordiscos, apaleos y malos tratos; tercero, sobre el cuerpo: con enfermedades extraordinarias e inexplicables, y cuarto, sobre el alma: haciendo ver que no es posible resistir a la tentación[41].

Es natural que los más acometidos sean los hombres dedicados al servicio de Dios, y en primer lugar los santos.

Todavía no han sido olvidadas, ni aun en estos nuestros tiempos, las tentaciones de san Antonio. Sobre ellas pudo explayarse la fantasía de Gustavo Flaubert, haciendo desfilar, en

LÁM. 28. — a) EL DIABLO TENTANDO A JESUCRISTO
b) LAS TENTACIONES DE SAN JERÓNIMO

alucinatoria teoría, ante los ojos, la imaginación y el entendimiento del santo, todo el mundo antiguo, desde sus orígenes: el poder y la seducción; Nabucodonosor y la reina de Saba; la duda, Hilarión el discípulo; la herejía, Manes, Saturnino, Cerdón, Marción, Bardesanes, los hernianos, los priscilianistas, Montano, Simón y Helena; los santos infieles, el Gimnosofista, Apolonio de Thiana y Damés, su discípulo; Brahma y los dioses indos, el Buda, el pez Oannes, Belo, Ormuz, Diana de Efeso, la Bona Dea, Cibeles y Atis, Isis y Osiris, Esculapio, los Cabiros, los Centauros, Gelludes, Strigas y Empusas, Eurinomo, Orthía, Himnia de Orcomene, Lafria, Afia, Bendis, el ave Estinfalia, Triopas, Erictonio, Zalmoxis, Artimpasa, Orsiliche; los aesars etruscos: Tages, Nortia, Kastur y Pulutuk, Summarius acéfalo, Vesta, Belona, el demonio Virbius; la multitud de los númenes itálicos y romanos; Crépito...; el diablo en persona; los monstruos: la Esfinge, la Quimera; los pueblos fantásticos: Blemyes, Pigmeos, Sciapodos, Cinocéfalos; los animales imaginarios: el Sadhuzag, el Martichoras el Catoblepas, el Basilisco, el Grifo, el Tragelafus, el Mirmecoleo, la boa Aksar, la liebre Mirag, el leopardo Falmant, el Unicornio; y hasta las plantas; la Mandrágora, la Buaras... [12].

Si así no fue, pudo ser... Se dice que el diablo se presentaba al santo abad en las más insospechadas formas: si iba de camino, se lo encontraba en hábito de monje, arrodillado en el camino, para pedirle su bendición; si permanecía en su cueva, oía llorar de noche en la puerta, encontraba allí un pobre niño desvalido, lo recogía, y resultaba que era el diablo.

Los autores fidedignos dicen que comenzó despertando en el santo el pesar de haber abandonado el mundo; luego penosísimas inquietudes, dudas y escrúpulos; después, sublevaciones de la carne. Más tarde le hizo oír temerosas voces en medio de la noche; se le aparecía bajo la figura de jóvenes hermosísimas, que trataban de seducirlo ofreciéndole sus encantos. Una vez se presentó en figura de un niño negro y le habló de sus virtudes y penitencias, para inducirle a vanagloria: "He engañado a muchos grandes hombres y los hice desgraciados. Confieso que tú me has vencido." Se le aparecía en figura de león, de oso, de serpiente, con espantosos aullidos, amenazando devorarlo. Lo

golpeaba cruelmente, dejándolo maltrecho. Los que iban a visitarlo en su retiro oían alrededor una confusión de voces de seres invisibles, rumores de ejércitos, entrechocar de armas, galopar de caballos...

San Antonio resistía virilmente, aunque con sufrimientos y trabajos indecibles. Refugiado en Dios, desafiaba a los demonios: "Se ve que sois muy débiles —les decía—, puesto que venís tantos juntos para asaltar a un hombre solo." [43].

La Tebaida es un terrible campo de combate. Los diablos rondaban constantemente a los Padres del Yermo, y los acosaban de mil maneras. Una joven negra de Etiopía venía a sentarse en las rodillas de san Pacomio: era el diablo, en cuyas manos tuvo que dejar el hábito, como José su capa. Las huellas de los pies de los demonios se notaban por el día alrededor del cenobio de Tabena. Un demonio golpeó con tal saña una noche a Moisés el Negro, que lo dejó un año entero entre la vida y la muerte. Palemón vio cómo los diablos llevaban por el aire a Juan, un ermitaño que se vanagloriaba de sus milagros. Otro ermitaño era arrastrado con una cuerda atada a la argolla que atravesaba su nariz.

En Palestina, el diablo, en forma de araña, se puso a escribir en el libro en que un penitente escribía sus comentarios a la Sagrada Escritura.

San Macario oyó una voz que le decía: "Vete a la aldea a cuidar a los enfermos..." ¿Era voz de Dios o voz del demonio? El santo se acostó y dijo: "Si sois los demonios, tiradme de las piernas." Y esperó hasta la noche. Entonces, los demonios lo levantaron, lo cargaron con un cesto de arena y lo hicieron caminar toda la noche por el desierto. Lo recogieron al amanecer desfallecido... Otra vez iba a visitar a un moribundo; para no perderse en el desierto, iba señalando el camino con hojas de palmera; un demonio se las arrancó; san Macario lo sorprendió en la faena y le dijo: "Te doy las gracias; por primera vez, me has hecho un favor insigne..." En efecto, habíale dado ocasión de ejercitar su paciencia... Cuando san Macario caminaba por el desierto, el diablo marchaba delante escondiendo los pozos y los manantiales. El santo, atormentado por la sed, daba gracias a Dios.

Cuando san Hilarión comenzaba a orar, ladraban perros, mugían toros, silbaban serpientes, sonaban ayes de dolor y gritos de cólera. Demonios armados de hoces invadían la cabaña de san Abraham. A san Benito se le aparecía en figura de mirlo, revoloteaba alrededor de su cabeza, rozaba su rostro con las alas. Cuando, con la señal de la cruz, lo expulsó, le dejó en el cuerpo un picor tan insufrible, que para aplacarlo se revolcó en un lecho de zarzas y de ortigas, del que salió lastimosamente llagado, pero con ello se libró del estímulo del placer [41].

Acerca de las tentaciones de los santos pueden escribirse muchos libros.

Cuando san Francisco de Asís formó el propósito de renunciar al mundo, una voz cada vez más clara le decía al oído: "¿Tú quieres renunciar a todo, abandonar todas estas bellezas? ¿Quieres dejar la luna y el sol, la vida y la alegría, los festines y las canciones, para ir a encerrarte en una oscura caverna y ajar la flor de tu juventud en oraciones inútiles, y venir al fin a ser un viejo maniático, que miserablemente se arrastra de iglesia en iglesia, y quizá suspira y se desespera en su interior por su vida perdida?" [45]. Para librarse de la tentación, san Francisco se revolcó desnudo en un zarzal, que con su sangre se cubrió de rosas. En otra ocasión le decía el demonio: "No hay pecador en el mundo, ¡oh Francisco!, al que Dios no perdone, excepto a un atormentador de sí mismo como tú".

Cerca de Italia se dice que hay una isla desierta, habitada únicamente por el diablo. Se cuenta que, cansado san Francisco de sus tentaciones, le dijo que en aquella isla tenía un castillo lleno de almas y que, sin más que llegar allí, se haría dueño de todas ellas. Convencido el diablo, se embarcó con el santo, y llegaron a la isla; pero san Francisco dijo que había olvidado la llave del castillo, que lo esperase, pues iba a buscarla. Y se embarcó de nuevo y no volvió. El diablo quedó allí solo, sin poder salir de la isla. El diablo, en cuanto ve algún barco, grita:

—¿No habéis visto a Barbazas? ¡Decidle que aún le aguardo!

Son tantas las blasfemias que suelta el diablo burlado, que todos los años san Francisco tiene que golpear las nubes con su cordón, con lo cual levanta las tempestades del *cordonazo de san Francisco* [46].

Son innumerables las narraciones de los asaltos del demonio a las Santas consagradas a Dios: santa Catalina de Sena, la beata Ángela de Foligno, la beata Bautista Varani, santa Teresa, santa Margarita María, santa Gema Galgani...

Una de las más notables en esto fue santa María Magdalena de Pazzis.

De esta santa de vida extraordinaria se cuenta que "todos sus ejercicios de religión se le hacían pesados, y se veía obligada a hacerse la mayor violencia posible para ir al trabajo, a la recreación, al coro. Fue también impulsada a la glotonería y a la desesperación. Pero fue generosa y venció. Había pedido a Dios una vida de puro dolor".

El demonio armaba a su alrededor tal estruendo que no sabía cómo había de hacer para rezar el Oficio Divino. Una vez la precipitó desde lo alto de una escalera de veinticinco peldaños, sin quedar gravemente herida. El demonio se le aparecía en su forma ordinaria, en forma de animales enfurecidos o de monstruos; presentaba ante su vista horrorosas visiones. Otras veces la maltrataba y golpeaba. Una vez llegó a agitarla de tal manera que huyó del coro, fue a la cocina y con un cuchillo quiso poner fin a su vida. Toda su vida fue una increíble lucha con el mal espíritu [47].

Son muchos los santos y santas a quienes se representa llevando al diablo encadenado a sus pies: santa Marta, santa Digna, santa Eufrasia de Roma, santa Juliana de Nicomedia, santa Ángela de Foligno, san Bernardo, san Severino de Vienne, san Bartolomé Apóstol... De san Dunstan se dice haber cogido al diablo por las narices, con una tenaza, y lo mismo de san Eloy. Otros, como san Cipriano de Antioquía, y san Columbkill, lo pusieron en fuga, o lo arrojaron a sus pies, como san Juan de Sahagún. En cambio, los demonios atentaron físicamente contra otros santos, haciendo llover piedras sobre san Román, o queriendo aplastarlo entre dos rocas, como a san Wolfgang. Otras veces dieron pruebas de sumisión: así venían a escuchar los sermones de san Esteban, obispo de Die, que, por lo demás, no fue el único que tuvo diablos entre sus oyentes.

Toda la vida del hombre es una lucha contra el demonio; por eso se dice aquello de "Milicia es la vida del hombre sobre la tierra".

El arte cristiano de los grandes siglos representa esta situación por medio del símbolo del caballero armado que pelea con un monstruo en los capiteles románicos y en las orlas de los manuscritos. Las armas representan las virtudes, las oraciones, las buenas obras... Hay oraciones que la fe popular de los grandes siglos cree ser particularmente eficaces en esta lucha. Las hay que reciben el nombre de *loricae*, porque son como la loriga del soldado, del *miles Christi*... Todo cristiano, clérigo o seglar, ha de ser *miles Christi*, pero no todos lo son con éxito.

En efecto, el mundo y la carne se prestan muy bien a los deseos del diablo. Se trata de una época creadora; pero en las épocas creadoras las pasiones se agitan y hierve la sangre en las naturalezas semibárbaras. Si no hubiera barbarie, no podría haber invención de cosa ninguna vital, de nada sano y durable; si no hubiese pasiones, los hombres no serían movidos a ninguna gran empresa... En una época de construcción de un mundo, el mundo cristiano, la sociedad —que es el mundo en cuanto enemigo del alma, el "diablo-mundo"—, ofrece, exageradamente aumentadas, las seducciones del poder y de la riqueza; la carne, potente y llena de vida, exige mayores derechos de los que le corresponden.

Dice una anécdota que, hallándose el rey Ricardo Corazón de León en su lecho de muerte, su confesor le preguntó:

—¡Señor! ¿Y qué disponéis acerca de vuestras hijas?

—¿Qué hijas son ésas? — demandó el rey sorprendido.

—Bien lo sabéis, señor —respondió el confesor—. Son la ambición, la codicia y la lujuria.

Ricardo, sin vacilar, dijo:

—Lego la primera a los Templarios, la segunda a los Dominicos, la tercera a los Franciscanos.

Son, efectivamente, las tres grandes pasiones de la Edad Media, y de ellas no se vieron libres los eclesiásticos.

La ambición era causa de que los nobles y grandes señores buscasen para sus hijos los más importantes obispados y pingües abadías. Así se formaban obispos y abades sin vocación religiosa, y a veces hasta sin letras, que vivían enteramente como los potentados laicos. El afán de poder los empujaba a pleitos y porfías constantes.

La codicia dio lugar al pecado de simonía, a la compraventa de cargos eclesiásticos, con el mismo resultado que acabamos de ver.

La lujuria hacía que muchísimos fuesen débiles ante los encantos femeninos... Fray Anselmo de Turmeda dice:

"Fembra enganna Salomó,
David, Adam e Sansó..."

Dicen, pues, las historias que, al comenzar el siglo XI, parte de los obispos y de los clérigos estaban casados y dejaban a sus hijos en herencia sus cargos y beneficios, o los daban en dote a sus hijas. Los que no tenían esposa legítima tenían "barragana", con los mismos resultados. Y aún había escándalos mayores... San Pedro Damián azota implacable estos vicios, llama a las mujeres que se unían a los clérigos "seductoras, cebo de Satanás, escoria del Paraíso, veneno de las almas, puñal de los corazones".

Dos eran los pecados reprobables en el clero: la lujuria y la simonía. Es revelador que la simonía fuera iniciada por un mago, y que de él, Simón de Samaria, traiga su nombre ese comercio sacrílego. Y se había extendido tanto en ciertas épocas de la Edad Media, que la imaginación popular multiplicó los casos, acusando incluso a muchos inocentes; todo progreso rápido, toda excepcional fortuna en la obtención de cargos y prebendas, se hacían sospechosos. Y muchas veces se decía ser el diablo el que proveía los cargos eclesiásticos, y que por pacto con él se obtenían canongías, abadías y mitras.

La maledicencia no respetó ni la Silla de San Pedro. Se dijo de varios Papas que habían llegado a aquel altísimo puesto por industria diabólica, al precio de su alma y con ayuda de la magia negra, y que, ya en el Pontificado y siendo Supremos

jerarcas de la Iglesia, Cabezas de la Cristiandad y Vicarios de Cristo, seguían practicando, y no siempre a escondidas, el culto al diablo.

Sabido es el trabajo que costó a los monjes de Cluny conseguir la reforma del Clero, y que esta empresa fue la que hizo la gloria del gran Papa Gregorio VII.

No es que entonces concluyese aquello para siempre, ni que los clérigos dejasen ya de ceder a la tentación. Las cosas de este mundo van y vienen, como las olas del mar: en el siglo XIV vuelve, aunque aminorada, otra época de corrupción y de escándalo; el Renacimiento parece impulsarla; pero hay entonces, a pesar de cuanto se dice, elementos sanos en la Iglesia que la oponen resistencia eficaz.

b) *La tentación en los legos*

Cuando Ricardo Corazón de León arrojaba sus vicios sobre la gente de Iglesia, señal era de que los tenía.

Otros reyes los tuvieron antes que él, y para satisfacerlos cometieron enormidades. Por ellas, a Dagoberto, rey de Francia, se lo llevaban los diablos cuando murió. Pero un ermitaño llamado Juan lo supo y rogó fervorosamente por él; entonces el ermitaño fue transportado a orillas del mar, y allí vio una barca llena de diablos que llevaban el alma del rey Dagoberto a Sicilia para ser arrojada al Etna. Mas las oraciones de Juan consiguieron que san Martín, san Mauricio y san Dionisio libertaran el alma del rey, levantándola en una tela triangular, que los santos sostenían por las tres puntas [48].

Del gran Carlos Martel, vencedor de los moros, acusado de magia, se dijo que debió al demonio su victoria sobre Abderrahmán en Poitiers. Se había apoderado de bienes eclesiásticos, y al morir, según voz muy extendida, se condenó. Se dice que San Euquerio, arrebatado en oración, vio el alma de Carlos Martel ardiendo en el Infierno. Escribió sobre su visión al obispo Bonifacio de Maguncia y al archicapellán Fulrad; el sepulcro del famoso caudillo fue abierto y de él salió una humareda asfixiante y una serpiente que huyó presurosa; el sepulcro quedó vacío y con huellas de llamas [49].

LÁM. 29. — SAN ANTONIO APALEADO POR LOS DIABLOS





Carlomagno, el emperador casi santo, el guerrero de Cristo, tampoco se vio libre del diablo... ni de las mujeres. Sus pecados fueron tantos, que se hubiera condenado a no intervenir en su favor san Miguel Arcángel, Santiago Apóstol y san Dionisio [30].

El diablo indujo a Roberto, rey de Francia, a casarse con su prima hermana Berta. El Papa Gregorio V reunió un Concilio, y el matrimonio fue declarado incestuoso. Pero el diablo quería gobernar el mundo por medio del hijo que aquellos esposos tuviesen, y Roberto se negó a separarse de Berta, a pesar de la excomunión y el entredicho. En efecto, la reina dio a luz un hijo, pero era un monstruo con cabeza de pato. Entonces Roberto repudió a Berta, la cual es representada con un pie de oca [31].

Los emperadores de diversas casas alemanas fueron tentados por el diablo hasta el punto de mover guerra y pleito a los Romanos Pontífices. Federico II Hohenstaufen llegó a más; por eso es una figura tan grande como los personajes bíblicos: es la prefigura de la apostasía sentada en el trono, precursor que fue uno, y ahora, en sus epígonos, es legión.

Así como en la Danza Macabra vemos a todos los estados de la república cristiana, desde el Papa y el Emperador hasta el villano y el mendigo, bailar con la Muerte, también podemos ver aquí a todos danzar con el diablo.

Tras los reyes, los nobles. Señores, caballeros e infanzones, aparte de otros vicios, cayeron en un ingenioso lazo diabólico, que fué el *amor cortés*. Es la mística y es el servicio feudal transportados a las relaciones entre damas y caballeros. "El trovador —dice Pierre Belperrou— se constituye en vasallo de la dama que ha elegido, con todas las obligaciones del vasallaje: obediencia, fidelidad y, además, discreción. Cuando es admitido, cuando ha pasado por los grados impuestos de suspirante, suplicante, enamorado y amante, presta juramento de fidelidad a su dama, que, en testimonio de aceptación de este homenaje místico, le da un beso o le entrega un anillo. A partir de este momento comienza el delicioso calvario. Con una paciencia infinita, el amante canta su impaciencia: "Yo te bendigo, Amor, por haberme hecho escoger la dama que me abruma sin cesar con sus rigores. Si mi afecto la hubiese encontrado agradecida, no hubiese tenido ocasión de probarle por mis homenajes y por mi

LÁM. 30. — TENTACIONES DE SAN ANTONIO

constancia hasta qué punto le estoy consagrado". El juego exige evidentemente que la dama no diga jamás que sí. No habría ya "canciones de cortesía... si el uso hiciese que el amor puro y sincero fuese en seguida pagado con correspondencia..." Este amor, tal como lo perfeccionan poco a poco los trovadores, es diferente de un amor platónico. Según el código de amor cortés, el amante nada debe pedir a su dama, pero es justo y fácil esperar una recompensa, sin que esta esperanza deba realizarse jamás [12].

Sin duda esto es bellísimo, refinado, elegante, demuestra una gran superioridad de espíritu, puede hasta ser inocente... Pero lleva dentro el germen de venenos deliciosos y mortales: es decadente y artificial, hasta poder perderse en la inanidad; constituye una peligrosa parodia de la mística religiosa, que puede llegar a ser blasfema y, sobre todo, ahí está el hecho de que el amor cortés excluye una posible realización matrimonial: el amante no puede ser nunca el marido, la dama es casi siempre la esposa de otro, el amor se dirige casi siempre a una mujer casada... No es preciso decir a dónde habría de llegar al descender, como por fuerza tenía que descender, del quinto cielo.

El amor cortés es, en manos del diablo, uno de los más poderosos instrumentos de paganización de la vida, de introducción paulatina de lo profano y mundano, del naturalismo...

Continuando la danza, después de los señores, de los caballeros y de los infanzones, encontramos a los burgueses. La danza es la misma, pero varía la música: allí, el amor cortés y la vida disipada; aquí, el *Capitalismo*. Para las naturalezas distinguidas tenía el diablo que emplear móviles estéticos; para las naturalezas más groseras, medios útiles y económicos. Para los burgueses, el dinero... Y luego, poco a poco, los demás también.

"Diners de tort fan veritat
I fan de Jutge Advocat
Com savi fan tornar orat."

dice Fray Anselmo de Turmeda, y más abajo:

"Moros, Jueus e Crestians,
Deixant a Déu e a tots los Sants,
Diners adoren.
Diners fan vui al món lo joc
E fan honor al món badoc,
Al que diu no, li fan dir hoc:
Vegeu miracle.
Diners, vulles, dones, aplegar:
Si en pots haver, no els deixes anar..."

Por el dinero, invención diabólica, como en este libro queda ya dicho y probado por su propia evidencia, prende Satanás a la honrada clase ciudadana, y de ella va ascendiendo el amor al dinero hasta los nobles y los reyes, convirtiendo a algunos de éstos en monederos falsos.

Al final de la danza vienen los villanos. Cuenta Ruteboeuf que una vez un diablo poco experimentado fue a recoger el alma de un villano moribundo. Llevó para ello un saco, se lo puso al villano en el cuarto trasero, pues un alma tan baja no podía salir por otro conducto... Recogió, pues, el alma en el saco; mas cuando se presentó con ella en el Infierno, todo fueron protestas y tumultos, pues ningún condenado quería permanecer en compañía de un alma de aquella calidad [33].

Si así era en el Infierno, ¿qué sería en este mundo?... A esta condición estaban reducidos los villanos. Sin embargo, como su vida no era tan mala como pretendieron los escritores revolucionarios, en general, se resignaban a comer bien y beber mejor, aun sabiéndose despreciados. Pero Satanás los movía de cuando en cuando a la rebelión desesperada por medio de los apóstoles —que ya los había— del *Comunismo*.

De cuando en cuando aparecía un visionario, que se comunicaba directamente con Dios y con los santos, o que era él mismo santo o Dios, como aquel Eón de l'Etoile: "*Natione Brito, agnomen habens de Stella... sermone gallico Eon... per diabolicos praestigios potens ad capiendas simplicium animas... ecclesiarum maxime ac monasteriorum infestator*" [34], y predicaba, poco más o menos, que había que volver a la Iglesia a la

pobreza primitiva, despojándola de sus bienes; que los laicos podían recibir el Espíritu Santo y administrar los Sacramentos; que los objetos litúrgicos de oro y de plata debían darse a los pobres; que los clérigos debían casarse; que las mujeres podían ejercer el sacerdocio; que debían ser derribados los castillos, despojados los palacios, repartidas las tierras; suprimida la realeza, la nobleza, el matrimonio, la jerarquía eclesiástica, los grados académicos, la autoridad en la familia, en la sociedad, pues todos los hombres eran iguales y, por lo tanto, debía ser implantada la comunidad de bienes, de mujeres y de hijos...

Y se desencadenaba una *Jacquerie*, con todos sus asesinatos, torturas, robos, incendios, sacrilegios, blasfemias y trastornos, uno de aquellos aquelarres sociales y políticos que entonces conmovían y aterrorizaban a las gentes, y que hoy no asustan a nadie porque ya son cosa normal y sancionada por las ideas dominantes.

c) *La herejía*

Del mismo modo que la vida avanza como en espiral, repitiendo las formas en octavas diferentes, así el diablo, enamorado de la muerte, empuja al pensamiento a la repetición, en ciclos nuevos, de los mismos errores. La gentilidad vencida, impotente e inoperante, Satanás inventa la herejía, que es como una repetición del paganismo dentro de la religión cristiana. En una escala más alta, pues en el sentido satánico la herejía es una superación del paganismo, y por otra parte, ofrece la ventaja de no necesitar tanta fuerza imaginativa para inventarse.

La herejía es mil veces peor que las falsas religiones. En cierto sentido, éstas atentan más contra el hombre que contra Dios. Son siempre engaño y rara vez blasfemia. Mientras que en la herejía no cabe disculpa. Las falsas religiones divinizan lo profano, pero la herejía profana lo sagrado. Muchísimos infieles se salvan, pero es muy difícil que se salve un hereje consciente.

Satanás suscita la herejía desde el primer momento. Frente a los Apóstoles, levanta a Simón de Samaria, llamado el Mago.

Simón es el Protoheresiarca, el modelo ejemplar, la protoforma do todos los herejes. Ambiciona el poder espiritual sin merecerlo; ésta es la causa profunda, la causa oculta de todas las herejías antiguas y modernas... Después de todo, fue lo que hizo Luzbel en el cielo. Lleva consigo una mujer, porque la mujer fue la primera seducida por el diablo, en lo cual Simón hace como Lutero y como tantos otros, herejes por concupiscencia, y la declara morada del Espíritu Santo, anticipándose así a escribir los últimos capítulos del Evangelio Eterno... Si Satanás puso el huevo de la herejía, Simón lo empolló en la axila, como los que quieren hacerse con un demonio familiar. Quiso comprar la gracia del milagro, con lo cual nos demuestra lo que hemos dicho que era la Magia...

De allí se origina la más grande de las herejías antiguas: el Gnosticismo, que nace, pero no desaparece, que late y opera en lo oculto, por detrás de todos los errores.

Con Cerinto, aparece en el mundo cristiano la gran idea diabólica: Dios es escindido en dos principios, Adonai y Yahvé. Desde entonces, Adonai será el Dios bueno y Yahvé será unas veces el dios malo, otras veces un Demiurgo creado o emanado de Dios, otras un ángel, otras un Eón. Introducida esta idea, muchísimos cristianos habrán perdido para siempre la tranquilidad, porque el Dios del Antiguo Testamento se llama unas veces Adonai, otras Yahvé, y no se sabrá si son el mismo o son dos, hasta que Marción acabe por rechazar el Antiguo Testamento y por repudiar al Dios de los judíos... Y aquí, aunque no se nos crea, hay que decir que hoy mismo existen marcionistas entre los cristianos.

Es más, Saturnino, Bardesanes, Cerdón, descubren que el mundo ha sido creado por el diablo. Se comienza a decir que Dios entregó la materia a los ángeles rebeldes, que la materia es la madre y la morada de Satán, y se llega a identificar platónicamente a la materia con el mal.

Aún hoy día se habla, hablamos todos sin querer, de la lucha del espíritu contra la materia... La materia es la cabeza de turco que se ha buscado Lucifer para que contra ella se estrellen los tiros asestados contra él. Pero esto es falso, porque la materia no tiene la culpa de nada. La materia es inerte, pasiva,

inconsciente, va para donde la llevan, sin iniciativa ni voluntad, irresponsable... Es muy cómodo echarle las culpas a la materia, descargar en ella lo que se debe a nosotros. Si bien en las *Disputas entre el Alma y el Cuerpo*, éste ha sabido defenderse hábilmente. La culpable es el alma; no hay tal lucha entre el Espíritu y la Materia, sino entre el buen espíritu y el mal espíritu. Lo otro parece cosa de Platón; es estratagema de Satanás.

De este odio contra la materia, resultan desatentadas derivaciones: un hipermarcionismo que se funda en que, siendo el creador de la materia Yahvé, el Dios del Antiguo Testamento, es el verdadero Dios del mal, opuesto al Dios del bien, que, a veces, se llama Adonai. Si Yahvé es el Dios malo, equivalente del diablo, todos los personajes condenados por el Antiguo Testamento son buenos. En efecto, los verdaderos sabios, los que han luchado por la salvación del hombre: Caín, Esaú, los habitantes de Sodoma y Gomorra, Coré, Datán y Abirón, Judas, son los santos dignos de veneración y de imitación. Así nace la secta *Cainita*, que se guía por el *Evangelio de Judas*, y por el *Libro de la Ascensión de San Pablo*.

Es ya el satanismo en una de sus formas, llega uno a no saber si es el de los brujos, o el de Proudhon y el de Carducci. Es un ejemplo vivo de cómo lubrifica Satanás los caminos del pensamiento para hacer resbalar a la mente humana hacia el absurdo y el contrasentido, es el peligro de la lógica entregada a sí misma.

El *Evangelio de Judas* es una idea que estremece, y, sin embargo, hoy mismo circula con otros nombres... En Galicia, Judas es casi un equivalente del diablo. En realidad, pudiera hablarse de una encarnación del Maldito en su persona: pues dice san Juan: "Y después que tomó éste el bocado, entró en él Satanás". [illegible]. Sin embargo, hay una leyenda celta, según la cual Judas realizó una vez una obra de misericordia, y en premio de ella, puede salir del Infierno una noche al año, para aliviar sus penas, según algunos, en el Polo Norte. El poeta Teixeira de Pascoaes recoge esta leyenda en su *Regresso ao Paraíso*, del que se hablará más adelante.

Se ve que el Cainismo es una tentación permanente para los entendimientos y que se confabula con todas las rebeliones e in-

fecta privilegiadas fantasías, y extravía generosidades de grandes corazones. No hay otra defensa que la humildad.

El árbol de las herejías multiplica sus ramas en tal forma, que sólo la paciencia de san Ireneo es capaz de catalogarlas. La mayoría nacen y desaparecen, pero entre todas hay una muy hábil que obtiene un éxito tal que llega a sentarse en el trono de los Césares y desde allí pontificar, ya que no consiguió alcanzar el de los Papas. Satanás dejó morir a Arrio cochinamente en una letrina, expulsando por el ano, deshechas en excremento, vísceras y entrañas, cuando entraba triunfalmente en Alejandría, pero aprovechó largamente su doctrina, que, aun desaparecida, dejó simiente de herejías cristológicas a propósito para perturbar el Oriente durante siglos... Si Satanás parece tener especial querencia al Gnosticismo, por su envoltura de magia y de misterio, no hay duda que sus preferencias van hacia aquellos errores que atentan contra la Persona de Cristo.

Con Arrio lo había desdivinizado, pero había que prescindir de El. Entonces suscitó a Mahoma. ¿Fue Mahoma tan culpable como suponemos y mereció realmente el horror que inspiraba? Una leyenda medioeval hace de Mahoma un Cardenal de la Santa Iglesia Romana que, habiendo querido ser Papa, y siendo vencido en la elección, inventó por venganza el Islam. Tiene su sentido esta leyenda, como lo tiene la del culto tributado por los muslimes a su *zancarrón*, al muslo de oro que se dice tenía el Profeta, la de su sepulcro sostenido en el aire por la fuerza de varios imanes que lo atraen en direcciones opuestas, y otras muchas... Pero Mahoma ha tenido, para nosotros, un vindicador inesperado: Voltaire... Cuando Voltaire lo presenta en su tragedia como príncipe de los embaucadores, cuando Voltaire está contra él, acaso no fuese tan malo; acaso, en lugar de ser un embaucador, fuese un embaucado, una víctima de ilusiones diabólicas y de falsas visiones; acaso haya sido culpable por defecto de discernimiento de espíritus. Lo que más dice contra él, o al menos contra su doctrina, es precisamente su prodigiosa fortuna. Es el rapidísimo encumbramiento y la tremenda expansión del Islam la que nos hace pensar que el diablo volaba, en su caballo negro, al frente de las huestes de los califas y los sultanes.

Sin embargo, dentro del mismo Islam suscitó herejías, porque Satanás no quiere que la impiedad se detenga en su camino, y además las herejías de los musulmanes se pueden contagiar a los cristianos.

¿Fue Averroes un impío? Parece que puede dudarse; pero de lo que no puede dudarse es de que los averroístas lo fueron. De él se dijo que era hijo de judíos, cristiano renegado, enemigo de toda religión, "rey de pestilencia" [36]; se le atribuyó el famoso libro *De tribus impostoribus*. En realidad, su doctrina —si lo es— del "entendimiento separado" es gravísima. Tan grave, que supera a todas las herejías.

Después de todo, ¿qué importan Elipando, Scoto Eriugena, Arnaldo de Brescia, David de Dinant, Vilgard, Berengario, Roscelino, Abelardo, al lado de estas dos cosas: los tres impostores y el Evangelio Eterno? ¿Y qué importan los tres impostores y el Evangelio Eterno al lado del Entendimiento Uno?

También los musulmanes adoran al diablo. El diablo, *Iblis*, fue condenado, según Mahoma, por negarse a adorar al hombre. "Nosotros os hemos creado —dice Alá—. Nosotros os hemos dado vuestra forma. Entonces, nosotros dijimos a los Ángeles: Prosternaos ante Adán. Ellos se prosternaron, excepto Iblis, que no era de los que se prosternan. Dijo (Alá): ¿Qué te impide prosternarte, cuando Yo mismo te lo ordeno? Contestó: Yo soy mejor que él; tú me has creado del fuego, y lo has creado del barro. Dijo (Alá): ¡Vete de aquí! ¿De qué puedes enorgullecerte? ¡Sal! En verdad tú eres de los despreciados. Dijo: Dame una tregua, hasta que ellos resuciten. Dijo (Alá): En verdad, tienes esa tregua. Dijo. Y como tú me has inducido a error, yo los espiaré en tu recto camino. Y vendré seguramente sobre ellos, adelante y atrás, a su derecha y a su izquierda, y tú no hallarás muchos que te estén reconocidos. Dijo (Alá): Sal de aquí, despreciado y expulsado. Y, en cuanto a quienes te sigan, llenaré el Infierno seguramente con todos vosotros." [37].

El diablo se negó a prosternarse delante del hombre, pero el hombre, que había recibido esta doctrina, se prosternó delante del diablo. Sesenta mil hombres, en el monte Sindyar, en el Irak, siguen las enseñanzas del Califa Yezid, el asesino de Hus-

LÁM. 31. — SAN FRANCISCO ATORMENTADO POR LOS DEMONIOS





sein ben Alí, el Santo. Según el *Libro de la Revelación* y el *Libro Negro*, que son las Escrituras de las Yezidies, conocidos por los sabios occidentales por "los adoradores del diablo", Iblis fue, en efecto, un Ángel rebelde, pero obtuvo el perdón de Alá, y Alá le confió el gobierno del mundo; nuestra salvación depende de él, pues tiene el poder de transfigurar nuestras almas. Se lo adora bajo la forma de un pavo real, cuyo nombre lleva: *Melek Taœus*. Halah, profeta crucificado en Bagdad en el siglo x, es otro de los santos: según él el hombre se salva sin más que la gracia de Alá. En realidad, es muy poco lo que se sabe de esta secta que no parece tener de particular sino lo que conserva de ideas flotantes en el ambiente gnóstico. Papini encuentra en ella dos aspiraciones culminantes de la conciencia religiosa: el Demonio volverá a ser Ángel y el Hombre semejante a Dios... [59].

De *Tribus impostoribus* contiene una teoría demasiado grosera: Moisés, Jesucristo y Mahoma son los tres impostores, unos embaucadores, unos farsantes, que engañaron a la humanidad para dominarla; el primero y el último lo consiguieron; Jesucristo no lo consiguió. El libro, atribuido a Federico II Hohenstaufen, el emperador excomulgado, a su famoso consejero Pietro della Vigna y hasta a Don Alfonso el Sabio, contiene además —si existe, pues hasta la existencia de este libro pudiera ser una superchería— burdas blasfemias y burlas soeces acerca de la Eucaristía y de la Santísima Virgen..., y sobre todo contiene una cosa notable: la negación del diablo. En realidad, aquí Satanás se pasó de la raya. Es curioso: unas veces, el diablo manifiesta un asombroso *esprit de finesse;* otras, en cambio, es tan lamentablemente romo, que llega a dar pena. Pero, claro, la contradicción está en la intimidad de su naturaleza.

El *esprit de finesse*, completamente eclipsado en "los tres impostores", reaparece, sinuoso y peligroso, en el *Evangelio Eterno*. Este imposible poema teológico le fue inspirado a un religioso de gran piedad y de indiscutible buena fe, un cristiano que, sin eso, hubiera sido santo. Era el abad cisterciense Joaquín de Floris, en Calabria, una de las almas más puras de la Cristiandad.

El *Evangelio Eterno* divide la historia en tres edades: la

LÁM 32. — LA INFANCIA DEL DIABLO

Edad del Padre, la Edad del Hijo y la Edad del Espíritu Santo. En la primera, en la Edad Antigua, subsiguiente a la Creación, Dios Padre salvó al pueblo hebreo. En la segunda, que fue la edad del apostolado y del martirio, el Hijo de Dios salvó a los pueblos latinos. Estas dos edades han pasado ya, mejor dicho, está concluyendo la segunda. El Antiguo Testamento corresponde a aquélla, el Nuevo Testamento corresponde a ésta.

En la primera edad, se manifestó a los hombres el Padre; en la segunda, el Hijo. Ahora debe manifestarse el Espíritu Santo. Entonces el Antiguo y el Nuevo Testamento serán ya inútiles, porque el Espíritu Santo llenará a todos. El Antiguo Testamento es comparable al primer cielo, oscuro y sólo iluminado por la luz vacilante de las estrellas; el Nuevo Testamento es comparable al segundo cielo, iluminado por la luna; pero el Evangelio del Espíritu Santo es como el tercer cielo, lleno siempre de la luz del sol.

Cuando el Espíritu Santo se haya manifestado, el orden clerical deberá desaparecer. En la primera edad, dominaban los patriarcas, y los sacerdotes eran casados. En la segunda edad, los sacerdotes, con voto de castidad, realizaban la doctrina de mortificación proclamada por el Hijo de Dios. En la tercera edad, la misión de vida será reservada por el Espíritu Santo a la orden de los monjes, que sustituirán a los antiguos sacerdotes y harán resplandecer en el mundo la gloria del Espíritu.

Puede suceder que estos Apóstoles de la Nueva Iglesia, estos predicadores del Evangelio Eterno, se vean perseguidos por los sacerdotes de la Iglesia oficial, como los de Cristo lo fueron por los de la Antigua Ley.

Puede que los fundadores de la Nueva Iglesia se vean obligados a unirse a los infieles para defenderse de la Iglesia de Roma, unida a la letra que mata, y no al espíritu que vivifica.

Todo esto es gravísimo porque es enormemente seductor, porque está pleno de mística unción, revestido de ideal pureza. Es la auténtica "piel de oveja" con que se disfraza el lobo devorador; es la herejía radical y completa. Admitido eso, ya no hay defensa: el error más monstruoso y más absurdo puede ampararse bajo la autoridad del Espíritu Santo.

Satanás, esta vez, había acertado la jugada.

Nadie había visto el *Evangelio Eterno*, pero todo el mundo hablaba de él:

"En l'an de l'incarnation
Mille et deux cents cinq et cinquante
N'est homs vivant qui me desmente,
Fu baillé et c'est chose voire
Pour prendre comun exemplaire
Ung livre de par le Gran Diable
Dit l'Evangile perdurable,
Que le Saint-Esperit menistre
Si com il aparoist au triste.
. . . .
L'Université qui lors iere
Endormie, leva la chère
Du bruit du livre s'esveilla,
Ain s'arma pour aller en contre
Quand il vit cet horrible monstre..." [30].

En todas las sectas anticlericales, igualitarias y comunistas, desde Eón de l'Etoile a los Albigenses, hay la huella profunda del Evangelio Eterno, que reaparece en los actuales predicadores de un nuevo estilo de Cristianismo, como el Entendimiento Uno de Averroes en los humanistas y los tres impostores en los volterianos. Son los tres triunfos de la baraja de Satanás.

Al lado de todo esto, Lutero es, sencillamente, el hombre sin imaginación. Disputa con el diablo, que lo rebate para engañarlo, y le arroja un tintero a la cabeza; pero, con todos sus arrebatos, era su esclavo, porque Satanás lo lleva por el lado de la soberbia. En Lutero no hay convencimiento, ni falsa piedad, ni escándalo, ni nada; hay la obstinación cabezuda y rebelde de salirse con la suya.

¡Qué gran instrumento fue Lutero para el diablo, y con él, el remilgado Melanchthon, y el frío y cruel Calvino, y el adusto Knox, y todos los otros! Con ellos comienza a entenebrecerse el mundo, a vestirse de gris, a perder color y alegría... Satanás ha logrado crear un Cristianismo hosco, ceñudo, triste, espinoso y frío, contrario al espíritu de Jesús. Al menos, las otras

herejías habían tenido el atractivo de lo pintoresco, de lo extravagante; eran una especie de Carnaval del espíritu. La brujería misma es divertida; hasta hay en ella cierta dosis de ingenuidad. Pero el protestantismo es la más aburrida de las religiones.

Ya no merece la pena ocuparse más de las herejías. Porque las innumerables que van a nacer serán frutos insípidos del árbol de la Reforma, recrudecidos en el ambiente gélido de los siglos civilizados. Serán especulaciones sin gracia, llenas de saña, pero faltas de entusiasmo.

En el siglo XVII remata la edad de los herejes y comienza la de los apóstatas.

El diablo tiene un arma mejor que las tentaciones, mejor que la brujería. Esta arma es la Ciencia.

III

EL DIABLO ALREDEDOR DE LA IGLESIA

a) *De los incubos y de los súcubos*

HEMOS dicho que, según muchos, pueden los demonios unirse carnalmente con hombres y con mujeres. A los diablos que, según esta opinión, se unen carnalmente con las mujeres se les llama *incubos*; a los que, como hembras, se unen con los varones se les llama *súcubos*.

En la idea de los incubos y los súcubos han influído sin duda las historias paganas de nacimientos milagrosos de héroes y de reyes.

El párrafo que se aduce de san Agustín[illegible]: "Si pudo Venus, de su concubinato con Anquises, tener por hijo a Eneas, o Marte, en su concubinato con la hija de Numitor, engendrar a Rómulo, dejémoslo en suspenso, porque casi nace otra igual cuestión de nuestras Escrituras cuando se pregunta si los ángeles exterminadores han cohabitado con las hijas de los hombres, de que provino que la tierra se llenase de gigantes, esto es, de hombres muy grandes y fuertes", alude a aquellas historias.

Las cuales son muchas, pues han servido a los teóricos del paganismo para explicar y justificar la apoteosis.

Entre los casos que se mencionan, seres celestes —que luego la tradición cristiana pudo interpretar fácilmente como incubos— engendraron a Rómulo y Remo y a Octaviano Augusto,

según Tito Livio; a Servio Tulio, según Dionisio de Halicarnaso y Plinio; a Alejandro Magno, según Plutarco y Quinto Curcio; a Platón, según Diógenes Laercio y san Jerónimo; a Escipión, según Suetonio; a Aristómenes, según Estrabón y Pausanias; a Seleuco, según Justino y Appiano. No se dirá que no son ejemplos ilustres. Y la lista podría alargarse muchísimo.

Por otra parte, la Patrística identifica muchas veces a los incubos con los sátiros y faunos. Se cita, por ejemplo, otro pasaje de san Agustín, que dice: "Y porque dice frecuentemente la fama, y muchos que lo experimentaron por sí, o que lo oyeron de otros que lo experimentaron, de cuya fe no se debe dudar, afirman haber oído que silvanos y faunos, a quienes el vulgo llama incubos, han estado muchas veces con mujeres, intentando y consumando coito con ellas. Y que ciertos demonios, a quienes los franceses llaman *cluzios*, continuamente intentan y ejecutan dicha inmundicia, son tantos los que lo aseveran, que parecería desvergüenza negarlo." (También se interpreta: "Que negarlo parece falta de vergüenza, no me atrevo a determinar cosa alguna aquí inconsiderablemente.") [61].

Y sobre el capítulo XIII de Josías: "Allí habitarán los avestruces y retozarán los peludos", dice: "Peludos son hombres silvestres, cerdosos, que son incubos, o sátiros, o género de demonios."

Sobre Isaías, capítulo IV: "Y vendrá a ser guarida de dragones, y pasto de avestruces, y se encontrarán allí demonios", dice: "Esto es, monstruos como demonios."

En la glosa de san Gregorio al mismo capítulo: "Los llamados por otros peludos, y no son éstos los que los griegos dicen *Panes* y los latinos *incubos*."

Casiano, en Colación I del Abad Sereno, refiere el pasaje a los demonios.

San Isidoro, en el libro VIII, capítulo último, dice: "*Peludos*, que los griegos llaman *panitas*, los latinos *incubos* y los franceses *clusios*, demonios que cohabitan inmundamente con las mujeres." [62].

De estos *peludos*, que han sido mencionados por varios viajeros como existentes en Africa, y que acometían a las mujeres de las expediciones que desembarcaban en las costas donde ellos

vivían, las violaban, o las llevaban con ellos, que algunas veces eran presentados como desprovistos de lenguaje articulado, otras como hablando una lengua ininteligible[63], debió originarse la imagen de los *hombres montescs*, de que habla, por ejemplo, el *Poema de Alexandre*, y los *hombres salvajes*, tan frecuentes en las mascaradas medioevales, en que los actores se caracterizaban figurando un cuerpo cubierto de espeso vello.

Pero es preciso distinguir entre los antiguos *sátiros, faunos, silvanos*, por una parte; los *hombres montescs o salvajes* por otra, y los *íncubos*.

En cuanto a los sátiros, son muchas las leyendas hagiográficas en las que se refiere que fueron convertidos y bautizados por santos ermitaños. De san Antonio Abad se cuenta que en una ocasión, en el desierto, se acercó a él un hombre con cuernos y con patas de cabra, el cual le dijo:

—Yo soy mortal y uno de los moradores del yermo, que la gentilidad, engañada con varios errores, llamándonos sátiros, faunos e íncubos, nos adora y reverencia; y vengo a ti, como embajador de mi manada, a rogarte que pidas por nosotros a Dios, que es común a todos, el cual sabemos que vino por la salvación del mundo, y su fama se divulgó por toda la tierra.

San Antonio, oyendo aquello, exclamó:

—¡Ay de ti, Alejandría, que adoras a los monstruos creados por Dios! ¡Ay de ti, ciudad ramera, en quien han concurrido todos los demonios del mundo! ¿Qué podrás decir ahora, pues las bestias alaban y confiesan a Cristo, y tú, en lugar de Dios, honras a los monstruos?

En esta historia se ve claramente que los sátiros, faunos o silvanos, como igualmente otros monstruos mitológicos: hipo y onocentauros, tritones y nereidas, sirenas, arpías, hipocampos, esfinges, grifos, etc.; y según otros, los cabiros, dáctilos, arimaspes, o los vampiros, lamias, empusas..., eran considerados, no como hombres ni como demonios, sino como bestias y monstruos animales.

Los íncubos y los súcubos son, en cambio, plenamente diablos, espíritus, y los demonólogos se han metido en sutiles y minuciosas disquisiciones acerca de la manera que puedan tener de ejercer su oficio y del motivo por que lo adoptan.

En favor de la existencia de incubos y súcubos, además de los lugares citados de Padres y Doctores, se acucen otros de San Clemente de Alejandría, Tertuliano, Josefo, Guillermo, Tomás Brabantino, etc., y de santo Tomás [61], que dice: "Lo que a muchos parece cierto no puede ser enteramente falso."

En cuanto al modo de ejercer su oficio, siendo los diablos espíritus, las opiniones varían muchísimo. Unos dicen que, lo mismo los ángeles buenos que los diablos, poseen cierto cuerpo sutil, por medio del cual obran sobre la materia del mismo modo que lo hacen los hombres. Les conceden algunos forma humana, asegurando que los ángeles caídos, al alejarse de Dios, se volvieron espesos y materiales. Otros dicen que, aunque no tengan propiamente cuerpo, pueden, por su propia virtud, asumir formas visibles y tangibles. O pueden producir en los hombres la ilusión de ellas. Por fin, hay demonólogos que suponen que los íncubos y los súcubos toman cuerpo en cadáveres de hombres y mujeres, introduciéndose en ellos y animándolos. Esta última hipótesis es verdaderamente horrible; y en verdad, no repugna de ningún modo a la maldad de los demonios ese refinamiento por medio del cual profanarían a la vez a un vivo y a un difunto, ultrajando sus despojos al utilizarlos para cometer un pecado carnal, que aquél a quien el cuerpo perteneció no puede impedir, y que el enemigo deja así manchado y prostituido. Hay aquí algo que toca a uno de los más profundos misterios de la vida.

Existe, nadie puede dudarlo, un "misterio del sexo", pero ha sido Satanás en nuestros tiempos, los más próximos a la actualidad, quien, acumulando sombras alrededor de él y complicándolo con otras cosas, ha hecho que se presentase con un aspecto abominable y peligroso.

Weininger, Rozanov, Merejkowski, balbucean este misterio en tal forma, que el leerlos nos hace sentir miedo por nuestra razón... Es como aquel Rabi cabalista, aquel Gaón hebraico que, según la leyenda, metió la cabeza en el Paraíso Terrenal y, al salir, dijo: "Hay dos Dioses allá arriba", y se volvió loco furio-

so, taló las viñas y arrasó las plantaciones. Ese pretendido Dios de dos caras se llama *Abraxas;* lo descubrió Hermann Hesse hace ya años, y este año le dieron el Premio Nobel... Así, aceptando un Dios de dos caras —es decir, diciendo con unos y con otros—, cualquiera es pacifista... Pero, ¿quién será ese Dios?

El Dante vio a Satanás no con dos, sino con tres caras... Lo de Hermann Hesse parece gnóstico, pero probablemente es un *praestigium.* Recuerda a aquéllos que andan dando vueltas a las palabras del Génesis, cuando alude a la creación del hombre: "Macho y hembra los creó", para aventurar que el primer hombre fue hermafrodita. "No comprendemos por qué —dice Merejkowski— en los semblantes humanos más geniales, más espirituales, más personales (los de Alejandro Magno, Napoleón, Leonardo de Vinci, Goethe joven, Byron) vemos transparecer bajo lo masculino un no sabemos qué de femenino y aun virginal. Ese es su mayor hechizo, como que no le hay mayor en la tierra..." "La personalidad —dice Rozanov— es el equinoccio de los sexos..." Todo esto es sin duda profundo; pero, ciertamente, no es limpio. Encierra acaso un misterio; pero es un misterio al que no podemos ni debemos acercarnos: volveríamos con el alma herida de arma con veneno, intranquila ya para siempre y sin haber comprendido nada [63].

El diablo conoce y sabe usar muy bien estos espejismos. Se ríe detrás de las imágenes andróginas, de los Tammuz El y Ella, de los Adán-Eva y de las letras griegas de Abraxas. Nos entrega una caja cerrada, que contiene las llaves de la vida y de la muerte, del cielo y del infierno, del pasado y el porvenir; luego resulta que la caja no tiene nada dentro... El secreto de la Esfinge siempre resulta ser una tontería.

"Para nosotros —dice Merejkowski—, el único sentido del sexo es la procreación. El hombre nace para engendrar y para morir; la personalidad es mortal, la especie es inmortal... Todo ser humano debe, a lo menos una vez en su vida, sustraerse a la cadena de los nacimientos-muertes; una vez en su vida, cuando menos, debe unirse cada hombre a una mujer, y cada mujer a un hombre, mas no para engendrar, y después morir."

Aquí nos presenta el autor, primero, la ley de la Iglesia; después, la ley del Aquelarre.

Pero esto nos proporciona la luz que necesitamos para comprender la función diabólica de los íncubos —"cada mujer con un hombre", y en su caso con un diablo— y de los súcubos —"cada hombre con una mujer" y con un diablo en su defecto— para conseguir ese amor infecundo en el que se consuma el misterio de los Dos que hacen Uno: "La esencia celeste de los Eones se encuentra allí donde no hay masculino ni femenino, sino una criatura nueva, un ser nuevo, un Hombre-Mujer." Siempre se ha dicho que el diablo aborrece la fecundidad, porque aborrece la vida; Sprenger debe tener razón.

Jesucristo bendijo el amor entre el hombre y la mujer, instituyó el Sacramento del Matrimonio, uno de cuyos fines es la procreación y la educación de los hijos; su fin trascendental es proporcionar a las almas de los hijos la bienaventuranza eterna, y a Dios la gloria que le es debida.

Pero el diablo pretende precisamente lo contrario. Puede que no le repugne que nazcan hombres, si se han de condenar; pero la condenación de un hombre no es segura; a lo mejor, bastan unos segundos para inutilizar el trabajo de muchos diablos durante muchos años; y la infecundidad parece atentar más directamente a la obra de la Creación. Opera en el sentido de la muerte. Todo lo que se hace contra la fecundidad en el amor se hace en servicio, consciente o inconsciente, del diablo.

Es cierto que Dios estima como más perfecta la virginidad que el matrimonio. Pero la virginidad es una renuncia, un sacrificio. El diablo pretende la esterilidad sin renuncia. Por eso procura unirse carnalmente con hombres y mujeres para escarnecer el acto procreador y prostituirlo; se propone el ultraje al pudor, sin ninguna consecuencia, pues se dice que tales uniones ni siquiera placer producen. Y aun puede no haber culpabilidad por parte del hombre o de la mujer que lo sufre. Se cita incluso un lugar de santo Tomás [66] en el que se dice que puede una mujer sufrir obra de íncubo, quedando a salvo su virginidad. Los autores aseguran que los íncubos y súcubos no cumplen su oficio por voluptuosidad, sino por malignidad. Parecen no proponerse el pecado de los seres humanos con los que yacen, sino, si es posible, algo peor que el pecado, por lo menos peor que aquel pecado, y que es dificilísimo de explicar.

Otros, en cambio, hablan de seres humanos o de otra clase engendrados por íncubos. Se insiste en la generación de gigantes, operada por ellos. Se atribuye a santo Tomás la opinión de que pueden engendrar gigantes "porque pueden saber las virtudes de la fuerza generadora por la disposición del hombre de que fue separada, y conocer la complexión de la mujer proporcionada al mismo, y también la constitución que mejor coopera a esto."

Se asegura que Belarmino cree que el Anticristo nacerá de mujer en trato con íncubo, opinión sumamente extendida y verosímil, la cual se dice haber sido tratada y discutida en presencia del emperador Segismundo, y resuelta en sentido afirmativo.

Esta cuestión del Anticristo está relacionada con la de los gigantes.

En efecto, una versión legendaria, recogida en Galicia, dice que en el centro de la tierra existe un mundo mucho más grande y más hermoso que este mundo en que nosotros habitamos. En él viven unos hombres de gran estatura y unas mujeres crueles que no queriendo amamantar a sus hijos, los arrojan a un monte, donde se alimentan de hierbas. El Anticristo nacerá de esta progenie. Saldrá al mundo por el cráter de un volcán que hay en las orillas del Tajo, y se criará alimentándose de los peces del río... El Anticristo pertenecerá, pues, a la raza de los gigantes, hijos de los íncubos. Otra tradición del mismo país lo hace el hijo de una monja y del diablo [47].

En cuanto a los expedientes de que los íncubos y súcubos se valen para engendrar, hay diversas sentencias, pero mejor será no repetir aquí ninguna de ellas, porque son de ésas que, *pudoris causa*, suelen dejar los eruditos en latín.

El caso es que el que íncubos y súcubos engendran hijos fue creencia general. El pueblo de los Hunos, que conducido por Atila aterrorizó a Europa, se dijo ser procedente de la unión de los demonios íncubos de la estepa con las brujas del Oriente de Europa.

Si los diablos engendran pueblos enteros, no extrañará a nadie que la historia o la leyenda nos presenten personajes célebres engendrados por el diablo.

Entre los personajes que la leyenda hace hijos del diablo, el más famoso es el encantador Merlín. En Merlín se manifiestan, en cierto modo, en forma notable, los caminos de Dios. La historia no ha podido comprobar la existencia de Merlín, pero Merlín nos enseña cómo es conducida la historia. Se quejaba Hegel de que los providencialistas no pudiesen comprobar en ningún caso determinado la intervención de Dios en los acontecimientos, la dirección divina del suceder humano. Pues bien, la historia de Merlín no diremos que lo pruebe de un modo patente; pero, si no nos lo prueba, nos lo "muestra" de un modo ejemplar y nos enseña la dirección que han de seguir nuestras investigaciones para llegar a probarlo.

Al hacer engendrar a Merlín por un íncubo, Satanás se proponía dar vida a un ser que habría de causar la perdición del género humano y, desde luego, el aniquilamiento de la Iglesia y la destrucción de la Cristiandad. Es posible que Merlín estuviese destinado a ser el Hijo de Perdición, el Anticristo.

Aquí tocamos nuevamente al misterio. Nuevamente advertimos que lo que la historia de Merlín no valga como realidad histórica, lo vale indudablemente como idea, como mito y símbolo, acaso como profecía. Es decir, que las condiciones personales para la producción del Anticristo pueden darse muchas veces; aquella vez se dieron, y sin embargo, el experimento diabólico se frustró plenamente, ya por no haber llegado el tiempo, o la ocasión, o por cualquier otra causa que no conocemos. Porque si podemos creer que el tiempo en que ha de aparecer el Anticristo está prefijado, también es cierto que estamos obligados a creer que no conocemos cuándo será. Muchas veces pudo incluso haber nacido, y haber Dios detenido o aplazado el sobrevenir de los acontecimientos. El Anticristo existe en potencia desde que fue anunciado. De hecho, entre los primeros cristianos fueron muchos los que consideraron inminente su aparición, no obstante lo cual, han transcurrido desde entonces muchos siglos. Sólo podemos decir que no se ha manifestado todavía, pero no cuántos Anticristos frustrados ha habido.

LÁM. 33. — LA DIABLESA EN CASA DEL OBISPO

LÁM. 34. — DIABLESA TENTANDO A UN ANACORETA









El hecho es que Merlín, si fue engendrado, posiblemente, para Anticristo, se convirtió en todo lo contrario. Gracias al bautismo y a las enseñanzas de su maestro, Blaysen, Merlín se convirtió en una poderosa columna de la Cristiandad. Hay aquí otra cosa curiosa que observar: Merlín superaba inmensamente a su maestro en ciencia profana, exotérica y esotérica, no obstante lo cual se mostró siempre sumiso a las enseñanzas y consejos de Blaysen.

A Merlín se debió la existencia y esplendor de la monarquía céltica del rey Artús, espejo, ejemplo y modelo de toda monarquía cristiana, que todos los reyes históricos que quisieron o supieron serlo tuvieron siempre presente para imitarla en lo posible.

Por industria de Merlín —y éste fue su pecado—, fue engendrado el rey Artús en adulterio. Pero he aquí que aun de este mal provino un bien, pues así nació el más perfecto de los reyes y un héroe que reinó sobre héroes, el fundador de toda Caballería, que de la Tabla Redonda procede, y el que da cuerpo emblemático a toda esperanza de restauración de las cosas en su recto lugar, según Dios y según justicia.

La historia de Merlín nos muestra de qué modo el diablo fracasa siempre en sus empresas; cómo reobra la justicia sobre la impiedad, el orden sobre el desorden; cómo Dios de los males saca bienes, y escribe derecho con renglones torcidos.

Aun el fin del gran encantador es lección provechosa, pues sabiendo lo que iba a pasarle, supo también no resistir al mal y aceptar el castigo, yendo en su busca, y una vez encerrado, por Viviana, vivo en una tumba, desde ella gritó a los hombres sus profecías.

Hay también una especie de seres humanos que se dicen nacidos de la unión de un íncubo con un súcubo. Se llaman *Cambions;* su figura es horrible y monstruosa, su peso extraordinario, y su voracidad es tal, que uno de ellos puede agotar a tres nodrizas a la vez. Hablan de ellos Lutero, Bodin, Delancre, Maiole... Este último cuenta que un mendigo traía uno consigo para

LÁM. 35. — LOS ENDEMONIADOS
LÁM. 36. — LA MUERTE DEL PECADOR IMPENITENTE

excitar la piedad de las gentes; un caballero, apiadado de él, lo cogió y lo subió a su caballo, y notó que el caballo se plegaba bajo el peso del *cambión*[68].

b) *De la diabólica posesión*

Uno de los más aparatosos prestigios diabólicos, y de los más aflictivos para los hombres, es la posesión. Hacen en ella los demonios gran ostentación de poder, propia para infundir horror y espanto en las gentes.

El diablo se introduce en el cuerpo del hombre y lo hace instrumento suyo, atormentándolo y haciéndole ejecutar actos extravagantes y proferir blasfemias, ultrajes y desmesuras de toda especie. "Un poseído, o poseso, es un hombre cuyo cuerpo, e indirectamente también el alma (excepto la voluntad, que jamás es de Satanás si no se consiente en ello), se encuentra bajo el poder de uno o más demonios, que hacen de él su instrumento." [69].

"En cuanto al cuerpo —dice santo Tomás—, puede el diablo habitar sustancialmente en el hombre, como se evidencia en los endemoniados; pero esto más bien pertenece a la razón de la pena que a la de la culpa. Mas las penas corporales de esta vida no siempre son consiguientes a la culpa del que es castigado, sino que a veces se infieren a los que no pecan, como en el capítulo IX de Job se dice del ciego de nacimiento; y esto es según la sublimidad de los juicios incomprensibles de Dios. Por eso, no por cualquier culpa mortal, habita el demonio en el hombre sustancialmente aun en cuanto al cuerpo." [70].

Así, pues, el hombre es poseído por el demonio casi siempre contra su voluntad, siendo ésta una de las formas que tiene el espíritu maligno de vejar a los hombres, a saber: en sus bienes de fortuna, como a Job; en sus cuerpos, con enfermedades; en sus cuerpos y en sus potencias inferiores, aterrándolos con sueños espantosos y horribles visiones; en la tentación exterior e interior, como, según san Agustín, por sugestión espiritual, que no se hace por el oído, sino por el pensamiento; en la privación temporal del uso de la razón, como cuando la cananea dice a Jesús: "Señor, ten compasión de mí: mi hija es cruelmente

atormentada del demonio", [11] y en volverlos como bestias irracionales, tal la mujer encorvada curada por Jesús en sábado.

Por ello puede ser administrada la Eucaristía a los energúmenos. "Nunca se ha prohibido por nuestros antepasados —dice Casiano— [12] el dar la sacrosanta Comunión a los poseídos por espíritus malignos; antes bien, creían que, si fuese posible, se les debía administrar diariamente, supuesto que por ella se llega a la limpieza y tutela del cuerpo y del alma, y supuesto que, tomada, lanza al espíritu que se apodera o intenta apoderarse de los miembros, el cual huye a la manera que lo hace de un incendio el que siente abrasarse. Poco hace que hemos visto curado de este modo al abad Andrónico y a otros muchos. Tanto más daño hará el demonio al que ha poseído, cuanto más alejado lo viese de la celestial medicina, y le molestará tanto más dura y frecuentemente cuanto más apartado le sienta del espiritual remedio."

Así, pues, puede el hombre ser poseído sin culpa suya. Cinco causas suelen señalarse para la posesión:

1.ª *Para mayor mérito propio.* — En el Decálogo de Severo, discípulo de san Martín, se dice de cierto Padre de santísima vida que expelía demonios, y habiéndose hecho célebre por ello, entró en vanagloria, y para combatirla pidió ser poseído por cinco meses, lo cual sucedió, y fue preciso aplicarle remedios.

2.ª *Por leve delito de otro.* — San Gregorio pone el ejemplo de san Eleuteri oAbad, que pernoctaba cerca de un monasterio de vírgenes, y una noche le pusieron, sin él saberlo, en la celda un muchacho vejado por el demonio, el cual aquella noche se vio libre. El abad se alegró algo inmoderadamente, y dijo: "Hermanos, el diablo se burlaba de aquellas hermanas, mas en cuanto vino el siervo de Dios, no se atrevió a acercarse a este niño..." En aquel mismo instante el diablo volvió al muchacho y costó trabajo librarlo.

3.ª *Por pecado venial propio.* — Casiano, Abb. Ser. prim., dice: "Moisés habló duramente al abad Macario, y fue entrega-

do a un maldito demonio que, convertido en humano excremento, se introdujo en su boca. Puesto en oración, al empezar a hablar lo expulsó."

4.ª *Grave pecado ajeno.* — San Gregorio refiere que el obispo Fortunato había arrojado al diablo de un poseído, y a la mañana siguiente el diablo, en forma de peregrino, iba gritando por las calles que Fortunato lo había echado del hospicio. Un hombre lo invitó al suyo y se holgó con lo que el diablo habló mal del santo varón; pero el diablo entró en un hijo del huésped.

5.ª *Gran maldad propia.* — En Colonia, una virgen de dieciséis años vivía con una parienta suya. Una vez rompió una vasija, y la parienta la riñó mucho. La muchacha, enojada, no quiso comer. La parienta insistió: "Es preciso que comas". La muchacha respondió: "Pues si es preciso comer, hágase en nombre del diablo." Sentóse a comer sin echar la bendición, y en el primer bocado tragó una mosca, y no la pudo expulsar, y quedó poseída, aunque con uso de razón. La libró el P. Schussel [13].

A los poseídos se les llama también *endemoniados, energúmenos, espiritados, demoníacos.*

Son acometidos de horribles convulsiones, semejantes a las de la epilepsia, a las del tétanos o a las de la hidrofobia; de ataques de locura furiosa o manifestaciones histéricas. Oesterreich señala además tres fenómenos manifestativos de la posesión: el cambio de la fisonomía, el cambio de la voz y el que esta voz se expresa según el espíritu de una nueva personalidad. "Recorriendo la serie de casos de posesión que acabamos de citar —dice—, el primero y más llamativo de sus caracteres es que el organismo del paciente parece invadido por una personalidad nueva. El organismo es gobernado por un alma extraña." [14].

"Los rasgos del rostro, que en estado habitual expresan la serenidad y la benevolencia, se cambian en el momento en que el demonio aparece en este hombre, y su individualidad se desvanece en las apariencias infernales más horribles" [15].

El (el presunto demonio) habló hoy con una voz que se parecía más que antes a una voz de bajo masculina, y mostró al mismo tiempo una insolencia de gestos y de miraca que sobrepasan toda descripción." [16].

"Era un espectáculo bien extraordinario para los que estábamos allí presentes ver a aquel malvado espíritu expresarse por boca de aquella pobre mujer y oír tan pronto el sonido de una voz de macho, tan pronto el de una voz femenina, pero tan distintas una de otra que no se podía creer que aquella mujer hablase sola." [77].

"Durante uno de sus accesos, lo que el espíritu de las tinieblas dijo por su boca consiste en palabras dignas de un demonio en plena locura, cosas que no tienen lugar en esta niña de corazón recto, maldiciones de la Santa Escritura, del Redentor, de todo lo que es sagrado." [78].

"Apenas había comenzado a decir sus oraciones, sus ojos y todos sus rasgos se descompusieron como la última vez... Y entonces se oyeron estos sonidos extraños: ¡Oh! Ta, ta, ta, pronunciados con una rapidez extraordinaria. Todo esto era acompañado de injurias, y de golpes, y de gesticulaciones... D. leyó de nuevo las plegarias. Cuando un nombre santo era pronunciado, un furor diabólico estallaba en el demonio, cerraba los puños amenazando... Estas explosiones cesaban con la operación." [79].

En cuanto al estado psicológico del poseso, los psicólogos modernos se ven en grandes aprietos: mencionan casos en que el poseso pierde la conciencia, al menos durante el acceso; su personalidad queda anulada, y solamente aparece la del espíritu posesor. Este habla siempre en primera persona: cuando el poseso dice "yo", no se refiere a sí mismo, el "yo" es el del diablo, pues es éste el que habla, y no el paciente. El espíritu se refiere al poseso en tercera persona: le llama "él", "ella" o "la criatura" [80], o la designa con una palabra insultante: "la cerda"... [81]. En muchos casos, el poseído, pasado el acceso, no recuerda nada de él, ni puede dar razón de lo que ha dicho, ni de lo que ha hecho [82]. A esta forma llaman algunos posesión *sonambúlica*.

Pero los psiquiatras no han tenido más remedio que admitir otra forma de posesión, en la que el paciente conserva la conciencia de su personalidad habitual y se da plena cuenta de lo que ocurre. Es la que llaman posesión *lúcida* [83].

Esta la distinguía ya Casiano: "Algunos son tan excitados

que no se dan de ningún modo cuenta de lo que hacen o dicen; pero otros lo saben y se acuerdan después." [84].

"De la epidemia de posesión de Kintorp (siglo XVI) se cuenta lo que sigue: "Un poco antes del acceso y durante él, ellas arrojaban de la boca un fétido aliento que duraba a veces algunas horas. En su mal, algunas no dejaban de tener el entendimiento sano, de oir y reconocer a los que estaban con ellas, aunque a causa de las convulsiones de la lengua y de las partes que sirven a la respiración no pudiesen hablar durante el acceso..." Kerner escribe: "...En otros, los ojos quedan abiertos y la conciencia lúcida, pero el enfermo no puede resistir, ni con toda su fuerza de espíritu, a la voz que habla en él; la oye expresarse como una individualidad distinta, extraña, alojada en él, a la cual no puede mandar." [85]. Algunos pacientes describen ellos mismos su estado con toda precisión: dicen cómo se sienten constreñidos, a pesar suyo, a andar, hablar, gritar, llorar, cantar, rugir, danzar, arrojarse a tierra, dar con la cabeza en las paredes, proferir palabras indecentes o sacrílegas.

En otro tiempo se creía reconocer a los demoníacos por ciertos signos, como las convulsiones, la hinchazón del rostro, la insensibilidad y el estupor, la inmobilidad, los clamores del vientre, la mirada fija, las respuestas en lengua vulgar a palabras latinas, los pinchazos de lanceta sin efusión de sangre, el vomitar los alimentos tal como han sido tragados... [86].

Pero la Iglesia exige señales más efectivas. El Ritual Romano propone tres principales, que son:

1.° Hablar una lengua desconocida, empleando número suficiente de palabras, o entender a quien la habla.

2.° Descubrir cosas lejanas y ocultas.

3.° Dar pruebas de una fuerza superior a la edad y a las condiciones de la persona.

Estas y otras semejantes señales, cuando se verifican en una sola persona, son los más fuertes indicios de la posesión [87].

"A las tres señales indicadas por el Ritual se pueden añadir los efectos producidos por el uso de los exorcismos o de obje-

tos sagrados, especialmente cuando este uso se hace sin que el supuesto poseso lo sepa. Hay, en efecto, quienes al contacto de un objeto sagrado, o cuando se rezan sobre ellos oraciones litúrgicas, se encolerizan sobremanera y blasfeman horriblemente. Pero tal señal no es cierta sino cuando la cosa se hace sin que lo sepan; de otra manera, cuando se dan cuenta de ello, pueden dar en manías, o por aversión a lo que es religioso, o por simulación. No es, pues, fácil reconocer la verdadera posesión, y nunca será excesiva la reserva antes de emitir un juicio." [84].

Efectivamente, ha habido y hay numerosos casos de falsa posesión, unas veces simulada por el propio paciente, otras supuesta por los que lo rodean.

La simulación puede ser enteramente voluntaria, fingiendo el simulador lo que no siente, aun hallándose en estado normal, o siendo llevado a ello por monomanía, enajenación mental o perturbación psíquica, creyéndose o no realmente poseído el individuo. Esta simulación es también, en la mayor parte de los casos, industria del diablo. Con ella trata, como siempre, de producir confusión en los entendimientos, pues, en vista de las posesiones simuladas, unos serán llevados a negar toda posesión diabólica, incluso los casos referidos en los Evangelios; otros verán fracasar en estos casos los exorcismos y las preces de la Iglesia, y llegarán a no darles valor alguno, o a considerarlos como superchería e ignorancia. De un modo o de otro, el diablo sale ganando.

"Se encuentran de esta suerte —dice Colin de Plancy— [85] en el pasado muchas supercherías, que la buena fe de nuestros padres no ha sabido reprimir bastante. Sin embargo, hubo muchos menos escándalos de lo que se cuenta, y las posesiones no eran tan corrientes como se cree. Una mujer demoníaca comenzaba a hacer ruido bajo Enrique III; el rey envió inmediatamente a su cirujano Pigray, con otros dos médicos, para examinar el caso. Cuando la poseída fue traída ante los doctores, la interrogaron, y ella dijo disparates. El prior de los Capuchinos le hizo preguntas en latín, a las que respondió muy mal, y por fin se encontró en ciertos papeles que había sido ya, algunos años antes, azotada en la plaza pública por haberse querido hacer pasar por demoníaca; se la condenó a reclusión perpe-

tua. En tiempo de Enrique III, una picarda se decía poseída del diablo, aparentemente para hacerse formidable. El obispo de Amiens, que sospechaba alguna impostura, la hizo exorcizar por un laico disfrazado de sacerdote y leyendo las epístolas de Cicerón. La demoníaca, que sabía su papel de memoria, se atormentó, hizo visajes espantosos, cabriolas y gritos, absolutamente como si el diablo, que ella decía estaba en ella, hubiera estado frente a un sacerdote leyendo un libro sagrado. Así fue desenmascarada."

"Y el sacerdote —dice Pedro Ciruelo— [90], ante todas cosas, procure de saber si aquel mal es demonio, o si es otra dolencia alguna de corazón, o de cerebro, etc. Porque algunas veces parece demonio, y no lo es. Y para esto tome información del sabio médico. Y también por las cosas que vieren en el paciente podrán barruntar si es demonio: porque si él habla palabras de otra lengua, que aquel hombre no sabía de antes: señal es que es demonio: y también dize que es alguna ánima de tal hombre, o muger, ya difuntos, y por otras algunas señales."

"La posesión diabólica —dice el Dr. D. Costa, S. P.— era un hecho desgraciadamente frecuente antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, el cual, en los tres años de vida pública, libró a muchísimos poseídos o endemoniados..."

"Las posesiones gradualmente han venido haciéndose más raras a medida que se iba extendiendo el reino de Jesucristo; pero nunca han cesado por completo ni entre los cristianos." [91].

De muchísimos santos se cuenta haber expulsado a los demonios del cuerpo de los posesos.

San Paulino, en la *Vida de San Félix*, atestigua haber visto a un endemoniado encadenado cabeza abajo en la bóveda de una iglesia, sin que se le descompusieran los vestidos; y añade que este hombre fue después curado por el mismo san Félix.

San Jerónimo cuenta también muchos casos de posesión. "Paula se horrorizaba ante la tumba de san Juan Bautista, sintiendo los rugidos de los demonios". Los endemoniados, decía ella, aullaban, ladraban, silbaban. Otros hacían girar sus cabe-

zas de manera que se volvían por la espalda, extendiéndose hacia abajo hasta tocar el suelo. Había mujeres sostenidas en el aire, con la cabeza hacia abajo y sin que sus vestidos se desordenaran.

El mismo ilustre Doctor cuenta, en la *Vida de San Hilarión*, que todos los días se presentaban al santo animales furiosos, de los que se había posesionado el demonio. Un día le fue presentado un enorme camello, que había matado a muchas personas. Traíanle entre más de treinta individuos, atado con gruesos cordeles; tenía los ojos teñidos de sangre, arrojaba espumarajos por la boca, y la lengua dejábase ver hinchada y en continuo movimiento. Sus espantosos rugidos llenaban el espacio. Hilarión mandó que le desataran, pero los que le habían traído no se atrevían; al fin, uno de ellos obedeció. Se adelantó entonces Hilarión y dijo al demonio: "Zorra o camello, tú siempre eres el mismo, no me amilanas." Después extendió sobre él su mano y aquella bestia, furibunda como si quisiera devorarle, cayó inmediatamente por los suelos.

"La isla de Chipre fue testigo de la liberación, obrada por san Hilarión, de doscientos, entre hombres y mujeres, poseídos del demonio."

"Los espíritus malos pueden ser arrojados por los hombres llenos de fe y humildad; por eso san Pablo, primer ermitaño, logró echar a uno que había resistido a san Antonio.

"Un día fue llevado a Macario de Alejandría un muchacho poseído del demonio; el santo le puso una mano sobre la cabeza y la otra sobre el corazón, manteniéndose así largo rato en oración, hasta que le vio vacilar. Entonces el muchacho comenzó a hincharse como un cuero, despidiendo gritos y un sudor muy copioso. Deshinchóse al fin, hasta volver a las dimensiones normales. El santo le frotó con óleo santo, y le restituyó a su padre completamente curado, con la prescripción de no darle vino ni carne hasta los cuarenta años.

"Los mismos ermitaños tampoco se veían absolutamente libres del demonio. Una vez el abad Serapión se vio libre de una mentira en la que antes había incurrido, y el diablo salió de su pecho en forma de lengua de fuego, apestando toda la habitación con un hedor de azufre." [92].

De san Agustín se dice: "Yo sé también que pedían a este mismo sacerdote y obispo hacer oraciones por estos energúmenos, estos enfermos, y que con lágrimas imploraba a Dios, y que los demonios salían del cuerpo de los hombres. Del mismo modo entonces que él sufría y guardaba cama, alguien trajo un enfermo, rogándole le impusiese la mano para que pudiera ser curado. Respondió que si estaba en su poder hacer algo por él no dejaría de hacerlo en seguida. Y el otro le dijo que había sido visitado, y que le habían dicho en sueños: "Ve a ver al obispo Agustín para que le imponga las manos y será salvo". Cuando él lo supo no tardó en hacerlo, y de aquel enfermo hizo Dios inmediatamente un hombre sano." [83].

Infinidad de historias de endemoniados refieren las *Actae Sanctorum* de san Bernardo, el cual infundía un inmenso pavor a los diablos. El Galo anónimo, libro 7, cap. 9 de sus Actas, cuenta que cuando hacía varios años que el santo hombre dirigía Claraval le fueron traídas unas mujeres obsesas del demonio, para que las curase. El día antes de la llegada del santo el demonio había emprendido la fuga por sí mismo, exclamando que no podía resistir a Bernardo, pues éste, habiendo hasta ahora vivido en el siglo, y habiendo sido tentado por él gravemente contra la castidad, y no habiendo sido vencido de ningún modo, el que debe obedecer en todo sería entregado [84].

En Bar-sur-Aube había dos mujeres atormentadas por los demonios. Sus padres las llevaron a san Bernardo, y cuando llegaban a las puertas de Claraval, uno de los diablos dijo al otro, por boca de la mujer:

—Es preciso que salgamos de aquí.

—¿Por qué, pues? — respondió el otro.

—Yo no puedo ver a Bernardo ni oir su voz.

Y al instante dejó a la mujer, la cual recobró la salud.

En Milán le llevaron una mujer conocida de todos, atormentada desde hacía siete años por un espíritu inmundo, y le suplicaron en nombre de Dios que ordenase al demonio la huida.

El estaba todo agitado y decía que convenía que los signos fuesen hechos, no para los fieles, sino para los infieles. Habiendo remitido su empresa al Espíritu Santo, y penetrada su plegaria de la fuerza celeste, quebrantó a Satanás en el orgullo de-

su vigor, lo puso en fuga y volvió a la mujer salud y tranquilidad.

En la iglesia de san Ambrosio le mostraron una niña vivamente atormentada por el diablo. Habiéndola visto crujir los dientes y gritar de suerte que era objeto de horror para cuantos la veían, tomó la patena, derramó el vino en sus dedos, y confiando en el Señor aplicó el brevaje saludable a los labios de la niña y derramó gotas sobre su cuerpo. Inmediatamente Satanás, abrasado, no pudo resistir, y salió precipitadamente y temblando, en un vómito infecto. La niña volvió a su casa salvada.

Otra vez la multitud empujó hasta la iglesia a una mujer de edad, ciudadana respetable de Milán. El diablo estaba en ella hacía años, y la estrangulaba hasta privarla de la palabra. Chocaba los dientes y sacaba la lengua, como la trompa de un elefante; no parecía mujer, sino monstruo. Su exterior repugnante, su rostro horrible, su aliento fétido, atestiguaban las inmundicias de Satanás, que la habitaba. El santo le ordenó permanecer allí, y ella, en su resistencia, llegó a darle puntapiés. San Bernardo rogó al pueblo que orase, y empezó la misa. Habiendo consagrado, puso el cáliz y la patena con el Cuerpo de Cristo encima de la cabeza de la mujer, y dijo:

"Aquí está, espíritu inicuo, tu juez, el Todopoderoso. Ahora, resiste, si puedes. Aquí está el que debe sufrir por nuestra salvación. Ahora, dice Él que el Príncipe de este mundo sea arrojado fuera. He aquí el cuerpo que ha sido sacado del cuerpo de la Virgen, que ha sido extendido en la cruz, que ha sido puesto en la tumba, que ha resucitado de entre los muertos y que ha subido al cielo en presencia de los discípulos. Por el poder terrible de su Majestad, yo te ordeno, espíritu maligno, salir de su sierva y no volver a atreverte a tocarla en adelante."

Al acabar la misa la mujer quedó sana [36].

De san Norberto de Magdeburgo se cuenta un caso rebelde en extremo. Se trataba de una joven poseса. El diablo se burló del santo. Apretado por éste, dijo:

—Si quieres que salga de aquí, permíteme que entre en aquel monje que está en el rincón.

El santo prosiguió inflexible, y el diablo dijo:

—¿Qué quieres, pues? Ni por tu causa, ni por ningún otro.

no saldré hoy. Mira: si llamo, los escuadrones negros vendrán en mi socorro. ¡Eia, de pie, en guerra! ¡Eia, de pie, en guerra! Estas ojivas y estas bóvedas van a caer sobre vosotros.

El pueblo, asustado, huyó, pero el santo permaneció. La posesa pretendió estrangularlo, y como algunos le acudiesen, el santo dijo:

—Dejad. Si Dios le ha dado fuerza para ello, puede hacerlo según su voluntad.

Ella retiró las manos. La metieron en el agua, y *como era rubia, el sacerdote temió que esto permitiese al demonio mantener su poder sobre ella*, y le hizo cortar los cabellos. El demonio, enfurecido, gritó:

—Extranjero de Francia, extranjero de Francia, ¿qué te he hecho para que no me dejes tranquilo? Que todos los males y que toda desgracia sean sobre tu cabeza, por atormentarme así.

Hubo que dejarlo para el otro día, y como el diablo lo desafiase, san Norberto suspendió el exorcismo y pasó aquella jornada en ayuno. Al siguiente, hizo conducir la posesa a la misa. Al alzar, el diablo gritó:

—Mirad cómo tiene su pequeño Dios en las manos.

El santo, entonces, lo atacó con toda la fuerza de su espíritu. El diablo, lleno de angustia, suplicó: —¡Yo ardo! ¡Yo ardo!

Después dijo:

—¡Me muero! ¡Me muero!

Y por fin:

—¡Quiero irme! ¡Quiero irme! ¡Despáchame!

Y escapó, dejando un reguero nauseabundo [96].

Numerosas curaciones de endemoniados se refieren del santo emperador Enrique II, de san Francisco de Asís, san Antonio de Padua, san Pedro Mártir, san Francisco de Paula, de muchísimos otros y más recientemente del santo cura de Ars.

Pero si sólo los santos pudieran expulsar los demonios, mal lo iban a pasar la mayoría de los energúmenos. Afortunadamente, hay otros remedios: hay un remedio especial y hay remedios generales [97].

El remedio especial consiste en los *exorcismos* establecidos por la Iglesia. "El exorcismo es una ceremonia con la que los ministros de la Iglesia mandan con autoridad a los demonios que abandonen a las personas cuyos cuerpos poseen o asedian, o que se retiren de otras criaturas de las que estos espíritus malignos tal vez abusan, permitiéndolo Dios, después que, en cierto modo, se les han sujetado."

"La Iglesia exorcisa con oraciones solemnes, el *óleo...*, el *agua bendita...*, *los cuerpos de los catecúmenos*, es decir, de los niños y de los adultos que están para pasar, mediante el santo bautismo, del poderío de Satanás al de Jesucristo, y los *cuerpos de los endemoniados*, de aquéllos en los que después del bautismo han entrado los demonios." [illegible].

Jesucristo previó la lucha con el diablo, y en su virtud, dio potestad y poder espiritual a sus discípulos y a los sucesores de ellos, esto es, a los sacerdotes de la Iglesia, sobre los diablos para que, en su nombre, los conjurasen y los echasen de los cuerpos de los hombres. En virtud de este poder conferido por Jesucristo, estableció la Iglesia los exorcismos.

Pueden exorcisar no sólo los sacerdotes que han recibido las Órdenes Mayores, sino todos los que han alcanzado el grado de *Exorcista*, que es el tercero de las Órdenes Menores, si bien, tratándose de endemoniados, es obligatorio que el obispo comisione a un presbítero elegido entre los de más austera vida y mayores letras.

Entre los remedios generales, el Ritual aconseja la Confesión general y la Sagrada Comunión. Santo Tomás dice: "No se ha de negar la Comunión a los endemoniados, a no ser que haya certeza de que son atormentados por causa de algún crimen." [illegible]

También son remedios: las oraciones de los buenos en favor del poseso; la absolución de la excomunión, si ésta pesase sobre él; los Sacramentos; los objetos benditos; el Crucifijo; la señal de la cruz; las reliquias, especialísimamente las auténticas del *Lignum Crucis;* la invocación del Nombre de Jesús, y según muchos, los *Agnus Dei* benditos por el Papa.

Los santos doctores —san Jerónimo, Hugo el Venerable, Guillermo de París, Nicolás de Lyra, Alberto de Luca— suponen

que también pueden tener cierta eficacia algunos remedios físicos, consistentes en sahumerios, hierbas, empleo de la música, etcétera, ya porque con ellos, al sanar el cuerpo, puede aminorarse el mal, ya porque con ellos se atormente y moleste a los demonios. Se cita en esto a Pedro Burgense, que dice: "No sólo parece que debe concederse que algunas cosas sensibles pueden aliviar a los afligidos por los demonios, como enseña Nicolás de Lyra, sino también que por algunas cosas sensibles pueden los afligidos por el demonio librarse enteramente; lo que se prueba con la misma razón que da Nicolás. Porque así como los demonios no pueden a su voluntad trasmutar la materia corporal si no median cualidades activas que dispongan la materia para recibir la acción aflictiva en los cuerpos poseídos por ellos, como dice Nicolás; así también puede curarse por alguna cosa sensible la disposición en el cuerpo humano, dejándolo sin aptitud para recibir la acción del demonio [100].

Sólo pueden exorcisar y conjurar a los demonios los sacerdotes con órdenes expresas para ello; pero en todo tiempo ha habido legos que se han arrogado esa potestad y han pretendido pasar, o han pasado, por hábiles *sacadores de espíritus*.

De éstos dice Pedro Ciruelo [101]:

"Deste principio (que sólo pueden exorcisar los sacerdotes con órdenes) claramente se sigue que quando alguno puro lego, aunque sea de prima corona, y no de grados, se muestra por sacador de espíritus malos de los hombres endemoniados, y usa este oficio públicamente, ay grande sospecha del, que deve ser nigromántico hechizero, y que lo haga por pacto de amistad que tiene con el diablo, o claramente, o solapada y encubierta... Y el diablo, para más los engañar, hales enseñado ciertos conjuros, casi semejantes a los que se usan en la Santa Iglesia Cathólica contra los demonios, para los compeler a que salgan aunque no quieran de los cuerpos de los hombres. En estos conjuros diabólicos, con algunas palabras santas y buenas, están mezcladas otras malas, y también algunas vanas supersticiones: y aunque los tales conjuros no tengan virtud para compeler al diablo a que salga de los hombres contra su voluntad: mas estos malos conjuradores fingen que hazen fuerza al diablo y lo compelen a salir. Y esto es por concierto secreto que hay entre ellos dos.

como entre dos malos hombres que fingen que riñen y se amenazan, y entre ellos se entienden, porque quando uno diga esto, el otro responde lo otro, etc. Esta arte ordenó el diablo para tener mucha plática de palabras con los hombres, y porque por oyr las razones que dize el nigromántico y cómo le responde el diablo, allégase mucha gente a los oyr: y esto dessea mucho el diablo tener grande auditorio, para con sus razones sembrar algunos errores contra la Fe y contra la religión Christiana, y para mandar que hagan algunas obras vanas y supersticiosas so color de santas y devotas. Allí procura de disfamar a algunas personas de honra, descubrir hurtos y pecados secretos, procura de hazer a los oyentes que caygan en pecados de pensamientos..."

"...Mas el malo y superstícioso tiene otros conjuros (que no son los de la Iglesia) secretos, que los saben pocos, y no los quiere él demostrar sino a sus amigos, discípulos del diablo: y juntamente con las palabras que dize, haze otras cerimonias de yerbas y sahumerios de muy malos olores: y aun en las palabras ay vocablos ignotos, y tienen lagunas dellas tan secretas, que no las dizen sino al endemoniado a la oreja...., trata muchas razones con el diablo y gasta mucho tiempo en demandas y respuestas, y esto en publica audiencia de mucha gente, y demanda la señal de alguna moneda ignota de otra tierra, pregúntale que diga quién es, y cómo se llama, y a qué vino allí, y házele otras muchas preguntas para allegar allí mucha gente, y multiplica palabras que oygan todos y se estén allí abobados...; mándalo que torne tal día, y a tal hora, al mismo cuerpo, para que comparezca a su audiencia, y quando sale la primera vez, mándale que al salir haga algún estruendo, o alguna otra señal que la vean y oygan todos los que allí están..."

Estos conjuros contra la diabólica posesión se encuentran en la mayoría de los Grimorios y Rituales mágicos, como en el *Enchiridion Leonis Papae*, colección de oraciones que se dicen enviadas al emperador Carlomagno por el Papa León III; en el *Gran Grimorio;* en diferentes ediciones del *Grande y Pequeño Alberto*, atribuidos a san Alberto Magno; en el *Sexto y Séptimo Libros de Moisés*, pretendida continuación del *Pentateuco,* etcétera.

El *Libro de San Cipriano*, versión de Jonás Sufurino, inserta las siguientes:

"Precepto o exconjuración a los demonios para que no mortifiquen al enfermo durante el tiempo que duren los exorcismos:

"Yo, como criatura de Dios, hecho a su semejanza y redimido con su sangre, os obligo por este precepto, demonio o demonios, para que cesen vuestros delirios y dejéis de atormentar con vuestras furias infernales este cuerpo que os sirve de aposento. Segunda vez os cito y notifico en el nombre del Soberano Señor, fuerte y poderoso, que dejéis ya este lugar y salgáis fuera de él, no volviendo jamás a ocuparle. El Señor sea con todos nosotros, presentes y ausentes, para que tú, demonio, no puedas jamás atormentar a las criaturas del Señor. Huye, huye, huye, o de lo contrario serás amarrado con las cadenas del Arcángel Miguel y humillado con la oración de San Cipriano, dedicada a deshacer toda clase de hechicería."

Oración de San Cipriano, desde luego apócrifa:

"Como siervo de Dios y criatura suya, desligo del espíritu maligno cuanto éste tiene ligado. En el nombre del Divino Creador, a quien amo desde que lo conozco con todo mi corazón, alma y sentidos, y a quien prometo adorar eternamente, y agradecer también los beneficios que cual padre amoroso me concede sin tasa ni medida, yo te ordeno, espíritu del mal, que te separes en el acto de este cuerpo que estás atormentardo y le dejes libre de tu presencia, para que pueda recibir dignamente las aspersiones del alma exorcisada que, cual lluvia divina, echo sobre él, diciendo: En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo (se hace así), que viven y reinan eternamente; por las virtudes que poseen los espíritu superiores, Adonai, Eloim y Jehovam, cuya presencia y fortaleza invoco en este acto. Amén."

Exorcismo para librar a las personas de los malos espíritus:

"En el nombre de san Cipriano y de parte de Dios, tres veces santo, por la potestad de los espíritus superiores Adonai, Eloim, Jehovam y Mitatrón, yo, N., absuelvo el cuerpo de P. para que sea libertado de todos los malos hechizos, encantos y sortilegios, ya sean producidos por hombres o mujeres, ya por cualquiera otra causa. Dios sea alabado y glorificado, y se digne

disponer que todos los sortilegios sean deshechos, destruídos, desligados y reducidos a nada, para lograr de este modo que el cuerpo de P. quedo libre de todos los males que padece.

"¡Dios grande y poderoso! Sea tu nombre glorificado y que por vuestra soberana intercesión sean obligados a retirarse los espíritus que se hayan aposentado del cuerpo de P., cesando ya el sortilegio que los causadores de este daño han empleado. Yo os conjuro y mando desaparecer, sin que jamás podáis entrar a este cuerpo, en el cual hago tres cruces y le bendigo con el agua exorcisada en el nombre del Padre, del Hijo y del Santo Espíritu, que amparen y protejan a P. para que jamás se vea atormentado."

Estas oraciones van acompañadas de aspersiones de agua bendita y de cruces hechas sobre el cuerpo del paciente, a saber: una cruz en la frente, otra en el pecho y otra en el vientre —¿en los asientos de las tres almas de Platón?—, las cuales han de trazarse con el dedo pulgar de la mano derecha, de izquierda a derecha precisamente, y estando el exorcista colocado a la derecha del enfermo.

Salvo la invocación de Adonai, Eloim y Jehovam como espíritus superiores distintos de Dios, estas oraciones son pura imitación de otras oraciones de la Iglesia y de apariencia, si bien abusiva, no, en cambio, disparatada ni blasfema.

Adonai, Eloim (Elohim) y Jehovam (Jehová o Yahvé) son nombres de Dios bien conocidos que se encuentran en la Sagrada Escritura; pero en los grimorios y libros mágicos se suele llamar así a ciertos ángeles o "espíritus superiores", cuya jerarquía nos presenta Jonás Sufurino en esta forma: Adonai, Ángel de Luz, recibe "las órdenes directamente del Ser Supremo; a su inmediato servicio y con idéntica potestad, están Eloim y Jehovam; siguen e ncategoría: Mitatrón, Azrael, Astrochio, Eloy, Milech, Ariel y Zebaoth. En otros libros, la nomenclatura varía. Todo esto tiene un remoto origen gnóstico-cabalístico. *Mitatrón (Metatrón,* probablemente de *Meta-tyrannos)* aparece en la Kabbalah hebraica como el más elevado de los ángeles o de los espíritus celestes.

Oesterreich [102] inserta un curioso exorcismo tomado de un papiro mágico de París, publicado por Wesseley, y que dice así:

"Contra la posesión demoniaca. Fórmula experimentada por Pibechis. Toma jugo de frutas verdes, añádeles la planta Mastigia, médula de loto, y hazlo cocer con Majaoran (la especie incolora); después pronuncia las palabras siguientes: Joel, Ossarthiomi, Emori, Theo chipsoith, Sithemeoch, Sothe, Joe Mimisothiooph, Phersothi, Aeeioyo, Joe, Eochariphta; aléjate de N. Escribe la fórmula siguiente en una tableta de estaño: "Jaeo, Abrasthiooch, Pitha, Mesentiniao, Pheoch, Jaeo, Charsok", y suspéndela al enfermo. Es para todos los demonios objeto de espanto. Colócate frente al paciente y conjúralo. La fórmula de exorcismo es la siguiente: "Yo te conjuro por el Dios de los Hebreos, Jesús, Jaba, Jae, Abraoth, Aia, Thoth, Ele Elo, Aeo, Eu, Jübaech, Abarmas, Jabaran, Abelbel, Lona, Abra, Maroia, Arm; tú, que apareces en el fuego, que vives en medio de los campos, y de la nieve, y de la niebla; tú, Tannetis, que tu ángel inexorable descienda y ponga en seguridad al demonio vagabundo de esta criatura que Dios ha creado en su Santo Paraíso. Porque yo adjuro al Dios Santo, apoyándome sobre Ammonipsentancho." Sentencia: "Yo te conjuro con un verbo valeroso: Jacouth, Ablanathanalba, Akramm." Sentencia: "Aoth, Jathabathra, Chachtabathra, Chamynchel, Abrooth; tú eres Atrasiloth, Allelu, Jelosai, Jael. Yo te conjuro por aquél que se ha manifestado a Osrael (¿Israel?), de noche en una columna de fuego y de día en una nube, y que ha salvado a su pueblo de las correas del Faraón, y que ha enviado al Faraón las Diez Plagas porque no entendía. Yo te conjuro, espíritu demoníaco, a que digas quién eres. Yo te conjuro por el sello que Salomón puso en la lengua de Jeremías para que hable. Di quién eres, ser celeste o espíritu aéreo."

La Magia ha inventado, al parecer, los nombres de los espíritus. Sin embargo, un estudio filológico detenido logra identificar todas estas palabras estrambóticas, que son nombres y expresiones desfiguradas procedentes de lenguas antiguas: palabras egipcias, hebreas, griegas, caldeas, suméricas, persas, etcétera, recogidas principalmente por el sincretismo helenístico y extendidas, con todo el conglomerado de cosas mágicas, en Europa, principalmente por los judíos.

No son tan sólo los falsos conjuradores, sino muchas veces también los exorcistas eclesiásticos los que han hecho hablar a los diablos por boca de los energúmenos. De este modo, los diablos han hecho revelaciones, descubierto cosas ocultas y hasta anunciado el porvenir. Lo más notable es que a veces han sido obligados a confesar a Jesucristo o las verdades de la religión. Se cuenta, por ejemplo, lo manifestado por un diablo a san Bernardo:

—No —respondió al exorcismo—; este comedor de garbanzos, este devorador de coles, no me hará alejar de mi perrita.

Habiendo sido conducida la endemoniada a san Siro de Milán, dijo:

—El pequeño Siro no me expulsará, como tampoco Bernardito.

Apretado por las oraciones, cambió de idea:

—¡De qué buena gana saldría de esta perra! ¡Soy tan atormentado en ella! ¡De qué buena gana saldría! Pero no puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Porque el gran Dios no quiere todavía.

—¿Y quién es el gran Señor?

—Jesús de Nazareth.

—¿Dónde, pues, has conocido a Jesús? ¿Lo has visto?

—Lo he visto.

—¿Dónde lo has visto?

—En su gloria.

—¿Y tú has estado en la gloria?

—Sí, en verdad.

—¿Y cómo has salido de allí?

—Muchos de nosotros cayeron con Lucifer.

—¿No querrías volver a la gloria y ser restituido a tu goce primero?

—¡Es muy tarde! [103].

El cura de Ars, en 1840, interrogó a una posesa, que le dijo:

—Soy inmortal.

—Entonces, ¿eres tú la única que no morirás?

—No he cometido en mi vida más que un pecado, y de su fruto hago partícipe a quien quiera. Absuélveme.

—*Tu qui es?*

—*Magister caput;* Bruto zafio, negro. ¡Cómo me haces sufrir! Nos hacemos mutua guerra; veremos quién vence. Hagas lo que hagas, te va a suceder que estás trabajando por mí; tú los crees a todos bien preparados, pero no lo están... ¿Por qué les haces examen de conciencia a los penitentes? ¿No les basta el que yo les hago hacer?

—Sin embargo, antes de examinarse recurren a Dios.

—Por mera fórmula. Te aseguro que quien les hace el examen soy yo. Estoy en tu capilla más de lo que piensas; mi cuerpo se va, pero queda mi espíritu. Cuando te engañan, gozo. No todos los que se acercan a ti se salvan. Eres un avaro.

—Poco poseo, y este poco lo doy de corazón.

—No te hablo de esa avaricia. Eres avaro de almas... Querías ir a Lyon... Querías retirarte a la soledad... Te distrajiste el último domingo en la misa... Tu "vestido morado" te ha escrito... Pero he logrado que se olvidase de una cosa esencial... (Todos estos hechos eran ciertos).

El cura le preguntó por otro sacerdote virtuoso; el diablo respondió:

—No lo quiero.

Le preguntó por otro:

—De éste me felicito; nos deja obrar a nuestro gusto. Hay sapos negros que no me hacen sufrir como tú. Yo les ayudo a misa, que la dicen para mí.

—¿Ayudas a la misa?

—Tú me aburres. ¡Oh, si la... (la Santísima Virgen, designada con una palabra injuriosa) no te protegiese!... Hemos hecho caer a más fuertes que tú... ¿Por qué te levantas tan temprano? Desobedeces al "vestido morado"... ¿Por qué predicas tan sencillamente? Pasas por ignorante...

Un padre lazarista obtuvo las siguientes respuestas del demonio:

—*Dic: adoro Filium Dei Unigenitum.*

—No.

—*Hic praesentem.*

—Bien lo sé.

—*In Tabernaculo.*

—Sí.

—*Dic: adoro Jesum.*
—No lo digas, hijo mío.
—*Da honorem Christo.*
—Es mi hijo.
—¡Miserable! Adora a Jesús, esposo de la Iglesia.
—¡No! Me espanta. (En voz baja). Adoro a Jesucristo...
—Di la Trinidad.
—Lucifer, Belzebub, Leviatán.
—Di la Divina Trinidad.
—Ya he dicho bastante... (En voz baja.) *Sanctus, Sanctus, Sanctus.*

El doctor Helot asegura, en exorcismos presenciados por él, haber oído al diablo confesar la Santísima Trinidad, la Presencia Real, la Inmaculada Concepción, la autenticidad de la Biblia, el Pecado Original, el Infierno, el Cielo, el Perdón de los pecados, la Potestad de la Iglesia, los efectos de la Misa, etcétera [104].

Sin duda fundados en el lugar evangélico [105] en que Jesucristo hace pasar los demonios a una piara de cerdos, tanto los falsos conjuradores como la creencia popular suponen muchas veces que, cuando se arrojan los malos espíritus del cuerpo de un poseído, es necesario señalarles un nuevo alojamiento.

También se cree que hay que señalar al diablo la parte del cuerpo por donde ha de salir, y que el diablo deja allí una señal: una mancha, una cicatriz, un dedo torcido, etcétera.

La posesión demoníaca, verdadera o falsa, se ha presentado frecuentemente en forma epidémica. L. F. Calmeil ha catalogado las siguientes epidemias de posesión desde fines del siglo XV [106]:

En 1491-1494, en un convento de monjas de Cambrai (Condado de la Marche).

En 1551, en Uvertet (Condado de Hoorn).

En 1550-1556, en el claustro de Santa Brígida, cerca de Xanten.

En 1552, en Kintorp, cerca de Estrasburgo.

En 1554, en Roma (84 personas afectadas).

En 1555, en Roma (80 niñas de un orfelinato).

En 1560-1564, en el convento de Nazareth, en Colonia.

En 1566, en Findlingsheim, en Amsterdam (30 ó 70 niños).

En 1590, en Milán (30 monjas).

En 1593, en Friedeberg, Neumark.

En 1594, en la Marca de Brandeburgo (80 casos).

En 1609-1611, las Ursulinas de Aix.

En 1613, en Santa Brígida de Lille.

En 1628, varias monjas en Madrid.

En 1632-1638, el famoso caso de las Ursulinas de Loudun, con otros en Chinon, Nimes, Aviñón.

En 1642, el de las monjas de Louviers (18 posesas).

En 1652-1662, las monjas de Auxonne.

En 1670, en los niños, en Mora (Suecia) y en un orfelinato de Hoorn (Holanda).

En 1681, en Toulouse.

En 1687-1690, en Lyon, afectando a 50 hermanos.

En 1732, en Bayeux, epidemia que duró diez años.

En 1740-1750, diez casos entre las monjas de Unterzell, en la Baja Franconia.

En 1857-1862, en Morzines, en la Alta Saboya (120 personas endemoniadas).

En 1878, en Verzeguis, en el Friul.

En 1881, en Pledrau, cerca de Saint-Brieuc, y en Jaca (España).

Entre todos estos casos, los que se han hecho más célebres son los ocurridos en Francia, especialmente los de las Ursulinas de Aix, de Loudun y de Louviers. Los franceses, en su afición desmesurada a la publicidad y a la propaganda, han explotado la posesión diabólica, como han explotado los crímenes sensacionales. Este afán de darse al mundo en espectáculo puede tener también mucho de diabólico. En todo caso, el diablo ha ayudado eficazmente a los franceses en la importante tarea de *épater le bourgeois*...

La posesión de las Ursulinas de Aix fué atribuída a Juan Bautista Gaufredi, sacerdote de Marsella que había obtenido del diablo, por pacto, la facultad de enamorar a las mujeres echándoles el aliento. Enamorado de la hija de un gentilhombre, Magdalena de la Palud, la joven, atemorizada, ingresó en el convento de las Ursulinas. Gaufredi, enfurecido, lanzó contra el convento una legión de demonios que penetraron en las religiosas. Descubierto, el Parlamento de Provenza lo hizo arrestar, en 1611, y ante aquel tribunal, hizo la siguiente confesión:

"Confieso haber hecho pacto con el Príncipe de los Infiernos y haber recibido de él facultades para lograr todo cuanto pueda desear. Confieso haber usado muchas veces de este poder. Confieso haber frecuentado el Sábado y haber participado en cuerpo y alma del libertinaje usado en estas ceremonias. Declaro que al llegar allí se prosternan todos ante Belzebú, le adoran y lo besan el trasero, y hecho esto, niegan a Dios, el cielo y los santos con grandes gritos. Declaro que con mi consentimiento he recibido la marca del diablo, y que esta marca, hecha con el dedo pequeño de Satanás, produce primero una ligera impresión de quemadura, y después una impresión agradable. Confieso haber echado el aliento, con malos fines de lascivia, a muchas mujeres, y con más frecuencia, sobre Magdalena de la Palud. Confieso también haber llevado el desorden al convento de las Ursulinas, enviando allí una legión de diablos, que han debido fatigarlas día y noche.

Gaufridi fue condenado a la hoguera, en abril de 1611.

El caso de las Ursulinas de Loudun se presenta sumamente oscuro y envuelto en la sospecha de una terrible intriga, en la que se indican motivos políticos.

Se trata de las monjas de un convento de Ursulinas establecido en Loudun, en 1626, las cuales, siete años después, aparecen todas ellas poseídas del demonio. Se atribuyó esta desgracia a un sacerdote llamado Urbano Grandier, canónigo de la Colegiata de Santa Cruz de aquella localidad, hombre letrado, mundano y de cierta libertad de costumbres, que había escrito, o a quien se atribuía, un panfleto político contra el omnipotente cardenal de Richelieu, titulado *La Cordonnière de Loudun*. El tal Urbano Grandier, que aspiraba a la dirección espiritual de

las Ursulinas, y que no la obtuvo, las habría hechizado por venganza. Se dice que ejecutó el embrujamiento arrojando en el cenobio un ramo de rosas sobre el cual había ejecutado operaciones mágicas, de modo que cuantas monjas respiraron el perfume de aquellas rosas entraron en un estado de locura en el cual llamaban a gritos por Grandier, y en cuanto Grandier se les presentaba en sus alucinaciones, o apercibían su persona real, huían horrorizadas.

La priora, Sor Juana de los Ángeles, cayó en un estado gravísimo, con crisis en las cuales aparecía elevada y suspendida en el aire. Se conserva de ella una autobiografía en que describe lo que le pasaba:

"En el comienzo de mi posesión estuve cerca de tres meses en una continua turbación de espíritu, de suerte que no me acuerdo de algunas cosas de las que pasaron en aquel tiempo. Los demonios operaban con plena potencia, y la Iglesia los combatía día y noche con los exorcismos.

"Tenía a menudo el espíritu lleno de blasfemias, y algunas veces las profería sin poder hacerme reflexión para impedirlo. Sentía una continua aversión contra Dios, y no había para mí mayor objeto de odio que la vista de su bondad y la facilidad con que perdona a los que se quieren convertir. Mi pensamiento se ocupaba a menudo en buscar invenciones para disgustarle y hacer que otros lo ofendiesen. Es verdad que, por la misericordia de Dios, yo no era libre en estos sentimientos, aunque no lo conociese, porque este demonio me ofuscaba de tal suerte que no distinguía casi sus voluntades de las mías; además me daba gran aversión contra mi profesión religiosa, de modo que algunas veces, cuando él ocupaba mi cabeza, yo desgarraba todos mis velos y los de mis hermanas cuando las podía atrapar: los pisoteaba, los comía, maldiciendo la hora en que había entrado en religión. Todo esto se hacía con una gran violencia, creo que no era yo libre."

Continúa refiriendo como ella devolvía la Comunión, como era golpeada violentamente por el demonio, como estaba en locura continua y privada de libertad, como, al mismo tiempo, no creía tener los demonios en el cuerpo, y se indignaba cuando le hablaban de ello; como se endurecía su corazón, como su insu-

ficiente resistencia daba ventaja a los diablos y como la desesperación la llevó a la indiferencia por su salvación.

El escándalo llegó a ser tal que el rey sometió el asunto al tribunal ordinario de la provincia, y se abrió proceso ante catorce magistrados escogidos, mientras las posesas eran exorcisadas por el P. Lactancio, religioso recoleto, en presencia del obispo de Poitiers.

Acusado por las Ursulinas, Urbano Grandier se confesó, en el tormento, autor del endemoniamiento de las monjas, y fue condenado como culpable de magia, maleficio y sacrilegio, a morir en la hoguera. En efecto, fue quemado vivo en el año 1634. Protestó de su inocencia, y se dijo que había sido sacrificado al odio de Richelieu, por el magistrado Martín de Lanbardemont, Intendente de Justicia de la provincia, hechura del cardenal... Otros niegan esto, asegurando que Lanbardemont llevó el proceso con tino e imparcialidad dignos de alabanza, procurando asesorarse de personas de toda garantía.

El caso es que, muerto el perro, no se acabó la rabia. Las posesiones continuaron, al parecer invencibles. El P. Lactancio murió de fatiga; continuó los exorcismos el P. Dupin, que fracasó igualmente. Entonces el rey encomendó el asunto a los jesuitas, y fue encargado el P. Surin, religioso de gran saber y piedad. Los demonios eran muchos; se llamaban: Asmodeo, Leviatán, Behemot, Elimi, Grésil, Aman, Easas, Astaroth, Zabulon.

El P. Surin logró expulsarlos y volver la tranquilidad y la salud a las religiosas, pero él quedó enfermo. Los demonios le hicieron sufrir obsesiones horrorosas, que aparecen descritas en una *Carta espiritual*, que se le atribuye, escrita a un amigo suyo el 3 de mayo de 1635, en la que dice:

"No es un solo demonio el que me trabaja; son ordinariamente dos: uno es Leviatán, opuesto al Espíritu Santo, tanto que como ellos han dicho aquí, en el infierno tienen una trinidad que los magos adoran: Lucifer, Belzebuth y Leviatán, que es la tercera persona del infierno, y algunos autores lo han observado y escrito aquí delante. Las operaciones de este falso Paracleto son enteramente contrarias al verdadero e imprimen una desolación que no sabría uno representar bien. Es el jefe

de toda la banda de nuestros demonios, y tiene la intendencia de todo este negocio, que es uno de los más extraños que se hayan visto acaso jamás. Nosotros vemos en este mismo lugar el Paraíso y el Infierno"... "Las cosas han ido tan adelante, que Dios ha permitido, creo que por mis pecados, lo que acaso no se haya visto jamás en la Iglesia, que en el ejercicio de mi ministerio el diablo pase del cuerpo de la persona poseída, y viniendo al mío me asalte y me derribe, me agite y me atraviese visiblemente, poseyéndome varias horas, como un energúmeno."

El más ilustre de los presuntos posesos fue nada menos que un rey de España. Dice el duque de Maura, historiador de este rey: "No parece sino que la sucesión española preocuaba en los infiernos tanto como en este valle de lágrimas [107]. Y no faltaba razón para ello: se trataba del Rey Católico y de su imperio ultramarino, aún existente; se trataba de la Casa de Austria, que representaba "la piedra angular de la Iglesia Católica", como decía, en 1686, un *pauvre Capucin* al Elector Palatino Juan Guillermo, cuñado de Carlos II; se trataba de altísimos intereses que el diablo debía tener especial intención de dañar.

Carlos II de España era un hombre débil y enfermizo, que mostraba accesos de abulia, súbitos arrebatos de cólera, esterilidad genésica, melancolía casi habitual y ataques de alferecía [108]. Sufría especialmente por no alcanzar sucesión. Ya en su juventud, su confesor, el P. Carbonell, le preguntó si se creía hechizado, y el rey respondió que no se le había ocurrido tal idea. A Valenzuela, que entonces gozaba de su privanza, se acusó después de haberle administrado un hechizo, para asegurarse en el poder. Ya se había sospechado lo mismo del duque de Lerma con Felipe III y del conde-duque con Felipe IV. Por otra parte, desde la Antigüedad era conocido el maleficio llamado *ligadura*, que impedía la consumación del matrimonio, o lo volvía estéril... En tiempo del primer matrimonio de don Carlos, se había sospechado la intervención mágica de María Olimpia de Mancini, condesa de Soissons, de quien se hablará en otro lugar. Durante su matrimonio con Ana de Neoburgo, fueron más vivas las sospechas, debido principalmente a las facciones de la Corte: el partido de la Reina, el partido afecto al emperador y el par-

tido afecto al Rey de Francia. A principios del año 1698, se trató el asunto en el Consejo de la Inquisición, la cual no quiso intervenir, pero a pesar de ello, el Inquisidor General, Rocaberti, de acuerdo con el confesor del rey, P. Froilán Díaz, decidieron proceder a exorcisar a don Carlos. Mientras tanto, en Cangas de Tineo, el dominico P. Argüelles estaba exorcisando a tres monjas posesas, haciendo hablar a los diablos; éstos revelaron que el rey estaba hechizado "*ad destruendam materiam generationis in Rege et ad eum incapacem ponendum ad regnum administrandum*"; que lo había sido a los catorce años, con una bebida antigenésica, y entre otros remedios, recomendaban la ingestión de polvos obtenidos por maceración de testículos de ajusticiado anticipándose, de este modo, a la terapéutica científica de nuestros días. Denunciaron como inductora del hechizo a la reina madre, doña Mariana de Austria, y que lo había sido con una taza de chocolate en la que habían echado sustancia de sesos y riñones, el 3 de abril de 1675. Otra vez, habían dado al rey un filtro con materias sacadas de un cadáver, y todavía otra vez, en 1691. Pero después, los diablos de Cangas se retractaron, y se negaron a hablar más alegando que se lo habían prohibido "de arriba".

Habiendo mejorado el rey, se suspendieron los exorcismos. Pero en julio de 1699, volvió a estar mal. Llegó entonces un capuchino saboyano, llamado Fray Mauro Tenda, habilísimo exorcista, llamado por fray Froilán y por el Nuncio, e introducido secretamente en Palacio, recomenzó el tratamiento, a pesar de la resistencia del rey. Una loca que entró hasta la presencia del soberano, y fue exorcisada por el capuchino, declaró que la reina había hechizado a su esposo con polvos de tabaco, y que ella también lo estaba, refiriéndose a la reina madre. Se encontró, colgado del cuello del rey, un saquito que él creía contener reliquias, y que en realidad contenía cáscaras de huevo, uñas de los pies y pelos, y otro semejante al cuello de la reina. Fray Mauro dijo que el rey no estaba poseído, sino víctima de un hechizo. Experimentó haciendo cruces sobre las partes del cuerpo en donde el rey sentía dolores; si con esto se aliviaba, era hechizamiento, si no, era enfermedad natural. Un endemoniado hizo en Viena, en donde el emperador seguía estos

sucesos con enorme interés, nuevas declaraciones y acusaciones graves, casi todas contra los amigos de la reina. En Madrid se cantaban terribles coplas satíricas, sin que los alcaldes de Corte tomasen cartas en el asunto, se enconaban las habladurías y las intrigas, el ruido crecía, no sólo en España, sino en toda Europa... Pero nombrado inquisidor general don Baltasar de Mendoza, obispo de Segovia, se echó tierra al asunto. El rey, muy mejorado, pasó una temporada de fiestas y diversiones; fray Froilán Díaz y fray Mauro Tenda fueron procesados, y no se volvió a hablar de hechizos [102].

Las posesiones diabólicas ya no menudean tanto, pero tampoco escasean, como en su tiempo creía el P. Feijoo.

Todo lo que se quiera, pero el diablo no duerme, y se han citado casos recientes con los que nos viene a recordar su presencia.

c) *El pacto diabólico*

El diablo puede concluir con el hombre un pacto formal. Es a lo que se llama *pacto diabólico o pacto con el diablo*... Cuando a un hombre todo le sale bien, a pesar de aventurarse en riesgos en que cualquiera hubiera sucumbido, cuando se desenvuelve airosamente en las situaciones más difíciles y vence y domina a la suerte adversa, la gente suele decir que tiene pacto con el diablo. Hoy pocos creen lo que dicen; en otro tiempo, sí.

El pacto es un contrato bilateral, mediante el cual el diablo y el hombre convienen, el primero en servir al segundo, en la materia, forma y condiciones que se convengan; el segundo, en entregar al primero su alma para siempre. En realidad, el pacto es una venta del alma, un *do ut facias*, cosa por servicios

Las condiciones pueden variar mucho: los servicios que el diablo ofrece pueden ser determinados o indeterminados. Puede el diablo proporcionar al hombre dinero, el amor o, al menos, la posesión de una mujer; el éxito en sus obras, la fama, el favor de los poderosos, el encumbramiento y obtención de dignidades

y altos cargos en la república y hasta en la Iglesia; la liberación de grandes males, la humillación de los enemigos, la recuperación de la perdida libertad, de la salud, de la juventud, de la belleza, de las fuerzas físicas o morales; hasta la construcción de caminos, puentes, palacios e incluso iglesias... Si se ha convenido cualquiera de estas cosas, el diablo no queda, naturalmente, obligado a más. Pero puede también obligarse a prestar sus servicios de un modo general, o a voluntad de la otra parte, en cuyo caso ésta puede exigir de él todo lo que se le antoje, y el diablo pueda hacer.

Algunas veces en el pacto se conviene que el diablo pactante ponga a disposición de la otra parte un *demonio familiar* que realice en su favor todos los servicios que se acuerden, siendo para el hombre como un criado fiel y puntual. Estos demonios reciben diversos nombres: *Martinetes, Martínez, Magistrales, Mandrágoras*. Suelen ser muy pequeños, y pueden asegurar a quien los posee la felicidad, el poder y la riqueza. De muchos personajes que gozaron de buena suerte, se encumbraron rápidamente o se sostuvieron largo tiempo en una alta posición, se dijo que tenían diablos familiares [119].

La manera de obtener un demonio familiar viene minuciosamente descrita en los Grimorios.

Unas veces se obtiene el demonio familiar mediante un huevo de gallo negro, fecundado por el hombre mismo. La fecundación se verifica del modo siguiente: se practica con una aguja un pequeño orificio en el extremo superior del huevo; luego, el hombre se da un pinchazo en el extremo del dedo meñique de la mano izquierda y extrae una gota de sangre, que introduce en el interior del huevo por el orificio practicado; este orificio se tapa después, bien tapado, con cera. Con esto queda fecundado el huevo; pero después hace falta empollarlo durante los días que la gallina empolla los suyos. Hay dos maneras de hacerlo: una, la más cómoda, es introducir el huevo en estiércol de caballo para que, con el calor del estiércol, se desarrolle el germen; pero se corre el peligro de que el diablillo, al salir del huevo, se escape o sea difícil o imposible encontrarlo entre el estiércol. Por eso es más segura la otra manera, la cual consiste en que el hombre mismo empolle el huevo en la axila del brazo izquierdo,

trayéndolo allí constantemente mientras dure el tiempo de la incubación.

Cuando ésta llegue a su término, es preciso tener dispuesto un alfiletero nuevo, de madera, en el que se haya echado una gota de azogue, o bien limaduras de acero. Otros conservan los diablillos familiares en una caja. Las limaduras de acero son el



Niño entregado al diablo por sus padres, según grabado anónimo.

alimento del diablillo, pero en algunos Grimorios se aconseja que se le dé a mamar el dedo meñique de la mano izquierda.

No echemos esto en olvido, porque esto nos prueba que tal vez ha sido el diablo el descubridor de la fecundación artificial, que hoy realiza la ciencia, y de la incubación artificial de huevos.

También se puede obtener un espíritu familiar de una raíz de mandrágora, sometida a ciertos tratamientos.

El que no sabe fabricarlos, puede comprarlos, o aceptar los que le regalen a uno. El que los vende debe ser siempre con pérdida. En todo caso, no se debe morir en posesión de ellos, porque lo arrastrarían al Infierno. Es preciso venderlos o regalarlos, lo cual libra de ellos, siempre que la venta produzca pérdida, o que aquél a quien se regalan los acepte. En último caso,



Brujas transformadas en animales, ilustración al libro de Ulrico Molitor, *De lamiis et pythonicis mulieribus*, 1489.

se puede matarlos; para ello, el *Grimorio del Papa Honorio* aconseja que se les dé *son* salido de la harina sobre la cual un sacerdote haya dicho la primera misa.

Mientras se poseen, son muchos los que los tienen encerrados en una redoma de cristal, cerrada y sellada.

No es fácil llegar a hacer pacto con el diablo. Primero es necesario evocarlo, y esto tiene sus peligros; el diablo puede

llevarse, antes de firmar, aquello mismo que le van a ofrecer, esto es, el alma del evocador.

El pacto formal ha de constar en documento escrito y firmado por ambas partes, y para esto es precisa la presencia personal del diablo, en forma sensible. Felizmente, en los Grimorios se prevén todas las contingencias y se prescriben todas las precauciones que se han de tomar.

"Cuando queráis contraer un pacto con uno de los principales espíritus —dice Jonás Sufurino—, comenzaréis la antevíspera del pacto por ir a cortar, con un cuchillo nuevo que no haya servido nunca, una vara de nogal silvestre, exactamente en el momento en que el sol aparece en el horizonte; hecho esto, os proveeréis de una piedra imán, dos cirios benditos, dos talismanes, y escogeréis en seguida un lugar para la ejecución donde nadie os pueda incomodar...

Se tenderá en el suelo una piel de cabrita virgen que haya sido sacrificada un día viernes; se trazará sobre la piel con la piedra imán o ematina el gran círculo caballístico..." [111].

Se trata del "círculo goecio de las evocaciones negras y de los pactos", como le llama Eliphas Levi [112].

Consiste en cinco círculos concéntricos, en el menor de los cuales va inscrito un triángulo equilátero. Bajo el lado que forma la base se escriben las letras J H S, entre dos cruces; en los otros dos segmentos que quedan entre la circunferencia interior y los otros dos lados del triángulo se colocan los talismanes, y sobre ellos dos candeleros con los cirios benditos. Del triángulo sale un camino que termina en el círculo interior. En el vértice superior del triángulo se coloca un pebetero con perfumes de incienso y laurel sobre los carbones encendidos, y debajo tres coronas de verbena, albahaca o flor de saúco, cogidas en la noche de San Juan.

El operador debe colocarse dentro del triángulo, que el espíritu no puede franquear. Para ciertas evocaciones es preciso reunir tres seres vivos que formen el "ternario"; suelen ser el operador, un ayudante o asistente y un animal vivo, pues si el espíritu exigiese inmediatamente una "prenda" o un alma, se le entregaría el animal.

La invocación se hace con ruego y amenaza. El espíritu es

LÁM. 37 — «ACUARIA QUE TE UNTEN»
LÁM. 38. — «ALLÁ VA ESO»









compelido a aparecer con la amenaza de ser obligado por la fuerza "del grande y poderoso Alfa y Omega y de los ángeles de luz Adonai, Eloim y Jehovam", y con las poderosas palabras de la Clavícula de Salomón: "Agion, Telagran, Vaycheon, Stimulaton, Ezpares, Tetragrammaton, Oryoran, Irion, Eytion, Existion, Eryona, Onera, Brasim, Moyn, Messias, Soter, Emanuel, Sabaot, Adonai", todas ellas nombres divinos desfigurados.

El pacto debe llevarse ya escrito, en pergamino virgen, con la tinta especial de los pactos, y firmado con la sangre del operador. Este se llama simbólicamente *Saracirt*, que significa "obrero", y firma con este nombre. Los espíritus tienen cada uno su firma, cuyo facsímil aparece en los Grimorios, para evitar falsificaciones.

La escritura diabólica no siempre es la que empleamos de ordinario. Existen diversos alfabetos secretos, de carácter mágico, más o menos inspirados en la escritura hebraica, algunos de los cuales son designados como "infernales". Pueden verse en el *Formulaire de la Haute Magie*, de Pierre Piobb [113]. Otras veces se emplea la escritura latina ordinaria, solamente que escrita al revés, de derecha a izquierda, pudiéndose leer cómodamente con un espejo [114]. Sabido es que Leonardo de Vinci escribía de este modo sus notas y apuntes, que se conservan, siendo ésta una de las causas que lo hicieran sospechoso de pacto con el diablo; lo hacía así, al parecer, por ser zurdo, lo cual contribuía también a mantener aquella opinión en las gentes. En nuestros países occidentales, el empleo de la mano izquierda y el hacer las cosas al revés, producen siempre una impresión de diabolismo, de gravitación hacia el mal, lo cual responde a lo que hemos dicho en otro lugar de este libro acerca del diablo.

Una vez firmado el pacto, es necesario despedir al espíritu... Jonás Sufurino trae a continuación una oración dando gracias a Dios, encomendándose a El, que debe ser dicha antes de salir del círculo... Es el cuento de las dos velas famosas.

Más difícil es librarse del pacto una vez hecho, pues el diablo ha de ser obligado a devolver el pergamino... Sin embargo, desde el monje Teófilo, de los *Milagros de Nuestra Señora*, de

LÁM. 39. — AQUELARRE
LÁM. 10. — BRUJAS EN LA NOCHE DEL SÁBAT

Borceo, hasta Víctor Siderol, cuya historia refiere Benciana Kabina en el *Libro de San Cypriano*, son muchísimos los que lo han conseguido. Por eso se queja el diablo de lo tramposos que son los cristianos.

Hasta ahora nos hemos referido al *pacto explícito*, contraído mediante escritura, con plena conciencia de lo que se hace y libre voluntad de ejecutarlo.

Pero los moralistas hablan también del *pacto implícito*, que suelen calificar también de pecado grave.

Consiste en lo siguiente: el diablo se ha comprometido a venir en ayuda de los hombres y proporcionar a éstos el éxito a sus obras, siempre y en todo caso en que ellos, en determinadas condiciones, pronuncien tales palabras o fórmulas, o lleven a cabo tales ceremonias. Por lo tanto, cualquiera que, conociendo la ilicitud de lo que hace y con creencia en la eficacia de aquellas fórmulas o ceremonias, las realiza o pronuncia, se hace culpable de pacto implícito.

Es curioso que el Papa Honorio III hiciese recluir en un convento, por nigromante, al arzobispo compostelano don Pedro Monis, del cual se dice haber sido tan hábil en las artes ocultas, que hallándose una vez en Roma, en la noche de Navidad, se trasladó por los aires a Santiago, tan rápidamente, que llegó a tiempo para cantar la última lección de Maitines [115]. Algo semejante se cuenta de un obispo de Jaén, el cual, llamado a Roma con toda urgencia, se puso de acuerdo con el diablo, el cual se comprometió a llevarlo por los aires en unas horas. Montó, pues, el obispo a caballo del diablo y emprendieron el vuelo. Al atravesar el Mediterráneo, el diablo buscaba pretexto para tirar al obispo al mar, tratando de que pronunciase el nombre de Jesús, mas el astuto prelado no dijo más que: "¡Arre, diablo! y así llegó felizmente a Roma [116].

Otro caso, ocurrido en el siglo pasado, se cuenta en Galicia. En tiempo de la Desamortización, varios individuos armaron una gavilla de ladrones para ir a robar el Monasterio de Armenteira. Lo robaron, en efecto, llevándose tan sólo el dinero

—tanto, que repartieron el producto dando a cada uno una bota alta de montar llena de monedas de oro—, pero sin tocar a los objetos sagrados. Sólo uno de los ladrones se llevó ocultamente un hermoso cáliz, sustraído de la iglesia. Arrepentido más adelante, para ofrecer a Dios algo en descargo, hizo cura a un hijo suyo, no atreviéndose a restituir el cáliz, para que el robo no se descubriese. Pero llegó la hora de la muerte, y como la conciencia no le daba paz, pidió secretamente a su hijo que llevase el cáliz a Armenteira, que distaba bastante, y regresase para darle noticia inmediatamente del cumplimiento del encargo. Ante la dificultad de ir y volver en el tiempo preciso, el joven sacerdote pidió ayuda al diablo, el cual, muy contento, se le metió debajo de los hábitos y lo transportó en un instante, llevándolo a horcajadas sobre su cuello. Entró el clérigo por una ventana en la iglesia de Armenteira, y dejó el cáliz sobre el altar. Lo esperaba el diablo al salir y lo tomó sobre sus hombros, pero en lugar de volverlo a casa de su padre, se lo llevó consigo [117].

Estos serían actos de pacto implícito, del que pueden servir de ejemplo.

Los moralistas explican muchas veces por este pacto implícito los relativos éxitos de la Magia, del Hipnotismo, del Espiritismo.

d) *El culto del diablo*

La creencia de que los brujos y brujas y demás personas dedicadas a las artes mágicas forman una secta del mismo tipo que las diferentes sectas heréticas, pero mucho más importante que todas ellas, como siendo acaso su núcleo y simiente, acaso la secta que monopoliza la dirección oculta de todos los movimientos contrarios a la verdadera Iglesia, la *Anti-Iglesia* por antonomasia, parece haber nacido, por los siglos XV y XVI, por obra de los demonólogos.

A mediados del siglo XV da noticia Jaquier de la nueva secta, que sobrepujaba en locura a todas las anteriores. Más tarde, dice Delrío (1599): "Solamente la desvergüenza puede negar que la abominación mágica sigue los pasos de las herejías" [118].

Sin embargo, la ceremonia fundamental de la secta de los

brujos, el *Sabbat*, el *Aquelarre*, es cosa mucho más antigua. Soldan [119] cree que data del siglo XII. Anteriormente no se halla, ni en los Santos Padres ni en los Concillos, mención del pacto con el diablo ni del Aquelarre.

Es, pues, ocurrencia medioeval, y se explica perfectamente que lo sea: en la época de mayor esplendor de la Cristiandad, de mayor predominio de la Iglesia, de mayor influencia del Cristianismo en las leyes y en las costumbres, era cuando más interés podía tener el diablo en erigir frente a la religión de Cristo una religión suya, que invocase y celebrase su nombre. Frente a la doctrina de salvación, una doctrina de perversión y de mentira; frente a los Sacramentos, los maleficios; frente a la moral, el crimen; frente a lo diurno, lo nocturno; frente a lo serio, lo grotesco...

La secta de los brujos *es el contragolpe natural del triunfo de la Iglesia*, y nace de la *inversión de valores* y del *mimetismo diabólico.*

Con ella procura el diablo desquitarse de su fracaso, y lo hace, como acostumbra, según su manera de ser: haciéndolo todo al revés y remedando torpemente las obras de Dios.

Por otra parte, es innegable que la secta demoníaca ofrece, más o menos exagerados, los mismos caracteres que las sectas heréticas de origen gnóstico y maniqueo — bogomilos, cátaros, albigenses, valdenses, etcétera —, especialmente las de tendencia comunista, desarrolladas en aquellos siglos, y no sólo las sigue y las completa, sino que es la consecuencia natural de todas ellas, *es su punto de llegada*, en el que encuentran su perfección.

La secta está organizada, posee una jerarquía, imitación de la jerarquía de la Iglesia. Acaso no se sepa ciertamente, pero se sospecha que los brujos tienen un papa — si su papa no es el diablo mismo, del cual se citan *Bulas* que autorizaban a los titulares para fingirse piadosos católicos, ir a la iglesia, asistir a las ceremonias de culto y practicar actos de devoción, con objeto de despistar a las autoridades —, tienen sus cardenales, sus obispos, sus presbíteros... A veces, frecuentemente entre los mismos brujos, se asegura que estos cargos de la secta son desempeñados por sacerdotes auténticos, que han recibido las Sagradas Órdenes en la Iglesia y que ocupan puestos en ella. Los adeptos de

Satanás están muchas veces convencidos de que sus obispos, canónigos, abades de monasterios, incluso oficiales del Santo Oficio, practican secretamente la magia negra y el culto del diablo, acuden al Sábado y tienen pacto explícito con Satanás. Llegan a señalar como brujos a tal o cual pontífice romano, como hemos visto antes.

Por otra parte, ya en los siglos XVI y XVII, la jerarquía infernal de que nos hemos ocupado en su lugar, se refleja en la de la secta: así como en el Infierno hay generales, mariscales, embajadores, tesoreros, etc., entre los brujos hay generales, tenientes, alféreces, cabos de escuadra, escribanos, secretarios, cocineros y músicos [20].

Si tal secta existió de un modo formal con toda esta organización, es cosa difícil de comprobar. Que hubo adoradores del diablo; que, de un modo o de otro, se practicaron el Aquelarre y la Misa Negra, no puede ponerse en duda. Si no materialmente, moralmente existió de cierto la secta de los adeptos de Satanás.

Lo más notable de ella es precisamente el culto intencional y deliberado, que, juntos o separados, organizados o dispersos, dedicaban aquellos desgraciados, con plena conciencia de lo que hacían, al Espíritu Maligno, a Lucifer en persona.

Michelet [21] ha tratado de explicar esta extraña aberración como un fenómeno de protesta social: sería, según él, la impotente rebeldía de las ínfimas capas de la sociedad "feudal", de los villanos, de los pecheros, la que se habría desfogado entregándose al diablo, haciendo alianza y dando culto a un ser como ellos despreciado y "oprimido", por odio al Dios adorado por los poderosos; si Dios los hace a ellos felices, a ver si el diablo nos hace a nosotros... Para esto tenía que suponer a los villanos y pecheros muchísimo más desgraciados de lo que lo eran en realidad, y sobre todo tenía que juzgar las cosas con un criterio que, si era el del tiempo en que él escribía, no era ni mucho menos el del tiempo en que ocurrieron las cosas sobre que escribía.

Desde luego, es cierto que se han dado casos de culto colectivo tributado al diablo por aldeanos, mas no por causa de rebeldía social, sino por causa de superstición pura y simple. Y tam-

bién se han dado, y es naturalísimo, en desechos de la sociedad, como gitanos, bandidos, criminales fugitivos, hampones y gentes de los bajos fondos. Pero también entre gentes de alta clase y hasta entre eclesiásticos. Las acusaciones hechas a éstos por los brujos eran alguna vez ciertas, como en los casos tardíos de Urbano Grandier, Mathurin Picard, Gibourg y otros.

No es preciso buscar al culto del diablo otros motivos que los que movieron otras herejías menos francas.

Son numerosos, sobre todo al acercarse al Renacimiento, los personajes importantes de los que se dice haberse entregado al diablo y haber practicado su culto. Citaremos, primeramente, dos de los más famosos, con los cuales se inicia el período que hoy se ha puesto de moda, por la buena fortuna alcanzada por un historiador, llamar el "Otoño de la Edad Media", designación de la que no queremos hacernos responsables. Son un español: don Enrique de Villena, y un bretón: el mariscal Gilles de Raiz, uno y otro en países archicatólicos. Citaremos casos más tardíos.

Hablaremos primero de éste último, que fue un diabólico auténtico; el otro ha sido, a nuestro juicio, un calumniado.

Gilles de Laval, señor de Raiz, mariscal de Francia, fue un bravo caballero y devoto cristiano, que se distinguió en los campos de batalla, valiente defensor de santa Juana de Arco.

Apurado acaso por la necesidad de dinero, comenzó a dedicarse a la Alquimia, fracasando, como es natural, repetidas veces en la fabricación del oro. Esto lo puso en relación con dos embaucadores: el mago italiano Prelati y el médico Poitu (o un médico del Poitu), en complicidad con los cuales estaba Gilles de Sillé, encargado de los negocios del mariscal. Convencieron a éste de que no lograría hacer el oro sino con ayuda del diablo, y se dice que entonces hizo el italiano una evocación, y se presentó Sillé vestido de diablo, pero no supo hablar una palabra. Ante aquel nuevo fracaso, Prelati propuso al señor de Raiz que hiciese pacto con el diablo, como medio para obligarlo; pero el mariscal se negó terminantemente a vender su alma. Prelati se contentó con que Gilles de Laval prometiese al diablo incienso y ofrendas, y el sacrificio de una mano, los ojos y la sangre de un niño, y el mariscal firmó este compromiso con su sangre, pero el demonio no acudió a la evocación.

El diablo no acudió, pero de entonces data la extrema demonomanía, o la locura inaudita del mariscal de Raiz. Quien fue, con intervalos de virtud, pródigo con las soldaderas de los campamentos y las damas de la Corte, se volvió un invertido. Corrompió a los niños de coro de su capilla. Por fin realizó el sacrificio prometido al diablo: degolló un niño, le cortó las manos, le arrancó los ojos, y con la sangre escribió fórmulas mágicas.

Con aquella sangre inocente se cegó de tal manera, que necesitaba siempre más sangre, y los asesinatos de niños continuaron. Llegó a no ser ya la sangre lo que lo enajenaba, sino el estertor de la muerte, la contemplación de la agonía. Era una pasión sádica y homicida insaciable, una locura nunca vista, un delirio inconcebible, algo que cuesta trabajo creer. Degollaba a sus víctimas en el acto carnal, después de refinados engaños... Recorría sus posesiones de Tiffauges, Machecoult, la Suce, Chamtocé, olfateando y raptando a sus víctimas. Los pequeños pastores salían con sus vacas, con sus ovejas, con sus gansos, y no volvían a sus casas. Iban los padres desolados en su busca y no encontraban rastro. Las gentes andaban llorando y lamentándose por los pueblos. Circulaban historias terroríficas: se decía que los muchachos eran arrebatados por hadas maléficas, por brujas chupadoras de sangre, por genios crueles.

Eran los agentes del mariscal: Blanchet, Sillé, Bricqueville, una vieja cariñosa e insinuante, Perrina Martin, que llamaba a los niños, los regalaba y acariciaba, se hacía querer por ellos, y luego los entregaba a unos hombres que los metían en sacos — de aquí, quizá, el *hombre del saco*, terror de los niños en todas partes — para llevarlos al castillo. Desde las ventanas, el propio mariscal llamaba dulcemente a los mendigos jóvenes... Los sótanos de los castillos estaban llenos de cadáveres.

Gilles de Laval, mariscal de Raiz, era un ogro lúbrico y sádico, que acariaba a aquellas criaturas, les hendía las carnes lentamente con su daga, les chupaba la sangre, se friccionaba con ella, se gozaba en el espanto y en las lágrimas de los inocentes: "No hay en la tierra — decía — quien ose hacer lo que yo". Llegó a la violación de cadáveres. Llevó a la realidad todas las historias de miedo, todos los delirios del terror popular en las noches aldeanas.

Después le acometían crisis de remordimiento: huía a los bosques, lloraba pidiendo perdón a Dios, se golpeaba, hacía ofertas, fundó una Colegiata de los Santos Inocentes, en Machecoult, encendía cirios, tocaba reliquias, se preparaba para ir como mendigo a Jerusalén... Pero luego volvían a apoderarse de él sus demonios: Belcebú, Belial, Barón, y redoblaba sus horrores.

Por fin se levantaron rumores, acusaciones y quejas insistentes. Su señor, el duque Juan V de Bretaña, mandó prender al mariscal y lo entregó al Parlamento de Bretaña, como homicida, y al Tribunal Eclesiástico como brujo y hereje. El duque nombró un comisario, Juan Toucheronde, y comenzó el proceso ante una Sala mixta, pues el reo había recusado la jurisdicción de la Iglesia; pero ante la amenaza de la tortura, declaró en presencia del Presidente Pierre de L'Hôpital y del Obispo de Saint-Brieuc, confesando sus crímenes; unas 700 a 800 víctimas, lo suficiente, como él mismo dijo, para condenar a muerte a diez mil hombres. Repitió su confesión en audiencia pública, y se le condenó a ser quemado vivo.

Arrepentido de un modo profundo y edificante, pedía con grandes lágrimas que lo llevasen al suplicio, y los vecinos de Nantes estaban tan impresionados, que cuando el 25 de octubre de 1140 fue conducido a la hoguera lo acompañó una procesión que rogaba por él. Su muerte fue ejemplar. Se dijo que las llamas no le habían tocado, porque llevaba atada a un brazo una reliquia de la Vera Cruz, que se conservaba en el Convento del Carmen, y el pueblo arrebató sus huesos para conservarlos como reliquias. Misterioso destino, extraños sucesos que nos enseñan a no discutir los altos juicios de la Providencia [122].

Don Enrique de Aragón, llamado Marqués de Villena, aunque parece que no llevó en realidad ese título, no fue realmente un adorador del diablo, ni un practicante de la magia negra. Fue un prehumanista curioso de las "vedadas ciencias", y un político un tanto intrigante y no muy feliz. Tradujo la *Eneida* y la *Divina Comedia*, hizo comparecer ante sus amigos la sombra de Héctor, para que los convenciese de que había sido más valeroso que Aquiles y escribió sobre Astrología y Fascinología, con mayor o peor acierto [123]; pero su leyenda, mejor, como siempre, que su historia, es digna de algún comentario.

Inversamente al mariscal de Raiz, que hacía picadillo de sus víctimas, don Enrique lo hizo de sí mismo, queriendo renovarse para no morir. Pretensión de un "alma fáustica" de las más caracterizadas: quiso, como el que le dio nombre, recobrar la vida y la juventud, cuando veía que se le escapaba, que el arte era largo y la vida corta, le hacía falta otra nueva, o quién sabe cuántas para perseguir, como Fausto, una meta inalcanzable, tenía sed de un infinito presente, y si desconfió del futuro, —el otro mundo, sí, pero se dejan aquí tantas cosas...— ése ha sido su pecado. Confió la labor de convertirlo en "*fricasée*" a un criado moro y negro —¿sería Alí su demonio familiar?— y el criado lo picó concienzudamente en pedacitos que metió, sin perder una gota de sangre, en una redoma, que lacró y selló y que introdujo, para que fermentase, en estiércol de caballo [124].

Fijémonos bien: el simbolismo de esta operación mágica es digno de ser meditado. Don Enrique reducido a jigote representa la destrucción del hombre antiguo; pero sólo lo fue en su cuerpo, de otro modo podía perder su identidad, su "sí mismo"; el alma, por una parte, es indestructible, porque no tiene partes, ni se puede fragmentar en pedazos, y sin embargo, hay algo en ella que debe ser destruido para obtener el hombre nuevo, si este hombre nuevo es el de san Pablo, luego, no era de éste del que se trataba. Además, del cuerpo antiguo, nada debía perderse, ni una gota de sangre; el nuevo don Enrique había de ser don Enrique, íntegramente, aún en su materia, lo cual nos recuerda la inmortalidad que concebía don Miguel de Unamuno. Lo metieron en el estiércol, para revivir con el calor de la podredumbre: también aquí el misterio tiene su parte relativamente clara, y más aún, si considerando que el hombre es el microcosmos, el mundo compendiado y que, entre el microcosmos y el macrocosmos se da un estricto paralelismo, aplicamos al mundo la historia de don Enrique de Villena: prefirió la destrucción a la decadencia que le traía la vejez, y de la destrucción esperaba la regeneración... Pero ¿no es esto lo que espera el hombre actual, el mundo actual, si es que conserva alguna esperanza? ¿No es esto lo que quiere decir cuando habla, y con no grandes esperanzas, pero siguiendo una ya vieja costumbre, y más resignado que ilusionado, de revolución?

Pero no contaba con el Santo Viático... La vida de don Enrique no debía interrumpirse para el mundo, nadie debía saber el secreto de la redoma encantada; entre el antiguo y el nuevo don Enrique tenía, pues, que haber un puente visible, y este puente era Alí, el moro negro: poniéndose un caperucho embrujado, se parecía de tal modo a su amo, que nadie podía distinguirlos... con tal de que no se quitase el caperucho. Así, Alí iba y venía por las calles y todo el mundo creía que era el marqués... Pero un día se encontró con el Viático, buscó un escondite, para no descubrirse, pero no le dieron tiempo, se echaron a él y le quitaron el gorro. Entonces apareció el moro, con su piel de betún, ¡brujería indudable! Lo llevaron a la justicia, cantó en el tormento —no debía ser mucha su ciencia mágica, o fue grande el apuro, cuando no pudo poner en práctica el *maleficio de taciturnidad*—. Pero no hubo lugar, de modo que se descubrió la redoma encantada: ya no contenía picadillo, sino un licor espeso en el que se delineaban las formas de un feto bastante desarrollado... Entonces acabó don Enrique de Villena sus días pasados y sus días futuros juntamente.

Igual le puede pasar al mundo: su futuro, encerrado en la redoma enigmática, por bien preparado que esté si se cruza con los caminos de Dios, puede ser arrebatado al amoroso calor del estiércol —que tiene una enorme importancia en la magia, hasta ser rival de la *main de gloire*, sin duda, en gran parte, por participar de la naturaleza de quien lo expele [125], por cualquier inesperado desconocido, y la redoma que lo contiene puede ser arrojada no sabemos a dónde.

Con todo, no fue don Enrique de Villena un mago maléfico. No hizo más —y no hizo poco— que preludiar el Renacimiento, preceder a los helenistas, a los hebraístas, a los arabistas, a los ciceronianos y a los grandes teóricos de las ciencias ocultas, serlo antes que el abad Trithemio, que Cornelio Agrippa, que Stoffler, que Jerónimo Cardan y que Paracelso.

La leyenda atribuye a Catalina de Médicis, reina de Francia, horribles crímenes de magia y operaciones diabólicas. En realidad, era devota de la Astrología judiciaria, y tenía a su servicio "matemáticos" notables, como Lucas Gauric, napolitano, autor de obras astronómicas notables.

Catalina tenía un observatorio privado en el Hotel de Soissons, donde ella misma estudiaba los movimientos de los astros. Se dice que llevaba sobre el estómago un pergamino, o bien una piel de niño degollado, lleno de figuras, cifras y letras de colores, que la libraba de todo atentado; los hugonotes decían que eran imágenes de divinidades paganas. Estando gravemente enferma, hizo remitir a M. de Mesmes una caja cerrada, con encargo de no abrirla, y devolvérsela si sanaba. Mucho tiempo después, los hijos de M. de Mesmes la abrieron, y encontraron una medalla en la que la reina estaba representada de rodillas, adorando a las Furias.

Catalina fue desgraciada con sus hijos: uno, Francisco II, murió muy joven; el siguiente, Carlos IX, fue siempre de mala salud. Una vez se puso muy grave, y los médicos no le acertaban; entonces, la reina madre acudió a la prueba mágica de la *cabeza sangrienta*.

Trajeron a un adolescente sano y puro, a quien un capellán de Palacio preparó para la Primera Comunión. Luego, ante el rey, la reina madre, algunos miembros de la familia real y algunos íntimos, se dijo la misa negra, por un fraile renegado que ejercía la magia, en un altar presidido por la imagen de Satanás, que tenía a los pies una cruz invertida. Al lado del altar estaba el adolescente, de rodillas y vestido de blanco. La misa comenzó a las doce en punto de la noche. El celebrante consagró dos hostias, una blanca y otra negra. La negra la puso sobre una mesa y la blanca la dio en comunión al adolescente; en cuanto la hubo consumido, el celebrante se arrojó sobre él y le segó la cabeza de un tajo. Colocó la cabeza, vertiendo sangre con la parte seccionada del cuello sobre la hostia negra, mientras se quemaban, en unos braserillos, perfumes y hierbas mágicas. El celebrante conjuró a la cabeza, ordenándole que respondiese a las preguntas del rey.

Carlos IX se levantó tembloroso y horrorizado, y haciendo un esfuerzo, habló al oído a la cabeza cortada; preguntó cuánto duraría su vida... La cabeza, con una voz que parecía venir de una inmensa lejanía, contestó: *—¡Vim patior!*

El rey interpretó aquel "soy forzado" por una confesión de impotencia por parte del diablo, y se llenó de espanto.

—¡Llevaos esa cabeza! —gritó—. ¡Llevaos esa cabeza!

Ya no pudo apartar de su mente aquella imagen horrenda. Hasta su pronta muerte estuvo clamando, lleno de terror:

—¡Llevaos esa cabeza! ¡Llevaos esa cabeza!

Sin duda, el odio de los hugonotes hacia Catalina de Médicis forjó todas estas historias. Pero lo importante es que fueran creídas [120].

La tradición popular conoce muchas maneras de convertirse uno en brujo, o una en bruja. En Galicia se dice que la séptima o novena hija de un matrimonio que haya tenido siete o nueve hijas seguidas, sin interponerse ningún varón, ha de ser fatalmente bruja... Es como un tributo que aquella familia tuviese que pagar al diablo: éste cobra su parte en los frutos del matrimonio. Otra manera de convertirse en bruja en aquel país es por herencia, como si dijéramos, espiritual: una bruja no puede morir sin tener a quien dejarle la brujería, alguna otra mujer tiene que heredarla. Del mismo modo, quien recite, aunque sea sin intención, sin saber lo que dice, el "Padrenuestro de las brujas" se vuelve brujo...

En las obras de los demonólogos se mencionan dos modos principales para ingresar en la secta de los brujos: la *adjuración* y la *inscripción*. La primera consiste en recitar una fórmula en la que el postulante reniega de Jesucristo. Una de ellas es la siguiente: "Con esto me entrego al diablo viviente, el cual debe protegerme y conservarme, y no pertenezco ya más a Dios." Otra es arrojar al mar unos pedazos de una campana, que el diablo les entrega, y decir: "Así como estos pedazos no volverán a la campana, tampoco yo a Dios y a sus santos." [121]. Luego, el diablo imprime a los novicios en cualquier parte del cuerpo, preferentemente en la parte izquierda, con las uñas de la mano izquierda, una señal *(stigma diabolicum)*, que tiene la virtud de volverlos completamente insensibles. Es como una marca de propiedad del diablo sobre sus adeptos. Hay quien asegura que esta señal sólo la reciben aquellos brujos a los que el diablo quiere distinguir especialmente como suyos [122].

Según Bodin, los brujos son culpables de quince crímenes, que son:

1.° Reniegan de Dios.
2.° Blasfeman de Dios.
3.° Adoran al diablo.
4.° Entregan sus hijos al diablo.
5.° Sacrifican los niños al diablo antes de que sean bautizados.
6.° Consagran los niños a Satanás desde el vientre de su madre.
7.° Prometen al diablo atraer a su servicio a todos los que puedan.
8.° Juran en el nombre del diablo y se hacen de ello un honor.
9.° No respetan ninguna ley y cometen incestos.
10.° Matan a las personas, las cuecen y las comen.
11.° Se alimentan de carne humana, y aun de la de los ahorcados.
12.° Hacen morir a las gentes por medio del veneno y de los sortilegios.
13.° Hacen morir al ganado.
14.° Hacen secar los frutos y causan la esterilidad.
15.° Se hacen en todo esclavos del diablo [129].

Esta lista no agota ni mucho menos todos los delitos de los hechiceros. Las diferentes clases de maleficios vienen enumeradas en el tomo II de Delrío. Trata allí del maleficio *somnífico*, *amatorio*, *hostil;* de la *fascinación;* de los *venenos;* de los *sagitarios; asesinos y fabricadores de imágenes;* de las *enfermedades;* de las *ligaduras;* del maleficio *incendiario*.

Los autores distinguen el maleficio de amor, llamado *venéfico* (de *Venus*), en el cual entran los *filtros y sortilegios amatorios*, y el maleficio de odio, o maleficio propiamente dicho, en el cual son de notar el llamado en francés *envoutement* y en español *hechizamiento*, consistente en hacer una figura de cera a imagen del que ha de ser hechizado, bautizarla con su nombre y luego clavarle alfileres en aquellas partes del cuerpo en que se quiere dañarlo; la fascinación, o *mal de ojo;* la formación de *tempestades y granizos;* la conversión en sangre de la leche de las vacas; las epidemias del ganado, etc.

En Alemania se dice que las brujas se obligan con el diablo

a causar diariamente a sus convecinos un daño tasado en cierta cantidad. Se empleaban también procedimientos de magia negra en provecho propio para obtener dinero, librarse de enfermedades, huir de la justicia. Por ejemplo, se llamaba *maleficio de taciturnidad* al que se usaba para resistir la tortura sin "cantar", esto es, sin hacer revelaciones; para ello, uno de los procedimientos era escribir en un pergamino ciertas palabras, después raspar lo escrito y beber las raspaduras echadas en un vaso de vino [110]. El ladrón que quería entrar en casa ajena sin ser visto ni advertido, se procuraba la *main de gloire*, que era la mano de un ahorcado desecada y sometida a ciertas ceremonias en ensalmos que prescriben los grimorios [111]. El que pretendía hacerse invulnerable, se revestía de la *camisa de necesidad*, tejida con lino hilado por una doncella y fabricada en la noche de Pascua de Resurrección, bordándole en el pecho dos cabezas barbudas, bajo la corona de Lucifer (acaso las de Macroprosopos y Microprosopos).

La ciencia de los *filtros* siempre tiene algo de diabólico, aunque no lo parezca. El arte de administrarlos es el mismo que para administrar los venenos. Hay filtros de hombre para mujer y de mujer para hombre, en los cuales sirven de base productos de los respectivos aparatos genésicos, principalmente, en los primeros, el semen masculino; en la mujer, lo que tiene esa virtud es, en cambio, la sangre menstrual, tenida, en otros casos, por venenosa. En general, los filtros están inspirados, en su composición, por ideas muy semejantes a las de la moderna opoterapia, por la teoría de los humores y por la de las signaturas: las partes sexuales de determinados animales, especialmente de aquellos que tienen fama de gran fuerza o actividad genésica, o determinadas secreciones que con ello se relacionan o se creían relacionadas. Así el famoso *hipomanes*, que según unos es un pedazo de carne negra que traen algunos potros recién nacidos en la frente, y según otros, es un flujo de humor penetrante, que segrega la yegua en celo; de éste, que se tenía por muy venenoso, se hacía no obstante uso como filtro *ab ore;* también el primero, muy caro por ser difícil de encontrar, se daba a beber, una vez reducido a polvo, mezclado con sangre del que con él quería conseguir sus deseos. Las raspaduras de

las uñas del enamorado, sus cabellos y hasta los orines y el sudor se empleaban con este objeto. La química amorosa era generalmente bastante cochina, entraba en lo que podemos llamar "coprofarmacia". Sin embargo, con diversas indicaciones, emplea la medicina actual infinidad de productos de origen igual o análogo.

Se usaban otros muchos productos animales: sesos de asno y de codorniz, sangre de rana, corazón de paloma, hígado de ruiseñor, riñón de liebre, lengua de víbora, etc. Otros remedios son ya plenamente mágicos: un hilo de seda verde, enhebrado en una aguja y pasado por ambos ojos de una víbora, clavando luego la aguja en la falda de la mujer amada, se consigue su amor. Determinados afrodisíacos, como los polvos de cantáridas; las manzanas de ciprés; determinados perfumes, como el ámbar gris; determinadas piedras, como la astroita.

Vienen después las fórmulas plenamente mágicas: las palabras bíblicas: *Hoc est enim os de ossibus meis et caro de carne mea, et erunt duo in carne mea*, escritas en un pantáculo; la fórmula: *Kafe, Kasita non Kafela et publica Filii omnibus suis*, dicha mirando a los ojos de aquélla a quien se quiere conquistar; o ésta: *Bestarbesto corrumpit viscera ejus mulier*, dicha tocando sus manos [132]. Una persona cualquiera puede unir los corazones de otras dos, haciendo un nudo en un pañuelo y repitiendo tres veces sus nombres al apretar el nudo.

La ceremonia fundamental del culto del diablo era el Aquelarre o Sábbat, como hemos dicho.

El nombre de *Aquelarre*, empleado en España, es vasco; *Sábabt*, empleado en Francia y otros países, alude seguramente al *sábado* de los hebreos; a las reuniones de brujos se les llamó también muchas veces *Synagoga satánica*.

"La visita al Sábado y el maleficio eran los fundamentos principales para la persecución de las brujas. Se describía esta reunión según las historias de las asambleas de herejes. Aparece por primera vez el Sábado en una confesión, en un proceso celebrado en 1335 en Toulouse. Dos mujeres dicen en el tor-

mento: "Dios y el diablo son iguales en poder. Las almas de los partidarios del diablo que mueren, permanecen siempre en la tierra para recomendar a sus correligionarios el servicio del diablo." Ambas pertenecían desde hacía veinticinco años al séquito de Satanás. Se habían entregado por vida y muerte al diablo, que se les había aparecido en forma sobrehumana, y cerrado con él un pacto, a medianoche, en una encrucijada, donde apareció el demonio en figura de una llama, con ceremonias horribles. Desde entonces, caen todos los sábados en un sueño maravilloso y son conducidas, por la sencilla razón de su querer, al Sábado. El Sábado tiene lugar en toda clase de sitios, colinas y montañas, hasta en los Pirineos. El diablo aparece en la figura de un gigantesco Macho Cabrío; es adorado; las mujeres se entregan a él, como los demás asistentes. El Macho Cabrío les enseña todas las artes diabólicas posibles: con hierbas, veneno, figuras de cera, pedazos de cadáveres que se agencian en los cementerios o en las horcas, aprenden a hacer sortilegios, maleficios, formar tempestades, desencadenar el granizo, levantar la niebla venenosa y dañina para las viñas, enfermar y matar animales y personas. Se comen carne de niños recién nacidos, que han robado de noche; se beben bebidas contrarias a la salud; la sal falta en la mesa... En el Sábado reciben las brujas el ungüento y los polvos mágicos." [133].

Hay quien cree que el recuerdo de las fiestas populares nocturnas puede haber favorecido la formación de esta representación del Sábado. En efecto, la semejanza del Aquelarre con una fiesta de aldea, especialmente con lo que en Galicia se llama un *folión*, no deja de ser sorprendente. Pío Baroja, en *La dama de Urtubi*, describe un Aquelarre que no se diferencia de una romería.

La cuestión está en saber si los Aquelarres han tenido lugar realmente en alguna época. Y ciertamente hay detalles que parecen deber inclinarnos a la afirmativa... Lancre [134] describe el "Trono del Señor de la Rebelión" como si lo que se encontrase en él fuese una imagen, y no un ser vivo: "*On ne peut bonnement dire s'il est homme, tronc ou beste...*" Las narraciones de la iniciación en la banda de forajidos llamados los *Boucs*, en el Limbourg, en la que el candidato, previamente embriagado, era

LÁM. 41. — SAN VICENTE CURA A UN ENDEMONIADO
LÁM. 42. — EXORCISMO DE LA EMPERATRIZ EUDOXIA







puesto a caballo de un macho cabrío de madera, al que se imprimía un rápido movimiento de rotación, con objeto de marear al jinete y hacerle perder la conciencia, inclinan a pensar que cosas semejantes pudieron ser realizadas por los brujos [133].

Por otra parte, tenemos como ejemplo los conciliábulos heréticos, las reuniones en el bosque de priscilianistas, maniqueos, etcétera, y las ceremonias sacrílegas por ellos puestas en práctica, todo ello mezclado con la mayor licencia y bullicioso divertimiento... En otra novela, *Basile et Sophie*, de Paul Adam, encontramos una reconstrucción, hipotética sin duda, pero fundada en fuentes históricas, de un misterio de los maniqueos en Byzancio, que se parece extraordinariamente a las descripciones que se han hecho del Aquelarre. La representación de éste es indudablemente una mezcla de asamblea de herejes y de fiesta aldeana. Y sin duda reuniones así tuvieron lugar, como asegura también Michelet [134].

Al lado del Aquelarre real aparece el Aquelarre soñado, mediante el empleo de narcóticos... La bruja, sin salir de su casa, asiste al Sábado en un sueño alucinatorio. Para ello se unta con un ungüento de fuerte olor, en cuya composición se dice que entran sesos de niños no bautizados, pero también entran ingredientes vegetales propios para producir embriaguez con representaciones alucinatorias: cierta lechuga venenosa, apio, beleño, cicuta, raíz de mandrágora, acaso la *datura stramonium*, cuyo jugo se dice que hace bailar locamente; en otros lugares [135] se habla de otros ingredientes: sangre de abubilla, sangre de murciélago, sebo, limaduras de campanas, boñiga de vaca, pelos de cabra; en Portugal, *aceite zimbre;* se apaga el fuego del hogar y la luz, y se enciende, en cambio, un cirio negro, compuesto, según creen algunos, con cáñamo indiano... Con esto y con las palabras del conjuro:

"Sin Dios y sin Santa María,
por la chimenea arriba."

o bien:

"¡Gaarr, Gaarr! ¡De abajo arriba!"

LÁM. 43. — CARLOS II, EL HECHIZADO
LÁM. 44. — a) EL EXORCISMO DE CARLOS II
b) EL EXORCIZADO

e invocando a los demonios:

"¡Emenhetan, Emenhetan, Palud, Baalberid, Astaroth!"

o simplemente:

"¡Emen hetán, Emen hetán!"

y para guiarse en el camino:

"Por arriba de artos
y por bajo de carbayos,
¡a Sevilla con todos los diablos!"

o también:

"Por encima de valles y montes,
al país de Varona."

y aún:

"¡Emen hetán, Emen hetán! Ici et la!"

la bruja se siente volar, saliendo por la chimenea, montada en la escoba, en un palo, en unas tenazas, en cualquier instrumento de la cocina, en un macho cabrío, en un cerdo, en un perro, en un asno, en un gato, en un caballo, en un ave nocturna, en un demonio... Se sabe que estos animales son en realidad los demonios subalternos...

Los psiquiatras dirán que la bruja sólo sale de allí con la imaginación; los ocultistas dirán que viaja en el "cuerpo astral"; pero no podemos desechar la posibilidad de que, en efecto, el diablo las transporte en cuerpo y pensamiento. "Mas esta ilusión acontece en dos maneras principales, que hora ay que ellas realmente salen de sus casas, y el diablo las lleva por los ayres a otras casas y lugares, y lo que allá veen, hazen y dizen, passa realmente ansi como ellas lo dizen y cuentan. Otras vezes ellas no salen de sus casas, y el diablo se reviste en ellas de tal

manera que las priva de todos sus sentidos, y caen en tierra como muertas y frías. Y las representa en sus fantasias que van a las otras casas y lugares, y allá veen, y hazen, y dizen tales y tales cosas. Y nada de aquello es verdad: aunque ellas piensan que todo es ansi como ellas lo han soñado, y cuentan muchas cosas de las que allá passaron." [138].

El Aquelarre tiene lugar de noche, rarísima vez de día, en la noche del miércoles al jueves, o en la del viernes al sábado, y también en las vísperas de las grandes fiestas de la Iglesia. En estos días tienen lugar las grandes reuniones generales, que son cuatro veces al año, siendo las semanales particulares de cada lugar.

El lugar varia mucho: puede ser en cualquier monte, en un llano, en el bosque, en una encrucijada; pudiendo ser cerca de un lago, estanque o pantano. El lugar en que se celebra el Aquelarre queda maldito: allí no crece hierba ni planta alguna, y el lugar adquiere un aspecto desolado y triste.

Las grandes reuniones se celebran en lugares determinados: los brujos alemanes van al Brocken; los de Gascuña, Cataluña e Italia van a Bittern, lugar que no ha podido ser identificado, pero que es famoso en poesias medioevales y en cantares de gesta; lo mencionan Alfonso de Spina y otros autores [139]; los de Galicia van al Arenal de Sevilla o al de Coira; los de Navarra, a Barahona, etc.

Se dice que, como los brujos llevan en su cuerpo la marca del diablo, es esta marca la que les advierte la hora de la reunión, pues les causa una comezón y un movimiento interior que los impulsa. Pero en caso de urgencia, el diablo hace aparecer en las nubes un carnero que sólo ven los brujos y cuya visión les sirve de convocatoria.

Es preciso que el brujo o bruja haya dormido algo, o por lo menos cerrado un ojo, antes de prepararse para el viaje. Entonces cierran todas las puertas y ventanas, apagan las luces y el fuego, encienden el cirio negro, se desnudan, se meten (en Italia, por ejemplo), en una artesa de amasar pan, se untan con el

ungüento, recitando las palabras del conjuro, poniéndose previamente a caballo de un palo de escoba y salen volando por la chimenea, van por los aires, bajo la luna, cortando el frío de la noche, que las excita y exalta, gritando y animándose con puyas y carcajadas, volando a pocas cuartas de los zarzales del camino o remontándose hasta casi tocar las estrellas, hasta que llegan al lugar.

En un llano, en la selva, en un descampado árido y triste, en el monte, en un arenal solitario, se levanta el trono del Señor del Aquelarre. Éste unas veces ya las espera, otras aparece después que se han juntado... Es un caballero de aspecto melancólico y siniestro, vestido con un traje sombrío, tocado con un sombrero adornado con plumas de gallo negro; se le ve mal, entre el resplandor rojizo de las hogueras y de las antorchas de pez... Otras es un personaje llamado Maese Leonardo, o el Gran Negro, Presidente de los Sábados, dignatario de la Corte Infernal, asistido por su lugarteniente, Maese Jean Mullin, el Pequeño Diablo... Otras veces es el Gran Macho Cabrío.

Acerca de éste debemos extendernos más. Es un gran cabrón velloso y fétido, cubierto de espesas lanas, ásperas como cerdas, con dos inmensos cuernos y una gran barba, de aspecto a la vez grotesco y terrible, que habla como un hombre, con voz destemplada y ronca... Este cabrón brutal y lúbrico es un resto, un representante tardío de los primitivos cultos animales, que encierra todo el misterio, jamás suficientemente esclarecido, de aquellas antiquísimas representaciones; es el *Hircus Nocturnus*, símbolo de la sexualidad grosera y repugnante, que se da tan a menudo en las personas anormales, en los idiotas, en los locos, en priápicos y ninfómanas, en los intoxicados con drogas estupefacientes, en los casos típicos de degeneración del linaje humano... Eliphas Levi [146] identifica este Macho Cabrío del Sábado con el que llama Baphomet de Mendes, macho cabrío adorado en la ciudad de este nombre, en el Bajo Egipto, dios sin nombre, designado en los jeroglíficos tan sólo como "el de Mendes"...

El *Baphomet* es el pretendido ídolo de los Templarios, que representaría, según unos, a Mahoma (de donde su nombre), y según otros, a Belfegor. Unos dicen que era una cabeza de

hierro con grandes barbas, otros una cabeza de oro, otros un macho cabrío, otros una figura monstruosa, sentada a la oriental, con atributos mágicos en sus manos, una especie de Buda infernal, con lo que coincidiría su nombre, derivado de *Baphé métidos,* "bautismo de la Sabiduría" [141].

Los Templarios, Orden religiosa y militar, constituída según regla escrita por san Bernardo, fue acusada, en el siglo XIV, por el rey de Francia Felipe el Hermoso, de sacrilegio, herejía, magia y otros delitos. Los cargos eran los siguientes: 1.° Renegar de Jesucristo y profanar la Cruz al entrar en la Orden; 2.° Cometer entre sí la sodomía; 3.° Adorar en sus Capítulos generales al Baphomet; 4.° Practicar la magia; 5.° Obligarse a un secreto absoluto por horribles juramentos [142].

En cuanto a lo primero, que se dice confesado por 140 de ellos, se dan diversas explicaciones. Se dice que, en efecto, al ingresar en la Orden, el candidato debía pisar el Crucifijo y escupirle, diciéndole, como los judíos en el Calvario: "*Si Filius Dei es, descende de crucem*", lo cual significaba su estado de impureza al entrar en la Orden, o bien un pecado que debería purgar toda su vida con una vida devota y con heroicas acciones de guerra, pues por él estaba en constante deuda con Dios. Otros pretenden que con aquel crimen se ligaba con sus hermanos, testigos de él, y que podrían denunciar su impiedad, si faltaba a sus juramentos. Otros creen que era un acto real y formal de apostasía. También se dice que se creían cristianos excepcionales, desligados de las obligaciones comunes de los demás, que había que ser Templario para salvarse, y que la iniciación en la Orden valía más que el bautismo, por lo cual no estaban sujetos al Papa ni al rey [143]. Algo semejante podría decirse del segundo punto, también confesado, según se dice, por muchos [144].

El proceso contra los Templarios duró siete años y parece que se llevó con excepcional imparcialidad, con publicidad y sin tortura, resultando los cargos evidentes. Sin embargo, fueron tan escasas las condenas, que la cosa parece rara. Naturalmente, en muchas naciones no se probó nada contra ellos, de manera que sólo puede considerarse culpables a los que vivían en los dominios del rey de Francia. Pero el proceso y la disolución de la Orden dieron lugar a una leyenda de herejía y diabolismo,

en unas versiones, y de inocencia en otras. Posteriormente, los Francmasones se dijeron los continuadores secretos de la Orden del Temple, lo cual contribuyó a perpetuar la mala fama de ésta entre los buenos católicos. En todo caso, el asunto ofrece muchas oscuridades.

El ocultista judeo-francés Eliphas Leví describe el *Hircus Nocturnus* del Aquelarre sentado sobre el globo terráqueo, con medio cuerpo de hombre, cabeza y parte inferior del cuerpo, desde la cintura abajo, de macho cabrío, con dos grandes cuernos de cabra, y en el medio, sobre la frente, una antorcha encendida y flameante, antorcha que, según otras versiones, es la que ilumina toda la escena del Aquelarre; señalando con una mano hacia el cielo y con otra hacia la tierra, con las patas cruzadas, y llevando en el lugar del sexo el caduceo, con las dos serpientes entrelazadas, y surmontado por una esfera, en lugar del Petasus.

No todas las descripciones coinciden con ésta, pero aunque el Presidente del Sábado tenga forma humana, se le describe velludo, cornudo y con príapo. A veces lleva dos cuernos, otras veces tres, otras uno solo, luminoso, en el medio de la frente; otras con una corona, cuernos alrededor de la cabeza. A veces tiene otro rostro en el pecho, o en el vientre, o en la parte posterior.

Lo primero que hacen los brujos y brujas que llegan al Sábado es prestar homenaje al Macho Cabrío, o a Maese Leonardo, que es en realidad el mismo, y que los recibe sentado en su trono; otras veces también se dice que Maese Leonardo aparece en figura de un hombre negro, de un hombre todo bermejo, de un buey, de un carnero negro, de un lobo, de un perro, de un pájaro negro, de un tronco de árbol desarraizado o de un hombre pálido, con cabellos erizados, ojos redondos y espantados, manos con todos los dedos iguales y curvados, como la garra de un ave de rapiña; cola de asno y pies de oca... Los pies de oca o ganso sirven muchísimas veces para reconocer al diablo... Y les da a cada uno un puñado de dinero... El homenaje consiste en acercarse de rodillas, llevando en la mano, por lo común, un cirio negro encendido, que luego lo dejan como ofrenda, y besarle el trasero... Algunas veces acompañan el beso con

una declaración blasfema: "Prefiero el trasero del diablo a la cara de Dios"...

Terminada la ceremonia, se celebra el banquete —verdadero ágape gnóstico—, pero antes es preciso alejar a los niños...

En efecto, al Sábado acuden niños llevados por las brujas. Estos los llevan unas veces por ocurrencia del momento, otras por habérselo prometido al diablo. Son niños que roban en la vecindad; pero si han prometido llevarlos, y no les es posible conseguirlos, quedan obligadas a llevar a sus propios hijos. Estos niños son presentados al diablo; si éste los admite, se convierten en catecúmenos de la brujería; si no son admitidos, han de ser sacrificados. Los matan, los hacen picadillo y los cuecen para el banquete.

Los admitidos reciben un padrino y una madrina, designados por Maese Leonardo. Estos padrinos abren un gran libro delante de los pequeños, y con la mano izquierda puesta sobre él les hacen renunciar a Dios, a la Virgen y a los santos. Hecho esto, Maese Leonardo les hace una marca con un cuerno en el ojo izquierdo. Con esto quedan consagrados al diablo. Pero mientras dura su noviciado son "guardadores de sapos"; les dan una vara y los mandan a la orilla de un lago o estanque próximo, a tener cuenta de los sapos que acompañan a las brujas, para que no presencien lo que va a ocurrir...

Pues se va a proceder al banquete.

El maestro de ceremonias es el encargado de colocar a los comensales en orden, según su rango en la secta, y por parejas, brujo y bruja, o un demonio al lado de cada uno o una, en señal de fraternidad. Las informaciones acerca del servicio y del *menú* son contradictorias. Unos dicen que es comida rica y deliciosa, servida sobre dorado mantel. Otros declaran que era una comida inmunda e insípida, maloliente y sin sal; se comían sapos, culebras, arañas, carne fresca de niños sin bautizar y carne semipútrida de ahorcado o de difunto robada en el cementerio; todo ello muchas veces formando un cocido todo junto, y pan de mijo negro; se bebía una bebida enloquecedora, que algunos llaman *Timpanón*. Durante el banquete se cantaban canciones abominables, se brindaba por Adramelech, por Furfur y por Ammón.

Después del banquete venía el baile.

Antes o después del banquete o del baile tenía lugar la elección de la *Reina del Aquelarre*, la desposada del diablo. Desnuda, coronada de flores silvestres, era sentada al lado del Gran Macho Cabrío, y presidía el banquete, para después unirse con al diablo.

La Reina del Aquelarre, puesta en pie, lanzaba una invocación que comenzaba con las palabras: "*¡Abracax! ¡Abracax! ¡Abracax!*", en donde hay que reconocer el *Abraxas* gnóstico.

Alrededor de la hoguera, que arde ante el *Hircus Nocturnus*, comienza la "rueda del Aquelarre": brujos, brujas y diablos, alternados, cogidos de las manos y de espaldas a la hoguera y al diablo, danzan y giran vertiginosamente al compás de los tamboriles de piel humana y de las flautas hechas con huesos de muertos... Es una música extraña y destemplada, verdadera música de *jazz band*, que va acelerando progresivamente su ritmo, y obligando a los danzarines a una rotación rapidísima que los marea y los fatiga. Brujos y brujas van a veces enmascarados con pieles de lobo o de cordero, con los rostros embadurnados de almazarrón o de hollín y con cuernos en la cabeza. Otros llevan un gato colgado a la espalda.

Los danzarines se sueltan, se van por parejas, hacen gestos tan lascivos e indecentes "que causarían horror a la mujer más desvergonzada del mundo". Saltan sobre el fuego, o lo atraviesan, según dicen algunos, para irse acostumbrando y no temer al Infierno; se unen por parejas en los rincones oscuros...

Uno por uno comparecen ante el diablo y dan cuenta del mal que han hecho, de los daños que han causado. Los que no pueden alegar ningún maleficio son castigados. Los sapos acusan a las brujas que los tienen a su servicio. Estos sapos, que el diablo regala en premio a las brujas, van vestidos de terciopelo rojo y negro, llevan una campanilla al cuello y otra en el pie izquierdo, están bautizados por las brujas y reciben los mayores homenajes.

Los brujos y brujas que han de ser castigados son entregados a unos pequeños diablos que no tienen brazos. Estos diablos encienden una hoguera y arrojan en ella a los culpables, retirándolos después, al poco tiempo.

Llegado el momento, se dice la *misa del diablo*. Esta ceremonia satánica se celebraba con ritos diversos, según los países, pero esencialmente, era una parodia sacrílega y burlesca de la verdadera misa. Solía tener dos partes. Antes de comenzar la primera, orinaban en una oquedad de la roca y empleaban la orina para signarse, en calidad de agua bendita, haciéndolo con la mano izquierda, en el occipucio y al revés: de arriba abajo y de izquierda a derecha. El sacerdote, o la sacerdotisa (si no lo era el diablo mismo), llevaba una capa negra y una corona de verbena. Pronunciaba el Introito: "Entro en el altar de mi dios, del dios que venga a los oprimidos y a los débiles. Sálvanos, señor, del pérfido y del violento." Luego renegaban nuevamente de Jesucristo y rendían homenaje a Satanás, el injustamente desterrado del cielo, besando su imagen y simulando el oficiante el ayuntamiento carnal con él. En la segunda parte se habla de ceremonias celebradas en algunos lugares, que son supervivencias paganas: ofrenda de la *hostia de amor*, que era una torta de trigo, ofrecida al espíritu de la tierra, la de soltar pájaros enjaulados, que se dice significar la libertad, y la ya de tipo plenamente satanista de desafiar a Dios, retándole a lanzar un rayo. El cuerpo de la Reina del Aquelarre sirve después de altar. Para ello se pone a cuatro patas, pero con la parte anterior del cuerpo, pecho y vientre hacia arriba, formando la mesa. Un demonio dice sobre ella la misa al revés. En lugar de bendecir el pan, lo maldice. Consagra o hace que consagra una hostia negra que lleva impreso un macho cabrío; es una hostia que sabe a humo, está hecha con materias sucias y de mal olor [147].

Algunos autores hablan del sacrificio de un niño recién nacido, de una ofrenda de trigo, de la carne del último muerto, de un gato negro, de un toro, de la ceremonia en que se rendían honores al cuerpo del ahorcado bajado de la horca por las brujas, o al del excomulgado, sacado por ellas de la tierra... Se dice que en Cataluña, Aragón, País Vasco y Alpes italianos se creía que a las doce de la noche revoloteaba un cuervo sobre la horca, y entonces el ahorcado se estremecía y cobraba cierta vida; entonces venía un brujo, cortaba la cuerda del ahorcado y se iban los dos al Aquelarre. Se mencionan fórmulas relacionadas con esto:

"L'ull del gat negre ha mirat,
L'ala del corb ha volat,
S'ha estremescut el penjat.
Talla la corda!" [116].

Todo ello había de terminar al canto del gallo. Al sonar el canto del gallo, la asamblea tenía que disolverse inmediatamente y desaparecer toda huella de la reunión. Era como un "sálvese quien pueda" que llenaba de terror a diablos y brujas: el terror a la luz, el terror al día... El canto del gallo anuncia el avance del sol desde el Oriente, anuncia la aurora; el gallo es la conciencia vigilante, ante la cual deben desaparecer todas las visiones nocturnas, los fantasmas y las pesadillas.

A veces, en la precipitación de la desbandada, quedaban sobre el lugar del Aquelarre objetos que denunciaban lo ocurrido. En Alemania ocurrió que un aldeano que viajaba de noche, al pasar por un bosque pudo presenciar, desde un escondite propicio, el Aquelarre; al cantar el gallo, todo desapareció súbitamente, pero sobre el terreno quedaron olvidados algunos vasos de plata; el aldeano los recogió y los entregó a la justicia; en los vasos iban grabados los nombres de los propietarios, y los magistrados mandaron prender a aquéllos cuyos nombres estaban en los vasos... En Inglaterra, otro paisano pasaba de noche por un lugar donde se celebraba el Sábado; los brujos lo invitaron a beber, pero el paisano, disimuladamente, derramó el líquido y echó a correr con el vaso; éste estaba hecho de una materia desconocida y su color era completamente desusado; fue regalado al rey Enrique el Viejo, pero después desapareció, sin que se conozca su paradero.

En España, los Aquelarres más famosos fueron sin duda los de Zugarramurdi, en Navarra. Se celebraban los lunes, miércoles y viernes, en el prado de Berroscobero, entre Urdax y Zugarramurdi, desde las nueve de la noche al canto del gallo. El diablo se presentaba en figura de macho cabrío, "de horrenda y espantosa figura" y "que despedía pésimo olor", con una corona de cuernos, entre ellos dos que le salían del occipucio, y uno en la frente, que despedía luz. La Reina del Aquelarre era Gra-

ciana de Barrenechea, y asistían María de Zozaya, María de Yurreteguía, Beltrana Fargue, María Presoná, María de Iriarte, Juan de Goiburu, que tocaba la flauta; Juan de Sansín, que tocaba el tambor; Juan de Echalar, que apaleaba a los que cometían faltas con mimbres o con espinos, y otros. Llevaban la marca del diablo, hecha con la uña, en la espalda y en el pecho, y otra que les hacía con un hierro candente en la niña del ojo, la cual tenía la forma de un sapito. Se untaban con el agua verdinegra que salía de un sapo cuando lo oprimían con el pie. El día de San Juan, entraban en el templo e insultaban a los santos, haciéndoles la higa. En vísperas de las fiestas principales de la Iglesia, se celebraba la misa negra, en la que oficiaba el diablo, con dos acólitos, diablos también. Al ofertorio, le presentaban ofrendas y le besaban en el lugar de costumbre, y él, entonces, "tiene prevenida (y les echaba) una ventosidad de muy horrible olor"; después les daba a comulgar un bocado negruzco y les hacía beber una bebida amarga. Acabada la misa, "conoce a todos carnal y somáticamente", y viene la mezcla erótica de todos con todos.

Una francesa de Hendaya, que había pertenecido a la secta, acusó ante la Inquisición de Logroño a María de Yurreteguía, y ésta confesó y descubrió todo. Fue absuelta, pero María de Zozaya y otras seis fueron quemadas en Auto de Fe celebrado en 1610 [107].

Desde luego, en toda operación de brujería, y sobre todo en el Aquelarre, está terminantemente prohibido mencionar a Dios, a la Virgen ni a los santos, y sobre todo pronunciar el nombre de Jesús. Cuando ocurre que haya que mencionarlo por cualquier circunstancia, se lo substituye por una designación convencional y, si puede ser, burlesca. En Portugal, las brujas emplean para ello la palabra *Tirulu*... Un individuo que acompañó una vez a unas brujas en su vuelo, asombrado de algo que les vio hacer, dijo inadvertidamente "Jesús"; las brujas, indignadas, dijeron:

> "*Nombraste no Tirulu,*
> *queda para ahí home nu!*"

y lo dejaron desnudo en las ramas de un árbol hasta la mañana, sin que se pudiese bajar de allí.

En Francia dicen a veces, para lo mismo, *Philippe*.

Acabamos de mencionar la *Misa Negra* y lo que venía a ser en relación con el Aquelarre. Pero se habla insistentemente de otra Misa Negra en honor del diablo, en la cual ya no es éste el oficiante, sino un hombre, el cual debe ser un sacerdote apóstata, con objeto de que pueda consagrar.

La Misa Negra es el más espantoso de los ritos diabólicos, aquél en que la maldad humana, inspirada por el Maldito, llegó a la más terrible ostentación de audacia. Es una ceremonia en la cual se mezclan la parodia blasfema del Santo Sacrificio, la inversión espiritual absoluta y el ultraje directo al mismo Sacramento. Todo ello coincide con accesos eróticos colectivos, que acometen a los circunstantes, dando origen a las más vergonzosas escenas.

Hemos dicho que el culto del diablo alcanzó su máximum en el siglo XVII, en que llegó a penetrar en las esferas más elevadas de la sociedad.

A comienzos del siglo XVII, el diablo se paseaba durante las noches por las calles de París, en una carroza negra, con caballos negros, guiados por un cochero negro y galopando sin hacer el menor ruido. Salía de la casa de un señor muerto hacía poco... Se dijo que era maniobra de un sinvergüenza que se había introducido en la casa del difunto, pero todo el mundo creía otra cosa [149]. Aquella broma, si lo fue, parece una profecía de los acontecimientos diabólicos de la Corte de Luis XIV: acaso su autor obrase como instrumento inconsciente de oscuras potencias.

En tiempo de aquel gran rey, que dio a Francia su período de mayor grandeza, la Corte y la alta sociedad de París se había entregado al diabolismo, para satisfacer sus vicios y sus ambiciones; las grandes damas y muchos de los más elevados señores practicaban alternativamente el culto católico y el culto satánico. El primer amor del rey fue María Olimpia de Mansini,

sobrina del cardenal Mazarino, casada después con Eugenio Mauricio de Saboya, conde Soissons; abandonada por Luis XIV, que se había enamorado de Mlle. de La Vallière, la condesa de Soissons pagaba misas negras, para recuperar el amor del soberano y conseguir que éste abandonara a la Vallière y a la reina, para casarse con ella. Y no habiéndolo conseguido, pretendió darle la muerte por medio del hechizo de la figura de cera [149]. La famosa marquesa de Brinvillliers, amante del alquimista Caballero de Sainte-Croix, envenenó a su padre ,a un hermano y a otras personas de su familia, para heredarlos. Se había introducido la costumbre de anticipar las herencias por medio del veneno: el sublimado corrosivo recibió por esta causa el nombre de "polvos de sucesión". Se empleaba principalmente el arsénico; en Italia, en donde había progresado grandemente la Toxicología, se preparaba una solución arsenical concentrada eficacísima: la famosa *Acqua Toffana*. Fue al parecer un italiano, llamado Paolo Exili, encerrado en la Bastilla en 1665, el introductor de estos procedimientos en Francia; se dijo que venía escapado de su país, donde había sido condenado a muerte, y se hizo íntimo amigo y maestro del amante de la Brinvillliers.

En estas infames prácticas tomaban la dirección *técnica* brujas explotadoras de las pasiones de su público y sacerdotes sacrílegos y criminales.

La bellísima marquesa de Montespan, Francisca Atenaida de Rochechouart de Mortemar de Tonnay-Charente, que reunía los nombres más ilustres de Francia y era ornamento de la fastuosa corte del "Rey Sol", del que fue dominadora amante, habiendo perdido el amor del rey, trató de recobrarlo por medio de la magia negra. Trató de administrar a Luis XIV alguno de los filtros que, alternando con venenos activísimos, componían ciertas mujeres, como la Voisin, la Filastre y otras de la misma o próxima época. Pero tales mixturas solamente alcanzaban toda su eficacia si se colocaban debajo del cáliz durante la celebración de la Misa Negra.

La Voisin era oficialmente adivinadora y cartomántica; practicaba la hidromancia presentando al consultante una vasija llena de agua, en la cual le hacía ver lo que quería. Esto le había atraído una enorme clientela. Secretamente, evocaba al

diablo, preparaba y vendía venenos e indicaba el modo de emplearlos, y realizaba operaciones mágicas. Esto era lo que proporcionaba grandes ingresos; las misas negras con sus sacrilegios y crímenes había que pagarlos a peso de oro, y sólo estaban al alcance de los grandes, gracias a cuya protección se iba librando la Voisin de la justicia.

Tenía aquella bruja varios amantes, uno de ellos era el verdugo de París (*Monsieur de Paris*, se le llamaba irónicamente). Este era el que suministraba la grasa, huesos y manos de los ahorcados, necesarios respectivamente para los cirios, los instrumentos y la *main de gloire*. Intimo y colaborador de la casa era el cura Guibourg, envenenador y sacrílego, que vivía amancebado con una ramera llamada la Chanfrain, de la que tuvo varios hijos, de los que se dice que mató a más de uno en sacrificio al diablo. Guibourg era el que celebraba las misas negras y las misas espermáticas y otras infames ceremonias, ayudado por una hija de la Voisin.

La marquesa de Montespan hizo, según se dice, celebrar la misa negra sobre su hermoso cuerpo desnudo. Un sacerdote endiablado y criminal la dijo, colocando debajo del cáliz los mejunjes que habían de ser administrados al real amante, del cual se asegura que tragó, en efecto, muchos de ellos.

En realidad, parece que fueron tres misas negras las celebradas sobre el cuerpo de la marquesa: la primera, en casa de la Voisin. Apareció enteramente desnuda, cubierto el rostro por un antifaz y suelta su hermosa cabellera rubia, en compañía de la hija de la bruja. La descendiente de los Cruzados conquistadores del Mar Muerto, según quería significar el apellido "Mortemar", se tendió sobre un colchón cubierto con un paño de gran riqueza, de espaldas y con las piernas abiertas. Hasta el siglo XVI, la mujer que hacía de altar viviente en la misa negra se echaba de bruces, y el rito se celebraba sobre sus lomos; pero en el Renacimiento se modificó el ritual [158]. A los lados pusieron dos cirios de grasa de ahorcado, encendidos. Sobre el pecho de la marquesa colocaron una cruz, una servilleta y el cáliz. La Voisin asistía, cubierta con un manto que valía 15.000 libras tornesas. Ofició el infame abate Guibourg, revestido con una casulla blanca con motas negras. Al alzar, entró

una mujer que traía un niño de dos o tres años y lo entregó al celebrante, el cual lo levantó en sus brazos y dijo: "¡Astaroth! ¡Asmodeo!, príncipes de la amistad, aceptad el sacrificio de este niño que os presento, y por él os conjuro a que me concedáis lo que os pido!"

Y degolló al niño y llenó el cáliz con su sangre. En seguida leyó la petición escrita en pergamino virgen: "Yo, Francisca Atenais de Rochechouart, de Mortemar, marquesa de Montespan, pido gozar de la amistad del rey y del delfín, y que sea constante; que la reina sea estéril; que por mí y los míos abandone el rey su lecho y su mesa; que mis servidores gocen de su benevolencia; que, siendo amada y respetada por los grandes de la Corte, pueda yo asistir a los Consejos de la Corona y saber lo que en ellos se acuerda; que esta amistad aumente más que en el pasado y que el rey abandone y no mire más a Fontanges, y que, repudiando a la reina, pueda yo ser su esposa". Otra de las misas negras se celebró en forma semejante, en la capilla del castillo de Villebourin, y otra en su casa abandonada de Saint-Denis... Pero ninguna de ellas dió el resultado que esperaba la ambiciosa marquesa... Por cierto que se le atribuye un insulto poco creíble, a la Majestad Real: como Luis XIV, según es fama, no se lavaba jamás, olía bastante mal: cuando ya empezaba a cansarse de la Montespan, se dice que, en una ocasión le dijo algo desagradable, y ella le replicó: "Al menos, no hiedo como Vuestra Majestad".

Mme. des Oeillettes acudió, con intenciones del mismo género, a los servicios de Guibourg, el cual celebró por su intención, y con su colaboración, la misa espermática... Pero este rito es de tal naturaleza, que no puede ser descrito [131].

En 1670, la muerte de la duquesa de Orleans y el descubrimiento de los crímenes de la marquesa de Brinvilliers conmovieron gravemente a la opinión pública, que empezó a hablar, con alarma, del gran número de envenenamientos y embrujamientos que se estaban produciendo, especialmente en las altas esferas. Los rumores llegaron al rey, y éste, con objeto de averiguar la verdad de aquello, trajo de una provincia y confió la Tenencia de Policía, a un funcionario llamado M. de la Reynie; se descubrieron nuevos crímenes, la Brinvilliers fue condenada

a muerte y fue decapitada y quemada en 1676, y, por fin, en enero de 1680, Luis XIV nombró una comisión especial, presidida por La Reynie para perseguir los delitos de envenenamiento y de maleficio. Fue la famosa *Cámara Ardiente*, nombre de un antiguo tribunal para crímenes de Estado cometidos por los señores de la alta nobleza, y que se llamaba así por actuar en una sala tendida de negro y alumbrada con numerosas antorchas.

La Cámara Ardiente hizo comparecer a personajes como la duquesa de Bouillon, el mariscal de Luxemburgo, que fue encerrado en la Bastilla, y, por descontado, a la Voisir, que fue quemada viva, a otra bruja llamada la Vigouroux, acusadores del mariscal, y otros, siendo hasta setenta los condenados. Tal fue el célebre *drama venenos* [132].

En todo aquello andaban mezcladas las intrigas de Corte, la política misma. También ésta jugó en España, en el famoso asunto del hechizamiento del rey don Carlos II, de que hemos hablado.

Fue un homenaje casi regio el que entonces recibió Satanás.

Pero aquello se iba a toda prisa, y había que preparar cosas más pasmosas.

CUARTA PARTE

LA APOSTASÍA

I

LA OTRA MAGIA

A poder de paciencia y de ciencia, san Alberto Magno construyó una cabeza de hombre, toda de hierro, tan natural que parecía viva, llena por dentro de ruedas y resortes de dispositivo tan ingenioso que, puesto en marcha, la cabeza se movía como hombre verdadero, hablaba y, según algunos, respondía atinada y sabiamente a cualquier pregunta que se le hiciese.

Tal era el famoso *Androide* de Alberto Magno, prodigio de mecánica y maravilla de ciencia, llamado también a veces la *Cabeza Parlante*.

Tenía el sabio y santo dominico tan peregrino invento en su celda, y habiendo entrado en ella su joven discípulo Tomás de Aquino, el gran Alberto no resistió la tentación de mostrarle el funcionamiento de aquel nunca visto ingenio. Movióse, pues, y habló la cabeza, cuando su autor hubo oprimido los registros oportunos... Algo debió ver en ello el poderoso y agudísimo entendimiento del discípulo, algo sospechó contrario a la naturaleza de las cosas, al orden divino que rige y debe regir el universo, algo tremendo y terrible; el caso es que santo Tomás, agarrando un pesado martillo que allí había, con toda su extraordinaria fuerza física de "buey mudo" descargó sobre el Androide un formidable martillazo que lo deshizo en menudas piezas de modo irreparable [1].

Hay quien dice que esta historia es fabulosa, y que el An-

droide de Alberto Magno no existió... Habiendo existido otros después, no se comprende por qué aquél no existiría antes.

Aunque sea fabuloso "como hecho histórico", este sucedido revela de tal modo la realidad íntima y fundamental de las cosas, que entra en la categoría de aquellos que, si no han acontecido, hubieran debido acontecer. Si no pertenece a la historia, será por defecto de la historia, porque los hechos muchas veces se equivocan y no dicen la verdad acerca de sí mismos. Se trata de un hecho suprahistórico.

Como que el martillazo de Santo Tomás de Aquino sobre el Androide es una verdadera revelación.

El Androide no pasa de ser un juguete mecánico, como los que divertían a los déspotas orientales en las Mil y Una Noches y en los mil y un días de la "realidad histórica": es como los leones de oro que rugían a los lados del trono, en Persépolis, en Bagdad o donde fuese; como el Garuda de madera dorada, que transporta por los aires al galán que finge ser Vischnu; como el Caballo de Madera de Clamades y Clarmonda. No era más que un juguete, pero estaba preñado de tantas cosas demasiado serias, demasiado graves, demasiado terribles, que el haberlas vislumbrado, en un relámpago de intuición profética que iluminó las tinieblas de un mañana remoto, no sería mérito despreciable si lo hubiese tenido el Ángel de las Escuelas. ¿Por qué, pues, tanto empeño en arrebatárselo?... Es que no se le quiere enemigo de la ciencia... ¿Y si, en realidad, para él, la ciencia era otra cosa?

El que Alberto Magno haya sido tenido por mago, poseedor de los "Maravillosos secretos de la Magia Natural", que se exponen en el *Grande* y en el *Pequeño Alberto*, el que se le atribuya el Androide como obra mágica, indica que el instinto de las gentes descubrió desde el primer momento "la otra magia".

No sabemos, en rigor, si el Androide fue invención diabólica o invención humana. Si lo primero, estamos al cabo de la calle. Si lo segundo, es seguro que Satanás, que lo vió antes que santo Tomás de Aquino, se dio una gran palmada en la frente, y siguiendo un ejemplo ilustre, exclamó: *Eureka*.

En efecto, allí estaba lo que, desde su caída, andaba buscando inútilmente.

El Androide era el prototipo, a la vez, para la máquina y para el hombre; la máquina, que es un hombre, y el hombre, que es una máquina. Esto se llama "el Ideal".

Todo lo que el hombre hace, lo puede y lo debe hacer la máquina; pero, a la vez, el hombre será como una máquina, se moverá como ella, de un modo preciso y regulado... Dios ha dispuesto que ganase el pan con el sudor de su frente, pero la tierra la arará el tractor, la simiente la esparcirá la sembradora, la segadora segará las mieses y atará las gavillas, trillará la trilladora, molerá el molino eléctrico, amasará la panificadora... Pero, por otra parte, el hombre se unirá al hombre para obrar al unísono, de un modo absolutamente uniforme y cronometrado, en perfecta interdependencia, en un taylorismo, en un stakhanovismo universal, que abarca, penetra y sujeta toda función y toda actividad, trabajo y juego, guerra y paz, estudio y descanso, actividad y contemplación: todo tendrá su técnica, desde la investigación científica hasta la propaganda comercial, desde la cría de gallinas al golpe de Estado.

Gran época llegó a venir para el diablo.

Pues también él es amigo de la comodidad y de los "adelantos".

Mucho mejor que andar pasando malas noches por los montes, por los descampados, por las encrucijadas, presidiendo Aquelarres, es andar por los laboratorios, donde al menos se está a cubierto, y donde el calor de los hornillos trae a la memoria el cuotidiano fuego del Infierno. Mejor que andar entre palurdos e ignorantes, teniendo que llevarlos de noche por los aires, sobre una espalda ya cansada y vieja, y teniendo que plegarse a sus caprichos para ganarles el alma; mejor que andar entre teólogos presumidos y frailes disputadores, que hablan un pésimo latín y peor griego, y tratan siempre de lo mismo, y a los cuales hay que sostener en sus vacilaciones cuando sobre ellos cae el anatema, visitar en las cárceles cuando caían en las garras de la justicia, asistir en el tormento e infundir coraje en la hoguera, más cómodo, más seguro y menos trabajoso es

andar entre sabios que han leído a los antiguos y a los modernos, emplean excelente sintaxis y hablan de todo lo divino y lo humano, de todas las cosas y otras muchas más, de todo lo que puede saberse y de lo que no puede saberse. A éstos sí que se les puede atraer fácilmente con cualquier cosa, con tal que sea nueva; verdadera o falsa, posible o imposible, no importa, es lo mismo; se los puede ganar por la vanidad, y aunque no se ganen las almas de ellos mismos, ellos siempre dejan preparadas las cosas de modo que puedan ganarse muchas almas más. Por lo tanto, ni siquiera es indispensable que se condene el sabio; hasta puede ser conveniente que se salve y vaya al cielo, y mejor aún a los altares, puesto que así, sin culpa suya, pero al fin por obra suya, de la cual el haber sido santo aleja toda sospecha, ya se condenarán sus discípulos. Esto permite, además, después, echar la culpa al santo del mal causado por el abuso de sus inventos o doctrinas.

El razonamiento de Satanás es especioso, pero previsor, y ata todos los cabos.

Y de gran resultado; aquí está, en efecto, "la otra magia", que posee innumerables ventajas sobre la antigua.

La otra magia es la de la ciencia.

Ciertamente, no es el diablo el que realiza los grandes inventos, pero se da maña para convertirlos, en la imaginación de los hombres, en una verdadera magia, que él va volviendo negra, solapadamente.

Las ventajas de esta nueva magia sobre la antigua, son incalculables.

La antigua era difícil, accesible a muy pocos; ésta lo es, en principio, a cualquiera que posea mediano, y aun menos que mediano, entendimiento. La antigua no podía ostentar sus prodigios sino en determinadas circunstancias y ante círculos reducidos; ésta puede, en cualquier momento, obrar maravillas que puedan ser vistas por todos y que cualquiera puede utilizar en su servicio. La antigua obligaba a los diablos a realizar molestos trabajos materiales; ésta los descarga de ellos, porque las fuerzas naturales los suplen. La antigua tenía un repertorio muy breve, que repetía constantemente; ésta es inagotable en novedades cada vez más sorprendentes. La antigua era odia-

da por las gentes sensatas y honestas, condenada por la Iglesia y perseguida por las leyes; ésta seduce a los hombres de bien, es protegida, estimulada, condecorada y hasta pagada por los prelados y por los príncipes... Todo está a su favor; incluso existen hoy filósofos que aseguran que su avance no se detendrá nunca, que progresará siempre, cada vez más, cada vez con mayor celeridad, de conquista en conquista, de triunfo en triunfo, hasta la consumación de los siglos... si hay consumación de los siglos. Y Satanás lo cree.

Es más: todos los sueños de la antigua magia los realiza ésta: visión a distancia, visión a través de los cuerpos opacos, vuelo de las brujas, transmutación de los cuerpos, curación de todas las enfermedades, prolongación de la vida, previsión del sexo, y los que no realiza, los realizará.

No es Satanás quien realiza los grandes inventos, pero los hombres no ganan con ellos lo que gana Satanás. El hombre crea el uso, el diablo crea el abuso. El cual es triple: abuso material, abuso intelectual, abuso moral.

Por el primero, se mecaniza la vida del hombre, hasta llegar al prodigio del cerebro electrónico.

Por el segundo, bajo el disimulado magisterio del diablo, se forma una concepción del mundo, que se puede llamar mecanicismo, cientificismo o positivismo, pero que, por vueltas que se le den, provisional o definitivo, dogmático o metodológico, es materialismo.

Es indispensable que el mundo —por de pronto, el mundo material; más adelante vendrá la ocasión de meterse con el de los espíritus— sea un agregado de elementos corpóreos homogéneos y de fuerzas mecánicas reductibles al movimiento local. Es indispensable que todo sea contado, pesado o medido; que sólo sea objeto de ciencia lo que es cantidad, la determinación cuantitativa; que donde haya materia, haya geometría... Esta concepción mecanicista del universo está elaborada ya en el siglo XVI, y será el fundamento de la física de Newton y de la cosmogonía de Laplace.

Después ya no importa que todo se transforme, hasta desvanecerse en la lejanía del espacio o en la lejanía de la abstracción. *Lo esencial es que las fuerzas de la materia basten para*

explicar el universo, y en esta condición *sine qua non* queda encerrada la ciencia que quiera presumir de tal.

A partir de ahí ya todo es fácil: la ciencia consiste en sustituir un objeto de sensación por un objeto de medida, en reducir lo existente a lo mesurable. Para ello el fenómeno psíquico será reducido a fenómeno fisiológico, el fenómeno fisiológico a fenómeno físico-químico, el fenómeno físico-químico a fenómeno mecánico, el fenómeno mecánico a movimiento local... El sabio del siglo XIX decretará en forma inapelable: "No hay más que el movimiento de la molécula..." No importa nada que después la molécula se desvanezca, que todo se reduzca a relaciones matemáticas entre términos hipotéticos. ¡Tanto mejor! Primero se ha desvanecido todo lo demás...

¿No sabían ustedes que el diablo pone huevos? Pues ahí está el huevo del mundo.

Sin duda Dios creó el mundo. Pero la imagen desfiguradora del mundo que nosotros conocemos la creó el diablo.

Satanás ha logrado, por las vías que fuese, el asentimiento de los hombres a una idea del mundo que se inventó prescindiendo del Cristianismo. No importa que sea verdadera o falsa en sí misma; lo importante es su *sentido*; no importa lo que es, sino *a lo que tiende*. Puede ser verdadera como teoría, pero lo que importa es lo que representa como arma. Ninguno que conozca la Historia puede negar la guerra que dio esta idea moderna del mundo, ni las victorias que proporcionó a Satanás.

Por lo demás, tampoco se ha probado su verdad. La gente la tiene como tesis comprobada, cuando los sabios serios nunca la presentaron más que como hipótesis plausible, que están constantemente rectificando unos y otros hasta el punto de haber hoy cuatro o cinco físicas diferentes, cada vez más abstractas y más alejadas de la realidad visible, de manera que nos plantean el dilema de si el mundo que vemos es un sueño o es un sueño el de los físicos; y como sistema total, se ha disgregado, porque ya no se pueden reducir los fenómenos psíquicos a fisiológicos, ni los fisiológicos a físico-químicos, ni los físico-quími-

cos a mecánicos, ni los mecánicos a movimiento local, de manera que ya la física es sólo física, la biología sólo biología, la psicología sólo psicología, y así... Hasta la gente empieza a cansarse...

Pero la situación sigue igual.

Con todos sus fallos, esta ciencia consigue éxitos asombrosos.

Ladrillo a ladrillo, esa ciencia fue edificando eso que se llama "la civilización". Esto es, la Nueva Torre de Babel... Hemos dicho al principio que "nuestra *civilización*... es la comprobación del experimento realizado por el diablo para transfundir, para injertar en el corazón de los hombres el Pecado Supremo de la soberbia satánica". En efecto, nuestra civilización tiene mucho de diabólica. Es un desafío a Dios, es un enmendar la plana al Creador, es un pecado gigantesco, titánico, que no queremos confesar, acerca del cual cerramos voluntariamente los ojos de la conciencia, tratando de persuadirnos con razones especiosas de que no lo es.

Pero todos éstos son indudablemente bienes... Los "adelantos" son cosas "buenas en sí"... ¿No dijo el diablo mismo que es "la fuerza que siempre quiere el mal, y que siempre hace el bien"?

Sin duda. ¿Por qué las buenas gentes, mientras sus sentimientos no estuvieron entumecidos por el hábito, se dieron cuenta de que todo eso era obra diabólica, "cosa de pactos"? "La máquina —dice Spengler [2]— fue sentida por el barroco como algo diabólico. El espíritu infernal había descubierto al hombre el secreto con que apoderarse del mecanismo universal y representar el papel de Dios. Por eso las naturalezas puramente sacerdotales, que viven en el reino del espíritu y no esperan nada de "este mundo", sobre todo los filósofos idealistas, los clasicistas, los humanistas, Kant y el mismo Nietzsche, guardan silencio hostil sobre la técnica".

Aun hoy, este sentimiento, esta sospecha, es inevitable. Todo el mundo la lleva dentro, incluso los mismos técnicos y los mismos inventores, como un oculto recelo, un secreto temor, pro-

ducto del atavismo o del razonamiento, como una *arrière-pensée* vivamente reprimida, pero siempre acechando en su escondite. Hay una infinidad de pequeños síntomas, muy sutiles y difíciles de percibir, que nos muestran que nuestra conciencia no está tranquila en este respecto. Esa apetencia periódica de "naturaleza", que en el "fin de semana" o en el verano nos arrastra hacia el campo a hacer "vida salvaje", no es más que un modo disimulado de acallar el remordimiento, cerciorándonos de que aún hay lugares que no hemos satanizado por completo.

Pero en la superficie de la conciencia rige todavía la admiración y el orgullo del "progreso", el afán de superar todo lo recibido.

II

LA DIOSA RAZÓN

QUIEN consigue tan maravillosos efectos es, según parece, la Razón humana...

Desde el primer momento, el diablo encontró escasísima dificultad en convencer a los sabios de que, puesto que la Razón lleva a cabo tales cosas, ya que puede modificar el mundo, imponer su ley a la naturaleza, también puede modificar la sociedad humana, en un sentido de mejoramiento proporcionado al que significan los adelantos de la ciencia.

Los sabios quedaron convencidos de que la Razón puede suprimir la injusticia y organizar a los hombres de modo que todos vivan felices y contentos.

En efecto, todas las injusticias, los desórdenes, los vicios y los crímenes proceden de que la sociedad no está organizada según la Razón, sino que su organización reposa sobre ciertos errores, vicios y vejeces que se llaman el *prejuicio*, el *fanatismo* y la *superstición*.

Satanás ponía al revés las censuras de la Iglesia. La Iglesia calificaba de "supersticiones" las prácticas hasta entonces aconsejadas y enseñadas por el diablo: el Aquelarre, el Pacto y la Magia... Ahora el diablo, más "ilustrado", más "filósofo", que los doctores de la Iglesia, demostraba con sus sabios que las narraciones de la Biblia, la autoridad del Papa y de los Concilios, los Sacramentos, el culto de las reliquias y de las imágenes, las ceremonias de la Liturgia, los votos monásticos, el celibato de lo:

clérigos, la obediencia, el magisterio de la Iglesia, eran "supersticiones".

La Iglesia decía que los horrores del Sábado, el hechizamiento, el maleficio, la "misa negra", eran actos de "fanatismo"... El diablo, por medio de la "Ciencia", demostraba que las devociones, las limosnas, las peregrinaciones, las mortificaciones, los ayunos, los cilicios, las disciplinas, eran actos de "fanatismo".

"La Religión —afirmaba— no es más que uno de los "prejuicios" en que se asienta la sociedad".

Hay otros "prejuicios", producto de la ignorancia. Son la Realeza, la Nobleza, la Jerarquía, la Autoridad, la Costumbre... Todas ésas son ideas anticuadas que deben desaparecer ante las luces de la Razón.

Más adelante, el "progreso" acabará con otros "prejuicios" más arraigados aún, como son la Propiedad, el poder del marido sobre la mujer, del padre sobre los hijos, la primogenitura, las preferencias de edad, la consideración a los ancianos... Andando el tiempo, como el "progreso" es indefinido y no se detiene jamás, desaparecerán también los últimos "prejuicios": el Matrimonio, la Patria, la Moral, el Pudor, la Palabra empeñada, la Vergüenza...

Mientras tanto, no hay más autoridad que la ley, no hay más ley que la voluntad de todos, no hay más bienes que la libertad, la igualdad y la fraternidad. Es preciso organizar la sociedad conforme a la Razón.

La Razón es el único árbitro y el único fundamento de la Religión, de la Moral, del Derecho, de la Ciencia, del Arte, de la Sociedad y de la Economía.

¿No sabían ustedes que el diablo pone huevos? Pues ahí está el huevo de la historia "contemporánea" y de la "sociedad futura".

En nombre de la Razón, ya se arriesgan algunos humanistas, algunos enciclopedistas, a dudar de Dios, a negarlo, o a decir que su existencia no puede probarse, o a identificarlo con





el mundo, o a reducirlo a la condición de "relojero", o a oscurecer de diversos modos su imagen... La "filosofía" va entrando en fuego.

Pero la Revolución no se detiene. Como el Cazador Salvaje, Satanás cabalga sobre el mundo, azuzando su traílla.

La Revolución ha de cumplirse en todos los órdenes de la vida humana, ha de ser revolución religiosa, revolución cultural, revolución política, revolución social, revolución moral, revolución artística, revolución filosófica, revolución jurídica, revolución técnica, revolución económica; porque mientras no sea total no será verdadera.

Por lo tanto, Feuerbach dijo: "Si hubiera un Dios, la existencia del universo sería inexplicable, porque sería superflua... Dios es el concepto de causa hipostasiado por la mente humana, porque es el hombre quien inventa a Dios... El único Dios del hombre es el Hombre. Hay que prescindir de otro Dios, afirmar este mundo frente a otro mundo inexistente, sustituir la creencia en Dios por la creencia en el Hombre, por la creencia en que el destino de la Humanidad depende de ella misma... Hay que amar al Hombre, en vez de amar a Dios, y crear una vida mejor para la Humanidad".

Ya está dicho todo, porque todo lo demás se cae de su peso: si Dios usurpa la fe, la esperanza y la caridad, que el hombre debe sólo al Hombre, Proudhon podrá declarar la guerra a Dios, diciendo: "Dios es el mal". Bakunin podrá explicar: "Si hubiera Dios, habría que negarlo; porque la idea de Dios implica la abdicación de la justicia y de la razón humana".

Desde el primer momento, *ab ovo*, la Revolución lleva una consigna secreta, que no a todos se hace manifiesta, que no se emprende toda de una vez: "Ni Dios, ni amo".

Cuando hablaba Feuerbach, cuando hablaba Bakunin, cuando hablaba Proudhon, Satanás aplaudía tembloroso, porque el discípulo empezaba a superar al maestro.

Se trata de la *Religión del Hombre* frente a la Religión de Dios.

LÁM. 46. — MEFISTÓFELES

En los comienzos de la historia, Satanás, frente al Dios único, levantó los dioses; frente a la Unidad, la Multitud. Ahora había inventado otro dios, que era a la vez Unidad y Multitud. Frente al Dios humanado, el hombre divinizado; ante Critianismo, Humanismo; frente al Dios-Hombre, el Hombre-dios.

No es otro el sentido de la Ciencia, de la Técnica, de la Revolución.

Si el Hombre es dios, ninguna ley puede cohibirle, porque toda ley emana de su voluntad. Si el Hombre es dios, todos los hombres son iguales, porque todos son divinos. Si el Hombre es dios, no puede haber entre ellos desacuerdo, sino amor al dios que todos son.

Tal es la Religión de la Humanidad, y todo lo demás es consecuencia de ella.

Aquí nos sale al paso el misterio de la Masonería.

Porque los Francmasones se dicen los operarios del Templo de Salomón, que representa simbólicamente "el Templo ideal de la Humanidad" [1]. Si esto es así, habrá que reconocer que la Masonería representa, con respecto a la Revolución, el mismo papel que la supuesta Universidad de Toledo con respecto a la Magia negra.

Todo lo que se relaciona con la Masonería está envuelto en un misterio, que propiamente no es un misterio, sino un equívoco. Parece haber allí la contradicción característica de las obras diabólicas.

Si nos fiamos de ciertas historias, Satanás habría sacado la Masonería del seno de la Magia. Los primeros masones del siglo XVII habrían sido ocultistas. Otros continuaron siéndolo después. Masones eran los Martinistas, dedicados al Ocultismo y a la Kabbalah; los novísimos Rosacruces y los fundadores de la Sociedad Teosófica. Si es así, la Masonería habría servido de enlace entre ambas Magias.

Vox populi: el mismo papel que en el siglo XVII se asignaba a la secta de los brujos, se asigna hoy a la secta de los masones.

Vox Dei: Pío IX calificó a la Masonería de "Sinagoga de Satanás"; León XIII dijo que era "el más terrible enemigo de la religión y de la sociedad". Las condenaciones de la Iglesia son expresas, reiteradas y numerosas[4].

Si Satanás ha sido el inventor directo de la Masonería, se puede creer que con ella se propuso reverter sobre sus adeptos el ridículo que sobre su figura había arrojado el arte grotesco de la Edad Media. Los masones medioevales —oficiales y maestros del arte de la construcción, sin intenciones heréticas ni políticas— habían caricaturizado cruelmente al diablo en gárgolas, relieves y capiteles; ahora hacía el diablo que los masones modernos —ajenos al arte de la construcción, pero no a la herejía ni a la política— se caricaturizasen a sí mismos ciñéndose el mandil de los albañiles.

Dentro y fuera de la Orden masónica, la Iglesia de Satanás es extensa y numerosa. Muchos que creen pertenecer a la Iglesia de Dios, pertenecen en realidad a la del diablo. Otros reparten su espíritu entre las dos, como si diesen a Dios la mano derecha y al diablo la izquierda. De éstos, unos conocen su situación, otros no la conocen. Una infinidad no saben, a fin de cuentas, a qué Iglesia pertenecen.

El Maestro de las Confusiones se dirige, so capa de razón, a los instintos inferiores del hombre, a aquéllos que la caída de Adán ha hecho más patentes... De este modo, ¿quién va a resistir a esta alianza de la Razón y del Instinto?

Satanás conoce perfectamente las etapas que tiene que recorrer, las tiene minuciosamente estudiadas y trazadas, y el programa se va cumpliendo en todas sus partes.

Naturalmente, hay regresiones, porque la historia camina con ritmo alterno; pero esto también lo sabe Satanás, y todas las regresiones están previstas.

La Revolución está en todas las historias: tomad una Histo-

ria de la Iglesia, una Historia Universal, una Historia de la Filosofía, una Historia del Arte, una Historia del Derecho, una Historia de la Ciencia, una Historia de la Literatura... En cualquiera de ellas y en todas ellas, encomiada, alabada, glorificada o condenada; rebajada, censurada o juzgada con pretendida imparcialidad, con una de cal y otra de arena, encontraréis la Revolución.

Encontraréis que el orden del mundo, el orden de todas las cosas, se ha invertido; que lo que estaba patas abajo ha sido puesto patas arriba, que lo que era lo malo es ahora lo bueno que lo que era lo bueno es ahora lo malo; que se han echado abajo infinidad de cosas..., y que ni los hombres son libres, ni son iguales, ni se aman como hermanos.

Se ven cosas pasmosas y grandes, se ven cosas repugnantes y horribles, se ven cosas que no son lo uno ni lo otro, se ven reformas acertadas y crasos errores, ganancias estimables y pérdidas dolorosas... Lo que no se ve por ninguna parte es aquella felicidad, aquella paz, aquel contento que nos decían.

Al contrario: el hombre está cada vez más descontento, cada vez más dependiente, más sujeto, menos libre, porque cada vez está más sometido a los demás hombres.

Puede que no tenga un "amo" personal, conocido, al que pueda señalar como aquel a quien hay que obedecer; pero es esclavo de otro "amo" impersonal, desconocido, impalpable, inmensamente poderoso, ubicuo, irresistible e irresponsable, que es la "organización". Es decir, la inmensa máquina de ingente complicación en que la pretendida Humanidad libre se ha convertido, y que abarca la vida entera y total, en su conjunto y en cada uno de sus detalles, "amo" omnipresente, exigente, inexorable, al que no se escapa más que con la muerte.

III

EL OTRO SATANISMO

El diablo tiene previstas todas las contingencias, y sobre todo las recaídas del hombre, las regresiones de la historia. Tiene, pues, dispuestos los sustitutivos para el caso en que el "progreso" desfallezca en cualquiera de sus direcciones.

Por ejemplo, en metafísica, la meta del progreso es el Materialismo. Pero pueden producirse reacciones espirituales. Para utilizarlas, Satanás tiene a su disposición el Panteísmo, el Idealismo, la Magia, que por ello no deja morir, y sobre todo el recurso de hacer que el Espiritualismo se resuelva en Espiritismo.

Esto es muy fácil, y por lo tanto, es tarea que se confía a los diablillos inferiores, a los trasgos, amigos de revolver los muebles y las cacerolas, de armar estrépitos nocturnos, inflar cortinas, arrastrar cadenas, lanzar ayes lastimeros, alumbrar fosforescencias; a los "Alpen", que se sientan en el pecho de los durmientes, y les infunden sueños pavorosos; a los duendes domésticos, que barren, lavan y planchan la ropa...

Uno de esos diablos de menor cuantía se pone a dar golpes en las paredes de una casa de los Estados Unidos, y ya está fundado el Espiritismo.

El "espíritu golpeador" asegura que es el alma de un difunto. La identidad del difunto varía según la calidad de las personas a quienes se dirige: si se trata de personas vulgares, el difunto es el padre, el abuelo, un tío, un sobrino, un vecino de la casa o de la calle; si se trata de personas que no se tienen por vulga-

res, es Sócrates, Carlomagno o Napoleón... De todos modos, lo difuntos revelan a los vivos los secretos del otro mundo. A veces, dejan quedar bastante mal a los grandes hombres a quienes dicen representar, pero no importa, es necesario consultarlos.

Para ello hacen falta tres cosas: una mesa —lo mejor es un velador ligerito, de tres pies—, un *medium* y varias personas que formen con él el *círculo*.

El *medium* es una persona que posee ciertas propiedades que la habilitan para obrar como "catalizador" de la "energía psíquica", de modo que sin su presencia no tienen lugar las "manifestaciones" de los espíritus. Muchos de ellos se han hecho célebres: Florencia Cook, Douglas Home, Eusapia Paladino... Hay *mediums* "escribientes", que ejecutan la "escritura automática", al dictado de los espíritus. El *medium* ha de estar en un estado especial, llamado "trance", suerte de estado sonambúlico.

El círculo se forma poniendo sus manos los asistentes en contacto las unas con las otras, para que circule la "corriente". Esto lo tomó el Espiritismo de las prácticas del Magnetismo animal, que trata de imitar.

Mediante estas ceremonias, el trasgo da noticias acerca del estado en que se encuentran los muertos de la familia, lleva y trae recados del más allá, revela cosas ocultas, profetiza, da consejos morales, recetas médicas, resuelve casos económicos y financieros, disputas familiares, etc., etc., y además dicta una religión: la religión de Allan Kardec. Esta religión, como el trasgo no posee la erudición ni la inventiva de los grandes dignatarios del Infierno, de Lucifuge Rofocale o de Sargatanas, no se diferencia mucho del cristianismo, porque así se pasa menos trabajo y se convence mejor a la gente.

Allan Kardec es el profeta de esta religión; un Zaratustra de antiparras y cuello almidonado. Según él, el Espiritismo es la tercera revelación, después de la de Moisés y de la de Cristo; está destinada a transformar el mundo, para preparar el advenimiento de los espíritus superiores, que de un momento a otro van a comenzar a encarnarse. Estos espíritus son almas humanas, es decir "almas", pues no hay más que una clase de almas; ni ángeles ni demonios, sino almas que se van perfeccionando, en sucesivas transmigraciones, de planeta en planeta...

El trasgo enseña todas estas cosas por medio de las patas del velador. Sólo los privilegiados obtienen la producción de más elevados "fenómenos": levitaciones, materializaciones, aportes, improntas en masilla de vidriero, fotografías... Los altos iniciados del Espiritismo, así como los sabios que han querido investigar estas cosas, ven al *medium* ser levantado en el aire, ven y hablan con espectros, los fotografían, les hacen dejar huellas de su rostro o de sus manos en una pasta cerrada con llave en una caja..." [3].

La Iglesia, naturalmente, ha condenado y prohibido estas prácticas.

En Religión, el punto de partida fue la "religión natural"; la meta es el Ateísmo. Pero en el camino que va de uno a otro, la necesidad religiosa, connatural al hombre, puede reclamar sus derechos. Para estos casos tiene Satanás en reserva las religiones exóticas, las herejías antiguas, y otras que pueden ser inventadas por cualquiera, como las "pequeñas religiones de París", las mil y una o mil y más de los Estados Unidos, y en último caso, la Teosofía.

De este modo hubo cristianos budistas, brahmanistas, taoístas, zoroastrianos; los hubo gnósticos, maniqueos, socinianos, priscilianistas; los hubo adeptos de la *Christian Science* y otros recaídos en el Averroísmo o en el Evangelio Eterno...

Por último, los hubo partidarios de todas las religiones a un tiempo, y además del Ocultismo, el Espiritismo, el Hipnotismo y la Magia. Tales son los teósofos.

La descabellada inventiva norteamericana, la "excentricidad" británica y el descastamiento hindú se conjuraron para dar calor a este complicado y despistante sistema, que su fundadora, la inexplicable H. P. B., dice haber recibido de ciertos Maestros ocultos en las nieves del Tibet. ¿Qué clase de seres son ese M., ese K. H. y los demás? ¿Serán también trasgos entregados a la especulación teológico-metafísica, dedicados a revolver las ideas, como los otros a revolver muebles y cacerolas?

Los teósofos han hecho de todo; dogmática, química, espiri-

tismo, liturgia, pedagogía, masonería, deporte, naturismo, medicina, filosofía, filantropía, pacifismo, feminismo, yoga, literatura, teatro... La Teosofía es la síntesis de la antigua Magia tradicional y de "la otra Magia", de los científicos y de los técnicos; la síntesis del Orientalismo entendido a la occidental, y de la "civilización" europeo-americana; la síntesis de una suerte de Brahmanismo budista o un Budismo brahmánico egiptizado, chinizado y neoplatonizado con el Humanitismo de la Revolución y de la Masonería. Ninguna extravagancia ni ninguna vulgaridad le son ajenas. Es un intento fantástico, no se sabe si diabólico o pánfilo, para poner de acuerdo todas las cosas.

Puestos en este plan, y como buenos "modernos", como buenos hijos de la edad de la técnica, los teósofos se lanzaron a preparar artificialmente un nuevo Cristo. Era un muchacho indio, que en la S. T. recibía el nombre de "Alcyone", y en el siglo el de J. Krischnamurti... Un Cristo de chaqué, doctorado en Oxford. Todavía no era el Cristo —no se había realizado el "avatar"—, pero ya tenía infinidad de adeptos, que formaban la "Orden de la Estrella de Oriente".

Pero cuando estaban en lo mejor, el Cristo dimitió, y se marchó a América a trabajar por su cuenta...[6].

Dicen que así paga el diablo a quien lo sirve.

En el ámbito del saber y de la cultura, el propósito de Satanás es el Naturalismo cientifista. Pero como la apetencia del hombre por lo maravilloso puede tener reviviscencias, Satanás dispuso el Hipnotismo, el Psicoanálisis y la Metapsíquica.

Estas cosas, además de saciar el apetito de prodigios no mecánicos de los hombres, además de su eficacia literaria y espectacular, tiene un valor teórico formidable: por una parte, se puede demostrar con ellas que los sabios pueden hacer milagros tan bien como los santos. No es pequeña ventaja, pero todavía hay otra mejor: se puede hacer ver que los milagros de los Santos eran de la misma naturaleza que los de los sabios. Incluso los milagros de Jesucristo...

De los estudios sobre el Hipnotismo se desprendió una idea

LÁM. 47. — EL PECADO ORIGINAL





que hizo grandísima fortuna: la idea de la *sugestión*... Se extendió tanto, que cualquier zascandil habla ligeramente de la sugestión y la aplica a lo que le da la gana. Todo hecho maravilloso o extraordinario, desde entonces, es un efecto de sugestión. La sugestión es la explicación universal, más aún que el histerismo, más aún que los famosos "complejos", inventados por la nueva psicología.

En grado menor, el Psicoanálisis introdujo la idea de lo *inconsciente*, y en mucha menor escala, la Metapsíquica la del *ectoplasma*.

Así consigue Satanás que todos los hechos religiosos, todos los efectos sobrenaturales o milagrosos, se expliquen "científicamente", esto es, en un sentido materialista, por medio de la sugestión, del inconsciente o del ectoplasma.

En el mundo del Arte, lo que Satanás quería era la eliminación pura y simple. Llegó a sugerir esta idea al filósofo Hegel. Pero resulta difícil que los hombres no quieran volver a él. Para esta contingencia inventó Satanás el Cubismo, el Dadaísmo, el Surrealismo...

El Cubismo, sobre todo, reduciendo la vida a muerte, lo orgánico a lo inorgánico, lo palpitante a geometría, haciendo reducción del cuerpo humano a un montón de piezas de máquina descompuesta, realiza, en Arte, todas las aspiraciones del diablo... "De existir el Arte, que sea así", concede Satanás.

Y conoce perfectamente la fecundidad de esta idea, sabe que, en adelante, aunque deje de ser propiamente cubista, el Arte no se emancipará jamás de los triángulos, polígonos, planos y volúmenes.

He aquí la razón por la cual, en el Cubismo, y en todo lo que le siguió o acompañó, la figura de Arlequín aparezca una y otra vez. El diablo ha querido dejar su firma [1].

LÁM. 48. — EL DIABLO TENTANDO AL OBRERO

Todo lo tiene previsto el diablo y todas las salidas están tomadas por él. Por donde quiera que los hombres quieran escaparse, se encuentran con Satanás.

El culto satánico de las brujas, el Aquelarre y el pacto pertenecen ya a un pasado que parece mucho más remoto de lo que es. Las "luces del siglo" han ahuyentado los fantasmas, las escobas volantes, el Macho Cabrío, los sapos y los murciélagos... "El diablo —dice Spengler—, a quien todavía Lutero arrojó una vez su tintero, es, hace ya tiempo, el objeto de un silencio embarazado por parte de los teólogos protestantes." [6].

Sin embargo, la segunda mitad del siglo XIX presencia un súbito renacer del Satanismo.

Ya no es un Satanismo, sino dos, muy diferentes, pero que confluyen a veces de una manera extraña. Son el Satanismo de la Magia tradicional y el de "la otra Magia".

Hay un Satanismo idealista, propio de los sabios, que, en cierto modo, resulta peligroso para el demonio. Este Satanismo nace en pleno siglo XVIII, en íntima alianza con la Enciclopedia y la Revolución.

Un poeta inglés, William Blake, iluminado y visionario, toma la defensa de los demonios: en el mundo, en el universo, hay dos elementos: el Cielo y el Infierno; el Cielo es la razón, el Infierno la energía; ésta es la única vida, la alegría eterna, la creación, la libertad; la razón es el límite, la circunferencia exterior de la energía. Los ángeles son lo que quiere encadenar al mundo a la servidumbre, a la obediencia, a la moral y a la lógica, refrenando los instintos, que son la energía; los demonios son espíritus libres, los instintos, la energía que se revuelve contra las restricciones y las leyes, proclamando el derecho de la naturaleza. El ángel es la paz, madre de la envidia; el demonio es la lucha, madre de la compasión y del amor. Tan necesario es uno como el otro, hay que armonizarlos, lo cual es posible porque en Dios, que forma el mismo ser con el hombre, están unidos el sí y el no. Pero la primacía es del demonio, que es la rebeldía contra todo aquello que hay que combatir a muerte, esto es: la religión, la tiranía, los sacerdotes y los reyes. "¿Con qué sentido el sacerdote reclama la labor del colono? ¿Cuáles son sus lazos, sus trampas, sus ardides? ¿Cómo se rodea

de ondas heladas de abstracción y de selvas de soledad, a fin de construirse castillos y altos campanarios, donde reyes y sacerdotes puedan residir, al paso que el que está ardientemente lleno de juventud, pero cuya suerte no ha sido fijada, se ve ligado, por los encadenamientos de la ley, a quien más aborrece?... ¿Quién te ha enseñado el pudor, el pudor sutil, hijo de la noche y del sueño?" El amor, fuente de la vida y alma de las cosas, que es energía, y por lo tanto fuerza demoníaca, debe ser libre: está por encima del odio, pero debe aliarse con el odio, para expresar rebeldía, para conquistar la libertad de los instintos, de las pasiones, de los deseos de la naturaleza infinita y divina del hombre...".

La antigua figura horrible y grotesca de Satanás desapareció del arte moderno. Milton lo había ennoblecido: Ángel condenado y rebelde, pero Ángel... Aparece el mancebo bellísimo con alas, más hermoso aún en su dolorosa tristeza. Así es en las ilustraciones de Gustavo Doré, en la pintura de Ary Scheffer.

"Bello como todas las criaturas nobles —dice, con ironía terrible, Ernesto Hello—, más desdichado que malvado, el Satán de M. Scheffer señala el último esfuerzo del arte para romper con el dualismo y atribuir el mal a la misma fuente que el bien: al corazón del hombre.

"De todos los seres otrora malditos, que la *tolerancia* de nuestro siglo ha libertado de su anatema, *Satán es sin contradicción el que más ha ganado con el progreso de las luces* y con la universal civilización. Se ha endulzado poco a poco en su largo viaje (es Renan quien habla) desde Persia hasta nosotros; se ha despojado de toda su malignidad de Ahrimán. La Edad Media, que no entendía nada de tolerancia, lo hizo, a su placer, feo, malo, torturado y, para colmo de desgracia, ridículo. Milton comprendió al fin a este pobre calumniado, y comenzó la metamorfosis que la alta imparcialidad de nuestros tiempos debía perfeccionar. Un siglo tan fecundo como el nuestro en *rehabilitaciones* de toda clase, no podía estar falto de razones para levantar a un revolucionario desgraciado, a quien la necesidad de acción arrojó a empresas peligrosas. Se podrían hacer valer, para atenuar su falta, una multitud de motivos contra los cuales no tendríamos derecho a ser severos.

"El Satán de Scheffer ha perdido sus cuernos y sus garras; no ha conservado más que las alas, único apéndice que lo une al mundo sobrenatural, y no parece haber sido conservado sino para hacer resaltar el triunfo de la figura humana pura, representada por Cristo, sobre la forma híbrida del ser mitológico. Le falta acaso vigor, y me alegro de ello. Permitido a la Edad Media, que vivía continuamente en presencia del mal, fuerte, armado, amurallado, tenerle aquel odio implacable que se traducía en el arte por una sombría energía. Nosotros estamos obligados hoy a un menor rigor. Se nos reprocha a veces nuestro optimismo en estética; se nos regaña por no ser más severos con el mal, más exclusivos en nuestro gusto de la "belleza". Pero, en realidad, es ésta una delicadeza de conciencia. Es por amor al bien y a lo bello.

"Satán se subleva contra Dios. ¿Se equivoca Satán? ¿No sería ese un acto de nuestra independencia? ¿No representa la liberación de los oprimidos? ¿No es Dios un tirano? La Edad Media podría dar la razón a Dios. Pero nosotros, que hemos hecho la declaración de los derechos del hombre, ¿no tenemos derecho a maldecir a ese amo, en nombre de la fraternidad moderna, y a rehabilitar a aquel que nos ha dado ejemplo, el primogénito entre los rebeldes, nuestro jefe, nuestro verdadero Dios, Satán, que ha levantado antes que nosotros el estandarte que nosotros llevamos?" [10].

Ernesto Hello tiene razón, y, en efecto, los revolucionarios lo sienten así; se habla de cierta doctrina masónica, según la cual hay dos divinidades: el "dios del orden", conservador y fanático, cuyo principal instrumento es el agua, según lo muestra el diluvio, y el "dios de la rebeldía", cuyo instrumento es el fuego. Se llama éste Eblis o Luzbel, y es, para los iniciados, el "Gran Arquitecto del Universo". A sus audaces iniciativas, a sus perturbaciones del orden establecido, se deben la formación de los seres y el progreso de la historia. El linaje humano fue obra del dios conservador, y del matrimonio de Adán y Eva nació Abel, según la ley. Pero el dios del fuego engendró en Eva a Caín, el innovador, el rebelde, el inventor del arte de construir, el matador del mezquino y envidioso Abel... El señor Tusquets abona esta versión.

Lo cierto es que esta doctrina va implícita en el satanismo revolucionario, cuya expresión encontramos en Michelet, en Longfellow, en Edgar Quinet, en Hiel, en Hoffmann, en Proudhon, en Carducci, en Rapizardi...

Se cantarán los triunfos de Satanás, se encontrará en él el príncipe hacia el que deben tender los corazones, se le dedicará un culto más o menos simbólico... Proudhon dirá: "Ven, Satanás, calumniado por los sacerdotes y los reyes, que yo te beso, que yo te abrazo contra mi pecho... Tus obras, ¡oh, bendito de mi corazón!, no son siempre bellas y buenas, pero sólo ellas dan un sentido al universo, le impiden ser absurdo. Tú solo animas y fecundas el trabajo, tú ennobleces la riqueza... Espera todavía, ¡oh, proscrito!" [11].

"Decidme —exclama Michelet— una ciencia que no haya sido rebeldía... Estas novedades, todas, han sido Satanás. Ningún Progreso que no fuese crimen suyo... Su obra reposa en tres piedras eternas: la Razón, el Derecho y la Naturaleza." [12].

Esta teología diabólica culmina en el *Inno a Satana*, de Carducci, escrito en 1863, recitado primero en un banquete, impreso repetidas veces, coreado en Roma, en un homenaje a Giordano Bruno, dado a conocer en el mundo entero.

Las últimas décadas del siglo XIX —podemos decir de su siglo— fueron de magno triunfo para Satanás. Se le exalta como ángel caído, como rebelde condenado, enemigo de Dios, de la Iglesia, del Cristianismo; se mira en él al vengador de la Humanidad, traicionada por Dios; el genio del progreso y de la razón emancipada. Poetas como Baudelaire le dedican estrofas magníficas, en forma de letanía; se instituye un culto en su honor, con una liturgia blasfema; se elige para su fiesta el día del Corpus Christi...

Este satanismo desbocado se desarrolla principalmente en Italia: el día de Corpus de 1888 el pueblo de Génova organiza una procesión en que saca al diablo, en andas, por las calles de la ciudad.

De Italia, el culto al diablo se extiende por Europa: en Roma, en Constantinopla, en varias ciudades francesas, se celebra la Misa negra... [13].

Jamás había conocido Satanás semejante apoteosis. Sus ado-

radores ya no buscaban, para rendirle culto, las sombras de la noche y los lugares desiertos: lo aclamaban, lo celebraban, lo adoraban a la luz del día, bajo el sol, en las plazas de las ciudades populosas, se citaban con admiración los nombres de sus profetas... Carducci podía proclamar muy alto:

"Satana ha vinto!"

Sin embargo, el culto secreto continuaba en diferentes círculos inclinados a lo maravilloso y al misterio.

Se habla de una secta *palladista* que adoraba a Satanás bajo el nombre de Lucifer, como dios del bien y de la luz, opuesto al dios de las tinieblas y del mal, llamado Adonai, o Jehová. Era la completa inversión de los términos, no ya simbólica, como en el Satanismo idealista de los librepensadores y revolucionarios, sino creída y tenida como real y verdadera.

Lucifer era adorado bajo la figura de un ídolo que llamaban *Palladion*, cuyo prototipo aseguraban ser el famoso Baphomet de los Templarios. El Baphomet había quedado escondido desde el proceso contra Jacobo Molay y los Caballeros del Temple, pero en 1801, un tal Isaac Long lo descubrió en París y lo llevó a Charleston, en Norteamérica, en compañía de la calavera del último Gran Maestre de la Orden. Allí las adoradores del Palladion, o Baphomet, organizaron una rama de la Francmasonería, cuyo primer Gran Maestro fue el general Alberto Pike, que se decía *Vicario del Demonio en la Tierra*, y que hizo de Charleston la Roma Infernal. Su sucesor, Adriano Lemmi, trasladó su sede papal a la misma Roma... Los palladistas practicaban el culto del diablo con misas negras, ritos de alta magia y tremendas obscenidades y porquerías. Abjuraban formalmente de Jesucristo, y se dice que en sus sesiones se aparecía frecuentemente Satanás. Se dice que forman una verdadera Iglesia al revés, con su Colegio de Cardenales, entre los cuales se cita a Cornelius Herz, Bleichroeder, Hoenkel y las profetisas Sofía Walder y Diana Vaugham, su Curia Pontificia, etc. El culto de Satanás se celebra en todo el mundo; en París, en la rue Rochechouart, cerca de la basílica del Sagrado Corazón, tenía un templo con un solo altar, en el cual se veía la imagen del ángel re-

belde descendiendo del cielo con alas desplegadas, en una mano una antorcha: la luz de la Razón, y en la otra el Cuerno de la Abundancia; sus pies hollaban una tierra y una corona: el Altar y el Trono, colocados sobre un cocodrilo, emblema de bajeza que se arrastra sobre la tierra. En aquel altar se celebraban cultos los viernes, y se daba la comunión en ambas especies. Fuera de allí, se practicaba también el culto en ciertas logias masónicas, que seguían un rito especial, o bien en las llamadas *traslogias*, a las que pertenecían los francmasones de los grados secretos, superiores a los grados supremos de la Masonería corriente, grados cuya existencia los demás hermanos desconocían. Sin embargo, eran los iniciados en estos grados secretos los que en realidad manejaban las otras logias y dirigían, sin que se notase, todas las actividades masónicas [11].

¿Qué hay de verdad en esto? Es difícil saberlo... Allá por el año 1892, un masón francés, llamado Gabriel Jogaud, autor de procaces folletos contra la Iglesia, simuló convertirse y ofreció hacer tremendas revelaciones acerca de la Masonería. Bajo el pseudónimo de "Léo Taxil" publicó varios libros disparatados o, al menos, muy sospechosos, en los que descubría la existencia del Palladismo y el culto satánico en las Logias. Se fundaba en las revelaciones de Diana Vaugham, alta jerarquía de la secta, sacerdotisa de Lucifer y destinada al matrimonio con Asmodeo, la cual publicó en 1895, sus *Memoires d'une expalladiste*, que causaron sensación. "Léo Taxil" dio a luz una porción de volúmenes, y le siguieron el Doctor Bataille (seudónimo del alemán G. Hacks, médico de la Marina Mercante, de quien se dice estaba perturbado), que, en s ulibro *Le diable au XIX siecle*, hizo revelaciones de sacrilegios y de crímenes horribles, y el italiano Domenico Margiota.

En un Congreso Antimasónico, celebrado en Trento, se expusieron sospechas acerca de aquellas revelaciones sensacionales, y entonces Léo Taxil confesó de plano. Sin embargo, hay ediciones de sus escritos sobre el asunto, posteriores a aquella fecha [12].

Casi todo aquello era un inmenso fraude... Lo que falta saber es si la obra de "Léo Taxil" no fue una añagaza de Satanás para encubrir, bajo una mentira fantástica, realidades que

convenía tener ocultas. Posiblemente las acusaciones falsas de "Léo Taxil" no son más que un hábil modo de despistar.

Por la misma época parece que se descubrieron en Francia numerosos robos sacrílegos en las Iglesias: muchos tabernáculos habían sido forzados, y las Formas consagradas habían sido sustraídas... Se sospechó que eran los satanistas, que las empleaban en sus ceremonias de profanación.

Porque, aparte del Palladismo —auténtico o inventado—, pervivía el satanismo de las brujas y magos negros, al parecer, bastante más real.

Este Satanismo forma el principal asunto de la famosa novela de J. K. Huysmans *Là bas*. Allí se describe en forma impresionante, la Misa Negra, dicha en una antigua capilla particular de París por el infame canónigo Docre, un sacerdote entregado a la Magia, cuya rabia satánica era tal que se había hecho tatuar cruces en las plantas de los pies para ir pisando siempre a Jesucristo... Lo esencial de la Misa Negra consiste en consagrar las Especies Sacramentales y profanarlas después horriblemente. En el momento de hacerlo se apodera de los asistentes una onda de locura lúbrica, que afecta formas epilépticas y convulsionarias... "La onda de la gran histeria", dice Huysmans, que escribe en los tiempos de Charcot.

Hay quien dice que antes de la publicación de la novela de Huysmans hacía más de dos siglos que no había Misas Negras en Francia, y que después de publicada las hubo.. Algunos perturbados quisieron llevar a la práctica aquellas locuras...

Al poco tiempo Huysmans ingresaba en la Iglesia Católica, pero el satanismo acaso continúe.

Otros, en cambio, han pretendido revelar la verdad del contenido de la novela de Huysmans, han identificado a los personajes, asegurando que el canónigo Docre fue un personaje real...

¿Quién puede asegurar una cosa ni otra?

"Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de aquellas a que alcanza tu filosofía."

Lo que nadie podrá decir es que el diablo haya perdido el tiempo en el siglo XIX.

IV

EL DIABLO NO EXISTE

JAMÁS había conocido el diablo semejante apoteosis.

Lo ha conseguido todo: ha descubierto y revelado todos los secretos de la naturaleza ; el mundo no encierra ya ningún arcano. Con máquinas y aparatos ha imitado el milagro tan perfectamente que no se distingue del verdadero: el prodigio es ahora una cosa habitual y cuotidiana: ya no hay milagro. El hombre gana el pan sin el sudor de su frente; la mujer pare hijos sin dolor; la maldición de Dios se ha desvanecido Ha elevado la nueva Torre de Babel, que durará esta vez para siempre. Ha emancipado al hombre de todas las limitaciones, de todas las impotencias, de toda servidumbre de la naturaleza, y aun algo más difícil: ha emancipado al hombre del hombre. Ha trastornado el orden de la naturaleza y abolido el orden de la sociedad. Ha levantado al hombre contra Dios y ha hecho un dios del hombre; el hombre ya no pertenece a Dios, sino a la Humanidad. Ha puesto el universo patas arriba...

Lo aclaman los sabios y los ignorantes, los supersticiosos y los incrédulos. Tiene una religión, una teología, un culto públicos, una... moral: la moral del cuerpo, la cultura del desnudo, el amor libre, el *Corydon*... Se le cantan himnos, se le quema incienso, se lo lleva en andas...

Pero, ¡ay! ¿Será ésto el canto del cisne?

Cuando hablaba Feuerbach, cuando hablaba Bakunin, cuando hablaba Proudhon, Satanás aplaudía tembloroso: "Hoy por

ti, mañana por mí..." El discípulo empezaba a superar al maestro... El hombre empezaba a tomar en serio su papel de dios...

"Yo le he enseñado el *non serviam* — pensaba Satanás —, lo he incrustado bien hondo dentro de su corazón... Ahora, así como ha negado su obediencia a Dios, también me la negará a mí... Del mismo modo que niega a Dios, me negará a mí también.

"Yo he hecho de él un dios, pero así como el otro Dios me condenó, también me condenará éste... En la religión de Dios, todavía era yo algo; era, por lo menos, el Enemigo, el Maldito...

"¿Qué suerte me está deparada en la religión del Hombre? Posiblemente el olvido o el desprecio.

"Yo lo he provisto de todo, y ahora no me necesita... Hará como en los tiempos del pacto expreso: cuando no me necesite encontrará el medio de romper su compromiso..."

Estas tristes reflexiones tenían un fundamento: todo lo que debía al diablo, le era más grato al hombre atribuírselo a sí mismo. Si Dios no existía, o era dudosa su existencia., o, por lo menos, no era posible probarla con evidencia, ¿cómo probar la del diablo? Si el hombre es quien ha inventado a Dios, también ha inventado al diablo. Y, sobre todo, si el hombre es Dios, debe serlo solo, no debe necesitar ni admitir compañero.

Y los filósofos comenzaron a darle vueltas al asunto... Desgraciado del que cae en las garras de los filósofos, porque lo chupan, le extraen todos los jugos vitales y lo reducen a la abstracción, que es algo así como la tuberculosis metafísica.

Primero empezaron los filósofos: Voltaire, Thomasius, Kant, Hegel; después, los teólogos: Semler, Schleiermacher, Ritschl...

Los diablos son fábulas inventadas por los pueblos paganos, dicen unos; son almas de hombres deificados, dicen otros; el diablo es una personificación del mal radical en el hombre, dice Kant; es la muestra de los límites de nuestro autoconocimiento, dice Schleiermacher; sólo tiene individualidad en las criaturas, dice Martensen; es un modo de designar el reino del mal, dice Ritschl...

Niegan que la Sagrada Escritura hable de él como de un ser personal existente, que Jesucristo ni los Apóstoles hayan creído en él, sino que hablaron de él para acomodarse a los errores de su tiempo...

Sus mismos apologistas: Michelet, Quinet, Proudhon, Carducci, lo tienen por un símbolo. El Satanismo idealista no alaba un ser viviente, sino que venera una abstracción.

Su máximo cantor, el gran Carducci, no cree en él: "Satanás no es sólo la Naturaleza, es la Razón, las dos fuerzas bienhechoras obstinadamente proscritas por la Iglesia... Para el asceta, Satanás es la belleza, el amor, la alegría, y hasta el pajarillo cuyo canto alegra la celda del monje... Para el teócrata, Satanás es el pensamiento que vuela, la ciencia que experimenta, la frente sobre la cual está escrito: "Yo no me inclino." [16].

Y en otra parte: "Entre el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo, el cielo y la tierra, no hay término medio. El espíritu, el alma, el cielo, es Jesús; la materia, el cuerpo, la tierra, Satanás; la naturaleza, la dignidad, la libertad, es Satanás; la servidumbre, la mortificación, el dolor, Jesús." [17].

Resulta, pues, que Satanás es tantas cosas, que no es ninguna. Es un símbolo, una figura alegórica, un ente de razón.

El diablo no existe. Se le ensalza, se le canta, se le adora, para ofender a Dios, mientras duran los tiempos de combate. Una vez conseguida la victoria, desaparece también: "Nosotros lo enterraremos (a Jehová) más profundamente que los cretenses habían enterrado a Júpiter, y le ataremos al cuello la pesada piedra del catolicismo romano. Será el oficio de los italianos. Entonces su antiguo adversario sepulto, Satanás, se evaporará en el crepúsculo del día, y los nuevos tiempos lucirán." [18].

¿Cómo es esto, Satanás? ¿Tu gran cantor anuncia tu desaparición?... Tendrás que decir lo que decías cuando te engañaban en los pactos: "¡Qué tramposos son los cristianos..., hasta cuando han dejado de ser cristianos!"

En efecto, después de aquella falsa apoteosis, de aquel brillante fuego de artificio, de aquella rimbombante retórica, tan propia del siglo, sobreviene el gran silencio... Resulta que en la figura simbólica del diablo el hombre se adoraba a sí mismo; el Satanás de Proudhon y de Carducci no era más que la imagen del hombre contemplándose en el espejo de la moda... Ahora se hace el silencio en torno al símbolo que los hombres tremolaron en sus rojas banderas.

Se le olvida. Como dice Spengler, se le olvida *voluntariamen-*

te. Solamente los que creen en Dios creen en el diablo, pero evitan hablar de él. Gracias a él la marcha de los tiempos es tan rápida que él mismo va quedando ya muy lejos, en el horizonte de la historia. El hombre se basta a sí mismo, para el mal como para el bien; se ha emancipado de Dios, se ha emancipado del prójimo, se ha emancipado del diablo.

¿Cómo es esto? ¡El diablo no existe, y vivimos en un mundo diabólico..., los hombres están endemoniados y el diablo no existe!

El diablo no existe. ¿Cómo va a existir el diablo, si casi no existe el hombre?

Si este "estar-en-el-mundo" que es nuestra existencia es "ser-para-la-muerte", si la muerte es el modo de ser que el "estar-ahí" asume al empezar a existir [19]; si, sin que nadie nos lanzase, sin haberlo pedido y sin habernos consultado [20], hemos sido lanzados a un mundo en el que estamos de más, a un mundo que no tiene justificación, ni causa ni fin, a un mundo en que no tenemos derecho a nada ni nada que esperar, ni nada se nos debe [21]; si nuestra vida está congénitamente condenada al fracaso; si el "para-sí" es la nada por la cual existen cosas que son presencia de nada [22]; entonces, este "estar-en-el-mundo" que es nuestra existencia es un absurdo, pero un absurdo indignante.

Si nuestra vida es absurda y no significa nada; si todo es absurdo y no hay nada que valga ni que se explique; si todo puede ser negado sin apelación [23], entonces, Dios puede ser negado sin apelación. Esto es un contrasentido, pero un contrasentido do puede ser negado sin apelación, el hombre puede ser negado sin apelación. Esto es un contrasentido, pero un contrasentido que subleva. A este paraíso ha venido a esperar el hombre moderno la muerte definitiva. La existencia es el desamparo sin esperanza de un mínimum de ser en la nada. A esta tortura, a un tiempo masoquista y sádica del pensamiento, se la llama, paradójicamente, "Existencialismo"; desesperada y rabiosa autocondenación de la existencia, última forma, hasta ahora, del Satanismo: el Satanismo sin Satanás...

Aunque todo ello pudiera ser mera palabrería.

V

EL DIABLO VUELVE

DECÍAMOS al principio: "Es verdad de fe que el diablo existe". Y también: "El que no cree en él, le pertenece".

Papini dice: "Le obedecen los mismos que no creen en su existencia, o que dicen no creer en ella." [24].

En realidad, éramos nosotros quienes dábamos entonces, en 1947, la razón de que esto suceda. Nada más fácil que decir: "El diablo no existe", puesto que el espíritu de negación está en él mismo, y por lo tanto, él está presente en la negación de su propia existencia y propicio a ella, es él quien se niega en sus negadores: tiene poderosas razones para negarse a sí mismo, como hemos visto también en el comienzo de este libro. Si pudiese hacer efectiva esta negación, si pudiese no existir, no haber existido, regresar con todo el ser que es y que ha sido, a la nada de donde fue sacado, si pudiese realizar, al menos en sí mismo, la nada absoluta, ése sería su único triunfo verdadero; pero no puede abandonar el ser, que no depende de él; acaso ni siquiera pueda, en el fondo, desearlo. Está reducido a ser un simulador, como un individuo cualquiera del rebaño de las ovejas negras de la angustia de moda.

Dice Papini que el diablo no es ateo; sin embargo, es existencialista, de los de Sartre, de los de Camus, de los de "*on fait ce qu'on veut*"... Acaso Sartre y Camus tampoco sean ateos, acaso digan que lo son para meter miedo y para ocultar el suyo, o para engañarse a sí mismos fingiendo que no lo tienen.

El caso es que el diablo existe, a pesar de los ateos y de los medrosos —acaso ellos sean una prueba de su existencia— y que no puede dejar de existir, ni podría aunque quisiese, pues el suicidio material es el único pecado que no puede cometer de hecho, ya que no le afecta otra muerte que la muerte eterna, en la cual vive, y existe y existirá, aunque sea a pesar suyo.

Y como, al fin y al cabo, lo que existe no puede estar oculto eternamente, por mucha tierra que se le quiera echar encima, he aquí que, a pesar de casi dos siglos de negaciones, el diablo reaparecía siempre, y ahora reaparece también, no ya sólo en sí mismo, sino en la preocupación de las gentes, y con más intensidad, según constata Papini, desde hace treinta años.

Y últimamente, con la publicidad gigantesca que le proporciona un escritor de fama universal y un libro que sorprende en un autor conocido como gran polemista católico.

A los noventa años, Giovanni Papini renueva teorías de los siglos III y IV de la Era Cristiana: la *Apocatástasis* o restauración de todas las cosas en Dios, que procede de san Pablo, pero que Orígenes interpretó en sentido de una salvación universal, en la cual está incluido Satanás, que algún día dejará de ser diablo para volver a ser ángel [27].

"Al final, piensa Orígenes que por parte de Dios habrá una vuelta al estado inicial, es decir, a la igualdad dichosa de todos los seres... Todo debe acabar en el bien y la felicidad... Por mediación de Cristo, Dios sabrá someter a todas las criaturas y salvarlas. ¿No es ése su fin como creador? ¿Y la redención no es la reanudación de este pensamiento inicial, después de la caída que había comprometido el plan? Dios no puede ser frustrado. Por persuasión, y progresivamente, por necesidad, bajo la influencia de penas medicinales, los pecadores se convertirán; los demonios volverán de su malicia; no habrá infierno; las almas no serán almas, sino espíritus puros y perfectos. Entonces un único e idéntico fin último nos unirá a todos en el seno de Dios Creador nuestro." [28].

Esta doctrina fue condenada por el quinto Concilio Ecuménico, que fue el segundo de Constantinopla, celebrado en el año 553. Sostenida, a comienzos del siglo V, en Galicia, por los dos Avitos, fue refutada victoriosamente por san Agustín, en su

contestación al *Commonitorium* del historiador gallego Orosio [21].

Pero, como observa el P. Sertillanges, "Esta concepción del rescate universal ha obsesionado a muchos pensadores en el curso de los años; muchos poetas, sobre todo, se han hecho eco de ello".

Se ha reprochado, con razón, a Papini, citar en su pro, con Orígenes, con san Gregorio de Nisa, y con san Jerónimo, a literatos como Joost van den Vondel, Gustavo Benso de Cavour, Giuseppe Montanelli, Alfred de Vigny, Victor Hugo y Ferdinando Tirinnanzi.

No cita Papini, en cambio, al gran poeta portugués Teixeira de Pascoaes, que hizo de ella el asunto de su gran poema *Regresso ao Paraiso*, fechado el 5 de abril de 1912.

Reintegración universal y eternal retorno que, en cierta medida, pueden considerarse implícitos en el pensamiento *saudosista* de su autor, o por lo menos, notablemente concordantes con él. Su amigo y comentarista, el filósofo Leonardo Coimbra, saudosista también, pero más inclinado a una evolución progresiva de sentido espiritual (que rectificó más tarde) le reprochaba esta concesión "al engañoso infinito formal" implicada en la repetición de los ciclos "según el modo heraclitano del eterno retorno." [22].

"Satán" es la primera palabra del poema de Teixeira de Pascoaes, que comienza en el Infierno, pero en el *Regresso ao Paraiso*, no se salva Satán.

En el Infierno, sin recuerdo ni esperanza, como el hombre, aún no nacido entonces, de Sartre, está Adán, secuestrado por la pasión segregadora, exclusiva, que lo une a Eva, carne pura, separándolo del amor universal. La trágica sombra de Caín, arrancándole lágrimas, despierta en su padre un hilo de luz de la memoria, nostalgia del amor que une y no separa, de la unidad originaria a que apelaba Orígenes y constituía su esperanza. Aquí llega el eco del *De principiis*, acaso no leído directamente por Teixeira de Pascoaes, aunque es curioso observar que

éste pertenece, como los dos Avitos, a la metrópoli bracarense.

Como todos los demás del poeta trasmontano, *Regresso ao Paraíso* es un poema de la *Saudade*, acaso *el* poema de la Saudade. ¿Qué es la Saudade? Adán lo dice en el canto XIII:

"Por ti, em ti, renaço para a nova
Vida humana; por ti, revivo, e sou,
Num coração antigo, o novo amor!
Por ti, e em ti, me lembro de que fui,
Isto é, de que hei de ser... Por ti, alcanço
O sonho criador, ou antes Deus;
O Deus que tu revelas: que em teu ventre
Se revestiu de carne.
Es a Virgem da eterna Renascença,
Da renascença edénica e profunda,
Da renascença universal do Ser,
Que em ti, regressa à Fonte primitiva
Daquele amor divino,
Que já alumia, embora vagamente,
Os contornos astrais dum novo mundo..."

y ella dice:

"Sou a esperança, ou, antes, a saudade;
A esperança é saudade do futuro,
A saudade é esperança no passado."

Como en Camoens, en Teixeira de Pascoaes, las grandes figuras de la Antigüedad clásica, se mixturan con las de la Biblia y de la Historia, en una vaguedad característica del mundo nebuloso de la Saudade. Mientras Jehová reposa en el Olimpo poblado de ángeles y de númenes, abajo, Adán, enviado a la tierra a reclutar almas, en previsión del Juicio Final, encuentra a Prometeo con su buitre: el pensamiento, el espíritu, que se nutre de su carne y quiere ser libertado, pero el gigante lo llama de nuevo, porque no puede vivir sin aquel tormento. Lo que Carducci personificaba en Satanás, Teixeira de Pascoaes, buen alumno de la vieja Universidad de Coimbra, lo personifica en su equivalente parcial: Prometeo.

Nada do positivamente diabólico en todo esto: pura Saudade, puro idealismo mnémico e imaginativo; la Saudade, como en cierto aspecto la Maya hindú, es, en realidad, la mágica ilusión omnipotente; en lugar de huirla, el poeta lusitano se rinde a ella.

De la saudade del viejo Dios, renace, en una exaltación de amor, el nuevo Dios Infante, que viene a juzgar a las almas y vencer a Satán. Es el Arcángel de la Saudade el que toca la trompeta del Juicio; su voz es saudade que resucita los muertos. Pero la Balanza del Juicio no funciona: el Dios del Nuevo Amor absuelve y perdona, arroja los pecados del mundo a la faz del sol en crepúsculo, y el sol vuelve a encenderse en un diluvio de luz, las criaturas todas prorrumpen en un glorioso Aleluia! y

"Os Demónios, remidos e libertos,
Subiam já, no Azul esplendoroso,
Batendo as asas, novamente brancas
E molhadas de sol, a escorrer luz..."

¿Y Satanás? Satanás ha sido vencido. Para ello, el poeta ha tenido, no sabemos bien por qué, que introducir una nueva figura de tipo clásico: "hércules juvenil de claro olhar": el Héroe humano... El nuevo Dios pregunta a Adán:

"—E acreditas na morte de Satan?

Adán responde:

"—Não creio, não; é eterno como tu;
Irá criar, na Sombra, um novo Tártaro,
Tu vais criar, na Luz, um novo Ceu."

Y después, estas palabras, un tanto papinianas:

"Por isso, Deus não ama
Tanto o Bem, como os homens imaginam,
Nem tanto odeia o Mal, como se pensa."

Por lo cual, Satán no fue aniquilado, sino precipitado en un nuevo Infierno. Adán regresa al Paraíso, y allí, a la sombra del Arbol.

"Rebrilham, como estrêlas, os dois olhos
Da Cobra tentadora."

No es, en modo alguno, Papini el primer apologista del diablo. El mismo nos descubre uno que publicó su defensa en una vieja revista filosófica de 1795: el médico alemán J. B. Ehrard, cuyo ensayo de una Etica fundada en el Mal no pasa de un deporte dialéctico o una sátira disimulada, aunque Papini parezca tomarlo en serio. Papini rechaza como tal a Carducci, que canta a un personaje a quien cree bueno, aceptando en cambio a Leopardi, que canta al mal por desesperación.

No es, pues, Papini el primer apologista del diablo, pero, si fuera posible decirlo, podríamos llamarle su primer apologista católico. Ni es posible decir tal cosa, ni es Papini propiamente un apologista, sino un simple defensor. La palabra *apología* suele llevar, justamente o no, un significado de "elogio", y no es esto lo que Papini hace. El apologista exalta, el defensor disculpa. Pero al defensor le son permitidas ciertas extralimitaciones, y Papini es un defensor caluroso, insistente y apasionado. Al menos, al parecer. No defiende al diablo por bueno, como los racionalistas, aunque parezca un racionalista; lo defiende convencido de su maldad, aunque procurando, a veces, que aparezca como no tan malo. Reconoce el delito, pero le busca atenuantes. Lo defiende como cristiano, pretende haber escrito, sobre él, el primer libro con espíritu cristiano, es decir, en el sentido del amor, de un amor que desborda la caridad en una forma que lo aproxima al panfilismo filantrópico, que lo obliga a repetir argumentos que parecen tomados del racionalismo ingenuo de un Voltaire o de un Diderot.

Si el diablo está en todas partes —*ubique daemon*— Dios y él están siempre en el mismo sujeto, en la misma alma del hombre, ¿es esto posible? (cap. 10). ¿Por qué se necesitó, para arro-

jarlo del cielo, la fuerza de los ángeles? ¿No bastaba Dios? O Dios sabía que había de vencer, y entonces no tiene justificación, o decidió la suerte de las armas, ¿y si hubieran vencido los rebeldes? (cap. 16).

El diablo es el acusador de los hombres: si dice la verdad, acusándolos, cumple bien su misión, pues no puede hacerlo sin permiso o deseo de Dios; si dice mentira, no es acusador, sino calumniador, sin poder hacer mal con ello, porque no puede engañar a Dios (cap. 16).

Dijo: *Non serviam*, pero Dios no necesita ser servido. Y el deseo de no servir, es decir, la libertad, ¿no ha sido siempre, acaso, uno de los signos de los espíritus activos y generosos? (cap. 17). Dios creó a Lucifer más alto que los demás, por lo tanto, más expuesto a la soberbia. Dios debía saber que Lucifer estaba expuesto a caer, y que había de caer. Al dar a Lucifer la posibilidad de pecar, se ve que Dios ha creado un mundo en que el pecado es posible (cap. 18).

Ejemplo de razonamiento especioso es el que construye sobre san Pablo I Cor. II, 7-8: "Hablamos sabiduría de Dios, encerrada en el misterio, la escondida, la que predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra; la cual ninguno de los príncipes de este mundo conoció, que, si la conociera, jamás al Señor de la gloria crucificaran". Fueron, pues, los príncipes de este mundo, los demonios, los que lo crucificaron; entonces, éstos están comprendidos en el "perdónalos, que no saben lo que hacen" (cap. 35). Y en Romanos VII, 7-8, "Yo no conocía el pecado más que por la Ley... porque sin la Ley, el pecado estaba muerto", parece pretender que el pecado es obra de la Ley (capítulo 38).

El "*Deus não ama —tanto o Bem, como os homens imaginam— Nem tanto odeia o Mal, como se pensa*", de Teixeira de Pascoaes, lo volvemos a encontrar en Papini: las relaciones entre los ángeles buenos y los malos no son tan malas como creemos. En la Epístola de san Judas, XX, dice: Cuando el Arcángel Miguel, disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés no se atrevió a fulminarle sentencia de blasfemo, mas dijo: "Te castigue el Señor", lo cual se lee en el P. Scio: "Mándete el Señor" (cap. 37). El mismo Jesucristo trató con cierta

deferencia a Satanás: se fue al desierto para ser tentado, y tuvo allí por único compañero al diablo, no se encoleriza con él (cap. 30), y la primera revelación de su naturaleza divina se la hizo a él, en la segunda tentación (ibid). En cambio, pone en contraste la severidad de Dios con Satanás y la blandura con que trató a Adán, perdonándolo inmediatamente (cap. 43)

Toda esta argumentación, tan semejante a la de los "filósofos" de la Ilustración, tiene, como la de éstos, un vicio fundamental: es una argumentación *racionalista;* ¿defecto de la razón humana? no, precisamente, no es un defecto de la razón, sino del método: se aplican a las cosas divinas los mismos razonamientos que empleamos para las cosas de este mundo, sin atender, como exigiría una lógica rigurosa, a la diversa naturaleza de los términos; se trata de dos órdenes distintos de seres y de hechos, a saber: natural y sobrenatural, cuyas leyes no son las mismas.

El mejor capítulo de *El Diablo* de Papini, hermoso, pero no convincente, es el 19, en que trata del dolor de Dios por la caída del más perfecto de los ángeles: "El castigo de Lucifer se convirtió en seguida, bajo otra forma, en castigo de Dios"... "Dios no puede odiar"... El diablo, pues, debe volver al cielo: "Es necesario que alguien le tienda la mano, y ese alguien no puede ser Dios... ese "alguien" se llama el hombre". El hombre debe redimir el diablo, como Dios lo ha redimido a él; si la misericordia de Dios es tan ilimitada que más que perdonar premia, como hizo con Adán (cap. 43), el perdón es posible. Si el diablo coopera a la salvación de las almas, porque sin lucha no hay mérito, el diablo merece nuestra ayuda para salvarse: "Si no existiese el mal (Satanás) no existirían los santos. Satanás cumple, pues, una función providencial. Y en este sentido puede afirmarse que el diablo es, por voluntad divina, un coadjutor de Dios" (cap. 80). Si, por otra parte, nos sirve tantas veces de disculpa: "No todo mal procede de Satanás. Esto sería hacerlo otro Dios. Nos disculpamos con él: es el macho cabrío emisario — como Jesucristo el cordero que carga con nuestros pecados (cap. 81). El hombre mismo ha de libertarse de él: la semejanza del hombre con Dios se ha borrado casi por completo; nos parecemos cada vez más al diablo. Hemos de rebelarnos contra

él, pero los métodos de los moralistas y de los ascetas son ineficaces, la plegaria es puramente vocal y, por lo tanto, inoperante. "Si los hombres no son capaces de llegar a ser ángeles, es necesario que Lucifer vuelva a serlo. No podemos contar sino con la conversión de Satanás"... ¿Será, acaso, necesario que el cuerpo místico de Cristo se ofrezca como víctima para la salvación de Satanás, y —consecuencia natural de ello— para salvar a todos?" (cap. 52).

Por último, coincidiendo en parte con ciertas derivaciones del Evangelio Eterno, Papini vislumbra para el diablo una esperanza de salvación en la mujer. La profecía o mandato —dice— de enemistad Eva-Serpiente, no se cumple. Al contrario: teólogos y moralistas dicen que Satanás domina principalmente por medio de las mujeres; pero... seguimos esperando la verificación de la profecía: "Acaso los hombres adviertan al fin que la mujer los salvará de Satanás, pero en forma totalmente distinta de la insinuada en las palabras del Génesis, palabras que aparecerán, por fin, en todo su significado divino: también con un exceso de amor se puede aplastar a un enemigo" (cap. 44).

He aquí, pues, según Papini, la manera verdaderamente plena y totalmente cristiana, de enfocar el problema del diablo.

¿Qué debemos pensar de esta nueva e inesperada reaparición franca y patente de Satanás?

Negado por los suyos, ¿quiere aproximarse, a última hora, a los hijos de Dios? Superado por sus discípulos, ¿ha llegado a asustarse de su propia obra? ¿Es un desesperado esfuerzo por recuperar su puesto en la historia? ¿Se ha cansado de atisbar sus éxitos detrás de la cortina, y desea mostrarse para recibir el aplauso? ¿Intenta una nueva seducción, en vísperas de algún gran triunfo de Cristo? ¿O es que ve acercarse el fin, y quiere tomar posiciones para el gran combate?

De todos modos, esta llamada urgente de Satanás es una clara señal de los tiempos. La actitud de Papini, por ejemplo, reproduce otra que se manifestó hacia el final del mundo antiguo; algo se nos quiere advertir con ello.

Seamos prudentes, no nos dejemos alucinar por las efusiones de un amor excesivo, que pretende engañarse a sí mismo con la belleza de sus sueños audaces. Tengamos el valor y la humildad de reconocer que las cosas son como son, y no como se quisiera, a lo mejor, que fuesen, y aceptémoslas en su realidad, aunque nos parezca dura, pues es seguro que, de otro modo, nos engañemos.

Una conclusión clara se desprende de todo: el diablo existe.

¡ARRENEGADO SEA!

NOTAS

NOTAS A LA PRIMERA PARTE

[1] Papini dice de otro modo: "Le obedecen e imitan los mismos que no creen en su existencia, o que dicen no creer en ella". En realidad, nosotros damos la razón de que esto suceda.

[2] Luc. VI, 34.

[3] De aquí que Tertuliano le llamase "*simia Dei*".

[4] Vid. Charles Le Goffic, *Brocéliande*. Eon *le Sorcier*, campesino bretón, fue uno de los visionarios (o simuladores) comunistas, que en la Edad Media predicaban o pretendían una subversión total de la sociedad, inspirándose muchas veces en interpretaciones forzadas o tergiversadas de la Escritura. Ciertamente, al diablo se le ha representado o se le ha supuesto (como en las apariciones del Sábado) con tres cuernos, más veces en la literatura que en el arte; pero esto parece responder a una representación imaginativa secundaria, que contrapone un ternario maldito, al ternario bendito de las Tres Personas Divinas, acaso en relación con los dos triángulos blanco y negro, recto e invertido, de la Estrella cabalística. La influencia hebraica en la ideología mágica y diabólica del Occidente es cosa demostrada.

[5] Goethe, *Faust*, part. I, Gabinete de estudio: "*Ich bin der Geist, der stets verneint*".

[6] Apoc. XII, 9; XX, 2.

[7] De aquí que el Diablo mismo haya sido considerado por algunos modernos como una negación. Un escritor español, Pompeyo Gener, escribió un libro sobre la Muerte y el Diablo, y lo subtituló: *Historia de dos negaciones*. Sobre la asimilación del Diablo a la Nada, observa Papini: "Desde Fridugiso —en su tratado *De Nihilo et Tenebris*— hasta Bergson y Heidegger, los filósofos se han esforzado por insinuar que también la Nada es algo". En efecto; la Nada de Heidegger es, acaso, más bien una indeterminación absoluta, algo semejante, en cierto modo, a la *materia prima* de algunos escolásticos; pero ésta no tiene que ver con el diablo, a pesar de la idea, que Papini recoge pero no comenta, al menos de un modo suficiente, de que el diablo "sacó la materia de su propio cuerpo", idea que se encuentra en Prudencio (*Hamartigenia*, en donde la atribuye al diablo mismo, como un engaño para seducir a los suyos) y en Ruperto de Deutz (*De victoria Verbum Dei*). Claro que, si hubiera sido así, ya no sería la materia algo indeterminado.

[8] Eliphas Levi, en el *Dogme et Rituel de la Haute Magie*.

[9] O. Spengler, *La decadencia de Occidente*.

[10] Goethe, *Faust*, part. I, Gabinete de estudio: "*Ein Theil von jener Kraft die stets das Böse will und stets das Gute schafft.*"

11 XII, 10.
12 I, 6-13; II, 1-7.
13 Luc. VIII, 30.
14 Rafael Urbano, *El Diablo, su vida y su poder*, Biblioteca del Más Allá, Madrid 1922, p. 75.

15 XIV, 12. Se duda de que estas palabras del Profeta se refieran precisamente al diablo. Lo afirman Orígenes, Tertuliano, san Cipriano y san Ambrosio; pero san Jerónimo, Cirilo de Alejandría y Eusebio creen que aluden al último rey de Babilonia. Papini (*El Diablo*, cap. 8) observa con razón, el múltiple sentido de las palabras proféticas.

16 Stanislas de Guaita, *Le Temple de Satan*, passim.
17 *Sum. Theol.*, I, 63, 8.
18 Cap. XXVIII, 12.
19 *Paradiso*, XIX, 46-47.
20 *Purgatorio*, XII, 25-27.

21 Is., XIV, 11-15; Tobías, IV, 14; Eccl., X, 15; Sap., II, 24; Matt., XXV, 41; Luc., X, 18; II Petr., II, 4; Apoc., XII, 7-9, XX, 2; Syn. Endemousa (543), can. 9; Conc. Brac. (561); Conc. Const., V, can. 6; Conc. Lat., IV (1215), cap. "Firmiter"; Conc. Constanza (1415); Conc. Trid. Ses. V, cap. 1; Conc. Vat. Constit. "Dei Filius", cap. 1, etc.
22 *Paradiso*, XXIX, 49-51.
23 X, 15.
24 IV, 15.
25 XIV, 13-14.
26 Ezequiel, XXVIII.

27 Recuérdese la significación que la figura de Narciso ha llegado a tener en el psicoanálisis.
28 *De Patientia*, V.
29 *Los celos y la envidia*, IV.
30 *Discurso catequístico*, VI, 5.
31 *De casu diaboli.*
32 *Paradiso*, XIX, 48.

33 *De Angelis*. La opinión de que Lucifer quería que el Verbo encarnase en él parece que fue expuesta antes por Ambrosio Catarino, arzobispo de Conza, en *De gloria bonorum angelorum et lapsu malorum*, 1552.
34 P. Dr. Desiderio Costa, S. P., *El Diablo* (versión española), Bilbao, s. a., p. 55.
35 *Pseudomonarchia daemonum.*
36 Apoc., XII, 7-9.
37 Luc., X, 18.
38 *Purgatorio*, XII, 25-27.
39 II Petr., II, 4; Jud. 6.
40 *Inferno*, III, 5-6.
41 *Inferno*, III, 7-8.
42 Id., XXXIV, 121-123.
43 Rafael Urbano, *El Diablo*, 42.

44 Dan noticia del Purgatorio de San Patricio: Jacques de Vitry, Hugo de Saltrey, Guillermo Stanton y otros autores medievales. Calderón utilizó esta leyenda; la combatió el P. Feijoo (*Teatro*, VII, disc. VI). Estudios modernos de Krapp, *The Legend of Saint Patrick's Purgatory*, Baltimore, 1900; Felice, *L'autre monde. Mythes et Legendes. Le Purgatoire de Saint Patrice*, Paris, 1906; Van der Zanden,

Étude sur le Purgatoire de Saint Patrice, Amsterdam-Paris, 1920. Referencias en Filgueira Valverde, *La Cantiga CIII*, Compostela, 1930.

45 Según la relación escrita por Hugo de Saltrey: *Tractatus de Purgatorio Sancti Patrici*, cuya primera versión castellana, del tiempo de Alfonso X, fue publicada por A. G. Solalinde, en 1925.

46 *Viatge del Vescomte Ramon de Perellós y de Roda al Purgatori de Sant Patrici en l'any de la nativitat de Nostre Senyor Jesu Christ de 1398.*

47 La *Navigatio Sancti Brandani*, cuya redacción más antigua conservada es del siglo XI, fue publicada por Jubinal en 1836. Estudios modernos: Palgen, *Brandanssage und Purgatorio*, Heidelberg, 1934, y en *Romania*, XXXIV, 461, y CLXIV, 623.

48 Fray Bonifacio Moral, *Vida de Santa Teresa de Jesús para uso del pueblo*, Valladolid, 1881, pp. 86 y ss.

49 *Dicta Beat. Valerii ad Beatum Donadeum Scripta*. España Sagrada, XVI (Astorga), Apéndice.

50 *Dialogorum de miraculis, visionibus et exemplis suae aetatis*, Köln, 1850; Wolff, *Ueber die VIII libri miraculorum des Cesarius von Heisterbach*, Elberfeld Zeitung, 1884.

51 Asín Palacios, *El místico murciano Abenarabi*, Madrid, 1925-26; Rafael Urbano, *El Diablo*, 43.

52 Asín Palacios, *Dante y el Islam*, ...; *La Escatología musulmana en la Divina Comedia*, Madrid, 1919.

53 V. Risco, *Historia de los Judíos*, 35.

54 Capítulos XXI-XXIV.

55 Rafael Urbano, *El Diablo*, 46.

56 *Dictionnaire Infernal*, sub voce.

57 Escalante, *Satanismo erótico*, 11.

58 *Les Martyres*.

59 *Inferno*, XXXIV, 34.

60 *Sum. Theol.*, I, 63, 8.

61 Esta frase se atribuye a Salviano, escritor del siglo v, discípulo de san Agustín, al fustigar las costumbres de su tiempo.

62 Papini, *El Diablo*, 42.

63 Papini, *El Diablo*, 44; Escalante, *Satanismo erótico*, Barcelona, 1932, páginas 155 y ss.; *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, unter "Lilith". Vid. lo que sobre el "complejo de Lilith" dice Eugenio d'Ors en el *Novísimo Glosario*.

64 Antonello Gatbi, *Il peccato di Adamo ed Eva*, Milano, 1933.

65 Eugenio d'Ors, *El pecado en el mundo físico* (contribución al Centenario de Descartes), publicado en la revista "Misión", en 1940.

66 Según Papini, Francia sería la "tierra prometida del Diablo"; habla de "complacencia consciente en el mal por el mal", "afición a las perversiones crueles", "teoría y práctica de la rebelión contra Dios y la ley moral", citando como tipos a Gilles de Raiz y al Marqués de Sade (*El Diablo*, 63). En la tercera parte de este libro veremos algunas de estas cosas; pero, en todo caso, Papini exagera, acaso porque no cuenta con el "sensacionalismo" de los franceses, que encuentra un placer en referir historias truculentas, abultándolas en demasía.

67 Sebillot, *El paganismo contemporáneo en los pueblos celto-latinos*, versión castellana, pp. 238 y ss., 299 y ss., 339, 342.

68 Vicente Risco, *El "lobishome"*, "Revista de Dialectología y Tradiciones Populares", I, cuad. 3.° y 4.°, Madrid 1945.

69 Casiano, Collat. *Abb. sermo*, I.

70 Deonna, *Superstitions à Genève au XVIII° siècle* ("Festschrift der Schweizerisches Gesellschaft für Volkskunde").

71 Gaidoz, en *Melusine*, VI (1892-93), 194; VII (1894-95), 3, 49; VII (1896-97), 91; IX (1912), 128.

72 *Disquisitiones magicarum*, 171.

73 Deonna, op. cit.

74 *Demonomanie des Sorciers*, 63, 145.

75 *Discours des Sorciers*.

76 Deonna, op. cit., p. 351.

77 O. Spengler, *La decadencia de Occidente*, IV, 46.

78 Deonna, op. cit. Cf. Deonna, *Croyances antiques et modernes: l'odeur suave des dieux et des élus*, Genève, XVII, 1939, 167.

79 H. Felten, *Storia dei tempi del Nuovo Testamento*, III, 121-123.

80 *Demonomanie*, 163 y ss.

81 *Discours execrables des Sorciers*, Rouen, 1603.

82 *Liber apologeticus*, en Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, 2.ª ed., II, apéndice II.

83 Jacoby, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, sub "Luzifer".

84 Ibid. sub voce.

85 II Cor., 6, 15.

86 Jacoby, op. cit. sub "Belial".

87 Bousset, *Der Antichrist*, pp. 86 y 99 ss.

88 Sobre Belial, vid. p. 44.

89 Escalante, *Satanismo erótico*, Barcelona, 1932, pp. 141 ss.

90 Apoc., XX, 2.

91 Gregorio Magno, Op. I, III.

92 Berceo, *Milagros*, v. 246.

93 *Poema de Alexandre*, v. 1807.

94 *Libro de los Enxemplos*, 332.

95 Joh., XII, 31.

96 Cap. XII.

97 I Petr., V, 8.

98 Cit. por P. Dr. Desiderio Costa, *El Diablo* (trad. cast.), Bilbao, s. a., páginas 62 y ss.

99 Ibid., p. 62 ss.

100 IX, 11.

101 VI, 24.

102 XVI, 9, 11, 13.

103 *Disquisitiones magicarum*, 310.

104 Cf. Jacoby, op. cit. sub voce.

105 Tobías, III, 8; VI, 14.

106 Felten, op. cit.

107 *Dict. Inf.* sub voce. Cuenta este autor que en el *Courier de l'Egypte* se podía leer cómo la gente de aquel país adoraba entonces a la serpiente de Asmodeo, que tenía un templo en el desierto de Ryanneh; y concluye: "*on ajoute que ce serpent se coupe par morceaux, et qu'un instant après il n'y paraît pas*".

108 Schröer, *Faust*, ed. 1886.

109 *Doktor Fausts Hollenzwang*.

110 *Encyclopedia Britannica*, sub voce.

111 Jacoby, op. cit., sub voce.

112 Id., Id., sub voce.

113 Dillmann, *Das Buch Henoch*, XV, 8.

114 *Dict. Inf.*, sub voce.

115 P. Gener, *La Muerte y el Diablo*, II, 240.

116 Id. Id., nota a la p. 240.

117 *Dict. Inf.*, sub "Démons".

118 La *main de gloire* es un instrumento mágico empleado por los ladrones para entrar secretamente en las casas y despojarlas sin que se enteren sus habitantes. Se prepara, mediante ceremonias indicadas en los grimorios, con la mano momificada de un ahorcado, entre cuyos dedos se pone una vela especial encendida. A esta operación mágica se refiere la novela *La main enchantée*, de Gerardo de Nerval.

119 Hemos reunido aquí los datos contenidos en el *Dict. Inf.* sub "Cour infernale", en las versiones del *Libro de San Cypriano*, de Beniciana Kabina y de Jonás Sufurino, y en Escalante, *Satanismo erótico*. Sobre Beniciana Kabina, vid. 47.

120 *Libro de San Cypriano, Thesoro del Hechicero*, ed. de Enediel Shaiah, Madrid.

121 Bernardo Barreiro de V. V., *Brujos y Astrólogos de la Inquisición de Galicia*, Coruña, 1885, Apéndice.

122 Deonna, op. cit.; Vicente Risco, *Los tesoros legendarios de Galicia*, en "Revista de Dialectología y Tradiciones Populares", VI, cuad. 3.°, Madrid, 1950.

NOTAS A LA SEGUNDA PARTE

1 Pedro Ciruelo, *Tratado en el que se reprueban todas las supersticiones.* Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1628, 24; Costa, 76.

2 José M.ª Fernández Sánchez, *Santiago, Jerusalén, Roma, II,* Santiago 1881, 345, s.

3 XXV, 1-3, 5.

4 *Inferno,* IV, 53-56.

5 *El Diablo,* 43.

6 Ibid.

7 *Las Veladas de San Petersburgo,* Barcelona (1943), II, séptima velada, y "tratado de los sacrificios": "No oís cómo clama la tierra pidiendo sangre", 30.

8 Gen., IV y V; Flavio Josefo, *Antiquitates.*

9 Aquí nos sale al paso el misterio de que la sangre de Caín haya de ser vengada siete veces (Gen., IV, 15) y la de Lamech setenta veces siete (Id. id., 24).

10 Gen., VI, 1-5.

11 Gen., IX, 22-25.

12 *Dict. Inf.,* sub "Nemrod".

13 *Dict. Inf.,* sub "Babel".

14 "El Diablo no es ateo —dice Papini—, todo lo contrario... Podría decirse en cambio que Dios es ateo... Sólo a Dios, precisamente porque es Dios, le está permitido ser ateo". *El Diablo,* 20.

14 bis Roberto Hugo Benson, *El Amo del mundo, Barcelona,* 5.ª ed., 1931, 153.

15 Gunkel, *Schöpfung und Chaos,* 383.

16 *Babel und Bibel,* Leipzig, 1907, 61, nota 23.

17 *Les Possedés,* París, 1927, 187 ss.

18 *Encyclopedia Britannica,* sub "Devil".

19 Oesterreich, 189 ss.

20 A. Réville, *La Religión chinoise;* Revista de Occidente: *Chung Kuei, el domador de demonios.*

21 Josefo, San Jerónimo, Eusebio, etc.

[22] *Compendio de la Historia Sagrada*, etc., trad. del italiano, Madrid, 1791, 20 s.

[23] Creuzer, *Symbolik*, IV; Zimmermann, *De Atheismo Evemeri et Diagorae*, Mus. Brem., I, 4.

[24] Morgan, *Des Clans aux Empires*.

[25] Jud., I, 5-7.

[26] Daniel, III, 1-23.

[27] V. Risco, *Historia de los Judíos*, 21.

[28] De Civ. Dei, III.

[29] *Dict. Inf.*, sub "Idoles".

[30] Costa, 43.

[31] *Dict. Inf.*, sub "Idoles".

[32] F. Cabrol et H. Leclerq, *Dict. d'archeol. chret. et de liturgie*, IV, París, año 1920.

[33] Cit. por Paul Aebischer, *Mons Gaulons* ("Festschrift der Schweiz. Gesel. fur Volkskunde").

[34] "Dijo entonces Saúl a sus criados: Buscadme una mujer que tenga espíritu de Pitón... Respondiéronle sus criados. En Endor hay una mujer que tiene espíritu pitónico... y díjole: Adivinadme por el espíritu de Pitón". I Sam., XXVIII, 7, 8.

[35] E. Rohde, *Psyche*, II (1898), 60 s.

[36] Homilías sobre la I Ep. Corintios, 29, XII, 1.

[37] Contra Celso, VII, 3.

[38] *Dict. Inf.*, sub "Oracles".

[39] Ibid.

[40] *Disquisitionum*, II, IV, II, quaest. VI.

[41] Part. II, VIII, 2.

[42] *Dict. Inf.*, sub "Oracles".

[43] Ibid.

[44] Sobre una explicación de los prodigios de los sacerdotes paganos y de los magos por sus conocimientos científicos secretos, se cita a Solino, Ateneo, Eustacio, Jamblico, Suidas, Saxo Gramático y otros. Lo sostuvo el P. Kircher, *Oedipus Aegypciacus*. Modernamente, Eusebio Salverte, *Las ciencias ocultas*, y no anda muy lejos el Abate Moreux, *La science mystérieuse des Pharaons* (París, 1934).

[45] *Disquisitionum*, III, 1.ª parte.

[46] *Dict. Inf.*, sub "Zoroastre".

[47] Op. cit., 43.

[48] Id. id., 50.

[49] *Disquisit.*, IV.

[50] Dillmann, *Das Buch Henoch*, Leipzig, 1853, XV, 8 s.

[51] Ep. Católica de san Judas, XX.

[52] V. Risco, *Historia de los Judíos*, 128.

[53] Id. id., 145.

[54] Id. id., 148.

[55] Id. id., 136.

[56] Eliphas Levi, *Dogme et Rituel de la Haute Magie*.

NOTAS A LA TERCERA PARTE

[1] Schubert, *Reise in das Morgenland*, III, 72, in Schuster-Holzammer, *Historia Bíblica*, Barcelona, 1935, 139.
[2] Fernández Sánchez, op. cit., II, 441 ss.
[3] Carlos Silva Castro, *Historia evangélica de Jesús*, Madrid (1933), 37, nota 10.
[4] In Lucam, XV.
[5] Schuster-Holzammer, 137, nota 2.
[6] P. Antonio del Castillo, *El devoto peregrino*, II, IX.
[7] Luc., IV, 2.
[8] Matt., I, 12-13.
[9] Matt., IV, 2; Luc., IV, 2.
[10] Silva Castro, 37, nota 10.
[11] Schuster-Holzammer, 137, nota 6
[12] Silva Castro, loc. cit.
[13] Schuster-Holzammer, 137, nota 7.
[14] Matt., IV, 5; Luc., IV, 3-4.
[15] Schuster-Holzammer, l. c.
[16] Matt., IV, 5; Luc., IV, 9-11.
[17] Schuster-Holzammer, 138, nota 3.
[18] Matt., IV, 8, 10; Luc., IV, 5-8.
[19] Schuster-Holzammer, 138, nota 4.
[20] Papini, *El Diablo*, 45; "Pan sin sudor", íd., 83.
[21] V. Risco, *Mitoloxia pop. galega* (en prensa).
[22] Id. id.; C. Cabal, *La Mitología asturiana. Los dioses de la muerte*, Madrid, 1925, 188 ss.; Joaquín Lorenzo, *O Tardo*, Porto, 1934.
[23] V. Risco, op. cit.
[24] P. Gener, 218; *Libro de San Cypriano*, versión port. Río de Janeiro.
[25] V. Risco, op. cit.
[26] P. Gener, l. c.
[27] M. Prou, *Grande Encyclopedie*, sub voce.
[28] *Handwoerterbuch*, sub "Mocke".
[29] Sebillot, *El Paganismo contemporáneo en los pueblos celto-latinos*, Madrid, 1914, 70.
[30] Sebillot, 259, 306.
[31] Sebillot, 42.
[32] Sebillot, 61 ss.
[33] Sebillot, 85 ss.; 217; 222.
[34] Sebillot, 238 ss.
[35] V. Risco, *O demo na tradición popular galega*, "Nós", 30, 1; Lamas Carvajal, *Gallegada*: "O sacristán de Vilela".
[36] P. Aebischer, op. cit.
[37] Ep. I, V, 8.
[38] P. Incio, *La vida sobrenatural*, III, 44; Job, XXXVIII, 11, Psal, CIII, 9.
[39] Costa, 169.
[40] Ibid.
[41] Costa, 168.
[42] *Las tentaciones de San Antonio.*

43 Costa, 174.
44 Costa, 175.
45 Costa, 178 ss.
46 Amades, *Leyendas y tradiciones marineras de Cataluña*, Dip. Barcelona, 1954, 33.
47 Costa, 180.
48 *Dict. Inf.*, sub voce.
49 *Dict. Inf.*, sub voce.
50 P. Gener, 216.
51 *Dict. Inf.*, sub voce.
52 Pierre Belperron, *La Croisade contre les Albigeois*, París (1942).
53 P. Gener, 220.
54 Wilhelmi Neubrigensi, lib. I, *De Bulaeus*.
55 Joh., XIII, 27.
56 M. Pelayo, *Heterodoxos*, III, 245 ss.
57 Corán, VII, 10-17.
58 Papini, 55.
59 Jean de Meung, *Roman de la Rose*, v. 12011 ss.
60 De Civ. Dei, lib. III.
61 Id., XV, XXII.
62 *Etym.*, VIII, XI, 103.
63 Schulten, *Tartessos*.
64 Part. I, quaest. 51, y en el segundo escrito, Dist. 8, en el quodlibet, 7 y 10, y sobre Isaías, XIII y XIV, citados por Naudaer. Papini cita como último creyente en los íncubos a Mons. Don Giovanni Neuschel, Obispo de Borgo San Donnino (1836-1843) y al P. Angelo Domenico Ancarani (44).
65 Merejkowski, *Los misterios de Oriente*, Madrid, 1929, 157 ss.
66 Summa, etc, IV, quaest. X (Naudier).
67 V. Risco, *El fin del mundo en la tradición popular gallega* (Bol. Com prov. Monumentos de Orense).
68 *Dict. Inf.*, sub voce.
69 Costa, 139 ss.
70 Summ. quodlibeto III, quaest. III.
71 Matt., XV, 22.
72 Casiano, Collat. Abb. sermo, I.
73 Naudaer.
74 *Les Possedés*, 29. (Las obras que a continuación se citan sobre posesión, son aducidas por este autor.)
75 Eschenmayer, *Konflikt zwischen Himmel und Hölle*.
76 Ibid.
77 Pierre Janet, *Nevroses et idées fixes*, París, 1889, I, 384.
78 Kerner, *Die Geschichte des Madchens von Orlach*.
79 Eschenmayer, op. cit.
80 V. Risco, *Notas folklóricas* (Bol. Com. Prov. Monumentos de Orense).
81 Oesterreich, 51.
82 Id., 47 ss.
83 Id., III, 2.ª parte.
84 Collat. Abb. sermo, I.
85 Oesterreich, 57.
86 *Dict. Inf.*, sub "possedés".
87 Costa, 150 ss.
88 Ibid.

89 *Dict. Inf.*, sub "possédés".
90 Ciruelo, 185.
91 Costa, 140.
92 Costa, 141 ss.
93 Acta Sanctorum Augusti, IV, 439.
94 Oesterreich, 223 ss.
95 Oesterreich, 224.
96 Oesterreich, 229.
97 Costa, 151 ss.
98 Costa, 152.
99 Costa, 153.
100 Naudier.
101 Op. cit., 174 ss.
102 Oesterreich, 131.
103 Oesterreich, 226.
104 Costa, 143 ss.
105 Matt., VIII, 28-32.
106 *De la folie considérée sous le point de vue pathologique*, París, 1845, en Oesterreich, 236.
107 *Vida y reinado de Carlos II*, III, Madrid 1942, 302.
108 Maura, 295.
109 Maura, 296 ss.; Príncipe Adalberto de Baviera, *Mariana de Neoburgo, Reina de España*, Madrid, 1938, 261 ss.
110 Deonna, 390 ss.
111 *Libro de San Cypriano* (Mancci), 95 ss.
112 *Dogme et Rituel de la Haute Magie.*
113 Probb. *Dogme et rituel de la Haute Magie*, París.
114 Facsímil del pacto de Urbano Grandier, R. Urbano, 98.
115 V. Risco, *Historia de Galicia*, Vigo, Galaxia, 1952, 112.
116 *Satanismo erótico*, 50, nota.
117 Tradición oral.
118 *Handwörterbuch*, sub "Hexe".
119 *Geschichte der Hexenprozesse*, 124.
120 *Dict. Inf.*, sub "Sabbat".
121 *La Sorcière.*
122 *Dict. Inf.*, sub voce: *Satanismo erótico*. Huysmans, *Là bas*
123 M. y P., *Heterodoxos*, III, 367.
124 Roso de Luna, *Conferencias teosóficas en América del Sur.*
125 *Handwörterbuch*, sub "Kot".
126 *Dict. Inf.*, sub voce: *Satanismo erótico.*
127 P. Gener.
128 *Dict. Inf.*, sub "Sabbat".
129 Ibid.
130 Nicolai, *Historia de las creencias.*
131 Vid., p. 42, nota 118.
132 *Satanismo erótico*, 208 ss.
133 *Handwörterbuch*, sub "Hexe".
134 II, 121.
135 *Dict. Inf.*, Appendice: La chapelle des Bones.
136 *La Sorcière.*
137 *Satanismo erótico*, 50 ss. y 68, nota.
138 Ciruelo, op. cit.

139 C. Cabal, *El Sacerdocio del diablo*, Madrid 1928, 72, y notas 9-10.
140 *Dogme et Rituel de la Haute Magie*.
141 R. Urbano, 173.
142 *Dict. Inf.*, sub "Templiers".
143 R. Urbano, 171 ss.
144 *Dict. Inf.*, l. c.
145 Para la descripción del Aquelarre, vid.: *Dict. Inf.*, sub "Sabbat"; Sartori, *Handwörterbuch*; Soldán, op. cit.; P. Genez; C. Cabal; Iribarren, *Retablo de curiosidades*, Zaragoza 1940, etc.
146 Cit. por P. Genez.
147 Iribarren, 262 ss.
148 *Dict. Inf.*, sub "Voiture du diable".
149 *Satanismo erótico*, 86.
150 *Satanismo erótico*, 93, nota.
151 *Satanismo erótico*, 97 ss.

NOTAS A LA CUARTA PARTE

1 *Dict. Inf.*, sub "Albert-le-Grand".
2 *Decadencia de Occidente*, t. IV, 64.
3 Salomón Reinach, *Orpheus*.
4 Costa, 98, nota.
5 La bibliografía del espiritismo es copiosísima. Vid. Paul Gibier, Dr. Geley, E. Osty, etc. Con criterio católico.
6 Sobre la Teosofía, Tusquets, *El Teosofismo*, y los teósofos Sinnet, *El Buddhismo esotérico*, y C. Jinarajadasa, *Teosofía*, en Manuales Hoepli.
7 Vid. estudios de C. G. Jung sobre Picasso y James Joyce, en "Revista de Occidente".
8 *La decadencia de Occidente*, I, 232.
9 W. Blake, *Las bodas del cielo y del infierno*.
10 Ernest Hello, *Philosophie et Athéisme*, París, Perrin, 1906, 200 ss.
11 *De la justice dans la Révolution et dans l'Église*, III, 1870, 240.
12 *Histoire de France*.
13 Mons. Gaume, *Tratado del Espíritu Santo*; Mons. Meurin, *La Masonería, Sinagoga de Satanás*; Costa, 97.
14 Reinach, *Orpheus*; Costa, 98, notas.
15 Reinach, *Orpheus*; R. Urbano, 176, nota 2.
16 *Respuesta a un viejo republicano*, 1849.
17 *Dello svolgimento*, 1868.
18 Carducci, op. IV, 108.
19 *Sein und Zeit*, 245.
20 Omar Khayyam, *Rubayat*.
21 J. P. Sartre, *L'Être et le Néant*, 365 ss.
22 Sartre, op. cit., 225.
23 A. Camus, *Le Mythe de Sisyphe*, 75, 81.
24 *El Diablo*, 1.
25 *El Diablo*, 1.
26 Sertillanges, *El problema del mal*, 249.
27 *Heterodoxos*, II, 135 ss.
28 *A Aguia* (Oporto), 2 (122), 55.



ÍNDICES

INDICE DE ILUSTRACIONES

GRABADOS ENTRE TEXTO

INDICE GENERAL

Pág.

PRIMERA PARTE

EL PARAISO PERDIDO

SEGUNDA PARTE

EL PAGANISMO

TERCERA PARTE

EL CRISTIANISMO

CUARTA PARTE

LA APOSTASIA

Impreso en
GRÁFICAS R. SALVÁ
de Barcelona en el
mes de Junio de 1956